



Pat Barker
El camino fantasma



Galaxia Gutenberg

EL CAMINO FANTASMA

PAT BARKER

PAT BARKER

El camino fantasma

Traducción de
Irene Oliva Luque

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *The Ghost Road*
Traducción del inglés: Irene Oliva Luque

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.^a
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero de 2019

© Pat Barker, 1995
© de la traducción: Irene Oliva Luque, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17747-45-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para David

Ahora todos los caminos llevan a Francia
y cansino es el paso
de los vivos; pero los muertos
que regresan, ligeros, bailan.

«Caminos», EDWARD THOMAS¹

PRIMERA PARTE

1

En tumbonas a lo largo del paseo marítimo, las rodillas rosadas y pelonas de los empresarios de Bradford hozaban el sol.

Billy Prior se apoyó en el espigón. Tres o cuatro metros más abajo una familia recogía sus cosas antes de emprender la caminata de vuelta a la pensión o la estación del tren. Una mujer gorda, de mediana edad y con unos pies hinchados que sobresalían de unos zapatos de cordones, un hombre con una tonsura color langosta —Dios mío, mañana lo lamentará— y una criatura, un niño, al que una mujer joven secaba con una toalla. Su pequeña borla se agitaba mientras él, de pie y con la boca abierta por el dolor, bramaba «Mamá-á-á». La arena húmeda era el problema. Siempre lo era, recordó Prior. Por mucho cuidado que se pusiera al caminar de puntillas desde la orilla, las piernas volvían a rebozarse de arriba abajo y la toalla siempre hacía daño.

El niño trató de escabullirse y la madre le propinó un fuerte bofetón, que le dejó marcas rojas en las nalgas rechonchas. Dejó de gritar, tragó saliva por el susto y se decantó por un lloriqueo persistente. La mujer mayor protestó:

—A ver, Louie, tampoco hay que ponerse así. —Agarró la toalla—. Venga, trae para acá, que no tienes paciencia, leñe.

La chica —que en realidad ya no era ninguna chica, sino una mujer de quizá veinticinco o veintiséis años— se apartó, resentida aunque también aliviada. Se veía cuál era su problema. Estaba casada, pero la guerra, ya fuera por haberla dejado viuda o simplemente por haberle arrebatado a su marido, la había reducido a una situación de tutelaje en casa de su madre, y además, ¿qué sentido tenía aquello? Un hilo de lefa caliente resbalándole por el muslo, los meses de pesadez, el niño nacido en una efusión de sangre: si todo aquello no te daba derecho al estatus y la independencia de una mujer, ¿qué

te lo daba? Ah, y luego estaba la frustración. Su antigua cama estrecha de soltera, o tal vez una cama de matrimonio compartida con el niño, oyendo los ronquidos, los pedos y el chirriar de la cama de sus padres, al otro lado de la pared.

Rebuscó en el bolso y sacó unos billetes de autobús, un peine, un monedero, hasta dar por fin con un paquete de Woodbines. Dejó que el cigarrillo pendiera húmedo de su labio inferior mientras buscaba a tientas las cerillas. Tenía los labios carnosos, de un pálido rosa salmón en el centro que se oscurecía hasta un rojo parduzco en las comisuras. Levantó la vista, lo pilló mirándola y se ruborizó, no con agrado —la lujuria de él era demasiado descarada para resultar aduladora—, pero, no obstante, sí arrastrada por ese mismo agrado hacia el recuerdo de su juventud libre de cargas.

Su madre ayudaba al niño pequeño a ponerse los calzones; la mano de él, una estrella de mar llena de hoyuelos sobre el ancho hombro de ella. La llamarada de la cerilla atrajo su atención.

—Por el amor de Dios, Louie —espetó—. Si vieras lo ordinaria que pareces...

La mirada fija de Louie no se había desviado. Su madre se dio la vuelta, entornó los ojos hacia el sol y vio la inconfundible silueta en la que se leía *oficial*. «Buscad las rodillas delgadas», les decían a los francotiradores alemanes, pero donde ellos veían una presa, esta mujer veía un depredador. De haber sido un soldado raso, le habría preguntado qué puñetas hacía allí papando moscas. Dadas las circunstancias, lo que dijo fue:

—Estamos teniendo suerte con el tiempo, señor.

Prior sonrió, divertido, al reconocer la forma de hablar de su madre, el acento refinado de la clase obrera.

—Esperemos que dure.

Se despidió llevándose la mano a la gorra y se retiró, pensando, al tiempo que se alejaba paseando, que la chica no estaba ni viuda ni casada. El modo en que la voz de la madre se había quebrado por el pánico al pronunciar la palabra *ordinaria* lo decía todo. Louie no tenía las rodillas pegadas, ni muchísimo menos, ni siquiera después del niño. Y su madre tenía toda la razón, con ese pitillo metido en la boca parecía ordinaria. Gloriosa, irresistible y follablemente ordinaria.

Debía emprender el camino de vuelta al cuartel. Faltaba menos de una

hora para su examen médico y era obvio que lo ideal no era llegar sin resuello. No tenía ningún derecho a vagar por el paseo marítimo mirando a las chicas. Pero aun así las miraba, atesorando la pelusa dorada de un brazo desnudo, la sombra azulada entre unos pechos apretujados por un corsé, inspirando el olor a lavanda acentuado por el sudor.

El estruendo de la música en el interior del parque de atracciones lo atrajo hacia la entrada. Hasta ahora, los únicos hombres jóvenes que había visto hoy iban en uniforme, pero aquí había hombres igual de jóvenes que él vestidos de paisano. Trabajadores de las fábricas de munición. Uno de ellos charlaba con una muchacha cuya piel era de un amarillo intenso. Sintió cómo de forma automática le empezaba a subir la bilis y se dio la vuelta para marcharse, obligándose a contemplar la hierba pelada. Una niña, que sujetaba un palo de algodón de azúcar, se volvió para mirarlo, atraída por el hombre que permanecía tan quieto en medio de todo aquel remolino de luces y personas. Él la sorprendió mirándolo y sonrió, al recordar el suave dulzor del algodón de azúcar que se transformaba en un fango pegajoso en el cielo de la boca. Ella torció el gesto y le dio la espalda, aferrándose a las faldas de su madre. Muy prudente.

Al proseguir su camino, su sonrisa se desvaneció. Él también podía haber trabajado en la fábrica de municiones, pensó. Fuera de peligro. Forrado de pasta. Su padre se las habría arreglado para colocarlo en algún buen puesto seguro y reservado para él, y tampoco lo habría despreciado por aceptarlo, a diferencia de muchos otros padres. El enclenque mequetrefe al menos se habría comportado como un enclenque mequetrefe sensato si se hubiera negado a luchar en la guerra de «los patronos». Pero él jamás se había planteado seriamente hacerlo.

¿Por qué no?, se preguntaba ahora. Porque no quiero ser uno de ellos, pensó, al recordar la mano de uno de aquellos trabajadores dándole una palmadita en el trasero a una chica mientras la ayudaba a subir en el barco pirata. No por el sentido del deber, ni por patriotismo, ni por el temor al qué dirán, en absoluto era por eso. No, por una suerte de... quisquillosidad. De pequeño, una vez se escondió en el bolsillo de los pantalones unos pedazos masticados de ajo grasoso porque era incapaz de reunir el valor para tragárselos, y su padre, cuando el crimen salió a la luz, con un tono de rotunda indignación dijo: «Este crío es demasiado tiquismiquis para la vida».

Demasiado tiquismiquis para la vida, pensó Prior. Ahí lo llevas, todavía lejísimos de Francia y ya con un epitafio. Aquella idea lo animó una barbaridad.

Para entonces ya iba ascendiendo la colina que llevaba al cuartel, una subida que cortaba el aliento, pero se las estaba arreglando sin problemas. Su asma iba bien por el momento, mejor de lo que había ido en meses. De todas formas, quizá fuera buena idea sentarse tranquilamente en algún lugar unos minutos antes de entrar en la sala de reconocimiento médico. A fin de cuentas, lo único que podía hacer era presentarse en un estado razonable y responder a las preguntas con franqueza (o por lo menos no contar ninguna mentira que pudiesen descubrir fácilmente). La decisión la tomarían otros. Como siempre.

Aunque había logrado ser él mismo quien tomara al menos una decisión.

Sus pensamientos discurrieron hasta Charles Manning y la última velada que habían pasado juntos en Londres.

—*¿Te has parado a pensar en lo que ocurrirá si no te mandan de vuelta?*
—había preguntado Manning—. *Seis meses, por lo menos seis meses, probablemente hasta el final de la guerra, asegurándote de que los nuevos reclutas se lavan entre los dedos de los pies.*

—*Podría tener su gracia.*

—*Haciendo un sinfín de trabajos totalmente rutinarios que cualquier otro podría hacer igual de bien. Estarías mucho mejor trabajando en el ministerio. No puedo prometerte mantener la plaza vacante.*

—*No, gracias, Charles.*

No, gracias. Pasaba ahora por delante del hotel Clarence Gardens, donde había estado estacionado durante un breve periodo el invierno anterior, antes de recibir la citación para presentarse en Londres. Allí había trabajos rutinarios de sobra. Él y Owen, otro de los chiflados, habían llegado el mismo día, y a ninguno de los dos los recibió el oficial al mando. Los destinaron a «tareas ligeras». Prior se convirtió en un burro de carga administrativo, poniendo orden al caótico sistema de archivos del batallón. Owen salió todavía peor parado, metiéndoles prisa a las limpiadoras, encargando la verdura, inspeccionando las tazas del váter en busca de manchas antimilitares. Mitchell se las había hecho pasar canutas. A Prior le tocaba por las mañanas, cuando estaba de un absoluto humor de perros; a Owen por las

tardes, cuando el brandy ya lo había suavizado ligeramente.

—*¿Qué esperas?* —decía Prior cuando Owen se quejaba—. *Ha perdido dos hijos. ¿Y quién aparece en vez de ellos? Un par de sarasas de un loquero en Escocia.*

Silencio de Owen.

—*Eso es lo que se piensa, eh.*

Al llegar a la entrada del cuartel, lo adelantó un pelotón de hombres en camiseta de tirantes y pantalón corto que volvía de correr campo a través; dio un paso atrás para dejarlos pasar. Muslos desnudos salpicados de barro, vapor elevándose desde sus pechos sudorosos, ojos vidriosos, bocas desencajadas, y mientras lo superaban con paso pesado y jadeantes, reconoció a Owen a la cabeza de la columna, volviéndose para saludarlo con la mano.

—Cielo santo —dijo Mather, mientras Prior se quitaba la camiseta—. No ha hecho usted mucho ejercicio al aire libre últimamente, ¿cierto?

—He estado trabajando en el Ministerio de Municionamiento.

Mather era de mediana edad, de pómulos surcados y pelo rubio rojizo, astuto.

—Está bien, bájese los calzones. Agáchese.

Siempre iban directos al culo, pensó Prior al tiempo que obedecía. Un ejército marcha con el estómago y renquea con las hemorroides. Sintió unos dedos enguantados sobre las nalgas, separándolas, y pensó: Hombres mejores que usted han pagado por esto.

—Veo que tiene asma.

¿Ahí?

—Sí, señor.

—Dese la vuelta.

Otro gesto excesivamente íntimo.

—Tosa.

Prior carraspeó.

—Le he dicho que tosa. —Le metió los dedos—. Otra vez. —La mano cambió de lado—. Otra vez.

Mientras recobraba el aliento Prior se dio cuenta de que respiraba con dificultad.

—¿Desde cuándo?

Prior puso cara de póquer, luego tartamudeó.

—S-seis meses, señor.

—¿Seis meses? Pero aquí dice...

—Me refiero a que el médico se lo dijo a mi madre cuando yo tenía seis meses, señor.

—Ah. —Mather pasó una página del expediente—. Eso tiene más sentido.

—Al parecer no toleraba la leche.

Mather levantó la vista.

—Era usted un mocoso rarito, ¿eh? Bueno, será mejor que echemos un vistazo. —Cogió el estetoscopio y fue hacia Prior—. ¿Qué hacía en el Ministerio de Municionamiento?

—Servicio de inteligencia, señor.

—Oooh, muy impresionante. ¿Pilló a alguien?

Prior miró sombríamente al frente.

—Sí.

—Aquí una patrulla pilló a un espía alemán en los acantilados. —Mather resopló al colocar el estetoscopio—. O más bien le hicieron cosquillas con las bayonetas a un palurdo de la zona.

Prior empezó a decir algo, pero Mather estaba concentrado en escuchar su pecho. Pasados unos minutos, se puso derecho.

—Sí, tiene un leve resuello. —Le llamó la atención la cicatriz del codo de Prior. Giró el brazo hacia él.

—Del Somme —dijo Prior.

—Debió de dolerle.

—Digamos que la expresión *hueso de la risa* no me pareció del todo apropiada en aquel momento.

Mather regresó a su escritorio y se sentó.

—A ver si lo he entendido bien. Le dieron de baja y lo repatriaron por neurosis de guerra. ¿Correcto? ¿En abril del año pasado?

—Sí, señor.

—Y primero lo enviaron a Netley y luego al Hospital de Guerra Craiglockhart, donde permaneció hasta... noviembre. —Levantó la vista—.

Supongo que, en lugares así, la dipsomanía está a la orden del día... El alcohol, hombre, ya me entiende —explicó, ya que Prior seguía sin ninguna expresión en el rostro.

—De eso no vi nada, señor. De haberlo visto, sin duda habría bebido.

—Veamos, ¿cuáles eran sus síntomas?

—Perdí el habla, señor. Algunos lo consideraron una mejora del modelo básico.

Pero Mather estaba leyendo, no escuchando.

—W.H.R. Rivers —dijo—. Lo conozco. Iba dos años por delante de mí en Bart's. Tartamudez por parálisis.

Prior exhibió un gesto contrariado.

—No.

—¿Ah? Él también recuperó la voz. Debe de ser bueno. —Dio un golpecito a una hoja de papel—. El informe de alta dice asma.

—Me dieron dos ataques estando allí.

—Hmm. —Mather sonrió—. ¿Algún problema con los nervios ahora?

—No.

—¿Apetito?

—Podría comer más de lo que me dan.

—No es usted el único, chaval. ¿Duerme bien?

—Anoche no. Las puñeteras goteras de la tienda.

—¿Por lo general?

—Duermo bien.

Mather se recostó en la silla.

—¿Cómo entró?

—Por la puerta.

El dedo índice de Mather se disparó.

—Cuidado, chaval. ¿Cómo entró en el ejército?

Un breve forcejeo con la tentación, que acabó como solían acabar los forcejeos con la tentación de Prior.

—Le mentí al doctor, doctor.

Para su sorpresa, Mather se echó a reír, una carcajada fugaz.

—Todo el mundo mentía —dijo Prior.

—Es cierto, lo recuerdo bien. Vi cómo venían a alistarse hombres que se habían escapado por la ventana de la enfermería del hospicio. Sífilis, epilepsia, tuberculosis, raquitismo. Un chava, con una vocecilla de pito, ni un pelo en el bigote, catorce años a lo sumo, me miró a los ojos y juró por su madre que tenía diecinueve. —Mather sonrió, dejando ver unos dientes marrones—. No se me coló ni uno.

Mierda.

—Entrenamiento con gas —dijo Mather.

Silencio.

—¿Y bien?

—Buenísima idea —dijo Prior con sinceridad.

—¿Pasó usted por las casetas de gas?

—No.

—Deben de afectarle concentraciones muy bajas, ¿verdad?

—Me llamaban el canario del batallón, señor. En parte por eso y en parte por mi carácter afable y alegre.

Mather lo miró.

—Vístase.

—La cuestión es que me las he arreglado perfectamente durante tres años. Ni siquiera di parte de enfermedad por el asma o por los efectos del gas, ni una sola vez.

—Sí, chaval. —Mather pareció compasivo de repente—. Y podría decirse que has aportado tu granito de arena.

Un tic en el rostro pálido y orgulloso.

—No soy yo quien debe decirlo.

—Y en Francia, ¿el asma nunca le jugó una mala pasada?

—Nunca.

—Dos ataques en Craiglockhart. Ninguno en Francia. Me pregunto por qué.

—A mi pecho le sentaba bien la vida al aire libre, señor.

—No regentamos un sanatorio, chaval. Venga, vístase. Después siga hacia la izquierda por el pasillo, gire al final a la izquierda y verá una fila de sillas. Espere allí.

Mather entró en la habitación contigua y comenzó con su nueva víctima.

Prior se vistió, deteniéndose para enjugarse el sudor del labio superior. Igual que salir de la trinchera a cuerpo descubierto, pensó. No, no lo era. Nada lo era. A los civiles les había dado por emplear esa expresión ahora todo el tiempo. Anoche salí a cuerpo descubierto y pillé un catarro, decían. Prior clavó la mirada en el pequeño espejo detrás del lavamanos para comprobar el nudo de la corbata. Si no lo mandaban de vuelta, se sentiría terriblemente solo, abandonado entre civiles con sus conversaciones insustanciales. Su reflejo se burló: «¿Solo? ¿Tú? Venga ya, tesorito. Siempre puedes dividirte en dos». Al menos la comisión no estaba al tanto de aquello. O más bien no lo estaba siempre y cuando Rivers no les hubiese escrito. Tartamudez por parálisis. No una tartamudez cualquiera. Por parálisis. Interesante, pensó Prior mientras salía de la sala.

Aquel lugar olía a cuartel. Bueno, era un cuartel, aunque el hotel Clarence Gardens, después de meses de uso militar, no había olido a nada parecido a esto. Se le contrajo la nariz al reconocer los olores: axilas, pies, calcetines, grasa, betún, jabón carbólico, este último haciendo pompas entre los dedos en carne viva de un chico que fregaba el suelo. Un trasero como un camión y una cara a juego, aunque Prior esbozó una sonrisa encantadora de todas formas, porque se lo debía a sí mismo, y siguió su camino a zancadas, dejando un rastro de huellas embarradas sobre el suelo mojado.

Un hombre esperando. Owen.

—La O y la P otra vez —dijo Owen, quitando una pila de revistas *John Bull* de la silla libre y tirándolas al suelo. La última vez que esperaron juntos así fue en Craiglockhart, durante su comisión final.

Prior señaló con la cabeza hacia la puerta.

—¿Quién hay dentro?

—Nesbit. Lleva media hora.

—¿Por qué tarda tanto?

Owen vaciló, luego articuló en voz baja:

—Gonorrea.

Bueno, pensó Prior, era una forma como cualquier otra de librarse de aquello. Y luego pensó: Eres un cabrón sin piedad, ¿cómo sabes que la pilló aposta? Y después: Bueno, yo soy un cabrón sin piedad.

—Yo no tardaré mucho —dijo Owen—. Ya soy personal general.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Arritmia. Me reenganché, pero cuando me hicieron el último examen médico, me volvieron a quitar de la lista en un santiamén.

—¿Que te reenganchaste? ¿Seguro que es el corazón lo que te falla?

Owen se echó a reír y desvió la mirada.

—Me acababa de enterar de que habían herido a Sassoon. Supuse que era lo único que podía hacer.

Sí, pensó Prior, lo era. Se acordó de ellos en Craiglockhart: la peculiar pareja, Sassoon tan alto, Owen tan bajo, el amor que Owen no había podido o no se había molestado en disimular.

—Además —dijo Owen—, ya me estaba cansando de que me trataran como «un sarasa de un loquero en Escocia».

Prior sonrió.

—Yo también me meto en el mismo saco.

Se dio cuenta de que Owen se había cortado afeitándose. La sangre, en brillantes escamas marrones, llenaba el pliegue entre la mejilla y el lóbulo de la oreja.

—¿Crees que esta vez te irá bien?

—Ah, sí, ya lo creo. He estado corriendo mucho —respondió Owen animado.

—Ya lo vi.

Se abrió la puerta. Salió Nesbit, con aspecto indiscutiblemente pálido.

Owen se puso de pie.

—¿Quieren que pase ya? —preguntó.

—No lo sé —respondió Nesbit.

Owen se sentó de nuevo.

—Es peor que el dentista, ¿eh? —dijo forzando una sonrisa.

Al cabo de unos minutos lo llamaron para que entrara. Prior se quedó sentado escuchando el murmullo de voces, pensando en la puñetera mala suerte que había tenido de que le tocara Mather. Algunos oficiales médicos eran capaces de devolver al frente a un cadáver si se lo ponían derechito por delante, sobre todo ahora que todos y cada uno de los hombres eran necesarios para el último de una larga serie de «empujones finales». Bruscamente, antes de que estuviera listo, la puerta se abrió y salió Owen, que empezó a hablar, pero entonces, al darse cuenta de que el secretario de la

comisión lo había seguido, se calló y optó por levantar el pulgar. De lo que Prior dedujo que las posibilidades de Owen de acabar la guerra sordo, ciego, mudo, parálítico, con doble incontinencia, demente, con daños cerebrales o —con suerte— lisa y llanamente muerto acababan de aumentar de forma exponencial. Aquí estamos todos locos, pensó, mientras seguía al secretario para entrar en la habitación, saludaba y se sentaba en la solitaria silla delante de la larga mesa, enfrentándose a todas las miradas con seguridad, aunque tampoco demasiada. Y de verdad, en medio de la locura generalizada, ¿era justo penalizar a un hombre tan sólo porque en condiciones de tensión extrema tendiese a desarrollar dos personalidades distintas? Se podía argumentar que el ejército se llevaba una ganga.

Tras las primeras preguntas empezó a relajarse. Se estaban concentrando en su asma y en los riesgos de una posible exposición al gas, y para esas preguntas tenía una respuesta absolutamente convincente: lo había dado todo en Francia en tres ocasiones y en ninguna de ellas lo habían devuelto a la base ni lo habían repatriado a Inglaterra a causa del asma. Por fiebre de las trincheras, sí; por heridas, sí; por neurosis de guerra, sí. Por asma, no.

Una vez formuladas y contestadas todas las preguntas, Mitchell sacó los documentos y los expuso ante él, palpándolos para ordenarlos. Prior observó las grandes manos blancas salpicadas de manchas de la edad y ensombrecidas por el vello a los lados.

—De acuerdo —dijo por fin Mitchell—. Creo que eso es todo...

La pausa fue tan larga que Prior empezó a preguntarse si volvería a hablar de nuevo.

—Su asma va peor de lo que usted da a entender, ¿verdad? —Dio un toquecito al informe de alta—. Al menos según esto.

—Iba mal en Craiglockhart, señor. Pero puedo afirmar con total franqueza que allí iba peor que en cualquier otro momento en Francia.

—Bien —dijo Mitchell—. Los resultados se publican esta tarde. —Sonrió fugazmente—. No tendrá que esperar mucho.

2

Unas burdas copias de las ilustraciones de Tenniel para *Alicia en el país de las maravillas* decoraban un extremo de la sala siete, ya que en tiempos de paz aquello había sido un hospital infantil. Alicia, lo bastante diminuta para nadar en un mar de sus propias lágrimas; Alicia, alargándose como un telescopio hasta llegar casi a los tres metros; Alicia, ya tan grande que el brazo se le salía por la ventana; y el más sorprendente, Alicia con el cuello de serpiente, ondulándose por encima de los árboles.

Detrás de Rivers, un carrito chirriante rodaba de cama en cama: estaban recogiendo los platos del desayuno de los pacientes.

—Vamos, capitán McBride, bébaselo —dijo la hermana Roberts mientras pasaba traqueteando—. No tenemos todo el día, ¿eh? —Lo decía en voz alta, por su propio bien.

Había llegado demasiado temprano a la sala, antes de que estuvieran listos para atenderlo.

—Usted lo conocía, ¿verdad? —dijo Elliot Smith abordándolo, mirándolo por encima del hombro.

Rivers hizo un gesto de desconcierto.

—A Lewis Carroll.

—Ah, sí. Sí.

—¿Y cómo era?

Rivers extendió las manos.

—¿Le caía bien?

—Creo que yo me empecinaba en caerle bien. Sin mucho éxito. —Una leve sonrisa—. Es probable que yo sea la última persona que se interese por él.

Elliot Smith señaló el cuello de serpiente.

—Es curioso, ¿no cree?

—Todo listo, capitán Rivers —los interrumpió la hermana Roberts. La vieron alejarse con paso decidido.

—«Capitán» —murmuró Elliot Smith.

—Me tiene castigado —dijo Rivers—. Sólo me llama *doctor* cuando tengo su beneplácito.

Detrás de los biombos esperaba tendido Ian Moffet, desnudo de cintura para abajo. Tenía un aspecto desafiante, nervioso, cargado de un orgullo frágil y sin fundamento. Su piel mostraba una palidez verdosa, aunque aquello bien podía ser el mero reflejo de la luz de los biombos verdes que rodeaban su cama y creaban un mundo aparte, una poza de marea llena de vida secreta. Rivers apartó uno de los biombos para que la luz de la ventana inundara el espacio. En ese momento las piernas de Moffet, estiradas sobre la colcha, se tornaron del denso blanco grisáceo del bacalao grande y barato. Los músculos estaban flojos pero no desahuciados, como lo habrían estado en caso de lesión en la columna vertebral, y a pesar de llevar más de tres meses sin poder andar, un periodo de tiempo inusitadamente largo para que aún persistiese la parálisis histérica.

La historia era, en cierto modo, sencilla. Moffet había sufrido un «desvanecimiento» de camino al frente poco después de oír los cañones por primera vez. Cuando recobró el conocimiento, no podía mover las piernas.

—Era absurdo esperar que yo fuese al frente —había dicho en su primera entrevista con Rivers—. No soporto el ruido. Nunca he sido capaz de quedarme ni en una habitación donde se descorchase una botella de champán.

Pobre diablo, había pensado Rivers, sobrecogido por la compasión. Más que con ningún otro paciente, con Moffet le entraban ganas de decir: «Vamos, arriba, hombre». En vez de eso, le había preguntado:

—¿Por qué no solicitó la exención?

Moffet lo había mirado como si lo acabara de acusar de comer guisantes con un cuchillo.

—Ni que fuera yo pacifista.

Lo había intentado todo con Moffet. Bueno, no. No había probado, por ejemplo, a conectarle electrodos en las piernas y encender el interruptor, como sin duda habría hecho ya el doctor Yealland. No le había sujetado tubos

de radio contra la piel hasta quemársela. No le había puesto inyecciones subcutáneas de éter. Era el tipo de cosas que otros estaban haciendo para devolver a los hombres al frente o mantenerlos allí. Él ni siquiera había probado a hipnotizarlo. Lo que en realidad había intentado era obligarlo a razonar. No le gustaba lo que estaba a punto de hacer, pero a estas alturas era ya evidente que, hasta que no se rompiese la dependencia de Moffet del síntoma físico, cualquier enfoque racional estaba condenado al fracaso.

—¿Entiende lo que voy a hacer? —preguntó.

—Sé lo que va a hacer.

Rivers sonrió.

—Dígame entonces.

—Bueno, por lo que deduzco, usted... eh... pretende dibujarme... —Unos músculos diminutos se contrajeron alrededor de la nariz y los labios de Moffet, confiriéndole la apariencia de un conejo arrogante—....¿unas bandas elásticas de medias? En las piernas, aquí. —Señalando delicadamente con los dedos, trazó dos líneas que recorrían la parte superior de sus muslos—. Y luego, de forma gradual, día a día, usted propone... hmm... ir bajando las medias, y conforme se vayan desenrollando, por así decirlo, la... eh... parálisis... —Una auténtica orgía de tics—....remitirá.

—Exacto.

La voz de Moffet destilaba desprecio.

—¿Y a usted no le cabe duda de que este procedimiento funcionará?

Rivers fijó la mirada en las pupilas de sus ojos con tanta atención que por un instante no registró ningún otro color salvo el negro.

—Ni la menor duda.

Moffet se quedó mirándolo, luego desvió la mirada.

—¿Comenzamos? —Rivers alzó la pierna izquierda de Moffet y comenzó a dibujar una gruesa línea negra sobre la piel, unos cinco centímetros por debajo del pliegue de la ingle.

—Espero que no sea indeleble.

—Claro que no. Tendré que borrarélo por la mañana.

Rivers observó la longitud de las piernas de Moffet e intentó calcular cuándo tiempo tardaría en llegar a los dedos de los pies. ¿Dos semanas? Y tendría que ser incluyendo los domingos, lo que echaba por tierra sus planes

de pasar un fin de semana en Ramsgate con sus hermanas. Katharine no estaba ni mucho menos bien; de hecho, estaba prácticamente postrada en cama y por razones casi iguales a las de Moffet. Rivers frunció el cejo por la concentración mientras llevaba el trazo de lápiz bajo el muslo. La piel flácida de Moffet no dejaba de engancharse con la punta.

El comentario de Elliot Smith sobre la serpiente: «Es curioso». Era justo lo que él mismo había pensado. Era evidente que las serpientes habían perdido el derecho a ser meras serpientes. Dodgson las había odiado, con un odio excepcionalmente intenso, y los bosques en torno a Knowles Bank estaban plagados de ellas, sobre todo en primavera, cuando solías tropezarte cada dos por tres con nudos de víboras, a veces de hasta treinta o cuarenta, adormiladas tras la hibernación. Una vez habían salido a dar un paseo, la familia al completo, Ethel y Katharine de la mano de Dodgson, con él y Charles a la zaga, imitando sus andares repipis de gallina estreñida, aunque con cuidado de que su padre no los pillase. Doblaron una curva, con Dodgson y las chicas en cabeza, y allí, justo en mitad del sendero, se toparon con una serpiente. Huellas zigzagueantes, negro sobre amarillo, los ojos naranjas, la lengua bífida oscilando al salir de la boca ancha y cínica (basura antropomórfica). Dodgson se puso blanco. Se sentó, o más bien se desplomó, sobre un tocón de un árbol y las chicas lo abanicaron con los sombreros, mientras padre cogió la serpiente con un palo partido y la lanzó bien lejos, una ese negra con el cielo de fondo desenroscándose al caer.

Más tarde él fue a buscarla, se pasó una hora rebuscando entre los helechos llameantes, pero sólo encontró una piel desechada que recubría una piedra, transparente, las manchas brillantes apagadas, el fantasma de una serpiente.

¿Por qué se representaba al demonio con la forma de una serpiente?, le preguntó a su padre, porque era la única pregunta que sabía formular.

Más adelante vendrían otras preguntas, otros modos de buscar respuestas. Una vez, mientras pasaba el fin de semana en casa, Katharine se sentó sobre una víbora y corrió a casa gritando. Él había salido sin pensárselo y la había matado, o eso creía, con la intención de diseccionarla en Bart's. Al encontrar a su familia reunida en la sala de estar, echó la culebra sobre la alfombra que había delante de la chimenea para mostrársela y de repente se vio confrontado por una víbora que ni mucho menos estaba muerta. Las chicas chillaron y se

escondieron detrás del sofá, mientras que él, su padre y Charles la pisotearon hasta matarla.

¿Cómo interpretar un incidente como aquél ahora?, se preguntó, mientras iniciaba el segundo círculo. Probablemente todas las generaciones creen que el mundo de su juventud ha cambiado hasta tal punto que se ha vuelto irreconocible, pero pensó que para su generación —también para la de Moffet, por supuesto— la tarea de establecer conexiones que tuvieran sentido resultaba bastante más difícil que de costumbre. Era muchísima la inocencia que se había perdido en los últimos años. Y no toda en los campos de batalla.

Bajó la pierna de Moffet y rodeó la cama. Desde aquí veía, a través de un hueco entre los biombos, los dibujos de Alicia. De golpe, con la pierna paralizada de Moffet sujeta con correas a su lado mientras completaba el círculo, Rivers vio los dibujos no como algo irrelevante, una reliquia de los días en que aquello había sido una sala de hospital infantil, sino como algo cruel y despiadadamente relacionado. Todas aquellas transformaciones corporales que causaban todos aquellos problemas. *Pero ellos también los solucionaban.* Alicia en el país de la histeria.

—Listo —dijo, bajando la pierna—. Y ahora, ¿puede incorporarse un poco?

Moffet se levantó apoyándose en los codos y bajó la vista a sus piernas.

—Totalmente desconectadas de todo lo demás —dijo, pronunciando cada palabra con claridad—, tienen una pinta espantosa, joder.

Rivers bajó la vista.

—Sí-í —convino—. Pero no la tendrán cuando lleguemos por debajo de la rodilla. Y mañana la sensación en esta zona —la acotó con los índices— será normal.

Sus ojos se encontraron. A Moffet le habría gustado negar que fuese posible, pero apartó la mirada. Ya había empezado a otorgarles poder a los círculos.

Rivers le tocó el hombro.

—Hasta mañana por la mañana —se despidió.

Bajó las escaleras con rapidez y se sumergió en el laberinto de pasillos, preguntándose si le daría tiempo a leer los expedientes de los pacientes nuevos antes de que el primero de ellos acudiese a su cita. Le echó un vistazo al reloj, y algo en esa acción le pellizcó la memoria. Aquello sí que sería

«curioso», pensó. Un inocente jovencito se percata de ser objeto del anómalo afecto de un adulto. Hablando en plata, el reverendo Charles Do-do-do-Dodgson no le puede quitar las manos de encima, pero —gracias a la conciencia formidable de dicho caballero— no ocurre nada indecoroso. Los años pasan, llega la pubertad, la amistad se desvanece. En la vida adulta de ese niño no aparece ninguna anomalía, salvo quizá una cierta dificultad a la hora de integrar el apetito sexual con el resto de su personalidad (¿A qué te refieres con *quizá*?, se preguntó a sí mismo), hasta que, al llegar a la madurez, el paciente empieza a tener el delirio de estar convirtiéndose en un enorme conejo blanco vestido de forma extravagante que corre sin parar por los pasillos mientras consulta su reloj. Menudo historial clínico. Lástima que no ocurriera, pensó, empujando la puerta de su consulta para abrirla, aquello explicaría un montón de cosas.

A veces, creía comprender la niñez de Katharine mejor que la suya.

«¡El gato de Cheshire! ¡El gato de Cheshire!», habían coreado él y Charles mientras ella, entronizada sobre el regazo de Dodgson, sonreía de oreja a oreja. El apodo, puesto de un modo tan espontáneo, la había acompañado toda su infancia, y el único consuelo que le quedaba era que a ella no le había importado lo más mínimo. Pobre Kath, desde entonces pocos motivos había tenido para sonreír.

Expedientes, se ordenó a sí mismo. Los sacó de un maletín e inició la lectura. Geoffrey Wansbeck, veintidós años. Wansbeck había —bueno, *asesinado*, suponía que tendría que ser la palabra— a un prisionero alemán, por ningún otro motivo (en palabras de Wansbeck) más que el hecho de sentirse cansado e irritable por verse obligado a escoltar a aquel hombre desde el frente hasta la retaguardia. Durante... ocho meses —de hecho, más bien casi diez— no había experimentado ningún remordimiento, pero entonces, mientras se encontraba convaleciente en el hospital por una herida de poca gravedad, había empezado a sufrir alucinaciones hipnagógicas en las que se despertaba de repente y se encontraba al alemán muerto de pie junto a su cama. Siempre, acompañando a la alucinación visual, percibía el hedor a descomposición. Al cabo de varias semanas la alucinación olfativa empezó a suceder de forma independiente, sólo que ahora el olor parecía emanar del propio Wansbeck. Estaba convencido de que los demás también lo olían y, por mucho que se le dijera lo contrario, evitaba al máximo el contacto directo

con otras personas.

Hmm. Rivers se quitó las gafas y se frotó los ojos, le dio la vuelta a la silla y se quedó sentado frente a la ventana. Había pasado una mala noche y le estaba costando concentrarse. La luz del sol de finales de agosto, del color de la sidra, entraba a raudales en la habitación, y de repente lo embargó la tristeza, una tristeza banal, dictada por el calendario, por el verano pasado y por todos los veranos que ya eran pasado.

Una noche durante la cena, el señor Dodgson se había inclinado hacia madre y había dicho:

—Yo qui-qui-qui-quiero a todos los cri-cri-cri-cri...

—Parece un grillo —había susurrado Charles.

—Críos, se-señora Ri-Rivers, s-s-s-siempre y cuando sean n-n-n-niñas.

Había bajado la vista a los dos niños sentados a la mesa, y a Rivers le había dado la impresión de que la mera fuerza de su animadversión le había soltado la lengua.

—*Los niños son un error.*

A Charles no le había importado no gustarle al señor Dodgson, pero a él sí. El señor Dodgson era el primer adulto que había conocido que tartamudease tanto como él, y le dolió el rechazo.

—¿S-s-s-somos un e-e-e-error? —le había preguntado a su madre antes de acostarse. ¿P-p-p-por qué?

—Pues claro que no sois un error —le había contestado su madre, acariciándole hacia atrás el pelo de la frente.

—En-en-entonces, ¿p-p-p-por qué lo di-di-dice?

—Supongo que es sólo que le gustan más las niñas que los niños.

—P-p-p-pero ¿p-p-p-por qué?

Wansbeck tenía los ojos hinchados, era difícil deducir si por el llanto o por el resfriado.

Rivers esperó a que pasara el último paroxismo de tos.

—Sabe que no estamos obligados a hacer esto ahora mismo. Puedo verlo igualmente cuando se sienta mejor.

Wansbeck se limpió la nariz en carne viva con el dorso de la mano.

—No, preferiría quitármelo de encima. —Se removió en su asiento,

pasándose la lengua sobre los labios agrietados y, ansioso, echó un vistazo por la habitación—. ¿Cree que podríamos abrir la ventana?

Rivers puso cara de sorpresa —pese al sol, el viento era tan frío que pelaba—, pero se levantó y abrió la ventana, percatándose al hacerlo de que la petición de Wansbeck estaba inducida por su miedo al olor. La brisa aspiró los visillos por el hueco. Rivers regresó a su silla y esperó.

—Utilicé una bayoneta que encontré en un cadáver. Atravesábamos un bosque, los enfrentamientos habían sido numerosos e intensos. Recuerdo el hombre al que se la quité, había muerto con una expresión de absoluta agonía en el rostro. Un hombre grande, muy moreno, con muchísima sangre alrededor de la nariz, negra, cubierta de moscas, una especie de... bigote que zumbaba. Lo recuerdo mejor que al hombre al que maté. Iba caminando delante de mí, no podía hacerlo por la espalda, así que le grité para que se diera la vuelta. Lo supo enseguida. Se la clavé, y él gritó, y... la saqué, y la clavé de nuevo. Y otra vez. Y otra vez. Cayó al suelo y fue más fácil. No paraba de decir «*Bitte, bitte*» y ponía las manos... —Wansbeck levantó las suyas, con las palmas hacia fuera—. Lo más raro es que yo oía «Vete, vete». Y conocía la palabra, pero no registraba lo que significaba.

—¿Habría cambiado eso en algo las cosas?

Un mohín con los labios.

—¿En qué estaba pensando justo antes de quitarle la bayoneta?

—En nada.

—¿En nada de nada?

—Sólo quería irme a dormir, y aquel hijo de puta me lo impedía.

—¿Cuánto tiempo llevaba en el frente?

—Doce días. —Wansbeck negó con la cabeza—. No es suficiente.

—¿Qué es lo que no es suficiente?

—Eso. Como excusa.

—Las razones no son excusas.

—¿No?

Rivers estaba reflexionando a fondo.

—¿Qué cree que puedo hacer yo para ayudarle?

—Nada. Con todos los respetos.

—Vamos, maldita sea.

Wansbeck sonrió.

—Lo que usted diga. —Se llevó el pañuelo a la boca mientras otro acceso de tos se apoderaba de él—. Al menos intentaré que no tenga que aguantar esto.

Wansbeck era un hombre con un físico extraordinario, alto, de hombros anchos y pecho fornido. Rivers, al calcular la altura, el peso y el tono muscular y percibir el temblor de las enormes manos y un ligero tic en el párpado izquierdo, reparó, a otro nivel, en el *pathos* de un cuerpo fuerte roto; aunque no comprendía por qué se le venía a la cabeza la palabra *roto* cuando, objetivamente hablando, el sufrimiento físico de Wansbeck se reducía a un buen catarro y nada más. Se había recuperado bien de la herida.

—¿Cuándo notó el olor por primera vez?

—En el hospital. Mire, todo el mundo me da la murga con el olor. Yo sé que no existe. —Una leve sonrisa—. Pero aun así lo huelo.

—¿Cuándo fue la primera vez?

—Yo estaba en una sala lateral. Tres camas. Un hombre bastante grave, se le había clavado un trozo de metralla en la espalda. Se llamaba Jessop, no que eso importe. El otro tenía una herida leve en el brazo, era obvio que estaba mejorando y me di cuenta de que existía la posibilidad de quedarme a solas con Jessop. El que no se podía mover. Y empecé a preocuparme, porque él estaba indefenso y yo sabía que, si quería, podía matarlo.

—¿Le desagradaba? Jessop.

—Para nada. No.

—¿Entonces era sólo porque estaba indefenso?

Wansbeck reflexionó un instante.

—Sí.

—¿Le dejaron a solas con él?

—Sí.

—¿Qué ocurrió?

Un sonido a mitad de camino entre un bufido y una risa.

—Fue una noche muy larga.

—¿Quiso matarlo?

—Sí...

—No, piense. ¿Quiso matarlo o tuvo miedo de querer matarlo?

Silencio.

—No lo sé. ¿En qué cambia eso las cosas?

—En todo.

—Miedo. Creo. Después de eso pregunté si podían trasladarme a la sala principal del hospital. Y para contestar a su pregunta, la primera vez que noté el olor fue a la mañana siguiente. —Un largo silencio, durante el que arrancó a hablar varias veces antes de finalmente añadir—: ¿Sabe? Cuando le conté al médico que no quería que me dejaran a solas con Jessop, me dijo: «¿Cuánto tiempo lleva sufriendo impulsos homosexuales?». —Una mirada rápida y superficial, pero Wansbeck no podía ocultar su rabia—. No quería follármelo, quería matarlo.

—¿Todavía le molesta quedarse a solas con otra persona?

Wansbeck echó un vistazo a la habitación.

—Lo evito siempre que puedo.

Intercambiaron sonrisas. Wansbeck alzó la mano y se acarició el cuello.

—¿Le molesta la garganta?

—La tengo un poco irritada.

Rivers rodeó el escritorio y le palpó los ganglios. Wansbeck evitó mirarlo con una expresión tensa. Era evidente que el olor era particularmente desagradable.

—Sí, están un poco inflamados. —Le tocó la frente a Wansbeck y luego le tomó el pulso—. Creo que estaría mejor en la cama.

Wansbeck asintió.

—¿Sabe? Me doy cuenta de que el olor no es real porque sigo oliéndolo. Y estoy demasiado congestionado para oler cualquier otra cosa.

Rivers sonrió. Le empezaba a gustar Wansbeck.

—Dígale a la hermana Roberts que le he ordenado acostarse, y que le tome la temperatura, por favor. Subiré a verlo más tarde.

Ya en la puerta, Wansbeck se dio la vuelta.

—Gracias por lo que no ha dicho.

—¿Y qué no he dicho?

—«No era más que un boche... Si por mí fuera le daría una medalla. Nadie lo va a colgar por eso».

—¿Me está diciendo que otras personas sí le han dicho eso?

—Uy, sí. Nunca parece que se les pase por la cabeza que el castigo podría ser un alivio.

Rivers lo miró con dureza.

—¿Autoinfligido?

—No.

¿Una vacilación infinitesimal?

—Acuéstese —dijo Rivers—. Subiré dentro de un minuto.

Cuando Wansbeck se marchó, Rivers fue a cerrar la ventana y se quedó un instante mirando a los niños que jugaban en la plaza. Gritos agudos y penetrantes, como de gaviotas.

—¿S-s-somos un e-e-e-error? ¿P-p-p-por qué?

—Pues claro que no sois un error —le había contestado su madre, acariciándole hacia atrás el pelo de la frente.

—En-en-entonces, ¿p-p-por qué lo di-di-dice?

—Supongo que es sólo que le gustan más las niñas que los niños.

—P-p-p-pero ¿p-p-p-por qué?

Rivers sonrió. Lo sé, pensó, lo sé. Preguntas, preguntas.

—Los niños son brutos y ruidosos. Y se pelean.

—P-p-p-pero a-a-a ve-ve-veces ha-ha-hay que p-p-p-pelear.

Sí.

3

Prior se entretuvo por el camino, raspándose la manga de la guerrera con el espigón, asomándose a las arenas pálidas, llanas y sucias donde rompían las olas. El silencio era un alivio tras el galimatías de lenguas en medio del caos: quiénes serían los próximos que llamarían a filas, a quiénes ascenderían, a quiénes habían recomendado para recibir una cruz militar. Los ojos que se deslizaban hacia tu pecho y luego hacia tu manga izquierda. Las cartas, los rumores, la frivolidad, los trapos sucios, las tonterías: se alegraba de haber escapado de todo aquello.

Iba a regresar a Francia. Había pasado la tarde escribiendo a varias personas: a Sarah, a su madre, a Charles Manning, a Rivers. Y la última carta le había hecho retrotraerse a Craiglockhart, así que se dejó llevar, recordó los destellos de luz en las gafas de Rivers, el sempiterno *poc-poc* de las pistas de tenis, que de alguna forma se entretejía con el patrón de sus palabras y sus silencios conforme Rivers iba extrayendo de él los recuerdos de Francia, uno a uno, como un dentista sacándole las muelas.

Se preguntó qué opinaría Rivers de su regreso. Tampoco mucho.

La playa a sus pies estaba a oscuras. Todos se habían marchado, los trabajadores de las fábricas de munición y sus chicas, los especuladores de la guerra con sus dedos regordetes que pasaban las páginas de la *John Bull*. Los barcos alemanes a veces se acercaban. «No lo bastante cerca», había dicho Owen mientras esperaban que colgaran la lista del destacamento en la pared. Y se había reído, con aquella expresión ligeramente aprensiva que a veces tenía.

Una especie de mar agradable, repantingado, de perro panza arriba. Se podía nadar en él sin pasar frío. Comenzó a deambular sin tener idea alguna de adónde lo llevaban sus pies ni por qué. Al cabo de unos minutos, rodeó el

promontorio y recorrió con la mirada el semicírculo de South Bay en los acantilados de enfrente, coronados por sus blancas hileras de casas adosadas georgianas. Algunos de sus hermanos oficiales estaban ahora mismo allí arriba, pasándolo en grande en las ostrerías más caras de la ciudad. Él mismo había ido dos noches antes, pero esta noche no le apetecía.

Más a la mano quedaban las tiendas de *souvenirs*, los tiros al coco, los barcos-pirata, los sombreros graciosos, el estallido de los disparos de escopeta, los gritos de terror de la casa encantada, donde los esqueletos de cartón salían saltando de los armarios con bombillas eléctricas verdes que brillaban dentro de las cavidades de sus cráneos. Si hubieran visto... *Ay, déjalo, déjalo.*

Detrás de él, a lo largo de la carretera que conducía al cuartel, estaban los remilgados hostales con gruesas cortinas de encaje que filtraban y dejaban fuera la vulgaridad de los domingueros. Era imposible dar un paseo por cualquier lugar de Scarborough sin ver dispuesto ante ti el sistema de clases inglés en toda su plena e intrincada monstruosidad.

Oyó una exclamación de dolor a su lado y una mano le agarró la manga. Una mujer pelirroja, vestida con ropa llamativa y sola.

—Perdona, cariño, son estos zapatos. —Le sonrió alegremente—. No paro de tropezarme con el tacón.

Apoyó los brazos sobre la verja junto a los de él, tocándole ligeramente la manga con el codo derecho.

—No, gracias.

—¿Cómo? ¿Te he ofrecido yo algo a ti?

Ella siguió farfullando. A qué punto habíamos llegado si una mujer decente no podía tomarse un descanso sin que la... incordiasen. Y de todas formas, ¿quién se creía él que era? Un par de galoncitos dorados y ya se creían que la mierda les olía a flores...

—Yo no pago.

Una sonora carcajada.

—Vamos, pues no pensarás que te va a salir gratis.

Él sonrió, dejando que se le colase en la voz un deje de *pathos*.

—La semana que viene vuelvo a Francia.

—Ay, vete al carajo.

Por un momento él esperó que ella siguiera su propio consejo, pero no lo hizo. Se quedaron uno junto al otro, casi tocándose, pero él estaba a kilómetros de distancia, recordando a Lizzie MacDowell y el primer día de la guerra. Liz la larga, la llamaban, pues entre las muchachas que trabajaban en Commercial Road, la mayoría de ellas criadas en el hospicio, la altura de Lizzie —que medía la friolera de un metro cincuenta— la convertía en una gigante. Era la madre de su mejor amigo, un dato que no fue lo primero que se le vino a la cabeza la noche en que, cuando volvía a casa desde el pub, se la cruzó en un callejón y le contó que se había alistado.

—*¡Bravo, muchacho!* —le había dicho.

Lizzie era una gran entusiasta del Imperio. Y por alguna razón se había ido a casa con ella, tropezándose por el callejón y entrando en el dormitorio de atrás, hasta que finalmente, bajo una película de sudor que se enfriaba, se habían acostado juntos sobre la cama hundida mientras las chinches se daban un festín y el olor a orina se elevaba desde el orinal que había debajo. Ella le había hablado de sus clientes habituales. Había un hombre que iba todos los meses, colocaba una silla al revés y se metía por el culo cada una de las cuatro patas, una detrás de otra. No quería que ella hiciera nada, le contó. Sólo mirar.

—*Bueno, ya sabes lo doña Angustias que soy. No puedo dejar de pensar en lo que haré si una se le queda atascada.*

—*Serrar la puñetera pata.*

—*Pero qué dices, si es la única silla decente que tengo.*

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Sólo me estaba acordando de una vieja amiga.

No había habido intercambio de dinero en aquella ocasión. Había sido un gesto patriótico de Lizzie: uno de siete. Pobre Lizzie, qué gran desilusión se había llevado al descubrir que cinco de los siete ni siquiera se habían alistado.

—¿Te apetece entonces un poco de compañía?

Él la miró.

—Nunca te das por vencida, ¿verdad? —Y luego de repente los gritos, el petardeo de los disparos de los fusiles y las puertas del pub eructando olores a cerveza caliente se le hicieron insoportables. Cualquier cosa con tal de no tener que seguir siendo la gota de aceite en esta agua repugnante—. De acuerdo.

Había dicho la verdad en cuanto a sus zapatos. Si no se hubiera agarrado a su brazo, más de una vez se habría caído mientras ascendían por los empinados escalones que llevaban a las calles más tranquilas detrás de la zona litoral.

—¿Cómo te llaman? —preguntó ella, exhalándole oporto en la cara.

—Billy. ¿A ti?

—Elinor.

Sí, claro, pensó él.

—¿No te dicen Nellie?

—A veces —contestó ella, con una pizca de solemnidad en la voz—. Es aquí, a la vuelta de la esquina. —Tal vez presintiera que él se lo estaba replanteando, porque el brazo de ella se tensó—. No queda lejos.

Subieron un tramo de escaleras hasta la puerta. Mientras ella buscaba la llave a tientas, él echó un vistazo alrededor, y casi se tropezó con un grupo de botellas de leche sucias, enmohecidas de verde.

—Cuidado —dijo ella—. O saldrá todo el mundo.

El vestíbulo oscuro, con olor a cañerías y a ratones. Un rostro —tan sólo una rendija de piel cetrina y un ojo— se asomó a través de una abertura de la puerta que quedaba a su izquierda.

—Ahora tendrás que estarte calladito —susurró Nellie, y entonces, al entrever la cara justo cuando la puerta se cerraba, gritó—: Hay por aquí algunos hijos de puta muy metomentodo.

Subieron las escaleras, agarrándose el uno al otro por la cintura, los hombros y las caderas chocándose en el angosto espacio, tragándose el aliento de la respiración del otro, hasta que él se contagió del achispamiento de ella y se disiparon todas las dudas y las reticencias.

Ella abrió la puerta. Una bombilla desnuda en el techo reveló una cama alborotada, una silla repleta hasta arriba de combinaciones y corsés, un lavabo y —algo sorprendentemente pragmático— una toalla limpia y una pastilla de jabón amarillo.

—Si no te importa, lávate un poco.

A él no le importaba. Aunque ni de coña se fiaba de aquello.

—¿Sabes? —dijo ella mientras se desabotonaba la blusa—. El otro día tuve a un pobre chaval que se lavó las manos.

Prior se tiró de la corbata, y al echar un vistazo alrededor en busca de un lugar donde dejar la ropa, reparó en una silla junto a la chimenea. Una chimenea bastante majestuosa, con una guirnalda de flores y frutas esculpida en la repisa, ahora tapiada con tablones, por supuesto, y una estufa de gas colocada dentro. Se estaba quitando la guerrera a medio desabotonar por la cabeza cuando notó el olor a gas. Apenas perceptible pero inconfundible. Cubierto por la lona caqui, luchó contra el ataque de pánico, con el sudor chorreándole por los costados, no el sudor gradual por resultado del ejercicio sino algo que lo empapaba, fétido, resbaloso, caliente, y luego enseguida frío. Se liberó de la guerrera y fue a abrir la ventana, desde donde se divisaban los tejados de ángulos afilados e iluminados por la luna que desembocaban en el mar. Se dijo a sí mismo que no había motivo alguno para tener miedo, pero lo tenía. Todas las reacciones habituales: boca seca, axilas húmedas, corazón desbocado, el bulto en la garganta que te hace toser. Escroto encogido, polla mustia. Dios santo, cómo iba a ponerle una goma a aquello, estaba claro que a la criatura le venía grande el abrigo de su padre. Oyó su propia voz, extraña, sonando más joven de lo que él se sentía.

—Me temo que esto no va a funcionar.

—Ay, no digas eso, cariño, ya verás co...

Falso afecto. Estaba acostumbrada a levantar pitos lacios.

—No, no lo veré.

Él regresó a la habitación y la miró. El pelo le caía ahora por los hombros, no como una masa informe, sino en volutas definidas, nítidas medias lunas, como las que se ven en el suelo de la barbería. Cogió uno de los tirabuzones y lo enrolló en sus dedos. Unas rayas rojas marcaban los lugares donde las ballenas de su corsé le habían mordido la piel. Al captar la dirección de su mirada, ella se las frotó en vano. Él no se comportaba como solían hacerlo sus clientes, y a ella la ponía nerviosa cualquier desviación del desarrollo habitual de los acontecimientos. Coexistían ahora en la habitación los miedos de dos personas. Pero la mirada de ella permanecía fija, sorprendentemente fija; y pensar que hacía sólo cinco minutos iba demasiado achispada para caminar recto. A ver... bueno, se había tomado unas cuantas, pero sin duda no estaba borracha. Tal vez necesitara la máscara de la ebriedad más de lo que necesitaba la bebida.

—¿Tengo monos en la cara o qué?

—No —respondió él estúpidamente.

Se quedaron mirándose el uno al otro.

—No estaría mal tumbarse un rato —dijo ella.

Él acabó de desvestirse, se acercó y, con indecisión, sostuvo en sus manos el peso de los pechos de ella. Por ahora, cayó en la cuenta, no le había recitado la lista de precios, aquella horrible letanía que arrancaba sin excepción cada vez que cruzabas la mirada con una mujer en Covent Garden o en el Strand. «... y cinco chelines más por chuparme las tetas».

—Dos libras —dijo ella, leyéndole el pensamiento—. Ahí, en la mesa.

Él se metió en la cama, intentando convencerse de que la mancha fría y húmeda debajo de su nalga izquierda era producto de su imaginación. La tocó con la mano. No lo era. Desperdigados aquí y allá sobre la sábana había pequeños rizos de vello púbico. Se preguntó en la lefa de quién estaba acostado, si lo conocía, con qué cuidado se había lavado ella después. Buscó a tientas en su mente el sentimiento oportuno de repugnancia, y en su lugar encontró la excitación, no, más que eso, el sobrio convencimiento de su poder.

Todos los hombres que habían pasado por allí, por Scarborough, por ella, rumbo al frente... ¿Y cuántos de ellos estaban ya muertos? Mientras ella se ponía en cuclillas sobre la palangana —un gesto simbólico, para alegría de él —, sintió cómo se reunían en el vestíbulo, abarrotaban la estrecha escalera, se apretujaban contra la puerta. Detenidos en el umbral tan sólo por la luz deslumbradora.

—¿Podemos apagarla? —dijo él—. Se me mete en los ojos.

Y entonces ellos tuvieron libertad para entrar. Eso sí, a esperar, hasta que los muelles chirriaron y se hundieron bajo el peso de ella. Las manos de él eran las de todos ellos, sus ojos famélicos eran los de él. Bajo la luz de las estrellas, las pupilas dilatadas a más no poder se aferraron a un vientre cremoso y un borrón de pelo oscuro. Él acarició y susurró y los dedos de ella ciñeron su cuerpo.

—Mira, ¿lo ves? Te dije que todo iría bien.

La folló lentamente. Al cabo de un rato, las manos de ella le rodearon el culo y se lo agarraron, clavándole las uñas, aunque no sabría decir si aquello era un pretexto para acelerar las cosas o una chispa genuina de respuesta. Prior era consciente del peso de todos aquellos hombres sobre él, sus brazos

estaban preparados para cargar con él...

Y entonces algo se torció. Bajó la vista al rostro hermético y reconoció la mirada, no la reconoció con los ojos, sino con los músculos de su propia cara, porque también él había yacido de aquella manera, esperando a que acabara. Un año entero follando, hasta que logró correrse, sobre la estrecha cama monacal, con un crucifijo encima, y en la pared más alejada —jamás lo olvidaría— una imagen de san Lorenzo asándose sobre su parrilla. La primera vez que el padre Mackenzie se arrodilló, sujetándolo por la cintura, llorando, «Aquella vez los dos realmente tocamos fondo, ¿verdad?». Era una manera de decirlo, pero ¿«los dos»? ¿A qué coño se refería con ese «los dos»? Más adelante —aunque tampoco mucho, pues había sido un niño atrevido—, había empezado a cobrar, no tanto recurriendo a la prostitución como inventándola, ya que no conocía a nadie más que ganase dinero de esa forma. Primero fue el padre Mackenzie. Luego vinieron otros.

La única forma de no ser ella era odiarla. Al entrecerrar los ojos, difuminó los rasgos de ella, los recolocó unidos en el rostro que clavaban en las dianas de sus revólveres. Un boche gruñón tragabebés. Pero ellos, los hombres que se apoderaban de sus ojos y sus manos, no querían eso. Sintió cómo se replegaban, cual ola en retirada.

Pues por mí se acabó. Bajó la frente sobre la de ella, sabiendo sin que nadie se lo dijera que no le permitiría besarla. Ella se retorció bajo él, y él levantó su propio peso. Despacio y con parsimonia, ella se metió el dedo índice bien dentro de la boca y se lo sacó haciendo un asombroso *pop*; y luego —a él le dio tiempo a adivinar lo que ella pretendía hacer— le arañó con delicadeza el final de la espalda, para que él se estremeciera y embistiera hasta más hondo, y le introdujo el dedo en el culo con fuerza.

—¡Ah! —gritó él, más por la impresión que de placer, pero ya estaba a punto de estallar, se derramaba, caía sobre ella, jadeaba, reía, jadeaba de nuevo, y las lágrimas le escocieron en los ojos al apartarse de ella y quedarse tendido inmóvil. Le había salido el tiro por la culata. Aquel había sido siempre uno de sus trucos para meterle prisa a cualquier invitado que alargase injustificadamente su visita.

Ella se levantó de inmediato y se agachó sobre la palangana. Él captó la indirecta y empezó a vestirse, olfateando alrededor de la chimenea mientras se abotonaba la guerrera.

—¿A ti qué leches te pasa?

—Me ha parecido que olía a gas.

—Ah, eso, sí, seguramente. La llave tiene una fuga. Estoy harta de decírselo a la casera.

No lo volvería a hacer, decidió él, abrochándose el cinturón. Tal vez les funcionara a algunos hombres, pero... a él no. Para él, todo era patinar y resbalarse, correr sobre guijarros. Al final no le había quedado claro quién se estaba follando a quién. Hasta la excitación que había sentido ante la idea de entrar deslizándose en la lefa de otro hombre era ambigua, por no decir otra cosa. No es que a él le importase la ambigüedad —no habría sobrevivido si le hubiese importado—, pero ésta era la clase de ambigüedad tras la que se escondía la gente. Y él era demasiado orgulloso para esconderse.

*

Por el camino de vuelta al cuartel se olvidó de ella. A unos cientos de metros de la verja de entrada se puso a la altura de un grupo de oficiales. La mayoría había controlado bien el ritmo y ahora estaban bastante más sobrios que cuando se había cruzado antes con ellos esa misma tarde. Pero Dalrymple estaba en condiciones lamentables, avanzaba a zancadas con la mirada exaltada y visionaria de alguien cuyo único objetivo en la vida es llegar al váter a tiempo.

—¿Llegará bien? —preguntó Prior.

—Ya nos encargamos nosotros —respondió Bainbrigge.

Al franquear la verja del cuartel, los truenos rugieron en el horizonte; los relámpagos iluminaron las nubes fugazmente. Prior esperó a que la multitud se dispersara antes de cruzar hasta el pabellón principal para lavarse y, mientras se desnudaba y se salpicaba agua fría por el pecho y la entrepierna, se le ocurrió que unos aseos desiertos por la noche, todo azulejos blancos y luces desnudas, eran el retrato más convincente del infierno que podía concebir la mente humana. Clavó la mirada en el cristal de manchas marrones, recordando el momento en que el rostro de Nellie se había fundido con el del boche en la diana.

—¿Qué es lo peor que podría haber hecho? —preguntó Rivers.

Una pregunta hipócrita. Rivers no creía en «lo peor». Pensaba que Prior

se estaba poniendo histriónico. Y tal vez fuese cierto, se dijo Prior, mirando fijamente en el cristal la hilera de cubículos vacíos detrás de él, sintiendo cómo «lo peor» se agolpaba a su espalda y luchaba por el privilegio de estar constantemente encima de él. Había incluso creído posible, tras recobrar la consciencia a las cuatro o las cinco de la mañana sin ninguna idea de qué había ocurrido durante la noche, que podría haber matado a alguien. Y aun así, ¿por qué debería eso ser «lo peor»? Su reflejo le devolvió una mirada de ojos hundidos. Asesinar no era más que matar en el lugar equivocado.

El viento cogía fuerza mientras él se apresuraba a atravesar el asfalto arenoso hasta su tienda. Doblado por la cintura, se preparó para enfrentarse al olor a axilas y calcetines, cargado por el calor almacenado durante todo el día, pues pese a que dejaban las portezuelas abiertas, nada podía impedir que las tiendas se convirtieran en hornos cuando el calor apretaba. Respiró hondo, todo lo hondo que pudo, y entró a gatas en la hedionda oscuridad.

—Hola —dijo una voz.

Cómo no. Hallet. La semana anterior había tenido toda la tienda para él solo, ya que Hallet había estado fuera, asistiendo a un curso sobre bombas en Ripon.

—¿Ves bien?

El haz de luz de una linterna iluminaba la hierba amarilla llena de colillas de cigarrillos.

—Más o menos, gracias.

Parpadeando para acostumbrarse de nuevo a la negrura, Prior se las ingenió para meterse en el saco de dormir.

—Acabas de volver de Londres, ¿no?

Se resignó a tener que hablar.

—Sí. Hace una semana.

El resplandor de un relámpago dio con el blanco de los ojos de Hallet.

—¿Has pasado ya por la comisión?

—Saldré con el siguiente destacamento. ¿Tú?

—También.

Voz despreocupada, pero boca seca.

—¿Es la primera vez? —preguntó Prior.

—Sí, la verdad que sí.

Ahora que Prior se había acostumbrado a la penumbra, veía a Hallet con claridad: la piel aceitunada, casi de aspecto mediterráneo, una bonita boca torcida de paletas prominentes de las que evidentemente estaba acomplejado, pues no paraba de bajar el labio superior para ocultarlas. Bastante atractivo. Aunque no es que en aquellas circunstancias Prior se permitiera en ningún momento sentirse atraído.

—Tengo bastantes ganas de que llegue el momento.

Las palabras se quedaron suspendidas en el aire, era obvio que exigían una respuesta de algún tipo, pero la cuestión era: ¿qué podía uno decir? Estaba cagado de miedo, hacía bien en estar cagado de miedo, y cualquier comentario tranquilizador corría el riesgo de desviar la atención hacia uno u otro de aquellos desafortunados hechos.

—A algunos de los hombres de mi sección ya los han enviado hasta tres veces —dijo Hallet—. Creo que eso es lo único que me fastidia, la verdad. ¿Cómo demonios diriges a hombres que saben más que tú?

—Reza por que te toque un buen sargento. Un sargento bueno te dice qué ordenes dar, sin que nadie más lo vea hacerlo y sin que él mismo sepa que lo hace.

—¿Cuántas veces has...?

—Esta será la cuarta. Heridas, neurosis de guerra, fiebre de las trincheras. No en ese orden.

Hallet estaba tumbado bocarriba, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza; poco más era visible desde el ángulo de Prior, salvo la barbilla. Qué atroz era el azar de todo aquello. Si el padre de Hallet lo hubiera encargado un par de años más tarde, Hallet no estaría allí. Cabía la posibilidad de que incluso se hubiera perdido toda la guerra, tal vez se habría pasado el resto de su vida perseguido por el sentimiento irracional de culpa por haber escapado. «Intimidación y sometimiento a los fantasmas de los amigos que murieron». Era exactamente eso, no podía expresarse de un modo mejor. Fantasmas por todos lados. Hasta los vivos eran fantasmas en ciernes. Aprendías a racionar tu compromiso con ellos. Este preciso momento en esta tienda de campaña ya tenía la naturaleza de una experiencia recordada. O tal vez fuese que simplemente se estaba haciendo viejo. Aunque claro, al fin y al cabo, teniendo en cuenta el tiempo que había pasado en las trincheras, ya era viejo. Una generación duraba seis meses, en el Somme todavía menos, apenas doce

semanas. Era el bisabuelo de este muchacho.

Miró a Hallet de nuevo, a la cálida columna de su cuello, e intentó pensar en algo que decir, algo desenfadado y natural, pero no se le ocurrió nada. En vez de eso, se quedó mirando la lona manchada, iluminada por los destellos de los relámpagos de verano, y reparó en que la mancha más grande de todas se asemejaba a un mapa de África.

4

Dos líneas negras rodeaban las piernas de Moffet justo por encima de la rodilla.

—Cierre los ojos —dijo Rivers—. Quiero que me diga exactamente lo que siente.

—Pinchazos.

—¿Cuántos?

Las agujas lo tocaron otra vez.

—Dos.

Y otra vez.

—Uno.

Y otra vez.

—Dos. —Moffet sonaba aburrido—. Dos. Dos. —Una pausa—. No estoy seguro.

—De acuerdo. Ya puede abrir los ojos.

No había mentido ni una sola vez. Se había tumbado con los ojos cerrados, una palpitación visible bajo los finos párpados, y Rivers había leído en cada línea y cada pliegue de su rostro la tentación de mentir; no obstante, la progresión de síes y noes había sido totalmente exacta. Ciertamente, no podía haber aspirado a mentir de manera convincente, o al menos no durante mucho tiempo, pero era interesante que no lo hubiese intentado. Era histeria pura, sin contaminar por ninguna voluntad de hacerse el enfermo.

—Rivers, ¿alguna vez cree haber nacido en el siglo equivocado?

Rivers puso cara de sorpresa.

—Sobrevivido, quizá.

—Es sólo que todo esto me recuerda a la caza de brujas del siglo XVII,

¿sabe? En aquella época también le clavaban agujas a la gente.

—Supongo que irían buscando lo mismo. Zonas de sensación anómala.

—¿Cree que las encontraron?

Rivers alzó la pierna izquierda de Moffet y comenzó a dibujar una línea siete centímetros más abajo que la de la mañana del día anterior.

—No veo por qué no. Algunas brujas probablemente padecían de histeria. Al menos eso indican muchos de los fenómenos descritos.

—¿Y los cazadores de brujas?

—No lo sé. Eran más simples. Más desagradables.

—No me gusta esa palabra. Aplicada a esto.

—¿Histeria? —Veía claramente que el término «neurosis de guerra», por inútil e impreciso que fuese, podría resultarle a Moffet bastante más atractivo. Al menos sonaba apropiadamente masculino—. No creo que a nadie le guste. El problema es que tampoco a nadie le gustan las alternativas.

—Proviene —continuó Moffet, endureciendo la voz— del griego *hystéra*. El útero.

—Sí —dijo Rivers secamente—. Lo sé.

El problema de Moffet residía en que era demasiado inteligente para contentarse con una solución tan poco sofisticada como la parálisis. Los síntomas de histeria de un tipo tan flagrante —parálisis, sordera, ceguera, mudez— se daban con bastante frecuencia durante el periodo inmediatamente posterior al trauma, pero por lo general persistían sólo en las personas sin estudios o en las francamente estúpidas. Ninguno de los dos era el caso de Moffet.

Y si esta forma más bien dramática de tratamiento estaba sirviendo de algo... Ay, acabaría con la parálisis, pero ¿no cabía la posibilidad de que también reforzara la fe en las soluciones mágicas? Rivers suspiró y rodeó la cama. Tenía en contra todos sus propios instintos, pero sabía que lograría que Moffet volviera a ponerse de pie. Un hechicero podría hacerlo, pensó mientras empezaba a dibujar, y probablemente mejor que yo. Si uno se paraba a pensarlo, había una persona que lo habría hecho de maravilla...

En Melanesia, no había tardado en adquirir la costumbre de acompañar a Njiru en sus rondas. Se ponían en camino juntos, siempre en fila india,

porque el sendero que serpenteaba a través del denso bosque era demasiado estrecho para recorrerlo uno al lado del otro.

Vista desde atrás, la magnitud de la curvatura espinal de Njiru era espantosamente evidente. Rivers se preguntó cómo se explicaban semejantes deformidades: ¿qué espíritu las infligía y por qué? El sudor le escocía en los párpados picados, tenía que seguir limpiándose la cara con el antebrazo en todo momento. Sobre todo por el calor, pero también en parte por la ansiedad. Era un poco como tu primer día en un colegio nuevo, pensó, sabías que tenías que hacer las cosas bien, pero las posibilidades de que salieran bien eran infinitesimales porque no sabías nada. Con la diferencia de que en el colegio, siempre y cuando comiences a la vez que todos los demás, puedes solucionar el problema fundiéndote con el grupo, nadando disparado de acá para allá junto a todos los demás pececillos grises, a salvo en el banco de peces; pero aquí estaba solo, salvo por Hocart, y Hocart llevaba con fiebre desde que llegaron y hoy había optado por quedarse en la tienda de campaña.

En la aldea entró a gatas en una cabaña y se quedó en cuclillas sobre el suelo de tierra, observando y escuchando, mientras Njiru atendía a una anciana. A juzgar por la forma en que reía y bromeaba con Nijru, saltaba a la vista que era una paciente habitual. Se la presentaron como Namboko Taru, aunque Namboko, lo que él en principio tomó por un nombre de pila, resultó ser una forma de tratamiento: viuda. La misma palabra también significaba viudo, pero no se usaba como tratamiento cuando se refería a un hombre. Dos datos inconexos más que añadir a su colección, desalentadoramente reducida.

Namboko Taru se tumbó y se bajó la banda de tela de corteza vegetal, lo bastante para dejar el vientre al descubierto. Njiru vertió aceite de coco sobre su abdomen y comenzó a masajearlo, mientras Rivers trataba de descubrir cuál era su dolencia. Estreñimiento, al parecer. Dada su edad, ¿se trataba, quiso preguntar, de estreñimiento crónico o había habido cambios recientes en sus hábitos intestinales? ¿Y era sólo estreñimiento o se alternaba con episodios de diarrea? Pero sus intentos de expresar «episodios de diarrea» mediante una mezcla de pidgin y mímica amenazaban con hacer fracasar todo el proceso, así que se dio por vencido mientras Namboko Taru se enjugaba las lágrimas de risa de las mejillas. Puede que no estuviese contribuyendo a la cura, pero sin duda la estaba distrayendo de su afección.

Mientras tanto, los movimientos de las manos de Njiru empezaron a

concentrarse en una zona por debajo y a la izquierda del ombligo. Salmodiaba entre dientes, meciéndose adelante y atrás, recogiendo la carne floja y reuniéndola entre el pulpejo de las manos, como una mujer amasando. El leve murmullo constante y el movimiento rítmico eran hipnóticos. De repente, con un grito estentóreo, Njiru pareció atrapar algo, lo protegió dentro de las manos ahuecadas mientras se arrastraba hasta la puerta y lo lanzó al bosque, todo lo lejos que pudo. Una breve conversación entre el médico y la paciente y acto seguido Namboko Taru se ató el paño y se adentró en el bosque, desde donde diez minutos más tarde surgió una mujer mucho más feliz.

En el intervalo, Rivers y Njiru conversaron. La dolencia de Namboko Taru pertenecía a un grupo de enfermedades llamadas *tagosoro*, infligidas por un espíritu llamado Mateana. Esta afección concreta, *ngassin*, la causaba un pulpo que se instalaba en el intestino inferior, desde donde sus tentáculos podían extenderse hasta alcanzar la garganta. Llegados a este punto, la enfermedad resultaría letal. Como era el caso muy a menudo, detrás de la creencia autóctona podía detectarse el perfil impreciso de una enfermedad de lo más conocida para la medicina occidental, aunque quizá éste no fuese un modo práctico de considerarlo. Namboko Taru creía estar curada. Y sin duda, como tratamiento para un simple estreñimiento, el masaje difícilmente podía ser mejorable y no había diferido en ningún aspecto esencial del masaje occidental, hasta casi el final.

Rivers se señaló a sí mismo y luego al aceite de coco. Njiru asintió, vertió aceite en sus palmas e inició el masaje, salmodiando, meciéndose... Una vez más aquel curioso efecto hipnótico, la sensación de ser el principal centro de atención, de estar totalmente atendido. Njiru era un buen médico, por muchos pulpos que situase en el colon. Los dedos exploraron a mayor profundidad, los cánticos se aceleraron, los movimientos de las manos se acercaron al clímax, y luego... nada. Njiru se recostó, sonriendo, poniendo fin al contacto físico con el mismo tacto con el que lo había empezado.

Rivers hizo un esbozo del movimiento que Njiru no había llevado a cabo.

—¿Usted no lanzar... *nggasin*?

Una chispa de ironía.

—Usted no tener *nggasin*.

*

Pero usted sí, pensó Rivers, borrando de las piernas de Moffet las líneas negras del día anterior con una esponja.

—Y mañana —dijo con autoridad, y acotó con los índices— esta zona será normal.

Moffet le lanzó una mirada de odio.

—Está usted destruyendo mi dignidad de forma consciente y deliberada.

—Ya verá que es algo que empezará a recobrar en cuanto se ponga de pie.

La hermana Carmichael acechaba al otro lado de los biombos, a la espera de arrebatarse el carrito. La había escandalizado su insistencia en hacerlo todo él mismo, incluido el borrado de las líneas anteriores. Los especialistas no lavan a los pacientes. Son las enfermeras quienes lo hacen. Tan sólo se habría sentido ligeramente más consternada si al llegar a la sala lo hubiese encontrado fregando el suelo. Lo que él no lograba hacerle comprender era que las reglas de la medicina eran una cosa y las del consabido drama otras muy distintas.

Wansbeck había pasado mala noche, dijo ella en cuanto le arrebató el carrito. Treinta y nueve y medio de fiebre y seguía intentando abrir la ventana.

—De acuerdo, ahora lo veré a él.

Las enfermeras acababan de terminar de lavar a Wansbeck, que yacía allí medio desnudo, con la piel de un blanco cuajado y azulado sobre el fondo blanco nieve de las sábanas. Mientras Rivers lo observaba, recorrió los brazos y el pecho del paciente un escalofrío que le endureció y le oscureció la piel. Acabaron de secarlo, lo taparon, y él quedó libre para hablar, aunque demasiado débil para pronunciar más que unas pocas palabras.

Rivers empezaba a preocuparse por Wansbeck. La fiebre española era más virulenta que de costumbre y a él le había pegado fuerte; sin embargo, parecía no importarle el resultado. Rivers lo agarró con fuerza por la muñeca.

—Sabe que tiene que luchar contra esto.

Probablemente *luchar* fue la única palabra que comprendió.

—Ya he tenido bastante de eso —murmuró, y le dio la espalda.

En Westminster las hojas ya empezaban a cambiar de color. No a los rojos y los dorados brillantes del campo, sino a un amarillo gastado y sin lustre. En cuestión de pocas semanas empezarían a caer. Lo peor de Londres era que el verano acababa muy pronto.

—Ya sabe, a veces —dijo Rivers con mucho tacto, y las gafas emitieron un destello al darse la vuelta desde la ventana— puede resultar útil el mero hecho de regresar para intentar re-re-re... recordar las cosas. Entonces. Veamos si lo he entendido bien. Usted estuvo hospitalizado tras un accidente de equitación...

—Sí, correcto. No me di cuenta de que la yegua...

—Sí. Y mientras estaba allí, una de las enfermeras le amputó el pene y lo metió en un tarro de formaldehído en el sótano.

Telford negó con la cabeza.

—Yo no dije for-for...

—Formaldehído. No, sé que no lo dijo. Pero no usan vinagre para conservas.

—Ah, bueno, ¿lo ve? Usted lo sabría.

Respiró hondo.

—¿Por qué piensa que lo hizo?

Telford se encogió de hombros.

—Ni idea.

—Pero debe de habérselo preguntado. Me refiero a que fue algo de lo más asombroso, ¿no cree?

—No me correspondía a mí hacer las preguntas. —Telford se inclinó hacia delante y asestó lo que él obviamente consideraba el *coup de grâce*—. No querrá que sea yo quien le enseñe cómo hacer su trabajo, ¿verdad?

En ese momento, de buena gana habría aceptado una ayuda proveniente de cualquier parte.

—¿El médico no dijo nada?

—Ni pío.

—Telford. —Rivers entrelazó las manos—. ¿Por dónde mea usted?

—Por la polla, so capullo, ¿por dónde mea usted?

Rivers se concentró en poner derecho su cuaderno.

—Me pregunto si serviría de algo que hablásemos un poco de mujeres.

Podría haber servido. Uno nunca sabía. Unos minutos después, Telford dijo:

—No puedo decir que el tono de esta conversación sea de mi agrado, Rivers. Puede que se le haya escapado el detalle, pero no estamos en un cuartel. —Se puso de pie—. Sabe Dios que lo último que quiero es hacer valer mi autoridad, pero le agradecería que en el futuro se dirigiera a mí como comandante Telford.

Salió dando un portazo.

Moffet estaba tumbado con los ojos cerrados, pronunciando entre dientes «Sí, sí, sí, sí» cada vez que la aguja le pinchaba la piel.

La rutina habitual, aun así, algo había cambiado. El aire de indiferencia había desaparecido. Adrede, Rivers hizo que la aguja se desviara y cruzara la línea hasta la piel que en teoría seguía insensible.

—Sí, sí, sí.

La aguja se detuvo. Moffet abrió los ojos y sonrió cansado.

—Puede llegar hasta abajo del todo si quiere. —Cerró los ojos de nuevo. Rivers bajó la aguja por la pierna a intervalos de cinco centímetros—. Sí. Sí. Sí. Sí. —Con cansancio ahora, cada *sí* llegaba en el instante preciso en que la aguja tocaba la piel. Por encima de la espinilla, de un lado al otro del arco del pie, hasta la punta del dedo gordo—. Sí.

Moffet había gritado la palabra. A través del hueco entre los biombos, Rivers vio a los demás pacientes volverse y mirar hacia la cama oculta. Dejó la aguja.

—Bueno.

No estaba especialmente sorprendido: la eliminación de la parálisis histérica era a menudo —casi podía decirse *por lo general*— tan drástica como su aparición. Moffet se quedó inmóvil, con el rostro cetrino en contraste con la blancura de la almohada, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su depresión. Y en efecto, ¿por qué debería hacerlo? Le habían arrebatado su única defensa frente a lo insoportable y no le habían entregado nada en su lugar.

—¿Cuándo ocurrió?

—A primera hora.

—¿Ha intentado caminar?

—Aún no.

—¿Quiere?

—Por lógica parece el siguiente paso. Por así decirlo.

—¿Puede girarse completamente? Siéntese en el lateral.

Rivers se arrodilló y comenzó a masajear las pantorrillas de Moffet, frotando las carnes flojas entre las manos.

—Supongo que lo que se espera de mí es que esté agradecido.

—No. —Se puso de pie—. Muy bien, ¿lo intentamos? Apoye las manos sobre mis hombros.

Moffet se levantó haciendo palanca con el borde de la cama.

—¿Cómo se siente?

—No sé. Raro.

—¿Quiere probar a dar unos pasos? —Con torpeza, como bailarines sin ningún talento, arrastraron los pies por el suelo, con las cortinas inflándose a su alrededor. Rivers levantó las manos y soltó a Moffet—. No, está bien, lo tengo. —Dos pasos, y luego Moffet cayó hacia delante entre sus brazos. Rivers lo hizo descender de nuevo hasta la cama—. Creo que probablemente basta por ahora.

Moffet se derrumbó sobre las almohadas.

—Es importante perseverar, pero yo aún no lo intentaría sin que esté presente un ordenanza. —Vaciló—. Como sabe, tendremos que hablar de por qué ha ocurrido esto.

Aguardó su respuesta, pero Moffet seguía obstinadamente en silencio.

—Me pasaré de nuevo más tarde.

Esa misma tarde, al cabo de un rato, el comandante Telford —como ahora debía recordar llamarlo— se acercó sigilosamente y le dio un toquecito discreto en el hombro.

—Sí, comandante Telford, dígame.

Un susurro de complicidad.

—Un problemilla en las letrinas.

Rivers lo siguió hasta los aseos, preguntándose qué trozo de la anatomía

de Telford se le habría caído esta vez.

Telford señaló el cuarto de baño.

—Un tipo lleva ahí dentro una eternidad.

—Sí, pero...

—No para de gemir. Bueno... ya no.

Rivers sacudió el pomo de la puerta.

—¿Hola?

—Ya lo he intentado, está echada.

No podía estarlo, no había pestillos. Rivers se tumbó y miró por debajo de la puerta. Había un montón de agua derramada en el suelo, veía un brazo que colgaba por el borde de la bañera... un brazo blanco e hinchado con sangre goteando de la muñeca. Había una silla encajada bajo el pomo de la puerta. Trató de empujarla, pero no sirvió de nada. Se puso de pie y dio una patada. La puerta era apenas más gruesa que el cartón —los baños eran simples cubículos instalados por cuatro perras cuando el Ministerio de la Guerra adaptó el hospital para uso militar— y la segunda patada rompió las bisagras. Irrumpió en la habitación y se sobresaltó al ver su propio rostro en el espejo. Moffet estaba tendido en la bañera, el agua rosa lamía la barriga reluciente al subir y bajar. Al menos respiraba. La cabeza se le había caído a un lado, pero los orificios nasales no estaban en contacto con el agua. Una botella de whisky salió resbalando por el suelo cuando Rivers se arrodilló junto a la bañera. Cortes en ambas muñecas, superficiales en la derecha... profundos en la izquierda. Pérdida de sangre probablemente bastante cuantiosa, pero dentro del agua no había forma humana de saberlo. Le levantó los párpados, le olió el aliento, le buscó el pulso...

—¿Muerto, verdad? —preguntó Telford contento.

Una borrachera de muerte.

—Creo que se pondrá bien.

La falta de espacio era el problema. Casi no había sitio para embutirse entre el lavabo y la bañera a la altura de la rodilla. Tuvo que doblarse por la cintura para rodear el pecho de Moffet con las manos, las yemas de los dedos resbalaron sobre la piel fría y rechoncha. Telford se quedó de pie, mirando.

—Agarre las piernas.

Tiraron con gran esfuerzo, pero sin coordinación. Rivers por fin logró

sacarle los hombros del agua, justo en el momento en que Telford se cansó de esperar y volvió a soltar las piernas dentro. Les faltaba el aliento, sus hombros chocaban en aquel reducido espacio.

—De acuerdo, los dos a la vez —dijo Rivers—. Una, dos...

Moffet salió de una, para volver a caer hundiéndose, y una gran columna de agua salió volando y los empapó a ambos.

—Intentaré ponerle mi pierna debajo —dijo Telford.

Lo alzaron de nuevo y Telford se metió en el agua, de forma que Moffet se apoyase en equilibrio sobre su muslo, con Rivers sosteniéndole la cabeza y los hombros. Se quedaron inmóviles de aquella guisa, cual *pietà* inverosímil y vagamente obscena.

—¿Está bien? —preguntó Rivers.

—Bien, lo tengo.

Se desplomaron unos encima de otros en el suelo, la sangre de la muñeca de Moffet se derramaba ahora más copiosamente, brillante, las nítidas gotas salpicaban sobre las baldosas moteadas. Rivers tiró de una toalla limpia colgada en la barra y presionó con fuerza sobre el corte más profundo.

—Tenga, siga usted —dijo—. Voy a por la hermana Roberts. Simplemente apriete, no hace falta que haga nada más. Nada de torniquetes.

—Ni en sueños —dijo Telford, ahuecando los hombros.

Rivers interceptó a la hermana Roberts cuando iba de camino a la sala de pacientes.

—Moffet —dijo, indicando detrás de él—. Se ha rajado las venas. Necesitamos una silla de ruedas.

Regresó y se encontró con Telford entreteniendo al ahora semiinconsciente Moffet con una historia sobre un mozo de cuadra con poca experiencia que aplicó un torniquete a su caballo de caza favorito.

—Acabó en gangrena, ¿se lo puede creer? Tuvimos que sacrificar a la pobre bestia. —Telford bajó la mirada a los párpados que pestañeaban—. Y no era más que un arañazo.

Moffet se agitó como pez en tierra, gimió, vomitó bilis amarilla. Rivers le dio unos golpecitos en la mejilla.

—¿Se ha tomado algo?

La hermana Roberts llegó chirriando a la puerta con una silla de ruedas.

Telford dirigió la vista hacia ella, horrorizado, agarró al vuelo una toallita del lado de la bañera y cubrió los genitales de Moffet.

—Por el amor de Dios, hombre —le espetó Rivers—. Es enfermera. — Aunque con el historial de Telford seguramente no era el pudor de la hermana Roberts lo que creía estar protegiendo—. Si pudiera traernos un par de mantas —dijo, girándose en el angosto espacio.

La cabeza de Moffet colgó hacia un lado mientras cargaban con él hasta la silla y lo envolvían en mantas, aunque Rivers empezaba a sospechar que estaba menos amodorrado de lo que aparentaba.

—Bueno —dijo, poniéndose derecho—. Creo que ya me las arreglo yo solo, comandante Telford. Gracias, ha sido usted de gran ayuda.

—Ningún problema. —Bajó la vista a Moffet y olfateó—. Ayuda a romper la monotonía la tarde. De todas formas, ¿a qué viene esta tontería de llamarme *comandante*? —preguntó, propinándole a Rivers un puñetazo de broma en el bíceps—. No sea tan estirado, hombre.

Y se marchó, silbando la canción *A Bachelor Gay Am I*.

Se llevaron a Moffet en la silla de ruedas hasta una sala aparte, ya que no hay nada peor para la moral de una sala llena de pacientes con neurosis de guerra que un intento de suicidio. Salvo un suicidio real llevado a término, claro está. Recordó al hombre de Craiglockhart que había logrado ahorcarse. Sin contar con su propia tragedia, había revertido semanas de esfuerzo y trabajo en otros residentes.

El corte más profundo necesitaba puntos. Rivers se puso manos a la obra de inmediato, y le sorprendió bastante la actitud estoica de Moffet, que observó cómo la aguja se hundía y salía, lamiéndose los labios sólo una vez, hacia el final.

—Ya está —dijo Rivers—. Listo.

Moffet balanceó la cabeza, inquieto.

—No me ha salido la cosa muy bien que se diga, ¿verdad?

—No mucha gente lo consigue. Que yo sepa, la única persona que lo logró mediante ese método fue un cirujano... prácticamente se amputó la mano izquierda. —Se levantó y estiró las piernas, presionándose con fuerza la zona lumbar con una mano—. ¿Cuánto whisky se tomó?

—Media botella. Tal vez un poco más.

Por lo que no tenía sentido hablar con él ahora.

—¿De dónde la sacó?

—Mi madre. ¿Por?

—¿Y la cuchilla?

Moffet puso cara de desconcierto.

—Mía.

—De acuerdo. Intente dormir algo.

—¿Tendrá que contárselo a la policía?

—No. —Rivers bajó la mirada hacia él—. Es usted un soldado. Está bajo disciplina militar.

Se topó con la hermana Roberts, que estaba esperándolo.

—Me temo que no podemos pasar esto por alto —dijo él—. Se supone que hay que registrar las taquillas de forma habitual.

—Le preguntaré a la señorita Banbury. Fue ella la última en hacerlo.

También era la *bête noire* de la hermana Roberts, por ninguna otra razón más que por ser bienintencionada, torpe, entusiasta, no cualificada y de clase alta.

—Su madre le dio el whisky.

—No puedo decir que me sorprenda. Estúpida mujer.

La hermana Roberts, como sabía por numerosas conversaciones durante los ataques aéreos del invierno anterior, era la hermana mayor de una familia de once. A trancas y a barrancas, había conseguido salir de los peores barrios de Gateshead y por tanto se sentía obligada a creer en los efectos corrosivos sobre la psique humana de la buena alimentación, la buena vivienda y la buena educación.

—Telford ha sido un poco una revelación, ¿no cree? —dijo ella—. Es sorprendente cómo ha mantenido la sangre fría.

—Ah, Telford está bien. Hasta que no abrió su boca nadie se dio cuenta de que estaba loco. —Y añadió, no del todo como una ocurrencia *a posteriori* —: Trabaja en el Ministerio de la Guerra.

Fuera, en el pasillo, se encontró a Wansbeck, ya mucho mejor, aunque seguramente no lo bastante como para andar de acá para allá.

—¿Cómo se siente? —preguntó Rivers.

—Algo débil. Me duele un poco la garganta, pero no estoy tosiendo

mucho.

—Estaría mejor en la cama. Vamos, ahora mismo estoy con usted.

Cuando las puertas se cerraron de un portazo detrás de Wansbeck, Rivers reparó en un insistente clic. Sin nada que lo explicase. El largo pasillo se extendía ante él, vacío, con su suelo gris, pálido y reluciente manchado levemente por las sombras de los marcos de las ventanas. Clic, clic, clic. Y de repente se dio cuenta de que el sonido provenía de las borlas en los extremos de los cordeles de las persianas, que chocaban unas con otras movidas por la ligera brisa. Pero la identificación del sonido no pareció disminuir su potencia. Era casi el sonido de la jarcia de un velero, pero el recuerdo se hundía aún más hondo.

No logró extraerlo de su memoria hasta llegar al ascensor. Aquel día Njiru lo llevó a ver las casas de calaveras de Pa Na Gundu, después de caminar durante kilómetros bajo un calor sofocante, con apenas un soplo de viento y ningún otro sonido más que el zumbido de las moscas. Entonces, de repente, salieron a un claro, donde los afilados haces de sol se colaban oblicuos entre los árboles, y más adelante, al subir la pendiente, se toparon con seis o siete casas de calaveras, cuyas rejas estaban decoradas con sartas de conchas que colgaban. La sensación de ser observado que siempre provocaban las calaveras. Deslumbrado por la repentina luz, siguió a Njiru cuesta arriba, hacia un nudo de sombras, y entonces una de las sombras se movió para descomponerse en la silueta de Naretti, el sacerdote mortuorio ciego que estaba allí agachado, todo rodillas y codos afilados, con purulentos regueros de pus que le corrían desde las comisuras de los ojos.

Estaban reparando la más alejada de las casas de calaveras, así que habían sacado a sus ocupantes y los habían distribuido por el suelo de forma que, a primera vista, el claro parecía estar adoquinado con calaveras. Se había quedado atrás, por no estar seguro de hasta qué distancia tenía permitido acercarse, y en ese momento una repentina ráfaga de viento feroz sacudió los árboles y todas las sartas de conchas religiosas tintinearón y chasquearon al chocar entre sí.

Las puertas del ascensor se abrieron con estrépito delante de sus narices, devolviéndolo al presente con un sobresalto.

5

Ada Lumb siempre vestía de negro, no tanto por guardar el luto de su marido —si es que alguna vez lo tuvo— como porque el negro le permitía mantener un aire de tremenda respetabilidad con un coste mínimo.

La respetabilidad era el dios de Ada. Había llegado a este barrio hacía dieciocho años, recién enviudada, o eso afirmaba ella, con dos hermosas niñas a la zaga vestidas de punta en blanco. La casa había pertenecido a un hombre llamado Dick el sucio, que iba por ahí hablando solo y asustando a los niños por las esquinas. Había periódicos amontonados en pilas altísimas en todas las habitaciones. Al cabo de pocas semanas Ada ya tenía la casa pintada, la entrada bien fregada, los fogones lustrados con grafito y visillos en todas las ventanas. A una distancia de seguridad de la casa, compró un almacén en el que vendía botas viejas, ropa de segunda mano y —bajo cuerda— un amplio abanico de especialidades medicinales destinadas a provocar abortos o curar la gonorrea. Jarabe de Poleo, el Elixir del doctor Lawson para Oclusiones y Obstrucciones Femeninas, el Concentrado Tonificante del doctor Morse, el Potenciador de Virilidad de Curtis, el Específico de sir Samuel Hannay, la Cura para la Secreción Uretral de Bumstead, el Amigo del Mal Francés y el Lac-Elephantis de Davy, una suspensión hedionda de tiza y sabe Dios qué, que afirmaba ser leche medicinal de elefantes.

Pero los domingos echaba el cierre a la tienda y recibía al párroco, el reverendo Arthur Lindsey, en una habitación que podría haber sido concebida como el decorado de un escenario para tal finalidad. Mobiliario de roble oscuro, plantas de hojas gruesas, duraderas y carnosas —Ada no tenía paciencia para las flores, que siempre se le marchitaban y morían— y expuesta muy a la vista en una mesita auxiliar, la Biblia familiar, abierta por un pasaje particularmente fortalecedor. En este marco, Ada servía el té en

tazas de porcelana, se daba toquecitos con una servilleta almidonada en la boca, una trampa para ratas, y entablaba una conversación ligera o, por deferencia al *sabbat*, instructiva sobre los temas del día.

Billy Prior presidía el otro extremo de la mesa, una concesión a su nuevo estatus como futuro yerno. No estaba prevista ninguna otra concesión sustancial: no lo habían dejado ni un segundo a solas con Sarah. No obstante, Ada estaba satisfecha con el compromiso. Creía en el matrimonio, Prior sospechaba que con mucha más convicción por el hecho de no haberlo experimentado jamás en primera persona. Eso no lo sabes, se recordó a sí mismo. Pero entonces echó un vistazo por la habitación y pensó: Sí, lo sé. En el aparador había fotografías de Sarah y Cynthia, pero ninguna de sus abuelos, ninguna de su padre. Ningún retrato de Ada la novia sonrojada. Y el texto fortalecedor que había seleccionado para exponer hoy era el capítulo del Libro de Job en el que Elifaz el temanita visita a su amigo e intenta consolarlo por la plaga de forúnculos que le cubre la piel de los pies a la cabeza recalcando que él ya se lo veía venir. Si había algo que Ada tenía, era sentido del humor. Ah, y ojo para la carne masculina. El día anterior él la había ayudado a colgar unas cortinas, y la mirada a su entrepierna mientras le pasaba las cortinas había sido tan abiertamente evaluadora que él casi se había ruborizado. Puede que engañes a Lindsey, pensó, pero a mí no me engañas.

Prior se esforzó por seguir la conversación. Hablaban sobre la concesión del voto a las mujeres mayores de treinta años, una ley con la que Ada estaba en total desacuerdo. Dios Todopoderoso había tenido a bien, argumentaba, crear a un sexo visible e inequívocamente superior al otro, y no había nada más que añadir respecto a este asunto. Por la forma en que Lindsey sonreía con afectación y soltaba risitas, se podía deducir que creía saber a qué sexo se refería. Era uno de esos hombres jóvenes anglocatólicos que van de acá para allá flotando en un verdadero miasma de incienso rancio y fluido seminal. Prior los conocía bien... también en el sentido bíblico.

Sarah tocó la tetera, y se puso de pie.

—Creo que a esto le vendría bien rellenarlo. ¿Billy?

—¿Hacen falta dos personas para eso, Sarah?

—Necesito que Billy me abra la puerta, madre.

En la cocina explotó:

—De verdad, ¿en qué siglo se cree que vive?

Prior se encogió de hombros. Desde la ventana de la cocina, Melbourne Terrace descendía por una empinada pendiente de un montón de tejados de un gris rojizo, medio ocultos en un halo tenebroso de lluvia y neblina. Se preguntó si Ada habría escogido esta casa porque las vistas, la extensión de calzada adoquinada y las hileras e hileras de fustes de chimeneas humeantes, eran a su manera igual de espectaculares que una cordillera montañosa y, para Ada, bastante más significativas. Ya que allí, a sus pies, estaba la vida de la que había salvado a sus hijas: los niños con bocas llenas de costras, las mujeres de ojos morados, las chinchas, las peleas callejeras, las partidas de matrimonio pegadas en el interior de las ventanas principales para humillar a los vecinos que no podían exhibir la suya. Veía claramente cómo una mujer enzarzada en semejante batalla podía considerar el voto como algo irrelevante.

Sarah se le acercó y se quedó detrás de él junto a la ventana, le rodeó el pecho con los brazos y apoyó la cara sobre su hombro.

—Espero que mañana haga mejor día. No has tenido mucha suerte con el tiempo, ¿eh?

No era lo único que no había tenido. Se volvió para mirarla de frente.

—¿Cuándo vamos a quedarnos un rato a solas?

—No lo sé. —Negó con la cabeza—. Ya se me ocurrirá algo.

—Mira, podrías fingir que vas a trabajar y...

—No puedo fingir que voy a trabajar, Billy. Necesitamos el dinero. Vamos, que seguro que está preguntándose dónde estamos.

Ella le puso sobre una mano una bandeja de pan dulce hecho con manteca de cerdo y él la siguió hasta el salón principal.

Encontraron a Lindsey confiándoles sus ideas para el sermón de la semana siguiente: le atraía la idea del sacrificio, dijo. ¿Ah, sí?, pensó Prior, soltando la bandeja sonoramente. Cynthia, viuda desde hacía no mucho, escuchaba sus palabras con toda la atención del mundo, probablemente siguiendo las instrucciones de su madre: era con diferencia la más dócil de las dos hermanas. Al sentarse, Prior le propinó un suave puntapié a Lindsey debajo de la mesa y se regodeó al comprobar el leve rubor que nacía alrededor del alzacuello y se abría camino hacia arriba. Una fugaz mirada de soslayo, sus ojos lo rozaron y lo eludieron, y... *Está usted malgastando su*

pan dulce con este de aquí, mamá, le dijo Prior en silencio a su futura suegra, cruzando los brazos.

Cuando Lindsey se fue, Ada se puso el vestido de diario y se acomodó, con una bolsa de caramelos de menta y una novela. Se sentó cerca del fuego, levantándose la falda lo bastante para dejar al descubierto las ligas y una extensión de muslo blanco. A medida que el tejido se fue calentando, surgió de él un leve olor a orina, ya que Ada, como él sabía por Sarah, cuando le entraban ganas en la calle y no podía esperar, seguía la vieja costumbre de abrirse de patas a horcajadas como una yegua y mear en la alcantarilla. Que le permitiesen ser testigo de semejantes intimidades era otra de las concesiones al anillo en el dedo de Sarah.

Los jóvenes se reunieron en torno al piano y cuando acabaron de aporrear y cantar a voz en grito la debida cantidad de himnos religiosos, pasaron a los éxitos sentimentales de antes de la guerra.

—Esta la conocerá, mamá —dijo Prior, alargando las vocales, comiéndosela con los ojos por encima del hombro. Para su sorpresa, ella lo acompañó.

*Y su belleza vendieron
por el oro de un viejo.
¡No es más que un ave en una jaula de oro!*

—Vaya por Dios, yo nunca tuve esa suerte —dijo Ada, concentrándose de nuevo en su libro.

Prior le echó un vistazo a su reloj.

—¿Te apetece dar una vuelta por aquí cerca? —le preguntó a Sarah, a la vez que cerraba la tapa del piano.

—Sí. —Una mirada fugaz a Cynthia.

—Yo estoy demasiado cansada —dijo Cynthia.

—¿No estarás pensando en salir a pasear con este tiempo? —dijo Ada—. Escucha. Hace un viento que a la que te descuides sales volando.

Era cierto.

—Además, mañana hay que trabajar, Saritah —dijo Ada, cerrando el libro—. Creo que será mejor que todos nos vayamos a dormir temprano.

¿Estás cómodo en ese sofá, Billy?

—Bien, gracias. —Salvo por esa condenada barra enorme que se clava en los cojines.

—Prueba a tumbarte bocarriba.

En la Edad Media la habrían quemado. Sarah le trajo mantas y almohadas de su dormitorio y, bajo la atenta supervisión de Ada desde el pie de la escalera, le dio un casto beso de buenas noches.

Es mi permiso antes de embarcarme, quiso bramar. Estamos comprometidos.

La puerta se cerró tras ella. Él no estaba dispuesto a acostarse, o mejor, no estaba dispuesto a acostarse solo. Se quitó la guerrera y las botas, deambuló por la habitación, miró las fotografías y, por último, se echó en el sofá y cogió la novela que había dejado Ada.

Ada tenía una gran reserva de libros. Unas cuantas novelas románticas, que a todas luces aparentaba disfrutar leyendo, con carcajadas y gorgoritos que entraban en erupción desde el negro bombasí como una fuente termal desde tierra volcánica. Aunque ella prefería las noveluchas de tres al cuarto, que leía apoyadas contra la botella de leche mientras preparaba la cena. Las huellas de sus dedos, traslúcidas por la mantequilla, con una costra de masa y pegajosas por la mermelada, ribeteaban todas las páginas. En todos los libros había asesinatos, todos perpetrados por mujeres. Damas aristocráticas que viajaban al extranjero y empujaban a sus maridos a ríos, desde balcones, por acantilados, bajo trenes o, en el caso de las mujeres de tendencias más domésticas, el tipo femenino de mujer, se quedaban en casa y los mataban a base de purgas. Sólo las páginas finales se libraban de las manchas de cocina y durante mucho tiempo aquello lo escamó, hasta que se dio cuenta de que, en el capítulo final, la adúltera asesina era descubierta y castigada. Ada no quería saber nada de aquello. Sus heroínas siempre se salían con la suya.

El tictac del reloj sonaba con fuerza, igual que lo había hecho la noche anterior, un tictac perverso que lo mantenía en vela. Lo cogió, con la intención de llevarlo a la cocina, pero el tictac se detuvo enseguida y no recommenzó hasta que lo devolvió a la repisa de la chimenea. Por el amor de Dios, pensó, hasta al puñetero reloj le han enseñado a cerrar las piernas.

Oía a las chicas desvestirse en la habitación que había justo encima de su cabeza: los golpes de los zapatos quitados a puntapiés, los fragmentos de

conversaciones, las risitas, casi —se autoconvenció— el suspiro de las combinaciones al caer al suelo. La desnudez momentánea de Sarah, antes de que cayera sobre ella la blanca mortaja del camión. Se levantó y fue hasta el piano, acarició las teclas, cantó entre dientes.

*Lejos, lejos de Wipers
anhelo estar.
Donde balas alemanas
no me puedan dar.*

*Húmeda es mi trinchera
fríos están mis pies.
Un obús me espera
y al fin dormiré.*

La puerta se abrió. Él se volvió y vio a Sarah, una columna blanca de camión, una gruesa trenza le colgaba sobre el hombro izquierdo.

—Lo siento —dijo él, mientras cerraba el piano—. ¿He hecho demasiado ruido?

—No, sólo quería verte.

Era increíble, imposible, el sonido de susurros y risitas femeninas continuaba en el piso de arriba.

—Es Cynthia —dijo Sarah al cerrar la puerta—. Está fingiendo que yo sigo allí.

Se arrodilló sobre la alfombra frente a la chimenea y se puso a alimentar el fuego con los pocos trozos de leña que quedaban. Luego, con cuidado de no sofocar las llamas, dejó caer brillantes pepitas de carbón en las abrasadoras cavernas que las ascuas habían construido. Un silbido, pues el carbón estaba húmedo tras la lluvia reciente, y, por un instante, el resplandor en su rostro y su pelo se oscureció, para luego refulgir de nuevo.

—Parece que seguimos sin coincidir.

—Querrás decir que nos siguen teniendo separados.

Aquellos cabellos eran asombrosos, pensó. Incluso ahora, bien cepillados y domados antes de acostarse, podía distinguir cinco o seis tonos distintos de cobre, caoba, bronce, hasta un mechón de oro puro que daba la impresión de

pertenecer a otra persona.

Ella se dio la vuelta para mirarlo.

—Es su casa, Billy.

—¿He dicho yo algo?

La luz de la lumbre, que le doraba el rostro, disimulaba el amarillo de la fábrica de municiones de su piel.

—Podríamos casarnos con una dispensa —dijo él—. Al menos eso creo, no sé cuánto tarda.

—No, no podríamos.

No, pensó él, porque después de la guerra las cosas serían distintas, yo podría progresar, tal vez no quisiera cargar con una mujer de Beale Street. Me debo proteger de mí mismo. Sarah tenía un gran sentido del honor. Algo tan útil para una mujer como un suspensorio, había pensado él, pero allí estaba, y Sarah tenía que cargar con él.

—Te quiero, Sarah Lumb.

—Te quiero, Billy Prior.

Ella se tendió bocarriba, él le desabotonó el camisón y se lo apartó de los hombros de forma que el lateral de un pesado pecho quedó grabado con oro trémulo. Se tumbó junto a ella en el suelo, con delicadeza, y la tomó en sus brazos, sintiéndola tensa contra él.

—Tranquila, tranquila.

Lo único que él deseaba, en ese momento, era esconder el rostro entre sus pechos y acallar el implacable tictac del reloj. Pero una voz gritó.

—¿Sarah? ¿Cynthia? Ya va siendo hora de que os durmáis.

—Tengo que irme.

—De acuerdo.

Pero sus manos se negaban a soltarla, y ella tuvo que apartarse por la fuerza.

—Escucha, mañana por la noche irá a lo del espiritismo, le diré que me duele la cabeza, a ver si me puedo quedar aquí.

A la mañana siguiente, cuando todas se marcharon a trabajar, él subió las escaleras hasta la habitación de Sarah, agotado tras otra mala noche al compás de las agujas del reloj. Necesitaba acostarse en la cama donde Sarah

dormía, envolverse en aquellas sábanas manchadas, pues incluso en este hogar obsesionado por la limpieza, las muchachas mudaban de piel y manchaban de amarillo las sábanas, que por mucho que se lavaran no se desprendían de aquellas manchas. A él no le importaba. Se tumbaría con gusto sobre ellas, en el hoyo cavado por el cuerpo de Sarah durante la noche, que desprendía un tenue olor a lavanda y jabón.

En la mesita de noche había una foto de él, tomada cuando lo nombraron oficial. El rostro inmaduro de colegial. ¿Alguna vez había sido así de joven? Desnudo en la cama, entornó los ojos hacia las cortinas entreabiertas, preguntándose si el esfuerzo de levantarse para cerrarlas merecía la pena. No, decidió, le daría la espalda a la luz y punto.

Se dio la vuelta, y por un segundo cerró los ojos, sin que su cerebro interpretara de inmediato lo que en ese instante fugaz había visto. Entonces se incorporó. Sobre el tocador había una fotografía de un hombre joven en uniforme, uniforme de soldado. No era el marido de Cynthia... conocía su cara por las fotos de grupo de la boda. Se levantó de la cama y fue a mirar. Johnny, claro. ¿Quién si no? El primer prometido de Sarah.

El típico rostro de sonrisa majadera medio borrado por el sol. Detrás de él, unos cuantos metros de Francia sin bombardear. ¿Y por qué debía de molestarle aquello? *Porque yo creía haberlo reemplazado.* Ni siquiera se lo había planteado, tan sólo lo había asumido. Ella le había hablado de Johnny sólo una vez y luego se había emborrachado con el oporto con el que él la había atiborrado para quitarle las bragas. Loos. Exacto. Habían barrido con gas las líneas británicas. Escudriñó de nuevo el rostro desconocido. Que estuviera borrado era casi un símbolo involuntario del olvido en el que tarde o temprano todos caemos. La noche anterior, se había preguntado de qué color habría sido la piel de Sarah antes de la ictericia provocada por las sustancias químicas con las que trabajaba. Este hombre la había conocido en esa época. Había conocido a esta Sarah —cogió una instantánea—, esta chica feliz, un poco rellenita y algo marimacho que intentaba evitar que se le levantara la falda en el barco pirata. Lo que ahora llamaba la atención en Sarah era la frente alta y redonda, los pómulos prominentes, la mirada llena de vida, serena y divertida. La perpetua sensación de algo contenido. Él llevaba todo aquel tiempo mirando un rostro erosionado por la pena, y no lo había sabido hasta ahora.

*

—Un buen paseo al aire libre —dijo Ada, atravesando el fieltro negro del sombrero con un alfiler—. Lo mejor para el dolor de cabeza.

—No estaré al aire libre, mamá. El ambiente en esa sala se carga una barbaridad, ya lo sabes.

Ada se agachó, acercando violentamente su cara a la de su hija.

—Sarah, ve a por tu abrigo.

Sarah miró a Billy y se encogió de hombros levemente.

—Yo también voy —dijo él, poniéndose de pie.

—¿Estás seguro? —preguntó Ada—. Lo del espiritismo no es santo de devoción de todo el mundo.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Recorrieron la calle juntos, Ada en cabeza, barriéndolo todo con su falda negra, pues a día de hoy no había hecho ninguna concesión en lo que a largo de faldas se refería. Avanzaba como si se deslizara sobre ruedecitas invisibles.

—Supongo que tu madre está al tanto de que contactar con los muertos es una herejía —dijo Billy—. Al párroco no le haría gracia.

—A ver, que ella no se lo cree. Sólo va por salir de noche de vez en cuando.

La reunión se celebraba en la planta de arriba de una tienda que vendía material quirúrgico, una gama de productos cuya publicidad es necesariamente sobria. El escaparate, forrado de papel crepé rojo y verde que había sobrado de las navidades, no contenía nada más que una imagen de un hombre de pelo blanco columpiando a su nieta por encima de su cabeza.

Subieron por una angosta escalera hasta una sala diminuta. Un piano, una mesa con un jarrón de flores, cinco o seis filas de sillas, visillos cuyas sombras tatuaban la piel. No encontraron cuatro asientos juntos, así que Prior acabó sentándose detrás de Sarah.

—¿Cómo va tu dolor de cabeza, Sarah? —preguntó Ada.

—Algo mejor, gracias, mamá.

¿Cómo va tu dolor de huevos, Billy? De puta pena, gracias, mamá.

Un hombre subió al estrado y escudriñó la sala con atención. ¿Estaba contando la contribución en peniques para té y galletas? ¿Sopesando el nivel general de credulidad? ¿O tal vez no fuese en absoluto un granuja sino un simple chiflado? No, no era un chiflado. Un hombrecillo ufano de dientes marrones.

Prior siguió la mirada del hombre por la sala mientras bajaban las cortinas, que ahora impedían la entrada del sol. Mujeres, la mayoría de negro, un puñado de hombres, todos de mediana edad o más viejos, salvo uno, que sufría un tic incontrolable en las manos y el rostro. Demasiadas viudas. Demasiadas madres queriendo contactar con hijos perdidos, se trataba de una zona en la que todos se habían alistado a la vez. Calles enteras de ellos, que se marcharon en un solo día. Y este hombre, que se alisaba el pelo ralo y anunciaba el número del himno, los había conocido a todos —antojos de nacimiento, apodos, extrañas costumbres insignificantes—, sabía exactamente lo que quería oír cada una de las mujeres de la sala. Una estafa, pensó Prior, y que él también se engañase a sí mismo no mejoraba las cosas.

*Ángeles de Cristo, Ángeles de la Luz
cantan para re-e-cibir a los peregrinos de la noche.*

Se sentaron en medio de las habituales toses, los chirridos de sillas, los ruidos de tripas, y aquel hombre se quedó de pie ante ellos, imponiendo el silencio, haciéndolo más profundo.

Por fin estuvo listo. Sus seres queridos estaban con ellos, dijo, estaban presentes en esta habitación. Los mensajes empezaban a llegar. Primero una descripción, después un parpadeo de ojos en dirección a la mujer cuyo marido o hijo había descrito, luego el mensaje. Mensajes anodinos. Al otro lado se lo estaban pasando en grande, eso parecía, más allá de este valle de lágrimas, entonaban cánticos, se regocijaban en el Cordero, lanzaban sus coronas doradas alrededor del mar de vidrio. Sí, sí, quería preguntar Prior, ¿pero y qué tal la jodienda?

Entonces, sin previo aviso, el hombre de los tics se puso de pie y comenzó a hablar. No con palabras. Un torrente de gorgoteos semejante al desbordamiento de una tubería de desagüe, pero aun así con inflexiones, pausas, énfasis, todo lo que el lenguaje contiene, salvo significado. La gente se volvió hacia él, observando cómo los sonidos salían de él a borbotones

mientras seguía de pie con la cabeza echada hacia atrás y los ojos vidriosos. El hombre en el estrado esbozaba una sonrisa forzada y enfermiza. Un histérico eclipsado por otro. Yo les iba a enseñar a estos dos lo que vale un peine, pensó Prior.

Le tocó el hombro a Sarah.

—No aguanto esto ni un segundo más. Esperaré fuera.

Bajó las escaleras corriendo, cruzó la calle y se coló en el callejón de enfrente, situándose a medio camino entre dos muladares. Encendió un cigarrillo y pensó: *glosolalia*. «Un don espiritual sin ninguna relevancia intrínseca, a menos que el hombre que la posea pueda interpretar lo que recibe para así fomentar la edificación del espíritu de los fieles». El padre Mackenzie, preparándolo para la confirmación cuando tenía... ¿once años? ¿doce? Menudo maestro era aquel hombre... con y sin sotana.

Desde su posición de ventaja, observando como un desconocido, vio salir a Sarah y recorrer con la mirada la calle desierta.

—Sarah.

Ella corrió hasta él, con el rostro pálido bajo el amarillo de la fábrica de municiones.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. No lo soportaba, sólo eso. —Una pausa—. Tenemos que morir, no tenemos que venerar la muerte.

Permanecieron de pie juntos, mirando de un lado a otro de la calle, salpicada aquí y allá de charcos de lluvia reciente. Reflejos intermitentes de sol.

—No pienso volver a entrar.

—No.

Sarah esperó, seguía preocupada.

—Podríamos volver a casa —propuso ella.

—¿Tienes llave?

—Sí.

Se quedaron mirándose el uno al otro.

—Vamos —dijo él, agarrándola del brazo.

Corrieron por la calle reluciente, metiéndose en los charcos, con el pelo de Sarah deshaciéndose en una cascada de horquillas, luego por un callejón

en el que se inflaban y se agitaban las sábanas blancas, las mangas de las camisas los abofeteaban y el algodón mojado les picaba en la cara y el cuello. Llegaron a la puerta con la cara colorada, el pelo de Sarah le caía por la espalda como colas de rata.

Ella metió a tientas la llave en la cerradura, él se quedó vigilando el camino por el que habían venido, medio esperando ver a Ada precipitarse sobre ellos subida en sus ruedecitas de viuda de Windsor. A punto estuvieron de caerse por el pasillo, y él corrió escaleras arriba.

—No —dijo ella.

No, pensó él. Al salón entonces. Hizo ademán de echar las cortinas.

—No, no hagas eso, pensarán que se ha muerto alguien. Detrás del sofá.

Él ya estaba de rodillas delante de ella, con las manos debajo de su falda, metiéndole mano al elástico de las calzas, bajándolas, lanzándolas a un lado, sin importarle dónde cayeran. En el último momento pensó: Esto no va a funcionar. Habían tenido que dejar abierta la puerta principal —sería imposible explicar por qué estaba echada con llave—, pero la mera idea de descubrir a Ada Lumb mirándote el culo al aire bastaba para ponerle los pelos de punta al más pintado.

—Con cuidado —dijo Sarah, mientras él entraba en ella.

Pero él siempre tiene cuidado, siempre está preparado... aunque no para la oleada de júbilo que experimenta ahora mismo. Se siente como un animal acuático, una nutria, que regresa a su madriguera, saluda a su pareja nariz con nariz y se acurruca, a salvo, calentito, a oscuras, húmedo. Su mente se encoge hasta ser sólo un punto atento a las pisadas, pero su polla se hincha, enorme y ciega, llenando el mundo. Sus embestidas se hacen más profundas y rápidas, pero entonces se obliga a retirarse, a mantenerlas superficiales, un aleteo de mariposa que sabe que a ella le gusta. Las manos de ella se alzan y le agarran las nalgas —siempre un momento de peligro— y por un momento tiene que parar por completo, esperar, boquiabierto. Luego, con cautela, recomienza. Las cuerdas vocales se marcan en el cuello de ella, el vientre se tensa, los dedos que se aferran al culo de él son ahora garras. Ella gime, y él siente el movimiento de los músculos dentro del vientre de ella. Otro gemido, un grito, y ya es imposible parar, cada embestida igual de irresistible que la siguiente bocanada de aire para un hombre que se ahoga. Ella levanta las piernas más alto, invitándolo a entrar más hondo, y él intenta no oír la desesperación de

los jadeos de ella, la decepción en su grito final, mientras él se derrama dentro de ella.

—¿Sí? —dice él sin resuello, en cuanto puede hablar.

—No.

Ay, Dios mío. Él sigue adelante, arremetiendo en un frenesí sin fricción, su verga una punta de fuego, sintiendo cómo ella se tambalea cada vez más cerca del borde, hasta por fin volcarse, caer, aferrándose y palpitando con fuerza alrededor de su polla, que se encoge hasta hacerle gritar de dolor. Oh, pero ahí está ella, se ríe, y él oye su risa en lo hondo del pecho.

Sólo que su entrepierna está húmeda, demasiado húmeda. Se apartó de ella y bajó la vista. La lefa, consistente y bien montada cual clara de huevo, les chorreaba por el vello, motas de merengue en el hocico de un caballo, espuma de mar que vuela desde la ola que rompe, aunque para él sólo significaba ya una cosa. La goma seguía dentro de Sarah. La enganchó y la sacó, y se quedaron mirándola.

Sarah se palpó dentro.

—Creo que estoy bien —dijo ella—. Todo está fuera.

Nada de ruedecitas engrasadas, pero sí un paso firme aproximándose a la casa. Lanzó el condón al fuego, alrededor de un millón de Billies y de Sarahs perecieron en un soplo de llama. Menudo consuelo de mierda si otro millón seguía aún dentro de ella. Ella se bajó las faldas y se sentó, sudorosa y desesperada, en la silla de su madre. Él estaba a punto de sentarse también cuando avistó las calzas de ella tiradas sobre la Biblia familiar, con una pierna levantada corriendo un tupido velo de decencia sobre Job y sus forúnculos. Las agarró y se las embutió por el cuello de la guerrera, pero se quedó sin tiempo para la bragueta. Cogió la Biblia y se sentó con ella sobre el regazo.

—A ver, ¿se puede saber qué mosca os ha picado? —dijo Ada.

—Billy se puso a pensar en un amigo suyo, mamá —dijo Sarah.

Prior estaba sentado con la cabeza apoyada en una mano, una pasable imitación de David llorando la muerte de Jonathan.

Ada olfateó el aire.

—Veo que no habéis puesto el agua a hervir, Saritah. Cuánta razón tiene el dicho, si quieres algo bien hecho, hazlo tú mismo.

Se fue a la cocina. Cynthia, echando un tímido vistazo del uno al otro, se sentó en el borde del sofá. Billy se sacó las calzas de Sarah de la guerrera y se las lanzó. A Cynthia se le escapó un chillido, al tiempo que se recogía las faldas entre las piernas cual niña pequeña con miedo a hacerse pis. Sarah se levantó con calma y se puso las calzas mientras Prior trataba de abotonarse torpemente por debajo de la Biblia.

Ada regresó al salón.

—Os habéis perdido un buen espectáculo —dijo—. Tuvieron que sacar a la señora Roper. Pero bueno, está claro que habéis empleado mejor vuestro tiempo. —Señaló la Biblia.

—Justo estaba intentando encontrar la parte sobre el caballo de batalla para mostrársela a Sarah. Pero no importa, me la sé de memoria. —Miró a Ada a los ojos—. «Escarba la tierra, alégrese en su fuerza: sale al encuentro de las armas. Hace burla del espanto, y no teme, ni vuelve el rostro delante de la espada. Antes bien, dice entre los clarines: ¡Ea! Y desde lejos huele la batalla, el grito de los capitanes, y la vocería».

Se levantó y devolvió la Biblia a su lugar, consciente de las tres caras que lo miraban boquiabierto. Un momento extraño.

—Y ahora si no les importa —dijo—, creo que me gustaría irme a dormir.

Sarah tenía permiso para acompañarlo a la estación del tren sin carabinas. Estaban de pie en el andén vacío, agotados mental y físicamente, obligados a apreciar estos últimos momentos juntos, ambos deseosos en secreto, con sentimiento de culpa, de que aquello acabara.

Él le cogió la mano y besó el anillo.

—No te preocupes, Sarah.

—No estoy preocupada. —Ella sonrió—. Por estas fechas, el año que viene...

Él ni había pensado en el matrimonio en sí en cuanto ella le dejó claro que no quería una boda rápida. Faltaba toda una vida para el año que viene. Tal vez incluso un poco más. Él observó una paloma que caminaba por el filo del andén, con las patas en carne viva chasqueando sobre el cemento.

—Vamos —dijo—. Caminemos.

Se detuvieron al abrigo del tejado, pues caía una fina lluvia. La luz blanca

del norte se filtraba a través del cristal cubierto de hollín. Sarah tenía la cara aterida de frío.

—Escribe en cuanto llegues —dijo ella.

—Te escribiré desde Londres. Te escribiré en el tren si quieres.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Me alegro de que de todas formas se lo contaras a tu madre.

—Estaba encantada.

Estaba horrorizada.

—*Casarte con una chica de una fábrica no importa si a ti te hace feliz, pero pensaba que podías aspirar a algo un poco mejor.*

Su padre no daba crédito.

—¿Casarte? ¿Tú?

—*Oscar Wilde se casó, papá* —Prior no se había podido resistir a decirle.

Aunque luego su padre había ido a despedirlo a la estación —por primera vez en cuatro años— y se había tenido que levantar de la cama para hacerlo, porque estaba de turno de noche, y se había puesto su traje de los domingos, se había afeitado y estaba sobrio. Cielo santo, había pensado Prior, sólo nos falta la corona de flores.

Un perdigón de consternación duro y pequeño se alojó en su garganta. ¿Una premonición? No-o, nada tan profético. Una ligera sensación de estar desafiando a la suerte, quizá. Ésta era ya la cuarta vez, y cuatro eran una de más.

—Imagino que te invitarán a visitarlos.

Sarah sonrió.

—Creo que esperaré a que tú vuelvas.

Él le echó un vistazo a escondidas al reloj. ¿Dónde estaba el puñetero tren?

Y entonces lo vio, a lo lejos, avanzando lenta y dubitativamente, arrastrando su columna de humo. Todavía sin ningún sonido, aunque al dar un paso para acercarse al borde del andén, sintió o intuyó cierta vibración en los raíles. Se volvió para enfrentarse a Sarah, tapándole la vista del tren.

Ella miraba hacia arriba, hacia las vigas.

—¿Te has fijado?

Él siguió su mirada y vio que todas las vigas estaban cubiertas de

palomas.

—Por el calor, supongo —dijo él distraídamente.

El estruendo del tren acercándose espantó a las aves, que alzaron el vuelo al unísono y salieron en masa de debajo del tejado de cristal en medio de una gran agitación y batir de alas, revoloteando, ladeándose, descendiendo en picado, virando, como una ola negra con el cielo lleno de humo de fondo. Prior y Sarah las observaron, boquiabiertos, ebrios ante la visión de tantísima libertad, mientras sus manos entrelazadas se soltaban, capaces, por fin, de no pensar en nada, a medida que el tren entraba a golpe de vapor.

6

Después del té, le llevó a Kath su álbum fotográfico a la habitación. Cuando venía de visita, solía traer instantáneas de familiares y amigos, porque sabía cuánto disfrutaba ella con eso. Estaba sentada en la cama, llevaba el pelo moreno apagado recogido con un lazo azul y una mañanita rosa echada por encima de los hombros. Azul y rosa: los colores de la habitación de los niños. Le quitó la bandeja del regazo y le entregó el álbum y las fotografías.

Ella se concentró en un grupo de trabajadores del Empire Hospital.

—Sales con tu típica expresión de «no quiero que me hagáis fotos» — dijo ella, levantándola para verla a la luz.

—Bueno, es que no quería.

Ella ya había empezado a ponerle pegamento en el reverso.

—¿Es verdad que los nativos creen que la cámara les roba el alma?

—Algunos. Los sensatos.

Ella presionó su pañuelo con cuidado por los bordes de la fotografía, para recoger el pegamento que se escapaba.

—En ésta sale muy bien el doctor Head.

—Ah, a Henry no le preocupa eso, no tiene alma.

—Will.

Él miró la bandeja.

—No has comido mucho.

—Me alegro de que Ethel se tome unos días de descanso. Ha sido un año espantoso.

Las bombas habían caído en Ramsgate sin parar y habían matado a numerosísimos civiles, sobre todo mujeres y niños. Como resultado, la salud de Kath, que llevaba tiempo siendo un motivo de preocupación, se había

deteriorado de forma drástica. Ethel, que había cuidado de su padre anciano y luego de su hermana pequeña inválida, había empezado también ella a mostrar signos de sobreesfuerzo, y los hermanos varones habían decidido que había que hacer algo. Unas vacaciones eran una opción impensable, descartada por la propia Ethel —ni podía ni quería—, pero había accedido a pasar un fin de semana largo con unos amigos.

—Eso debe de ser el coche —dijo Rivers—. Será mejor que baje la maleta.

Encontró a Ethel en el vestíbulo, prendiendo un alfiler a su sombrero.

—Veamos —dijo ella, incapaz de relajarse—, ¿tienes el número de teléfono?

—Sí.

—¿Seguro que lo tienes?

—Sí. —La empujó con delicadeza hacia la puerta.

—No, escucha, Will. Si te preocupas por cualquier cosa, no lo dudes, llama al médico.

—Ethel, yo soy médico.

—No, me refiero a un médico de verdad.

Él seguía sonriendo cuando regresó escaleras arriba.

—¿Se ha ido ya?

—Sí, tuve que empujarla para que saliera, pero ya se ha ido. ¿Has acabado de pegarlas?

Le quitó el álbum y comenzó a pasar las páginas, deteniéndose ante una fotografía en la que aparecía él junto a los demás miembros de la expedición del estrecho de Torres. Descalzos, con los brazos desnudos, barbudos, bronceados y luciendo una colección de sombreros verdaderamente infames, parecían a todas luces una producción de bajo presupuesto de *Los piratas de Penzance*. La flor y nata de la antropología británica, pensó, Dios nos asista. Pasó unas cuantas páginas más, deteniéndose ante una instantánea de su época en Heidelberg. ¿Qué diantres le había hecho creer que aquellas patillas eran buena idea?

—Sabía que te detendrías aquí —dijo Katharine—. Es ella, ¿verdad? La robusta.

—¿Alma? Pues claro que no. —En su momento, sus hermanas se habían

burlado de él sin piedad, porque casualmente aparecía junto a Alma en una fotografía—. De todas formas, no era robusta, era... ancha.

—Era robusta. Estábamos convencidas de que te ibas a casar con ella, ¿sabes? Era la única mujer con la que te habíamos visto.

—Eso tampoco es verdad. ¿No te acuerdas de todas las jovencitas que mamá invitaba a tomar el té?

—Me acuerdo de ti escabulléndote escaleras arriba para huir de ellas. Eras igual que el señor Dodgson. Él también lo hacía.

Kath a veces combinaba la ingenuidad con la perspicacia de un niño.

—¿Igual que Dodgson? Dios no lo quiera.

—No te caía bien, ¿verdad?

Vaciló.

—No.

—Estabais celosos. Tú y Charles.

—Sí, creo que sí. Ajá, ésta es la niña que buscaba —dijo, levantando una fotografía de una niña pequeña con un vestido blanco. Hasta en color sepia desvaído se podía distinguir la niña tan extraordinariamente hermosa que había sido.

La luz de la lámpara de pie caía sobre un lado de la cara de Dodgson cuando abrió el libro.

—¿N-no deberíamos es-esperar a K-K-K-Kath? —preguntó, con el nombre coagulándosele en la lengua.

Sentado en el sofá junto a Charles, Will pensó: Eso es porque es el mismo sonido que la ce fuerte. La ce era la peor consonante de Dodgson. La efe y la eme, las suyas.

—No, creo que deberíamos empezar —dijo su padre—. No es justo tener a todo el mundo esperando sólo porque Kath llegue tarde.

—No tardará en llegar —dijo madre—. Su estómago es un buen reloj.

—¿No es-está usted p-p-p-preocu...?

—No, la verdad. Ella sabe que no debe salir de la finca.

Will interceptó una mirada entre sus padres. Madre no debería haber acabado la frase del señor Dodgson de esa forma. Se suponía que había que dejar que las personas siguieran a trancas y a barrancas, por mucho que

tardaran.

El señor Dodgson se trastabillaba menos cuando leía. ¿Y por qué era eso? ¿Porque se sabía las palabras tan bien que no tenía que pensarlas? ¿O porque, aunque su voz sonase fuerte, en realidad estaba leyendo sólo para Ethel, que estaba sentada hecha un ovillo en el recodo de su brazo, desde donde podía ver los dibujos? Nunca tartamudeaba mucho cuando hablaba con las niñas. ¿O era porque éstas eran sus propias palabras y estaba dispuesto a sacarlas a toda costa? Estaba claro que no era porque estuviese pensando en los movimientos de su lengua, que era lo que padre decía que debías hacer.

—La madriguera —leyó el señor Dodgson, o más bien recitó, pues no miraba a la página, sino a la coronilla de Ethel— continuó en línea recta como un túnel durante un trecho y luego se hundió de repente bajo sus pies, tan de repente que Alicia no tuvo tiempo de pensar en detenerse y se encontró cayendo por lo que parecía un pozo muy profundo.²

Kath irrumpió en la sala, acalorada, sucia, despeinada, arrastrando el sombrero de su largo lazo azul, con manchas de frambuesas en torno a la boca y manos mugrientas manchadas de saliva de cuco. Se fue derecha al señor Dodgson y le entregó un ramo de flores cuyos tallos se habían marchitado por el calor y le caían mustios por un lado de la mano.

Él las cogió y se quedó allí sentado con cara de bobo, sin saber dónde ponerlas, hasta que algo llamó su atención.

—Mira —dijo él— ti-ti-tienes una m-m-m-mariquita en el p-pelo.

Kath se quedó de pie, respirando concentrada por la boca, mientras él separaba con cuidado los mechones de pelo y persuadía al insecto para que subiera a la punta de su dedo. Se la mostró y luego se levantó con cuidado, con la intención de llevarla hasta la ventana, pero los fragmentos color escarlata se separaron, las alas negras se extendieron, y el insecto salió volando, un punto oscuro en el aire azul.

Dodgson se sentó, atrajo a Katharine hasta su regazo, rodeó a Ethel con el otro brazo y cogió el libro.

—... bueno —dijo, y todos se echaron a reír.

—¿Te acuerdas de cómo odiabas a las serpientes? —dijo Kath, recostándose sobre las almohadas con la luz del sol sobre su pelo encanecido.

—Sí, me acuerdo.

Él estaba pensando que todo el curso de la vida de Kath había consistido en una limitación a un espacio cada vez más y más reducido. De niños, los dos habían disfrutado de cuarenta hectáreas de bosques y campos seguros en los que vagar a su antojo, pero desde entonces la vida de él se había expandido: la facultad de medicina, la vuelta al mundo como médico naval, Alemania, el estrecho de Torres, la India, Australia, las islas Salomón, las Nuevas Hébridas. Y durante ese mismo periodo, la niñita que se había pasado el día deambulando de acá para allá por los campos y los bosques se había convertido en la más joven de las dos señoritas Rivers, bajo el escrutinio de los feligreses de su padre, la habían llamado al orden ante la menor falta de decoro, y luego, tras la jubilación de su padre, una casita en Ramsgate, una salud en continuo deterioro, el confinamiento a la casa, luego al dormitorio, ahora a la cama. Y pese a todo, intrínsecamente no era más neurasténica de lo que él mismo lo era. Pero una buena mente necesita tener algo de lo que alimentarse, y la suya, privada de otro sustento, se había alimentado de sí misma.

—Creo que de lo que más me acuerdo —dijo él pausadamente— es de las interminables partidas de croquet. —Ay, Dios mío, recordó, durante horas y horas, con un sol rojo gigantesco suspendido por encima de los árboles, el cuerpo de Dodgson formando un aro en torno al de Kath, sus manos rodeando las de ella, el chasquido de los mazos sobre las pelotas, y la voz de madre flotando sobre la hierba para preguntar cuánto tiempo más pensaban jugar. Ya iba siendo hora de que Kath entrase—. Croquet matemático —dijo Rivers—. No podía ganar nadie.

—Yo solía ganar —lo contradijo su hermana.

—Él te ayudaba a hacer trampas.

—Sí. —Una leve sonrisa—. Lo sé.

Una vez, en el río, Dodgson había intentado recogerle las faldas a Kath con alfileres para que pudiera chapotear por la orilla. Ya lo había hecho antes muchas otras veces, de hecho llevaba imperdibles en las solapas con esa única finalidad, pero esta vez ella lo apartó de un empujón. ¿Por la intensidad con la que la había mirado? ¿Por cómo la había tocado? Su madre le había hablado a Kath con severidad, pero Dodgson había dicho: «No, déjela tranquila».

—Es una pena que perdiéramos sus cartas —dijo Rivers.

—Ay, y los dibujos. Desapareció una caja entera de cosas. Estoy seguro de que aquella pintura del tío Will también se perdió en aquel entonces...

—No la recuerdo.

—Sí, sí que la recuerdas.

—¿Dónde estaba?

—En lo alto de las escaleras. No había manera de ponerla en la sala de estar, era demasiado espantosa.

—¿De qué era?

—Del tío William mientras le cortaban la pierna. Y había alguien esperando con una especie de caldero lleno de brea caliente para verterlo sobre el muñón.

—¿Estás segura?

—A ti no te gustaba. Cuando bajábamos las escaleras por la mañana, me daba cuenta de que no la mirabas. Hacías así. —Volvió la cabeza hacia un lado.

—Vaya, me sorprendes.

Una sonrisa recatadamente triunfal.

—Me acuerdo de más cosas que tú.

No obstante, incluso a la vez que ella hablaba, se le vino a la cabeza un vago, vaguísimo recuerdo de su padre alzándolo para que mirara algo. Una extraña sensación de desnudez en la nuca.

—Padre lo intentó con todas sus fuerzas con Charles y conmigo, ¿verdad?

—Contigo más que con Charles.

—Ah, bueno, sí, yo era el conejillo de indias, ¿no? El primogénito siempre lo es. —Una amargura en su voz más honda de lo que era capaz de explicar. No le dio importancia—. Voy a preparar leche con cacao para los dos, ¿te parece? Y creo que deberías intentar dormir un poco.

—¿Te acuerdas de cómo odiábamos las serpientes?

—Sí, me acuerdo.

Ése es el problema, pensó Rivers, quitándose la camisa en el dormitorio de invitados que antaño había sido el estudio de su padre, recuerdo su niñez mejor que la mía. Aunque la vida de otra persona, vista desde fuera, siempre posee una forma y una nitidez de las que la propia carece.

Era extraño que no recordase aquel cuadro cuando Kath, diez años más joven, lo recordaba con tanta claridad. Seguro que se lo habían enseñado muchas, muchísimas veces. Lo habían llamado así por William Rivers, el guardiamarina del *Victory* que en su juventud había disparado al hombre que a su vez había disparado a Lord Nelson. O ésa era la leyenda familiar. Y el gran hombre, en su lecho de muerte, no se había permitido ninguna tontería afectada sobre besar a Hardy, ni tampoco había encomendado a Lady Hamilton la conciencia de una nación agradecida. No, sus últimas palabras habían sido: «Cuídenme al joven Will Rivers». Y el joven Will Rivers había necesitado que lo cuidaran. Lo habían herido en la boca y en una pierna, que le habían tenido que amputar. Sin anestesia, ya que no contaban con más anestesia que el ron. Y luego brea caliente para cauterizar el muñón que chorreaba. Dios mío, era todo un milagro que alguno de ellos sobreviviera. Y durante toda la terrible experiencia —de nuevo, parte de la leyenda familiar—, no había chillado ni una sola vez. Había sobrevivido, se había casado, había tenido hijos y había llegado a ser el encargado del Greenwich Hospital. Había un busto suyo allí, en el Painted Hall.

Bueno, eso sí recordaba que lo habían llevado a verlo. ¿Fue aquélla la vez en que su padre lo levantó para que mirara? No, tendría unos ocho o nueve años.

Y entonces lo recordó. Muy de pasada, una burbuja explotando en la superficie. Le habían cortado el pelo, le acababan de calentar el trasero, sí, eso era, sentía el cuello raro, y también las piernas. Y estaba llorando. Sí, todo volvía ahora. Había dejado a su padre en evidencia en la barbería chillando como un descosido. Le estaban cortando trocitos, trocitos de su cuerpo estaban cayendo al suelo. Su padre lo mandó callar y, al ver que no surtía efecto, le propinó un tortazo en la pierna. Profirió un grito ahogado por la impresión, se le llenaron los pulmones de aire y chilló aún más fuerte. Entonces ¿le habían enseñado el cuadro para darle una lección? No te comportes así, compórtate como él. «Él no lloró —había dicho su padre, mientras lo sostenía en el aire—. No dijo ni pío».

Y yo llevo tartamudeando desde entonces, pensó Rivers, propenso a verle el lado cómico a las cosas. Aunque, ¿qué habría significado aquello... Trafalgar, las guerras napoleónicas... para un niño de cuatro años para el que un día de verano era eterno? Nada, no podía haber significado nada. O aún

peor, había significado algo tremendamente sencillo. El mismo nombre, el tortazo en la pierna, la prohibición de llorar. ¿Se había hecho tal vez su propia composición de lugar y había deducido que aquello era lo que te pasaba si te llamabas William Rivers?

Él había evitado mirarlo, dijo Kath, llegando incluso a volver totalmente la cabeza para ni siquiera atisbarlo por error al pasar. ¿Había eliminado también adrede la imagen visual de aquello, de forma que le resultase imposible verlo incluso con la imaginación? Prior, al enterarse de que Rivers atribuía su carencia casi total de memoria visual a un episodio de su infancia que había logrado olvidar, le había dicho con crudeza: «O lo violaron o lo maltrataron... Fuera lo que fuese, extirpó el recuerdo de su imaginación con tal de no tener que seguir viéndolo. ¿Es eso o no es eso lo que ocurrió?». Sí, Rivers se había visto obligado a admitir, aunque había argumentado con contundencia una interpretación menos dramática de los hechos. Podría haber sido algo totalmente banal, había dicho, aunque tal vez aterrador para un niño. Algo tan simple como la espantosa sombra de una bata colgada tras la puerta de la habitación infantil. Los niños no se parecen a los adultos, había insistido. Lo que a ellos los aterroriza a nosotros nos puede resultar banal.

¿Era éste aquel recuerdo eliminado? No lo sabía. ¿Era banal? Bueno, sí, en cierto modo, en comparación con las escabrosas figuraciones de Prior. Una bofetada en la pierna, una lección de masculinidad por parte de un padre afectuoso aunque demasiado escrupuloso. Aquello distaba mucho de unas palizas sádicas o de una agresión sexual. Con todo, no era algo tan banal como parecía en un primer momento. Aquel silencio, para él ahora era ése el meollo de la cuestión, no la sangre, ni la navaja, sino aquella boca cerrada a cal y canto. Todos los días de su vida laboral miraba bocas con tics que una vez habían estado así de cerradas. Vamos, dijo, aunque rara vez con tantas palabras, llora. No pasa nada por llorar. No hay por qué avergonzarse de tener una crisis nerviosa: la presión era insoportable. Pero, también, para de llorar. Levántate. Camina. Por un lado, desconfiaba de aquel silencio y, por otro, lo aprobaba, como no podía ser de otra forma, pensó, por ser él hijo de su padre.

Se desplazó a Greenwich en tren, fue a ver el busto en el Painted Hall y luego continuó su viaje en vapor, para llegar a la escalinata de Westminster a

última hora de la tarde. El metro estaba abarrotado, no encontró ningún taxi, y al doblar la esquina de Holford Road, Prior ya estaba allí, de pie en los escalones de la entrada.

—¿Ha llamado? —preguntó Rivers.

—No, le vi venir. ¿Ha estado en el hospital?

—No, acabo de volver de Ramsgate. —Introdujo su llave en la cerradura —. Será mejor que crucemos el vestíbulo de puntillas...

Prior sonrió, pues en el pasado se había topado ya muchas veces con la casera de Rivers.

—Vía libre —dijo Rivers.

Subieron las escaleras uno al lado del otro, y Rivers reparó en la facilidad con que respiraba Prior. Algunas veces, durante el verano pasado, había escuchado el paso de Prior en estas escaleras llevando la cuenta de las pausas. Nunca había salido al rellano de arriba a recibirlo, como sí hacía con todos sus demás pacientes, porque sabía lo insoportable que le resultaría ser visto luchando por respirar. Sin embargo, su pecho estaba ahora sorprendentemente despejado, reflejo quizá de la satisfacción que sentía por regresar a Francia. Rivers abrió la puerta de sus aposentos y se hizo a un lado para dejar pasar a Prior.

De una forma u otra, tenía que impedir que este encuentro se convirtiera en un enfrentamiento, como aún tendían a serlo las consultas con Prior. En el momento en sí, Prior disfrutaría de la escaramuza —nada le gustaba más en el mundo—, pero después lo lamentaría.

—Bien, siéntese —dijo Rivers, cogiendo el abrigo de Prior y señalándole una silla junto al fuego—. ¿Cómo está?

—Bastante bien. El pecho funciona. La lengua funciona.

—¿Pesadillas?

—Hmm... Algunas. Tuve una en la que los rostros en las dianas de los revólveres, ya sabe, el espantoso boche gruñón tragabebés, se convertían en caras de gente a la que quiero. Pero sólo después de apretar el gatillo, así que ya era demasiado tarde para hacer nada. Miedo de matarle a usted todo el tiempo.

—Ah, entonces no es una pesadilla de las malas.

Se sonrieron. Rivers pensó que Prior era totalmente inconsciente de lo

que había dicho, aunque aquélla era siempre una presunción peligrosa en el caso de Prior. Tal vez porque recientemente había estado pensando en su propio padre, Rivers era más consciente que de costumbre del fuerte componente padre-hijo en su relación con Prior. Él no tenía hijos; Prior rechazaba totalmente a su padre.

—Ah, por cierto, enhorabuena por su compromiso.

Hmm, pensó Prior. La felicitación de Charles Manning también había sido breve, aunque en su caso la brevedad podría estar justificada, ya que había tenido que sacarse de la boca la polla de Prior para poder articular palabra.

—Gracias.

—¿Han fijado ya la fecha?

—El próximo agosto. Nos conocimos en agosto, nos comprometimos en agosto, así que...

—¿Y cuándo parte para Francia?

—Esta noche. Me alegro de marcharme ya.

—Claro.

Prior sonrió.

—¿Y usted? ¿Cree que estoy listo para volver?

Una ligera vacilación.

—Creo que me quedaría más tranquilo si prestara otras doce semanas de servicio en el país. Lo que en cualquier caso —continuó pese a las interrupciones de Prior— le tendría de vuelta en Francia antes de finales de noviembre.

—¿Por qué?

—Usted sabe por qué. Hace dos meses aún sufría lapsus de memoria. Bastante graves, la verdad. De todas formas, esto es algo puramente hipotético. No fue decisión mía...

Prior se inclinó hacia delante.

—Temí que usted les escribiera.

—Jamás se me pasó por la cabeza que a alguien se le ocurriera mandarlo de vuelta.

—Creo que el oficial médico estaba en contra. O al menos esa fue la impresión que me dio. ¿Cómo iba yo a saberlo? En cuanto a la comisión,

bueno, ellos querían mandarme de vuelta. Yo quería irme.

—¿Por qué cosas le preguntaron? ¿Los nervios?

—No, ni lo mencionaron. No creen en la neurosis de guerra. Le sorprendería la cantidad de comisiones médicas del ejército que no creen en ella.

Rivers resopló.

—Ah, no creo que me sorprendiera. Sea como sea, regresa. Ya tiene lo que quería.

—Ahora mismo no veo el momento de perder de vista Inglaterra.

—¿Alguna razón en particular?

—No es nada, la verdad. Es sólo que ya me han puesto de bastante mala leche. —Vaciló—. Manning me llevó a conocer a Robert Ross. No sé si usted tiene el placer. ¿Por Sassoon?

—Brevemente.

—Me cayó bien, fue encantador... No puedo decir lo mismo de algunos de sus amigos.

Rivers esperó.

—De uno en particular. Al parecer su novio le había dado plantón: se había hecho ilusiones de pasar un apasionado fin de semana y el pobre tipo había decidido que no merecía la pena pagar el billete de tren desde Leeds. Y este hombre, Birtwhistle se llama, iba por ahí diciendo: «Está claro que no se puede uno fiar de ellos. Sus valores son completamente distintos a los nuestros. Son una especie diferente, la verdad, éstos de C.O.». Sonrisita burlona.

Rivers puso cara de no entenderlo.

—Clase obrera. O monóxido de carbono. Los hombres a los que les están reventando los huevos a tiros para que él pueda seguir siendo el lirio del estercolero. Por Dios, me ponen enfermo.

—Estoy seguro de que usted se defendió como gato panza arriba.

—No, y eso es lo que me molesta. Todo se enredó por la cuestión de que yo era un invitado y debía comportarme con educación. Con Ross, claro está, no con él. De todas formas decidí darle a este imbécil su merecido, así que más tarde nos retiramos a la planta de arriba.

—¿Usted y Manning?

—No, yo y Birtwhistle. Birtwhistle y yo.

—No suena demasiado como un castigo.

—Pues lo fue. No hay nada como la humillación sexual, Rivers. De eso no se olvida nunca nadie.

Rivers miró a aquellos ojos poco fiables y pensó: Dios mío, no querría ser yo quien lo contrariase. Aunque lo había contrariado muchas veces, durante el transcurso de la terapia, y también había rechazado más de una invitación a «retirarse a la planta de arriba».

—Cuánto me gustaría que su última velada hubiese sido más agradable.

Prior se encogió de hombros.

—No estuvo mal. Es sólo que... resulta que él representa todo lo que hay en Inglaterra por lo que no merece la pena luchar. Lo que lo convirtió en una compañía bastante vigorizante. —Eché un vistazo a su reloj—. Será mejor que me vaya. Quiero coger el tren de medianoche.

Rivers dudó.

—No piense por favor que, porque yo personalmente hubiese recomendado otros tres meses en Inglaterra, no tengo toda la confianza del mundo en su capacidad para... para...

—Cumplir con mi deber con el rey y con el país.

—Sí.

—Rivers, usted está convencido de que yo no debería volver.

Rivers dudó.

—La comisión de Craiglockhart recomendó servicio permanente en el país y no lo hizo a causa de sus nervios, sino basándose tan sólo en su asma. No he visto nada que me haga cambiar de opinión.

Prior lo miró, sonrió, y le dio sendas palmadas en los brazos.

—Tengo que irme.

Mientras iba a por el abrigo de Prior, pausadamente, Rivers dijo:

—¿Recuerda lo que una vez me dijo sobre que los-los-los que volvían eran los que de verdad sentaban un precedente? ¿En el sentido de descubrir si una terapia en concreto funciona?

—Sí, lo recuerdo. —Otra sonrisa—. Lo estaba chinchando.

—Y cuándo no. Bueno, pues simplemente me hace pensar que en realidad usted está mejor preparado que la mayoría de las personas para observar ese

proceso. Creo que tiene usted una gran capacidad para tomar distancia.

—«Qué sangre fría tiene el cabroncete» —tradujo Prior, y luego reflexionó un instante—. Me está usted dando un balón de fútbol para que lo mande de una patada al otro campo, ¿verdad? ¿Se acuerda de esa historia? Los de Suffolk mandando un balón de una patada hasta el otro lado de tierra de nadie cuando sonaron los silbatos en el Somme. Una puñetera locura.

—No, la batalla fue una locura. La pelota de fútbol fue algo sensato. Quien fuera que les ordenase hacerlo era muy buen psicólogo.

—¡Ah!

—Pero sé a lo que se refiere. Se ha convertido en el tipo de incidente que uno ya no puede tomarse en serio. Aunque yo no estoy seguro de que sea cierto, ya ve. Supongo que lo que deberíamos preguntar es si un ideal queda invalidado porque se engañe a las personas que lo sostienen.

—Si sostenerlo los convierte en unos ingenuos idiotas, sí.

—¿Lo eran?

—Si lo eran, no soy el más indicado para decirlo. Yo voy a volver.

Rivers sonrió.

—¿Entonces no quiere usted mi balón de fútbol?

—Todo lo contrario, creo que es una idea excelente. Le enviaré el resultado durante el descanso del partido.

Rivers le entregó su sobretodo después de examinarlo.

—Me impresiona.

—También lo impresionaría el precio. —Prior comenzó a ponérselo—. ¿Sabe que también los hacen con forro de seda escarlata?

—¿Sobretodos militares?

—Sí. Vi uno en el Café Royal. Sobre los hombros de uno de mis antiguos colegas de inteligencia. El efecto fue bastante asombroso cuando cruzó las piernas, sutil, ya sabe, como el trasero de un babuino. Al parecer su trabajo consiste en quedarse allí sentado y «llamar la atención de elementos antibelicistas».

—¿Lo hacía?

—Llamaba la atención, eso seguro. No sé qué opinaban sus acompañantes sobre la guerra. Otra cosa que me hizo alegrarme de largarme de allí. —Le tendió la mano—. No baje.

Rivers le tomó la palabra, pero fue hasta la ventana del dormitorio y miró afuera, levantando la cortina un par de centímetros hacia un lado. La voz de la señorita Irving, una despedida entre risas, y entonces apareció Prior, de escorzo, bajando los escalones de prisa.

En Vao existía una costumbre por la cual, cuando nacía un bastardo, algún hombre importante de la isla lo adoptaba y lo criaba como suyo. El niño lo llamaba padre, y crecía rodeado de amor y cuidados; más adelante, al alcanzar la pubertad, se le concedía el honor, como correspondía al hijo de un gran hombre, de liderar la ofrenda del cerdo expiatorio, uno de los jabalíes de colmillos enormes con los que se medía la riqueza de las personas. Le regalaban brazaletes nuevos, collares nuevos, una funda nueva para el pene y luego, delante de toda la comunidad —todos sabían lo que estaba a punto de suceder—, él conducía al animal hasta la piedra del sacrificio, donde aguardaba su padre con el garrote levantado. Y, en cuanto el niño se acercaba, bajaba el garrote y aplastaba el cráneo de su hijo.

En una de las iglesias de su padre, la de Saint Faith, en Maidstone, la vidriera a la izquierda del altar muestra a Abraham con el cuchillo alzado para dar muerte a su hijo y, bajo las figuras humanas, un carnero atrapado por los cuernos en un matorral. Los dos episodios representaban la diferencia entre barbarie y civilización, pues en el segundo escenario, la voz de Dios está a punto de prohibir el sacrificio, y será obedecida. Se había arrodillado ante aquel comulgatorio durante años, domingo tras domingo, recibiendo el cáliz de manos de su padre.

Tal vez, pensó Rivers, observando cómo la cabeza de Prior avanzaba subiendo y bajando detrás del seto hasta desaparecer de su vista, el recuerdo de los dos sacrificios había regresado por todo lo que últimamente había reflexionado acerca de padres e hijos, aunque deseó que este recuerdo en concreto hubiese elegido otro momento para aflorar.

SEGUNDA PARTE

7

29 de agosto de 1918

Hace ya bastante tiempo que compré esto en una papelería a pocos metros de Fleet Street. Desde entonces lo he llevado conmigo a todas partes, sin estrenar, sobre todo por ser tan elegante. Lo compré por las tapas jaspeadas y las gruesas páginas color crema y desde entonces esas mismas páginas me han estado diciendo: Largo de aquí, ¿qué podrías escribir tú en nosotras que mereciera la pena leer? Es una tienda maravillosa, una auténtica papelería de las antiguas. Papelerías, librerías de ocasión, ferreterías. Ahora mismo siento una enorme necesidad de concentrarme en los pequeños placeres. Si el conjunto de la vida de alguien puede resumirse y sostenerse en la palma de una mano, en el momento vivo, entonces el tiempo no significa nada. Un mundo sin fin, amén.

Un montón de mierda. Hechos es lo que nos hace falta, hombre. Hechos.

Llegué a Londres y me topé con que no había mozos ni taxis y los hoteles estaban llenos. Charles Manning en el andén (el tren llegó tan tarde que estaba seguro de que ya se habría marchado a casa), ofreciéndome, como solución, la habitación que tiene alquilada en Half Moon Street «para las noches en que trabaja hasta tarde en la oficina y no quiere molestar a la familia». Venga ya, Charles, quise decirle. Soy yo, ¿recuerdas? Hubiera preferido a toda costa patearnos unos cuantos hoteles más, pero él cojeaba de mala manera, saltaba a la vista que le dolía y estaba cabreado conmigo por volver al frente cuando podía haberme instalado cómodamente en el Min. de Mun. y dedicarme al papeleo sentado frente a un escritorio, como él. (Si lo aceptaran, él regresaría a Francia mañana mismo.)

Al llegar a Half Moon Street subimos directamente a la planta de arriba y

él sacó una botella de whisky. No era malo (aunque tampoco el que él mismo bebe) y esperé a que hiciera lo que, dadas las circunstancias, cualquier otra persona habría hecho: cobrarse el alquiler. No lo hizo, por supuesto. Estoy rodeado de gente respetable. Pensé: Ay, por el amor de Dios, si no tienes las agallas de pedirlo, aguántate sin ello, coño. Me sentía cansado y pegajoso y necesitaba un baño. Al cabo de diez minutos de pasarme agua jabonosa por la entrepierna y whisky por las tripas, empecé a sentirme mejor. Lo consulté rápidamente conmigo mismo en el espejo del cuarto de baño, empañado, rosa y cómplice; regresé al dormitorio y dije: Venga, vamos contigo. A los pies de la cama. Le gusta el papel de dominado, como suele pasarle a la gente que jamás en la vida ha necesitado alzar la voz para tener a otros a sus órdenes.

Luego salimos a cenar, regresamos, Charles se quedó un rato, lo bastante para presentarme a Ross, un hombre extraordinario, de rasgos bastante achinados, y no sólo físicamente, hace pensar en una civilización muy antigua. Le estreché la mano y pensé: Estoy estrechando la mano que... A ver, la conexión con Wilde está ahí. Y me sentí como en casa en esta pequeña comunidad más bien atribulada. Atribulada, porque Ross cree que lo van a detener, cree que todo el asunto absolutamente repugnante de Pemberton Billing les ha dado *carte blanche* para seguir adelante y hacerlo. Puede que esté exagerando el riesgo, parece enfermo, tiene toda la pinta de que no duerme y no puede parar de cavilar, pero es cierto que un par de ellos, incluido Manning, no descartan una detención. Un ambiente placentero pese a todo. Soldados que no son militaristas, pacifistas que no son mojigatos, y charlan unos con otros. Eso sí que es un milagro.

Pero luego está Birtwhistle. Es profesor universitario en Cambridge, muy inteligente, eso dicen. Curiosamente, se enorgullece de ostentar un conocimiento de la sociedad británica más amplio que el de la persona media, es decir, se la mete por el culo a muchachos de clase obrera. Podría hasta ser cierto, supongo, aunque el equivalente heterosexual no se enorgullece de ampliar su experiencia social cada vez que hace una escapadita para echar un polvo rápido en Bethnal Green. Ah, pero eso son relaciones, que diría Birtwhistle. Que realmente dijo. Querencias, ni más ni menos. Y aun así hablaba de su amante de clase obrera, su C.O., con un tono de soberano desdén. Y no logró ubicarme a mí, o no con suficiente precisión. Tanto hablar de su amplio conocimiento. Después de aquello jugué con él a un juego

bastante cruel y enrevesado, que en su momento me produjo una gran satisfacción, pero que ahora me hace sentir contaminado, como no me sentiría si le hubiese dado una patada en los huevos (algo que, por otro lado, habría sido más amable).

Manning —después de que folláramos— se puso muy raro. Un abismo se abrió entre nosotros. En parte porque él no había planeado que ocurriera —o creía no haberlo planeado— y en parte por el mero hecho de que yo vuelvo al frente y él no. Cinco centímetros de sábana entre nosotros: kilómetros y kilómetros. Me alegré de que se marchara y me alegro aún más de que ahora no esté aquí. En el sexo, muy pocos placeres están a la altura de una cama estrecha y unas sábanas frescas y limpias. (Una reflexión postcoital donde las haya.)

30 de agosto

Hoy recogí mi abrigo. Ni siquiera voy a anotar cuánto me ha costado, pero es cálido, ligero y queda bien, y me hace falta todo eso.

Di vueltas el resto del día sin hacer gran cosa. Cené en mi habitación de Half Moon Street. Luego vi a Rivers. Me había propuesto de antemano no pedirle su opinión sobre mi regreso a Francia —y en particular no preguntarle si creía que yo estaba en condiciones de volver—, pero al final se lo pregunté y como era de esperar me molestó la respuesta.

Mientras charlábamos, tuve una percepción muy clara —supongo que porque llevo una buena temporada sin verlo— de que su poder sobre las personas, el poder de curar, si se prefiere, emana directamente de una suerte de herida o deformidad en él. Tiene un montón de puntos fuertes, pero no trabaja con esa fortaleza. Es difícil decir esto sin que suene paternalista, que no es como me siento. De hecho, para mí es lo mejor que tiene —bueno, lo único que lo hace soportable, la verdad—, que no se sienta detrás de su escritorio erigiéndose implícitamente como una suerte de estandarte de la salud mental. Una vez me dijo que la mitad de todo el trabajo del mundo lo llevan a cabo neuróticos incurables, y creo que pensaba en sí mismo. Y en mí.

Llegué a la estación con una hora de sobra y apareció Manning. Ojalá no lo hubiera hecho, pero allí estaba y como es evidente mantuvimos una de esas

horrorosas conversaciones de estación. Los murmullos entre los que se van y los que se quedan son tan espantosos, coño, que es mejor evitar la situación. No obstante, lo superamos, nos miramos el uno al otro por la ventanilla con un alivio recíproco y emprendimos nuestro camino. O al menos yo lo emprendí.

Llegué aquí (Folkestone) de madrugada, agotado. Es por algo que tienen las estaciones de tren, y últimamente yo he estado en muchas. Las despedidas se quedan atrapadas bajo el techo y extraen el oxígeno del aire. No hay ningún otro motivo para que me sienta así.

Sábado, 31 de agosto

Me desperté cansado. Pero me levanté de todas formas, para no perder el tiempo —«perder el tiempo», «matar el tiempo» empiezan a ser frases en las que te fijas— tumbado en la cama; me senté en el balcón un rato a ver amanecer y decidí hacer lo que la gente siempre piensa en hacer, luego se lo repiensa y se acuesta de nuevo: decidí ir a nadar antes de desayunar. Así que tiré para la playa. Remoloneé sobre los guijarros de la orilla, me obligué a mí mismo a no ser tan débil y todo eso, y me zambullí. Agua gris perla, helada, como un puñetero témpano, pero tras la primera impresión, la euforia total. Después me quedé un rato de pie, metido hasta las rodillas, sintiendo el empuje y el arrastre de las olas alrededor de las piernas, ni en el mar ni en la tierra. Maravilloso. Todavía la luz oblicua de primera hora de la mañana. Rastros de gusanos en la playa muy prominentes, el sol proyectando sombras gigantescas de cosas pequeñas, y recordé la playa a las afueras de Edimburgo donde le hice el amor a Sarah por primera vez. Regresé sin detenerme y le escribí. Luego paseé por el pueblo, concediéndome pequeños caprichos, bombones y cosas así, y evitando a otros oficiales.

Vi a Hallet con su familia, con cara de desesperación. Todos la tenían, pero me refería a Hallet en particular. El pobre mocoso está teniendo una despedida de estación que dura ya días. Saludé con la mano y seguí mi camino.

A bordo

Hay gente jugando a las cartas bajo la cubierta, pero el mar anda bastante revuelto y prefiero quedarme aquí fuera mirándolo. Grandes cúmulos de verde claro en la estela, entrelazados con una espuma espesa, y golondrinas de mar revoloteando, o más bien cabalgando: sólo necesitan un mínimo ajuste en las alas para mantenerse inmóviles. Y se acercan bastante.

Vi desaparecer los acantilados. Intenté pensar en algo a la altura de las circunstancias y se me ocurrió: «Si de Inglaterra te alejas, Francia está menos distante», y luego no me pude quitar de la cabeza la puñetera frase, no dejaba de darle vueltas y vueltas.

Hallet subió y se quedó a unos metros de distancia, sin querer interrumpir lo que consideró una afectuosa despedida de la madre patria. Al final cedí, nos sentamos y charlamos. Cargado de idealismo. Yo habría preferido la Morsa y el Carpintero.

Salta a la vista que Hallet me ha adoptado. Como uno de esos pequeños peces pilotos, o las golondrinas para el caso. Se cree que, porque yo ya haya estado antes tres veces, sé de qué va la cosa. Parece un chaval bastante listo. Me pregunto cuánto tardará en descubrir que nadie sabe de qué va la cosa.

Domingo, 1 de septiembre

Étaples, un poquito menos atroz de como lo recuerdo. Aun así, un pelotón de hombres pasó por mi lado soportando el acoso de los soplones, que les gritaban insultos a la cara más o menos como siempre habían hecho. Y tú piensas: De acuerdo, tiene que ser atroz, piensas en para qué los endurecen, pero en realidad ése no es el quid de la cuestión. La responsable de casi toda la auténtica repugnancia de este lugar es la impersonalidad, joder. Nadie conoce a nadie. Llevas a los hombres de las tropas de acá para allá, pero ellos no te conocen, no confían en ti (¿por qué habrían de hacerlo?) y tú no inviertes nada en ellos.

El mismo sentimiento, de forma más suave, se da entre oficiales. Dormimos en dormitorios colectivos, y la sensación es la misma que en las grandes salas de los hospitales: se sacrifica la privacidad sin que se gane ninguna intimidad.

Hallet está en la cama de al lado. Se sentó en la cama esta tarde y me enseñó una fotografía de su chica, o debería decir prometida. Los padres de él

creen que es demasiado joven para casarse, con lo que él discrepa ferozmente, señalando que sí es lo bastante mayor para esto. Claro que yo tampoco creo que sea lo bastante mayor para esto, pero no lo digo. En vez de eso, le conté que yo también estaba prometido y le enseñé una fotografía de Sarah. Y luego nos quedamos allí sonriéndonos como pasmarotes, sintiéndonos como auténticos idiotas. O al menos yo.

Miércoles, 4 de septiembre

Qué rápido pasa aquí el tiempo. Hay bastante que hacer durante el día, y una buena cantidad de tiempo libre. Pero el ambiente es horrible. El comedor de oficiales tiene un linóleo arañado y sin color, el color del sufrimiento, si es que el sufrimiento tiene un color, y una gran mesa redonda en el centro, cubierta de ejemplares sobados y doblados de *Punch* y de *John Bull*, exactamente igual que la sala de espera de un dentista. El mismo miedo que lo invade todo. La misma reticencia a perder el tiempo con personas que, de todas formas, probablemente no volverás a ver de nuevo.

Salgo cada vez que puedo. Hoy caminé kilómetros, enormes estribaciones arenosas barridas por el viento, y una larga hilera de pinos raquíuticos que se inclinan para alejarse del mar.

Sábado, 7 de septiembre

Destinado al segundo batallón de los Manchester. Nos vamos mañana.

Ahora es de noche, y todo el mundo anda garabateando algo, contando a los suyos la noticia, o al menos todo lo que nos dejan contar. Miro de un lado a otro del dormitorio y casi no se oye ningún otro ruido que no sea el de las páginas al pasar, y aquí y allá el trazo de una pluma. Todas las noches lo mismo. Y no sólo cartas, no. Diarios. Poemas. Al menos dos aspirantes a poetas tan sólo en este barracón.

¿Por qué?, debes preguntarte. Creo que es una forma de reclamar inmunidad. Los narradores en primera persona no pueden morir, así que mientras sigamos contándonos la historia de nuestra propia vida estamos a salvo. Ja, y una mierda, ja.

8

Rivers se dio la vuelta para ver el sol hincharse y enrojarse mientras se hundía, un disco brutal y sangriento, surcado por torres de campanarios y chimeneas de fábricas, oscurecido por una bruma de humo flotante, marrón y amarillo.

Había salido a pasear por Hampstead Heath porque se sentía enfermo y necesitaba despejar la cabeza antes de ponerse manos a la obra con sus tareas vespertinas, pero no estaba sirviendo de mucho. A cada paso se sentía peor, le dolían los músculos, le escocían los ojos, tenía la garganta irritada, la piel pegajosa. Al regresar a su habitación alquilada, ya tenía decidido que se saltaría la cena y se iría derecho a la cama. Llamó a la puerta de los apartamentos privados de la señora Irving, le contó que no se sentía bien y no se quedaría a cenar, y a través de la puerta abierta atisbó el retrato de su hijo muerto, colgado sobre la repisa de la chimenea, con flores debajo y un candelabro a cada lado.

Mientras subía despacio las escaleras, deteniéndose a menudo para apoyarse en la barandilla, Rivers pensó en lo que acababa de ver: el retrato, las flores. Un santuario. Que no se diferenciaba en lo esencial de las casas de calaveras de Pa Na Gundu que había visitado con Njiru. El mismo impulso humano en funcionamiento. Era difícil saber cómo interpretar estos destellos de reconocimiento transcultural. Desde un punto de vista estrictamente profesional, casi no tenían ningún significado, pero la cuestión es que uno no vivía dichas experiencias como un ente inteligente antropológico e incorpóreo, sino como hombre, y como hombre uno debía interpretarlos de alguna forma.

En cuanto se acostó empezó a sentir escalofríos. Notaba las sábanas frías en contacto con las piernas calientes. Durmió y soñó con el campo de croquet

de Knowles Bank, con su madre ataviada de un largo vestido blanco saliendo a llamar a los niños para que entrasen, con el sol poniéndose sobre el bosque y proyectando sombras muy largas y delicadas sobre el césped. Las sombras de los aros eran particularmente largas y espantosas. Llevaba varios minutos despierto cuando se dio cuenta de que intentaba recordar las reglas del croquet matemático, tal como las concibió Dodgson, y de que en realidad se sentía angustiado por no lograr recordarlas. Luego se percató de que, pese a estar ahora totalmente despierto, seguía viendo el césped, lo que significaba que su fiebre era muy alta. Siempre que tenía fiebres altas, su memoria visual volvía, lo que le concedía un placer secreto y confusamente embarazoso por estar enfermo. No lograría dormirse de nuevo, estaba demasiado caliente, así que se limitó a quedarse tumbado y dejar que su recién recobrada memoria visual vagase.

En el *Southern Cross*, durante la travesía hasta Eddystone, de pie en la cubierta había observado la estela de color verde claro surcar el oscuro mar, reacio a cambiar la leve brisa por el calor viciado bajo la cubierta.

En una de las escalas subió a bordo un grupo de indígenas: los hombres vestían viejos trajes europeos, las mujeres, vestidos estampados de flores. Algunas de ellas iban con los pechos al aire, pero la mayoría había estado sin duda sometida a la influencia de las misiones. Allí agachados, parecían un pequeño remanente lastimoso, una parte del pequeño ejército de indígenas desarraigados que erraban sin rumbo de una isla a la de al lado, de un poblado misionero a otro, y no pertenecían a ningún lugar. A primera vista daba la impresión de que todos los poblados misioneros estaban rodeados de conversos, y los profanos en la materia siempre presuponían que se trataba de conversos de esa isla en concreto. Sólo al cabo de un tiempo reparaba uno en esta población desarraigada que viajaba de un poblado a otro, la mayoría desde islas donde el impacto de la cultura occidental había sido especialmente devastador.

Se agachó junto a ellos y, como imaginaba, sus nociones de pidgin le bastaron para hacer posible la conversación. Había elaborado un cuestionario que empleaba en las ocasiones en que era necesario extraer con rapidez la máxima cantidad de información. La primera pregunta siempre era: imagina que tuvieses la suerte de encontrarte una guinea, ¿con quién la compartirías? Esto suscitaba una lista de nombres, nombres que él luego les pedía que

tradujesen en grados de parentesco. Y desde ahí se podía pasar prácticamente a cualquier aspecto de su sociedad.

Cuando intuyó que se estaban cansando, les pagó con sus correspondientes palos de tabaco y se levantó para irse, pero entonces una de las mujeres lo agarró del brazo y tiró de él para que se agachara de nuevo. Pinchándole juguetonamente en el pecho, la mujer recuperó dos palabras en inglés de su pequeña reserva de vocabulario: «Tu turno».

Se hicieron las preguntas de nuevo y en el mismo orden. Cuando él les dijo que, al no estar casado ni tener hijos, no se sentiría por fuerza obligado a compartir su guinea con nadie, al principio se negaron a creerlo. ¿No estaban vivos sus padres? Sí, su padre. ¿Hermanos o hermanas? Un hermano, dos hermanas. ¿Misma madre, mismo padre? Sí. Pero no daba por descontado que compartiría la guinea, aunque tal vez optara por hacerlo.

La mujer que le había tirado del brazo pareció divertida en un principio, y luego, cuando estuvo segura de haberlo comprendido, horrorizada. Y así siguieron. Dado que las preguntas estaban escogidas con sumo cuidado, poco a poco se fueron haciendo una idea —y no una idea imprecisa, sino en algunos aspectos bastante exacta— de la vida de un profesor soltero de la Universidad de Cambridge. La reacción más frecuente era la hilaridad. ¿Y si las preguntas hubieran llevado hasta un terreno más íntimo? Si él hubiera podido, o querido, exponer ante ellos toda la constricción que comporta intentar encajar en la sociedad, vivir bajo la ley y en sus márgenes y fuera de ella, ¿cuál habría sido entonces su reacción? Risas. Habrían seguido riéndose. No habrían sabido cómo compadecerse de él. Levantó la vista hacia el cielo azul y vacío y se dio cuenta de que la visión que ellos tenían de su sociedad no era ni más ni menos válida que la que él tenía de la de ellos. Ningún anciano blanco y con barbas los miró desde arriba y aprobó un conjunto de valores y condenó el otro. Y al reparar en aquello, se derrumbó todo el marco de normas sociales y morales que mantiene a los individuos aprisionados —y cuerdos—, y por un instante se encontró en la misma situación que aquellas personas desposeídas y sin rumbo. Un estado de absoluta caída libre.

Luego, al día siguiente, después de una mala noche, Hocart y él hicieron transbordo a un carguero de vapor para completar la última etapa de su viaje, y allí conoció al lógico producto final del proceso de caída libre —el *plaf* en el suelo, por así decirlo—, Brennan.

Olores a aceite de motor y a copra, a seres humanos sudorosos durmiendo demasiado juntos en el pequeño camarote techado de la cubierta. Por encima de sus cabezas, sin ofrecer ningún punto de referencia claro a ojos del norte, las constelaciones extranjeras volteaban y giraban.

Brennan dormía enfrente. Su perfil, bajo un flequillo de rizos encanecidos, era como el del favorito de un emperador romano en decadencia. Roncaba, gargareaba, dejaba de respirar, gargareaba de nuevo, farfullaba una queja como si creyese que otra persona lo había despertado y se volvía a dormir. Al otro lado del camarote estaba el padre Michael, arrastrando tras él la atmósfera de la facultad de teología que había abandonado hacía no mucho: tazas de leche con cacao y debates hasta altas horas sobre la castidad en los dormitorios de otros. Luego estaba Hocart, que parecía mucho más joven de veinticinco, cuyo labio superior hacía un mohín con cada respiración.

Rivers supuso que al final se había quedado dormido, aunque tuvo la impresión de que no había pasado ni un segundo cuando ya estaban otra vez estirándose y saliendo a trompicones a cubierta.

Los marineros, tras aparecer desde su agujero infecto y mal ventilado junto al motor, fregaron la cubierta y de paso a los pasajeros. Remataron la faena con un cubo de agua fría lanzado a la cara, que lo dejaba a uno ciego y sin resuello. Brennan estaba de pie, con los ojos cerrados y una mano descansando entre sus pechos rechonchos, cual Afrodita hirsuta; el agua le goteaba de la nariz, del prepucio y de los pelos de su escroto arrugado y flácido. Era imposible sentir antipatía por alguien que confería un entusiasmo tan desbordante a la empresa de vivir minuto a minuto.

A medida que el sol ascendía, cayendo a plomo sobre la cubierta humeante, comenzaba la búsqueda de zonas de sombra que duraría toda la jornada. El padre Michael y Hocart a punto estuvieron de llegar a las manos por la actuación de los misioneros en las islas. Hocart era el resultado de una parroquia victoriana y tenía algo de rebelde. Michael obviamente pensaba que había ido a parar entre ateos, o algo peor. Brennan escuchó la discusión, se rascó la cabeza, acumuló flema en la garganta con un sonido sonoro y burbujeante —su entusiasmo por la vida era a veces demasiado— y la escupió en la cubierta, donde la inspeccionó con atención, y Rivers,

maldiciendo su formación médica, se descubrió inspeccionándola también.

—Una vez conocí a un misionero —dijo Brennan, con una expresión de maldad apacible y perezosa—. No hablaba ni papa de la lengua... pero coge y se pone a montar su tinglado... Jesucristo nos salva. Y luego empieza a preocuparse porque llegan todos en tropel pero no consigue que los hijos de puta se arrodillen. Así que va él, se pone de rodillas y dice: «¿Cómo se llama esto?». A ver, ustedes lo saben y yo lo sé —explica Brennan, volviéndose hacia Rivers—, sólo hay una cosa que ellos hacen de rodillas. Llega el siguiente domingo, una congregación como un demonio de grande, coge él y se pone de pie... levanta los brazos. —Miró a Michael y, con un contralto increíblemente puro, entonó—: Folleemos.

Una carcajada estruendosa procedente de la puerta abierta de la sala de máquinas, donde el patrón se limpiaba los dedos con un trapo grasiento.

—Me gustaría que dejaras tranquilo a Michael —le dijo Rivers a Hocart cuando los demás se marcharon bajo cubierta.

—¿Por qué? Es un tipejo arrogante y...

—Es un crío.

Pero Hocart, que también era un crío, no vio la necesidad de apiadarse de él.

Al caer la noche, apretujados en torno a la desvencijada mesa en la que cenaban, no había escapatoria posible de la compañía de los demás. Los codos se rozaban, las rodillas chocaban, los asientos de cuero torturaban las zonas escocidas por el calor. No faltaba el disimulado o mal disimulado rascar de traseros. El patrón se les unió durante la comida, pero participó poco de la conversación, prefiriendo divertirse en silencio. Su oficio lo había convertido en un entendido en malestar social.

Brennan, intuyendo que le caía bien a Rivers, se embarcó en lo que amenazaba con convertirse en el relato de su vida, intercalado con tragos de whisky y grandes revelaciones jadeantes de caries dental. Le mostró a Rivers una fotografía de sus tres bebés morenos revolcándose desnudos unos sobre otros en la tierra. Detrás de ellos, con el rostro, el cuello y los pechos cubiertos de tatuajes, aparecía una chica joven.

—Debe de ser de la isla Lepers —dijo Rivers.

Brennan le quitó la fotografía y se quedó mirándola.

—Sí, exacto. Zorra. —Pareció estar a punto de añadir algo más.

—No sabía que había estado en las Nuevas Hébridas —se apresuró a decir Rivers.

—Empecé por allí.

Había empezado como negrero, al igual que muchos de los comerciantes más antiguos, secuestrando nativos para hacerlos trabajar en las plantaciones de Queensland, y también se mostró franco en cuanto a sus métodos. Hacerse amigo de ellos, invitarlos a bordo, emborracharlos y pan comido. Cuando quieren darse cuenta ya están en alta mar y no pueden hacer una mierda. A las chicas les solía dar un paseíto por la cubierta, ojo. A ver, por qué no, de todas formas ya les van a dar bien por el culo cuando lleguen a las plantaciones.

—¿Sabe? —continuó, inclinándose sobre la mesa en busca de alguien a quien escandalizar y clavando la mirada en Michael, aunque la expresión de Hocart bien podría haberlo convertido en la opción más evidente—. ¿Sabe que en Sydney puede comprar una mujer, blanca, ojo, por cuarenta libras?

—Habría pensado que cuarenta libras era un poco excesivo —dijo Hocart.

—Comprar, hombre, no estoy hablando de alquilar, coño.

—¿Y por qué no lo hizo usted?

—Nah —dijo Brennan con aire taciturno, agitando el whisky dentro de su vaso—. Demasiados años a sus espaldas. A mitad de la luna de miel estarías ya meando erizos hacia atrás. Él sabe de lo que hablo —dijo, señalando a Rivers con el pulgar.

—Todos sabemos de lo que habla —intervino Hocart.

El patrón se inclinó hacia delante, esbozando una auténtica sonrisa de solterona.

—¿Qué les parece una partidita de cartas?

Y ahí se acabó la conversación, a partir de entonces sólo se oyeron los chirridos de la lámpara de alcohol sobre sus cabezas y los palmetazos fofos de las cartas sobre la mesa. Rivers, entretenido, observaba cómo Hocart poco a poco se daba cuenta de que, frente a una reserva cada vez más escasa de monedas, el padre Michael hacía trampas y Brennan no.

A la mañana siguiente, cual pequeña victoria para Melanesia, el padre Michael, que hasta el momento se había lavado en cuclillas sobre un cubo, se despelotó junto a todos los demás; su cuerpo, un lirio de agua blanco con un

estambre inverosímil, casi daba pena al lado del de Brennan.

La conversación esa mañana siguió yéndose por las ramas con bastante cordialidad; aguardaron juntos, sudorosos, recostados en sus rincones de sombra hasta que un borrón verde azulado en el horizonte los volvió a separar.

Antes de que acabara la tarde, habían atracado junto a un embarcadero putrefacto en Eddystone y habían trepado a tierra para supervisar la descarga de sus provisiones. Rivers estaba acostumbrado a islas evangelizadas en las que las canoas salían a golpe de remo para recibir al buque de vapor que llegaba, a las caras morenas, los ojos blancos, las sonrisas relucientes, mientras que otros se reunían en el embarcadero dispuestos a acarrear y subir las bolsas hasta el poblado de la misión por unos cuantos palos de tabaco o incluso por mera buena voluntad cristiana. Una imagen alegre, siempre y cuando uno no se fijara en las hileras e hileras de cruces en el cementerio de la misión, hombres y mujeres en la flor de la vida muertos a causa de enfermedades infantiles inglesas: la tosferina, la difteria, la varicela, la fiebre escarlata... aquí todas eran letales. Y el barco de la misión las transportaba de isla en isla, de misión en misión, sin piedad, año tras año.

En vez de eso, nada. No apareció nadie. Rivers y Hocart se despidieron con la mano hasta que el barco quedó reducido a un punto en el agua centelleante, luego cargaron con la tienda y comida suficiente para la noche hasta un pequeño claro a unos cien metros por encima de la playa. A sus pies se desplegaba la bahía de Narovo. La aldea, cuyas cabañas atisbaban entre los árboles, también se llamaba Narovo.

—¿No estamos un poco cerca? —preguntó Hocart.

—Tampoco queremos estar demasiado lejos. Si estamos aislados, les daremos miedo. La bruja malvada vive en el bosque, no te olvides.

—¿Qué supones que harán?

Rivers se encogió de hombros.

—Se pasarán por aquí.

Cuando acabaron de montar la tienda, ya había empezado a caer la veloz oscuridad tropical. Después de la puesta de sol, la isla respiró por un instante en silencio; desde el bosque se alzó el zumbido de diferentes insectos, los chillidos de diferentes aves. Rivers era sumamente consciente de la fragilidad de la pequeña zona iluminada en torno a la tienda. No dejaba de otear entre

los árboles y creyó ver unas formas oscuras revoloteando entre los baúles, pero seguía sin aparecer nadie.

Después de una comida a base de carne enlatada y piña con aspecto de nabo, Hocart dijo que se echaría un rato. Parecía totalmente agotado, y Rivers sospechaba que podría tener unas décimas de fiebre. Envuelto en su mosquitera, Hocart siguió charlando unos minutos, luego apagó su linterna y se dio la vuelta para dormir.

Rivers se sentó en una mesa justo fuera de la tienda y trató de reparar la lámpara de aceite, que no paraba de echar humo. Una pequeña figura solitaria en el claro, en una tormenta de alas pálidas, pues todas las palomillas del bosque aparecieron para revolotear en torno a la luz. De vez en cuando alguna lograba encontrar una entrada y se producía un rápido crepitar, un destello, más humo. Rivers la sacudió para sacar el cadáver calcinado y comenzó de nuevo. Era ésta una extraña tarea que ponía a prueba sus nervios. Al trabajar tan cerca de la luz, casi se le cegaba la vista y no veía prácticamente nada, ni siquiera cuando levantaba la cabeza. Era consciente de la densa oscuridad del bosque a su alrededor, pero más como una presión sobre su mente que a través de los sentidos. En un momento dado se detuvo, creyendo haber oído el sonido de una flauta en la aldea. Olisqueó el aceite de sus dedos, se limpió la barbilla con el dorso de la mano y se recostó para descansar un poco; le dolían las retinas, como sucede cuando un óptico las alumbra con la linterna. Se quitó las gafas y las limpió con la camisa. Cuando se las puso de nuevo, vio que una figura había salido de entre los árboles y estaba de pie en el borde del claro. Un hombre recién entrado en la madurez, con rayas de cal blanca en el pelo, alrededor de las cuencas oculares, y a lo largo de la mejilla y la mandíbula; de tal forma que tuvo la impresión, hasta que atisbó el destello del blanco de los ojos, de estar mirando una calavera. Se quedó sentado totalmente inmóvil mientras el hombre venía hacia él. Solo, o aparentemente solo. Indicó la otra silla, pensando que tal vez la rechazase, pero su visitante se sentó, inclinó levemente la cabeza y sonrió.

Rivers se señaló a sí mismo y dijo su nombre.

Una delgada mano marrón se alzó hasta su collar de conchas.

—Njiru.

Se miraron fijamente. Rivers pensó que debía ofrecerle comida, pero la única comida que tenía a mano eran los restos de la piña, y era reacio a

interrumpir el encuentro para entrar en la tienda a buscarla.

Njiru estaba deformado. Sin la curvatura de la columna habría sido un hombre alto, muy alto para los estándares melanesianos, y se desenvolvía con una evidente autoridad. Además del collar de conchas, llevaba pendientes, aros en el brazo y pulseras, todo hecho de conchas, y por alguna razón resultaba obvio que estos adornos eran de gran valor. Los lóbulos de sus orejas, alargados por cargar en todo momento con las pesadas conchas, casi le rozaban los hombros al moverse. Los ojos eran extraordinarios: de párpados caídos, penetrantes, inteligentes, perspicaces. Cautelosos.

Siguieron mirándose fijamente, reticentes a empezar a explorar sus nociones compartidas de pidgin, conscientes, quizá, incluso en estos momentos preliminares, de cuán defectuoso se mostraría como instrumento para lo que necesitaban decirse el uno al otro.

De repente Njiru señaló la lámpara.

—Pifiado.

A Rivers lo sorprendió tanto que soltó una carcajada.

—No, pifiado no. Yo arreglar.

Njiru era el primogénito de Rembo, el jefe que controlaba los cultos más importantes de la isla. Debido a su deformidad, nunca había podido competir con otros jóvenes pescando, construyendo, en canoa o en el arte de la guerra. A modo de compensación, había dedicado su vida al pensamiento y el conocimiento, y, en particular, a las artes curativas. Sus capacidades lo habrían hecho destacar en cualquier sociedad. En Eddystone, su poder residía principalmente en la cantidad de espíritus que controlaba. Las personas no hacían ninguna distinción entre el conocimiento y el poder, ni en su propia lengua ni en pidgin. «Njiru conoce a Mateana» significaba que Njiru tenía el poder de curar las enfermedades causadas por Mateana. Asimismo, a los pocos días de llegar a la isla a Rivers le contaron que Njiru «conocía» a Ave. Sin comprender en absoluto la relevancia de lo que le habían dicho, se lo repitió a Njiru.

—Kundaite él decir tú conocer Ave.

Un resoplido de burla.

—Kundaite él hablar *gammon*.

Era con diferencia el mejor intérprete y, cuando así lo decidía, el

informador más fiable, capaz de distinguir con rigurosidad entre lo que sabía y lo que simplemente suponía, entre la evidencia y la hipótesis. Pero en general optaba por no compartir la información. Si el conocimiento era poder, Njiru se aferraba a él con firmeza. En efecto, al principio no hacía más que traducir con pasividad lo que otros decían. En particular, actuaba como intérprete entre Rivers y Rinambesi.

Rinambesi era el hombre más anciano de la isla, el más vivaz, y después de Njiru, el más enérgico. Parecía inmune a la apatía y la depresión que muchos de los isleños más jóvenes aparentemente sentían, tal vez por vivir en gran parte de las glorias del pasado. Como las personas muy ancianas de todo el mundo, no tenía claros los acontecimientos del día anterior, pero recordaba al detalle los triunfos de su juventud. Antaño había sido un gran cazador de cabezas, lo bastante feroz como para haber obtenido el raro privilegio de una segunda esposa. Su memoria para las genealogías de los isleños era espectacular y fue fundamentalmente aquello lo que condujo a Rivers hasta él. No obstante, una y otra vez, el flujo de información se entrecortaba, aunque no era del todo evidente por qué.

Las relaciones sexuales entre jóvenes antes del matrimonio eran libres, pero no gratuitas, ya que cada acto debía ir precedido por un pago en conchas por parte del joven a los padres de la muchacha. Después del matrimonio se exigía una total fidelidad, y una de las manifestaciones de esto era la prohibición de pronunciar el nombre de un antiguo amante.

Todos los nombres de las mujeres de la generación de Rinambesi tuvieron que quedarse en blanco. Al mirar la fila de tarjetas delante de él, Rivers se volvió hacia Njiru.

—¿Este tipo hacer folla-folla a todas las mujeres?

Una chispa de diversión en sus ojos.

—Sí.

Rivers soltó el lápiz. Rinambesi, con una sonrisa desdentada de oreja a oreja, intentaba sin absolutamente ningún éxito parecer modesto. Rivers se echó a reír y al cabo de un segundo Njiru se unió a las risas: un curioso instante de afinidad salvaba el abismo de la cultura.

Un llanto fino como un hilo provenía del bebé que Njiru sostenía en sus manos, con una palma acunaba la cabeza, con la otra las nalgas, y un pedacito

de amargura con los ojos negros se retorcía entre ellas.

Se llamaba Kwini y su madre estaba muerta. Peor aún, había muerto durante el parto, lo que la convertía en un espíritu maligno que probablemente trataría de recuperar a su hija. El cuerpo lo habían tirado al mar, con un fardo de trapos atado entre los pechos para engañar a la madre y hacerle creer que llevaba consigo a su bebé, pero aun así... Que Kwini no lograra crecer sana lo atribuían a las tentativas de su madre de hacerse con ella.

Saltaba a la vista que no estaba creciendo sana: pliegues flácidos de pellejo le colgaban de los muslos. Rivers echó un vistazo en torno al círculo y vio las ubres arrugadas de su abuela, el pecho plano de su hermana de nueve años, los pectorales hiperdesarrollados de su padre. Preguntó con qué la estaban alimentando. Ñame machacado y ablandado con saliva fue la respuesta. Las manos diminutas arañaban el aire como si pudieran estrujarlo para extraer vida de él.

Njiru se pasó varias veces entre las piernas las hojas que sostenía y luego, estirándose cuan alto era, las amarró a las vigas del hastial, donde el espantafantasmas se estremecía con la corriente.

—Baja y márchate de aquí, oh fantasma, madre de la niña; no la persigas y déjala vivir.

—¿Vivirá? —preguntó Rivers.

Él tenía su propia opinión, pero quería saber qué diría Njiru. Njiru extendió las manos.

Cuando regresaban a Narovo, Rivers lo interrogó acerca de los fantasmas de las mujeres que morían durante el parto. No era una forma poco común de morir, ya que la tradición dictaba que las mujeres diesen a luz solas, y no existía la usanza de las matronas. No se podía nombrar a dichos fantasmas, eso ya lo sabía. En las genealogías se hacía alusión a ellas como espíritus malignos. Al principio lo sobresaltó que le dijeran como si nada que tal o cual hombre se había casado con un espíritu maligno.

Las llamaban *tomate pa na savo*, los fantasmas de la casa de confinamiento, le explicó Njiru, y causaban pavor, ya que su objetivo fundamental era asegurarse de que la mayor cantidad posible de mujeres muriese del mismo modo.

Había una en concreto que inspiraba terror: Ange Mate. Era más

poderosa, más vengativa que cualquier otro fantasma de la casa de confinamiento. Habían llevado a Rivers a ver el pozo de Ange Mate, un agujero en el suelo que antes había sido un manantial vivo, ahora atascado con cáscaras de cocos. Aun así, intuía que había algo más que Njiru era reacio a contarle.

—¿Qué es lo que hace? —quiso saber Rivers.

Lo desconcertaba que atemorizase a los hombres de forma tan patente si en realidad las *tomate pa na savo* seleccionaban a mujeres como víctimas.

Con muchas reticencias, Njiru le contó que acechaba a los hombres, en concreto a los hombres que se quedaban dormidos en la playa de Pa Njale.

—Pero ¿qué es lo que les hace?

Una oleada de risitas entre el séquito de Njiru, una reacción extraña a la vista del terror evidente que inspiraba. Luego lo adivinó. Cuando Ange Mate se topaba con un hombre dormido lo obligaba a mantener relaciones sexuales con ella.

—¿Es «buen compañero» después? —preguntó Rivers.

No, pareció ser la respuesta, padecía una larga lista de afecciones, de las cuales la desaparición del pene no era la menos importante. A Rivers le habría gustado preguntar por los efectos psicológicos, pero aquello resultaba casi imposible. Simplemente no disponía del lenguaje de la introspección.

Cuando llegaron a Narovo, el sol ya estaba bajo en el cielo. Rivers descendió hasta la playa, siguiendo el angosto sendero del bosque que se extinguía en la arena blanca. La cabeza de Hocart era una bola oscura y brillante, mar adentro, pero entonces vio a Rivers, agitó la mano y lo llamó a gritos.

Lentamente Rivers caminó por el agua, mirando hacia abajo, le agradaba el desplazamiento que producía la refracción de la luz, la desalineación de las rodillas y los pies. Como de costumbre, acudió disparado a su encuentro un banco de pececillos negros que lo dirigieron hacia aguas más profundas: era siempre un instante de magia absoluta. A su espalda, las sombras azuladas de las rocas se deslizaban sigilosas sobre la arena blanca.

Después de nadar se tumbaron en el bajío, repasando los acontecimientos de la jornada. En el reparto aproximado del trabajo que habían planificado, la muerte, los ritos funerarios y las casas de calaveras le correspondían a Hocart; los fantasmas, el sexo, el matrimonio y el parentesco, a Rivers, pero

ya había quedado claro que ningún reparto tenía en realidad ningún sentido. Cada uno de ellos adquiriría constantemente información relacionada con alguna de las especialidades del otro.

Hocart, no obstante, tenía ganas de burlarse de él.

—¿Por qué me toca a mí la muerte y a ti el sexo? —quiso saber—. Los fantasmas y el sexo no van unidos. Pero otra cosa son los fantasmas y la muerte...

—Muy bien, para ti los fantasmas.

—No... —empezó a decir Hocart, y luego se echó a reír.

De todas formas no es cierto, pensó Rivers. En Eddystone los fantasmas y el sexo sí que iban unidos, o eso al menos debían de pensar los hombres que se quedaban dormidos en la playa de Pa Njale y se despertaban entre los muslos voraces de Ange Mate.

Se quedaron tumbados en silencio, casi les daba demasiada pereza hablar, mientras las sombras se alargaban y el sol iniciaba su precipitado descenso. El anochecer en Eddystone era abrupto, como si alguna verdadera fuerza de la oscuridad se alzase sobre las aguas de la bahía y se tragara el sol. Por fin, empujados de vuelta a la orilla por el agua cada vez más fría, agarraron su ropa y, entre risas, regresaron corriendo a la tienda.

Mbuko se estaba muriendo por culpa de una enfermedad causada por los espíritus de Kita, y no le quedaban más que unas horas de vida.

Kita, explicó Njiru, hace que un hombre se consuma «hasta él muy pequeño todo hueso nada carne». Era obvio que Mbuko no podía estar más escuálido. Parecía más un dibujo anatómico que un hombre, salvo por el persistente palpitar de su corazón bajo la piel estirada. Estaba tendido sobre la plataforma elevada de madera que se utilizaba para dormir, aunque nadie más dormía ya en la cabaña. Njiru dijo que les daba miedo. En el exterior, brillaba la luz del sol, la gente iba y venía. «Pronto», decía la gente sentada alrededor, con indiferencia, negando con la cabeza. Era evidente que a algunos les entretenía o les repugnaba el trance que atravesaba aquel hombre. *Rakiana* era la palabra que no dejaba de oírse una y otra vez. *Rakiana*. Delgado.

Hasta Njiru, que en del marco de su cultura era un hombre compasivo (y ninguno de nosotros puede pedir más, pensó Rivers), daba la impresión de sentir, no exactamente indiferencia o desprecio, pero sí que Mbuko se había

convertido en un mero problema al que había que dar solución. Njiru miró a Rivers, al otro lado del montón de huesos que apenas respiraba, y dijo:

—*Mate*.

Mate en todos los diccionarios se traducía como «muerto».

—No *mate* —dijo Rivers, respirando hondo y señalando el pecho de Mbuko.

En ese mismo momento, a través del hombre moribundo, asistió a un seminario no muy distinto de los que recordaba de su época de estudiante en Bart's. *Mate* no significaba muerto, designaba un estado en el que la muerte era el resultado apropiado. Mbuko estaba *mate* porque estaba gravemente enfermo. Rinambesi, pese a estar sano hasta un punto incluso obscuro y tener todavía muy buen ojo para las muchachitas, también estaba *mate* porque había llegado a una edad en la que si el puñetero no estaba muerto, ya era hora de que lo estuviera. El término para la muerte real, el momento en que el *sagena* —y al decirlo, Njiru inspiró dándose una palmada en el vientre, en la zona del diafragma—, ese «algo él parar vientre largo», se marchaba, era *mate ndapu*. En pidgin, «morir final».

—¿Era el *sagena* lo mismo que el alma? —quiso saber Rivers.

—Claro que no —respondió bruscamente Njiru, resoplando de fastidio por la nariz.

Ay, Dios mío, era como estar en Bart's de nuevo. *Que el Cielo asista al público confiado cuando os soltemos ante él*. El problema de Mbuko, continuó Njiru, al igual que el de todos aquellos que caían bajo el poder de Kita, era que no podía morir. Aunque parecía estar haciendo un intento encomiable, pensó Rivers con aire contestatario. Kita podía «hacerlo pequeño», pero no matarlo.

—*Kita pausia* —dijo Njiru, acariciando a Mbuko.

—¿Kita lo ama? —sugirió Rivers. No, en ese caso Njiru conocería la palabra. Kita velaba por él.

Njiru colgó hojas de *malanjari* del hastial de la cabaña donde el espantafantasmas temblaba por la corriente y comenzó a entonar la oración del exorcismo. Su sombra cruzaba de un lado al otro el rostro del moribundo. En un momento dado, a Rivers le dieron calambres en las piernas e intentó ponerse de pie, pero las personas que lo flanqueaban tiraron de él hacia abajo. No debía caminar bajo las hojas de *malanjari*, dijeron, o se consumiría y

acabaría como Mbuko.

Hocart entró en la cabaña, bordeando las paredes pegado a ellas, alejándose todo lo posible de las hojas de *malanjari*, hasta llegar a Rivers. Ahora que todos los ojos estaban puestos en Njiru, Rivers pudo tomarle el pulso a Mbuko. Negó con la cabeza.

—No mucho.

Desperdigados por todas partes había pedacitos de calicó y tela de corteza llenos de mocos, y aquí y allá alguna que otra gran mancha de rojo en los lugares donde Mbuko había sufrido hemorragias. Ahora regurgitaba pegotes de flema y ni siquiera tenía las fuerzas necesarias para escupirlos. Rivers encontró un trozo de paño limpio, lo humedeció con su propia saliva y le limpió la boca al moribundo, que sacó la lengua y se la pasó por los labios resecos. A continuación, un estertor en la garganta, una subida y un estallido del tórax; se acabó. Una de las mujeres lloriqueó brevemente, pero el lamento flaqueó hasta acallarse, y se tapó la boca con la mano, como avergonzada.

De forma automática, Rivers tendió la mano para cerrarle los ojos, pero se detuvo. Envolvieron el cuerpo de Mbuko en posición sentada con bandas de calicó, con las que le rodearon el cuello y por debajo de las rodillas. Lo ataron a un poste y dos hombres lo sacaron al aire libre. Rivers y Hocart siguieron al reducido grupo por el sendero que conducía hasta la playa.

Apoyaron el cuerpo, que seguía en posición sentada, en la popa de una canoa, colocaron junto a él su escudo y su hacha y remaron a gran velocidad para llevarlo mar adentro. Rivers aguardó hasta que la canoa no fue más que una sombra sobre las aguas resplandecientes de la bahía, luego regresó a la cabaña, reunió todos los paños manchados y los enterró a una distancia de seguridad de la aldea. Mientras escarbaba tierra seca para cubrir el montón de trapos, sintió unas intensas ansias de frotarse bien las manos hasta el codo en agua hervida. Aquello tendría que esperar hasta que llegara a la tienda. Por el momento se contentó con restregarse las manos con fuerza en los fondillos de los pantalones varias veces.

Volvió a la playa, donde un contrariado Hocart se resistía a marcharse de la orilla. Ambos habían albergado la esperanza de que esta muerte arrojaría alguna luz sobre el culto de la calavera. En cambio...

—No conservan el cráneo —dijo Hocart.

Mientras observaban, los remeros de la canoa volcaron el cadáver sin

ninguna ceremonia por la borda, desde donde se hundió bajo el agua sin apenas salpicar.

Rivers negó con la cabeza.

—Me temo que lo que necesitamos es una muerte de verdad.

9

Wyatt se había lanzado a contar una interminable anécdota sobre un burdel en el que había estado y donde había una puta tan grotescamente gorda que te devolvían el dinero si lograbas follártela.

Prior apoyó la mejilla en el frío cristal de la ventanilla del tren, observando de soslayo el doble reflejo del pómulo y el ojo y luego el interior del sombrío compartimento, con sus ocupantes transparentes que reían y gesticulaban, cual formas flotantes sobre la hoja de vidrio deformada por la lluvia.

Un estruendo de risas en el momento en que la historia alcanzó su clímax. Gregg, felizmente casado y con una hija pequeña, sonreía con tolerancia. Hallet, incómodo, se unió. Un chaval joven soltaba unas risotadas tan fuertes que su virginidad quedó penosamente probada para todos salvo para él mismo. El único que no trató de ocultar su repugnancia fue Owen, pero claro, él odiaba «los comerciales», como él mismo los denominaba.

Llevaban ya tres horas en el tren, pegados unos a otros en asientos de listones de madera, con sudor rancio en las axilas, la entrepierna y los pies, un olor ahumado a orina donde algún idiota al que le faltaba un hervor se había meado por la ventanilla.

Al cabo de cinco minutos el tren entró deslizándose en la oscura estación, con unas pocas bengalas discretas de nafta como única iluminación.

Prior caminó hacia los vagones donde los hombres armaban jaleo. Caras desconocidas lo escudriñaron medio adormiladas mientras los barría con la linterna, protegiendo el haz con la mano ahuecada, de forma que los veía — no en sentido figurado sino bastante literal— en un resplandor de sangre. No eran sus hombres, ni de nadie, tan sólo un destacamento anónimo al que había guiado durante una etapa más hacia su destino.

Esta sección del tren se había detenido a mucha distancia del andén y la caída desde el vagón era considerable. Se repitieron los crujidos de la gravilla bajo las botas al tiempo que los hombres, todavía aturcidos por el sueño, lidiaban con el impacto de la lluvia y la oscuridad azotada por el viento. Una vez congregada, la tropa avanzó en paralelo al tren, medio tropezándose, medio desfilando, hacia el andén y hasta el depósito de la estación, donde, tras una espera interminable, por fin aparecieron los guías con sus capas húmedas que reflejaban un destello de pez hacia el cielo y, con sus gestos y su algarabía, dirigieron a las unidades hacia sus cantones.

Prior dejó a su destacamento instalado en un salón parroquial, se despidió de ellos y les deseó suerte. Sus rostros vueltos hacia él no denotaron nada, sometidos a la impersonalidad del proceso que los controlaba.

Luego fue libre. Y también se sintió libre, siguiendo al guía a través de calles sin iluminación, junto a aquel engendro helado de catedral protegida con sacos de arena, a lo largo del canal, acompañado desde el agua por una luna que renqueaba como una vieja bruja chocha.

La noche, el guía silencioso y el esfuerzo por no tropezarse con las baldosas rotas agudizaron sus sentidos. Una rama de laburno que sobresalía le arrojó a los ojos una profusión de frías gotas de lluvia y lo sobresaltó la intensidad de su júbilo. Un júbilo que quizá guardara relación con la apariencia ruinosa de aquellas casas. En tiempos de paz debían de haber sido sólidas casas burguesas, hogares de hombres que se abrían paso en el mundo, hombres que habían estado seguros de que ciertas cosas jamás cambiarían, ¿y dónde estaban ahora? Todas las casas de la calle estaban dañadas, algunas en ruinas. Las ruinas se mantenían en pie con crudeza, negros bordes dentados en el blanco abismo de la luz de luna.

—Es aquí, señor.

Una verja colgando de sus bisagras, un amasijo de rosas alrededor de una pérgola rota, desgredadas flores blancas de intenso perfume, sin podar, enroscándose unas en otras en busca de apoyo. Más allá, senderos y bancales cubiertos de maleza. Cortinas de encaje colgando mustias tras cristales agrietados o hechos añicos; en la primera planta, fugazmente, la única ventana aún intacta sostuvo la luna.

El guía lo precedió por el sendero. Ninguna cerradura en la puerta, losas blancas y negras en el vestíbulo —un nítido recuerdo repentino de

Craiglockhart—, luego una luz tenue y trémula en lo alto de las escaleras y apareció Hallet, sosteniendo una vela.

—Vamos, sube. Cuidado con ese escalón.

Hallet había sacado su saco de dormir y ordenado sus pertenencias con esmero en una esquina de lo que alguna vez debió de ser el dormitorio principal. La fotografía de su prometida descansaba en una silla.

—Potts y Owen están arriba.

Prior fue hasta la ventana y observó las casas de enfrente mientras tocaba con los dedos las cortinas de encaje, tiasas por la lluvia y el polvo secos.

—No está mal, ¿eh? —dijo de repente, volviéndose hacia la habitación.

Se sonrieron.

—El cuarto de baño está enfrente —dijo Hallet, indicándolo como un anfitrión atento.

—¿Quieres decir que funciona?

—Bueno, el cubo funciona.

Prior se sentó bruscamente en el suelo y bostezó. Estaba demasiado cansado para que le importara dónde se encontraba. Encendieron cigarrillos y compartieron una tableta de chocolate, Prior apoyado en la pared, Hallet sentado con las piernas cruzadas sobre su saco de dormir, los dos mirando alrededor como niños de ojos grandes, esforzándose por asimilar la extrañeza.

Pasará, pensó Prior, encendiendo una vela y aventurándose hasta el otro lado del rellano para encontrar una habitación propia. Todo parecerá normal por la mañana.

Pero no fue así. Prior se despertó temprano y se quedó tumbado sin hacer nada, observando en una pared las sombras de las hojas que el sol naciente había transformado de blancas a doradas. Justo se estaba dando la vuelta para dormirse de nuevo cuando algo negro cruzó aleteando la habitación. Esperó, y vio una golondrina alzarse y salir trazando un rizo a través de la ventana abierta, hacia la luz cegadora.

Aquella primera mañana atisbó desde la ventana una jungla verde de jardín, cocido al sol, bullendo de insectos, con los antaño bien diseñados arriates de flores transformados ahora en túneles de zarzas en los que la vida

oculta susurraba y escarbaba. Apoyó los brazos en el alféizar y se asomó, con precaución, a través de los filos dentados de cristal, para ver a Owen y a Potts, que cargaban con una mesa desde una de las casas al otro lado de la calle. Los llamó a gritos mientras se detenían para recobrar el aliento y ellos le devolvieron el saludo con la mano.

Habría dicho que la guerra no podía sorprenderlo, que en algún lugar del Somme había extraviado su capacidad de sorprenderse, pero los días siguientes se convirtieron en una sucesión constante de sorpresas.

No tenían nada que hacer. No eran responsables de nadie. La guerra se había olvidado de ellos.

Había sólo dos muebles que iban con la casa. Uno era un aparador de roble tallado que seguramente habían construido dentro del comedor, pues era imposible que hubiese entrado por la puerta; el otro era un caballito infantil pintado, de balancín, en la planta más alta de la casa, en una habitación con barrotes en la ventana. Todo lo demás lo habían encontrado ellos mismos. Prior entraba y salía de las casas en ruinas cogiendo cualquier cosa que le llamase la atención, y las casas, frescas y oscuras en el calor del mediodía, lo recibían plácidamente. Trajo a casa sus trofeos y los distribuyó con esmero por su habitación, o en el comedor que todos compartían.

Por las tardes, Hallet, Owen, Potts y él encendían velas sentados en torno a la mesa, que era el mayor hallazgo de Owen y que junto a los ventanales, los techos de elaboradas molduras, los cuencos de rosas y el vino crearon una frágil civilización, una fraternidad al borde del desastre.

Y luego la echaron a perder discutiendo sobre la guerra. O al menos Potts y Hallet. Potts había estudiado ciencias en la Universidad de Manchester y era inteligente, elocuente, cínico, con el convencimiento de quienes aún no han encontrado demasiadas cosas sobre las que verter su cinismo. Gracias a la guerra, insistía en voz alta exaltado por el vino, los especuladores estaban haciendo el agosto. Se luchaba para salvaguardar el acceso a los pozos de petróleo de Mesopotamia. No tenía nada, absolutamente nada que ver con la neutralidad belga, los derechos de las naciones pequeñas ni nada por el estilo. Y si Hallet pensaba lo contrario, pues entonces Hallet era un ingenuo y un idiota. Hallet provenía de una antigua familia militar y había recibido una educación prestigiosa y cara para hacerle pensar lo menos posible; frente a Potts, se quedaba sin saber qué decir, pero acto seguido empezaba sin

dilación a formular las creencias que hasta el momento había presupuesto que todo el mundo compartía.

Prior y Owen intercambiaron sonrisas con secretismo, aunque era probable que ninguno de los dos pudiera decir en qué consistía el secreto. Owen jugueteaba con los pétalos caídos de las rosas que había cogido aquella tarde. Rosas rosas, amarillas, blancas, pero ni una sola rosa roja, comprobó Prior.

—¿Tú qué piensas? —preguntó Potts, molesto por el silencio de Prior.

—¿Que qué pienso? Pienso que de lo que estás hablando es básicamente de una teoría de la conspiración y, como todas las teorías de la conspiración, es optimista. Lo que estás diciendo es, vale que la guerra no se está luchando por los motivos que nos cuentan, pero se está luchando por un motivo. No está beneficiando a las personas que se supone que está beneficiando, pero a alguien está beneficiando. Y eso no me lo creo, no. Creo que las cosas están en realidad mucho peor de lo que piensas porque ya no queda ningún tipo de justificación racional. Se ha convertido en un sistema que se autoperpetúa. Nadie se beneficia. Nadie la controla. Nadie sabe cómo parar.

Hallet los miró a todos uno a uno.

—A ver, todo esto no es verdad y punto. Estáis —no, vosotros no—, la gente se está dejando desmoralizar porque está teniendo que pagar un precio más alto del que pensaba que iba a pagar. Pero eso no altera los hechos fundamentales. Estamos luchando por los intereses legítimos de nuestro país. Estamos luchando en defensa de la neutralidad belga. Estamos luchando por la independencia francesa. No somos nosotros los que estamos en Alemania. Son ellos los que están en Francia. —Miró en torno a la mesa y, como un niño pequeño, en tono suplicante, dijo—: Ésta sigue siendo una guerra justa.

—Dices que nosotros matamos a la bestia —dijo Owen pausadamente—. Lo que yo digo es que luchamos porque unos hombres se desorientaron en mitad de la noche. —Sonrió ante las expresiones del resto y se puso de pie—. ¿Abrimos otra botella?

A solas esa misma noche, con el olor de la vela apagada atrapado en el aire, Prior recordó el cuenco de rosas rosas, doradas y blancas, pero no se molestó en traer a la memoria los argumentos de Potts y de Hallet. Esta casa que compartían era tan extraña desde el punto de vista de lo que la guerra había significado hasta el momento que deseó grabar en su memoria las

imágenes concretas, los sonidos y los olores. Se sintió hechizado, arropado y protegido de cualquier cosa que pudiera causar dolor, pese a que incluso en el instante en que aquel pensamiento cobraba forma, un reguero de yeso goteó desde el techo del dormitorio trasero, donde había estallado un obús: la casa sangraba en silencio por una herida que era incapaz de cerrar.

Por las mañanas iba a la ciudad y deambulaba entre los puestos que habían montado delante de la catedral para vender *souvenirs*. Eran tantos los que se podían encontrar entre los escombros de la ciudad bombardeada que la actividad comercial no era frenética. Prior no vio nada que quisiera comprar, y en cualquier caso ya tenía su propia colección de recuerdos en Inglaterra, casi todos reunidos la primera vez que vino a Francia. Recuerdos, Dios mío. Y pensar que, con tal de olvidar, la mente de buena gana lo borraría todo de una pasada.

De camino a casa vio a Owen y a Potts delante de él y se apresuró para alcanzarlos. Owen había encontrado entre los escombros de los alrededores de la catedral una sobrepelliz de niño con adornos de encaje y la llevaba puesta a modo de bufanda, el tejido era de un blanco asombroso en contraste con su cuello quemado por el sol. Potts abrazaba contra el pecho una jarra de cerveza en forma de hombre sentado, negándose rotundamente a admitir que era horrenda. Se desviaron de la calle y atajaron por los jardines traseros, accediendo a un mundo que nadie habría imaginado, en comparación con la relativa normalidad de la calle.

Un laberinto de senderos verdes llevaba de un jardín al siguiente, y se escabulleron de uno a otro, por encima de muros derruidos o a través de vallas astilladas, bordeando los cráteres invadidos por las zarzas, rozándose al pasar por caminos cubiertos de malas hierbas, de flores que se habían descompuesto y desprendían un olor fétido, de enormes rosas abandonadas que se les enganchaban a las mangas y tiraban de ellas. Los caracoles crujían bajo sus botas, las ortigas les picaban en las manos, la saliva de cuco salpicaba los cuellos desnudos, pero el sendero secreto seguía serpenteando. Centenares de hombres, alojados como estaban en estas casas en ruinas, habían echado abajo todos los muros, todas las vallas, abierto por la fuerza pasajes a través de todos los setos, para poder desplazarse sin trabas de una parcela de terreno a la contigua. La guerra, luchada y vuelta a luchar sobre

franjas de tierra embarrada, les concedía paradójicamente la libertad de los animales para pasar de un territorio a otro, inadvertidos. Y también les confería algo de la actitud vigilante de un animal, pues justo en el momento en que Owen apartaba una rama de saúco para entrar a su propio jardín, sus oídos percibieron un leve sonido, y él alzó su mano.

Hallet estaba en el jardín, desvestiéndose. Una luz veteada jugueteaba sobre su cuerpo, confiriéndole un halo de fragilidad, un matiz verdoso enfermizo, pese a estar igual de fuerte y bronceado que el resto de ellos. Mientras lo observaban, sin gritar para saludarlo, como a estas alturas ya deberían haber hecho, Hallet dio un paso para salirse de sus calzones y del tiempo, y se quedó de pie junto al borde del estanque, delgado, pálido, su cuerpo de un blanco lechoso en las zonas antes cubiertas por el uniforme. Clavículas afiladas, sombras azuladas bajo ellas. Iba a tenderse en el estanque de peces abandonado, con sus lirios blancos y sus insectos dorados hurgando en las pálidas flores. Los dedos de los pies se fueron curvando en torno al borde cubierto de musgo a medida que él descendía con cautela, y soltó un grito ahogado cuando el agua le dio en los huevos.

Los demás avanzaron hacia él a paso lento entre la hierba alta y se quedaron mirándolo desde arriba. Piernas de aspecto abotargado bajo el agua, burbujas plateadas atrapadas en el pelo, la polla desplomada sobre el muslo como una foca arrastrada sobre las rocas. Levantó la vista hacia ellos con desgana, los dedos se perdieron entre su mata de vello púbico y liberaron las burbujas.

—¿Pasando un buen rato? —preguntó Prior, señalando la mano con la cabeza.

Hallet se echó a reír, protegiéndose los ojos con la otra mano, pero no se movió.

—Yo que tú tendría cuidado —dijo Owen con voz tirante—. Supongo que esos peces tendrán un hambre canina.

Y no sólo los peces, pensó Prior.

—¿A alguien le apetece un vino? —preguntó Potts, entrando en la casa.

Se lo bebieron en el patio, con Hallet tendido en el estanque, hasta que el agua se enfrió demasiado.

—¿Sabéis que podrían dejarnos aquí? —dijo Owen, entornando los ojos hacia el sol.

—¡Cierra el pico! —dijo Potts.

Todos tocaron madera, cruzaron los dedos, echaron mano de sus amuletos: todas las estratagemas protectoras de hombres sin ningún control sobre su propio destino. Es inútil, pensó Prior. En algún lugar, fuera del rango humano de audición, aunque todos lo oyeron, un reloj había empezado a hacer tictac.

11 de septiembre de 1918

No creo que mi presencia aquí le haga ningún bien a Owen. Y es obvio que a mí no me hace ningún bien la suya. Los dos estamos en la cuerda floja y lo último que ninguno de los dos quiere o necesita es ser observado por alguien que conoce el terror absoluto de la caída.

En Craiglockhart nos evitábamos. Allí era fácil, a pesar del hacinamiento. En el laberinto de pasillos, había tantísimas desviaciones, tantísimas rutas alternativas, que jamás tenías que toparte con nadie con quien no quisieras encontrarte salvo, de vez en cuando en el despacho de Rivers o de Brock, contigo mismo.

Dos incidentes esta semana. Estábamos todos juntos en la ciudad y vimos que trasladaban a heridos por las calles a toda prisa... algunos de ellos bastante graves. Hallet y Potts se quedaron mirándolos, y podías leerles la mente: ése podría ser yo, dentro de unos días o unas semanas. Observando las vendas, intentando imaginar qué había debajo. Intentando no imaginar. Miedo: racional, proporcionado, miedo apropiado. Le eché un vistazo a Owen, que parecía indiferente. Igual que yo. No quiero decir impasible, no necesariamente. (Aunque es increíble lo que dejas atrás cuando la carga es pesada.)

El otro incidente ocurrió durante la cena de anoche. Hallet estaba como unas castañuelas porque había encontrado tira matamoscas en uno de esos puestos de la plaza de la catedral. Desde que llegamos no dejan de atormentarnos unas avispas enormes —Owen piensa que son avispones— y unas moscas grandes, ruidosas, borrachas, pesadas, irritadas, moscardas moribundas. Y Hallet había encontrado la solución. Ahí estaba esa tira zumbando sobre nuestras cabezas, girando primero hacia un lado, luego hacia el otro, con su cargamento de muertos y moribundos. El sonido del verano en

el Somme.

Lo aguanté todo el tiempo que pude, luego me subí a la mesa y lo quité, me lo llevé hasta el fondo del jardín y lo lancé todo lo lejos que pude. Un esfuerzo patético: describió un arco de poca altura y aterrizó ondeando en el suelo. Hallet se ofendió muchísimo, muy en serio, y por supuesto no daba crédito.

—Luego a mí no me echéis la culpa si todos os ponéis mal del estómago —dijo.

Owen se echó a reír, y yo también, ninguno de los dos podía parar. Hallet y Potts nos miraron al uno y al otro, sonriendo como perros avergonzados. Obviamente pensaban que se nos había ido la cabeza. La cuestión es que ninguno de nosotros puede estar seguro de que no tengan razón. Cuando me fijé en que no había rosas rojas, miré a Owen y vi que él se había fijado en que yo me había fijado. Es inútil.

Mi asistente, Longstaffe

Lo elegí en las prácticas con bayoneta. Atacaba con unos gritos que helaban la sangre, apuñalaba, la retorció, la sacaba y atacaba de nuevo. Pensé: Dios mío, de manual. Y nada de eso, ya he tenido tiempo de darme cuenta de que en realidad lo que estaba haciendo era ir «una vez más a la brecha» en Azincourt.

Tuve unas palabras con él. Él sabía por qué, claro está, y quería el puesto. No se vivía mal, como asistente del oficial, de todas formas algo había que hacer. Me contó que había sido ayudante de cámara antes de la guerra y aquello zanjó el asunto. Más tarde, mientras esperábamos el tren a Amiens, lo confesó. Era actor. Lo más cerca que había estado de ser ayudante de cámara había sido interpretando a un mayordomo en el teatro Alhambra de Bradford. El papel era más grande de lo que parecía, le faltó tiempo para señalármelo, porque en esa producción en particular el mayordomo era el asesino, algo que, por salirse tanto de los convencionalismos, gustó tan poco a los habitantes de Bradford que tuvieron que cancelar la función después de sólo diecisiete días en cartel.

Tal vez para aquel entonces él ya confiase en mí. La verdad es que a mí todo aquello se me antojó aún más irresistible. Un ayudante de cámara falso,

de acuerdo, pero bueno, al fin y al cabo yo mismo también soy bastante falso.

Su cuerpo es una tabla de planchar, totalmente plano. Gestos interesantes, no obstante. Es el único hombre que conozco capaz de abrir las puertas con las caderas. De lo más corriente, rasgos anodinos. Ningún cartel de «Se busca» daría jamás con él, pero al mismo tiempo tengo la extraña sensación de que su cara podría ser cualquier cosa que él quisiera que fuera, hasta hermosa, si el papel lo exigiese. Y de una ambición irrefrenable. Se sabe de memoria pasajes enteros de Shakespeare. Un extraño patriota, romántico y anticuado, aunque no sé por qué lo menciono, de esos hay de sobra por aquí. Hallet, por ejemplo. Pero claro, no todos cogen y citan «Nosotros pocos, felices pocos, nosotros, grupo de hermanos»³ como hizo él, sin ninguna vergüenza, la otra noche mientras me preparaba para acostarme. Respondí con una gran dosis de acritud que, para esta fase de la guerra, una cita más apropiada podría ser: «Estoy metido en sangre hasta tan hondo que, si no entro más al vado...».⁴ Dio un salto sorprendente de un extremo al otro de la habitación. Me había dado una bofetada en la boca, y nos mirábamos fijamente, estupefactos, antes de que ninguno de los dos tuviera tiempo para pensar; su cara estaba blanca como la pared, y sospecho que la mía también, los dos intentando recordar cuál es el castigo por arrearle un tortazo en la jeta a un oficial. Con toda probabilidad, la pena de muerte.

Desde entonces los dos nos hemos vuelto muy silenciosos, nos hemos parapetado tras las barreras del rango, tan necesarias para protegerlo a él como a mí mismo, aunque no lo hemos hecho lo bastante rápido. Como en las líneas francesas en Azincourt, las barreras se han llenado de brechas abiertas.

Viernes, 13 de septiembre (Sin comentarios, coño)

No nos vamos a unir al batallón. El batallón viene de camino para unirse a nosotros. Supongo que eso explica las extrañas vacaciones a destiempo que hemos tenido. De todas formas, se han acabado hoy. Todo el día de ronda de inspección de los cantones.

El tiempo también ha cambiado, y de algún modo hace los demás cambios más llevaderos. Viento y lluvia, nubes grises cada vez más bajas.

Sábado, 14 de septiembre

Vi cómo entraron desfilando los Manchester, chorreando por la lluvia, con las capas mojadas. Los rostros muertos de cansancio, los ojos inyectados de sangre. Lo han pasado mal. Reconocí un par de caras del año pasado. ¿O de antes? No creo. Nadie habla de las bajas. De lo que se quejaban, sentados en balas de paja, despegándose los calcetines de los pies ensangrentados, era de la falta de tabaco. Llevan tiempo liando cigarrillos con pedazos de papel, de sobres rotos, cualquier cosa, y no de tabaco, claro está, han tenido que fumarse la hierba que cogían al borde del camino y secaban atándola a las mochilas cada vez que salía el sol. Les he escrito a mamá, a Sarah y a todo el que se me ha ocurrido, para suplicarles que manden Woodbines.

Domingo, 15 de septiembre

Incorporado al batallón. Como suboficial, un tipo amable de aire preocupado que sugirió que yo podría ser el oficial encargado del gas (lo que deja entrever un sentido del humor que no salta a la vista). Marshall el de las diez heridas estaba allí, dando zancadas de acá para allá, hablando a voz en grito. Todo en él —la piel, los gestos, la expresión, el porte, la voz— es audacia, libertad, vulgaridad. ¿Falta de escrúpulos? Tal vez, no lo sé, en cualquier caso, poco le importa. Creo que disfruta de la vida. Por temperamento y formación, un guerrero. Atrevido, astuto, despiadado, resuelto, rápido a la hora de decidir, increíblemente valiente... Y si eso es un ser humano, entonces yo no lo soy. Ha vivido toda su vida adulta atraído por la lucha, es imposible imaginárselo llevando cualquier otro tipo de vida.

Anoche, nuestra última noche en Amiens, hubo una gran tormenta, con destellos de relámpagos y el viento zarandeando y sacudiendo la casa.

Acababa de acostarme cuando oí un extraño sonido que retumbaba y provenía de arriba. Hallet apareció en el umbral de la puerta, con la cara blanca y mirándome fijamente. La única luz era la de las estrellas y, con las ventanas rotas, en la casa hacía tal corriente que la vela se apagaba a cada instante. Cogimos un quinqué de la cocina. Hallet preguntó: «¿Son los cañones?». Le contesté: «Claro que no, coño, viene de la planta de arriba».

La escalera que lleva a la planta más alta y a la habitación de los niños es

estrecha. Llegamos a la puerta de la habitación, nos detuvimos y nos miramos el uno al otro. La cara de Hallet iluminada desde abajo tenía bultos bajo los ojos, como un segundo párpado. Empujé la puerta para abrirla y me golpeó una ráfaga de aire frío proveniente de la ventana rota. Al principio lo único que vi fue un movimiento en el rincón más alejado, y luego me eché a reír porque no era más que el caballito de balancín, balanceándose. El viento era lo bastante fuerte como para que no parara de mecerse, no se me ocurre otra explicación, y los balancines golpeaban como locos el suelo de madera desnuda.

Debería haber sido un anticlímax, y en un primer momento pensé que lo era. Alejamos el trasto de la ventana, de la corriente, y bajamos las escaleras todavía riéndonos, diciéndole a Potts, que se asomó a la puerta de su habitación, que no había nada de lo que preocuparse, que volviera a la cama, pero en mi propia habitación, con el quinqué apagado, me quedé despierto y aquel sonido siguió retumbando en mi cabeza toda la noche.

1.

2.

10

No tuvieron que esperar mucho para su muerte de verdad.

Ngea era un hombre fuerte y vigoroso, el jefe más poderoso de la isla después de Rembo. Toda la vida por delante, en teoría, y aun así, como muy a menudo se veía en Melanesia, no oponía ninguna resistencia. Yacía tendido en el porche de su cabaña, viendo cómo el espantafantasmas daba vueltas y vueltas por la corriente, y cómo su vida, le pareció a Rivers, pendía de un hilo muy fino en la palma de su mano abierta.

Su estado era tan crítico que, en un momento dado, su esposa Emele y las demás mujeres rompieron a llorar, con el llanto prolongado, arrastrado, vibrante y musical de las mujeres, pero en ese momento el enfermo se repuso ligeramente y abandonaron el llanto.

Rivers se despidió de él, le prometió que volvería a verlo al día siguiente, aunque sabía que no lo haría, y regresó caminando a la tienda. Ya era de noche cuando llegó, y la lona verde resplandecía por la luz de la lámpara que había en su interior. La sombra de Hocart, marcadamente negra y alargada, se alzaba en toda su inmensidad por encima del techo. Rivers apartó una pesada carga de colada húmeda y entró.

Hocart estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas y un lápiz en un lado de la boca, pasando a máquina sus apuntes.

—Tuve que esconderme de los mosquitos cagarropas.

—¿Cagarropas?

—Da igual.

Hocart no se preocupaba por la quinina, ni tampoco por las mosquiteras. Rivers se tiró en la cama, entrelazó las manos detrás de la cabeza y lo observó. Al cabo de unos segundos Hocart se quitó la camisa por la cabeza y

se abanicó con un fajo de páginas en blanco. Como de costumbre, el calor del día se había quedado atrapado dentro de la tienda y el sudor resbalaba por sus cuerpos.

—Has perdido peso —dijo Rivers, mirando las sombras entre las costillas de Hocart—. *Rakiana*, esa es la palabra que te describe.

—Bueno —dijo Hocart, sosteniendo aún el lápiz—, mientras a tu colega Njiru no le dé por intentar sacrificarme para que no sufra...

—¿Mi colega?

Una mirada fugaz.

—Sabes que lo es.

Siguieron trabajando un par de horas, comieron un poco de crema de ñame asado que Namboko Taru les había preparado, siguieron trabajando y finalmente apagaron la lámpara.

Alrededor de una hora más tarde, Rivers oyó el sonido de unas pisadas acercándose a la tienda. Hocart se había quedado dormido, con un brazo levantado protegiéndole los ojos y la presión de la almohada deformándole la mejilla y la boca. A través de la lona se filtraba la suficiente luz de luna para que la sombra de quien estuviera pasando asediara el interior de la tienda. Un minuto más tarde otra sombra más alta siguió a la primera.

¿Mali? Mali era una muchacha de trece años que hacía poco se había retirado por primera vez a la cabaña menstrual. Al reaparecer, al cabo de cinco días, los preparativos para su desfloración ya estaban ultimados. Un joven, Runi, de unos dieciocho años, había pagado a los padres de la muchacha los dos brazaletes que le otorgaban el derecho a pasar veinte noches seguidas con ella, y había decidido —era decisión de él y la muchacha no tenía voz ni voto en el asunto— compartir el privilegio con dos de sus amigos.

Todos pensaban que Runi era un fastidio. Unos días antes, sin ir más lejos, él y sus dos amigos más íntimos, probablemente los dos que había invitado a repartirse Mali con él, se habían subido a unos árboles *canarium* y habían bombardeado con frutos inmaduros a sus desdichados propietarios. A Rivers aquello le había recordado a las novatadas universitarias. Los ancianos refunfuñaron, pero luego dijeron que qué podía esperarse de unos jóvenes que vivían encerrados en la isla y sentados mano sobre mano, como viejas, en vez de andar de acá para allá con sus canoas, como debía de ser, quemando

aldeas y capturando cabezas.

Susurros, bastante cercanos. Un grito de sobresalto, casi un aullido, y luego gruñidos, lamentos, gemidos, un largo crescendo de sollozos.

Hocart se despertó y prestó atención.

—Ay, Dios mío, otra vez no.

—Chist.

En la isla existía la creencia de que la desfloración de una muchacha no es nunca la primera vez, porque el primer sangrado significa que la luna ya ha yacido con ella. Los hombres negaban creer en aquello e insistían en que no era más que un cuento que les contaban a las muchachas para tranquilizarlas, lo que al menos implicaba una cierta ternura. O eso quería creer él. Mali parecía totalmente una niña.

Unos minutos de susurros y los gruñidos empezaron de nuevo. Es lo que pasa cuando se tienen dieciocho años. Otro grito, esta vez sin duda masculino, y pasos que regresaban.

—Uno menos, quedan dos —dijo Hocart.

—¿Te das cuenta de que durante el resto de sus vidas no podrán pronunciar sus respectivos nombres?

No hubo respuesta. Rivers se preguntó si se habría quedado dormido de nuevo, pero cuando se volvió para mirar, captó el brillo del blanco del ojo bajo la mosquitera. Más pasos. Otra sombra se encaramó a la pared al fondo de la tienda. Una breve pausa, susurros, y luego los jadeos recomenzaron.

Rivers suspiró.

—¿Sabes? Dice Rinambesi que cuando un jefe muere lo último que ocurre, o más bien, que ocurría, es una gran cacería de cabezas, seguida de un festín, y todas las muchachas se ofrecen de forma gratuita a todos los guerreros. Y al parecer tampoco oponen ninguna resistencia. Se lanzan corriendo al mar para recibirlos.

—¿La caza de cabezas como afrodisiaco?

—¿Por qué no?

—Cualquiera diría que a éstos no les va nada mal sin él —dijo Hocart, al mismo tiempo que los gemidos se hacían cada vez más fuertes.

—Eso sí, nada de bebés.

La lectura que se extraía de las genealogías era nefasta. Hacía tres o

cuatro generaciones, las familias de cinco o seis miembros eran la norma. Ahora muchos de los matrimonios no tenían hijos.

La última sombra llegó y se fue. Rivers supuso que se había quedado dormido, porque le pareció que no había pasado nada de tiempo antes de que la primera luz gris de la mañana tornara las mosquiteras en algo igual de frío y siniestro que una mortaja. «Ave-cantar-fuerte» era el término en pidgin para esta hora que precedía al alba, y las aves ya habían comenzado, primero con un goteo gorjeante de notas —siempre la misma ave, cuyo nombre desconocía— que se elevaban hasta alcanzar un frenesí de graznidos y gritos que competían entre sí. Pero esta mañana había un ruido nuevo. Al principio se quedó tumbado, parpadeando somnoliento, incapaz de conferirle ningún significado, pero entonces se dio cuenta de que era el llanto de las mujeres, a aquella distancia casi indistinguible del sonido de la flauta. Y supo que Ngea había muerto.

Llegaron al porche de la cabaña de Ngea y encontraron el cadáver envuelto en posición sentada y apoyado contra un pilar. Le habían amarrado a la espalda un palo resistente que mantenía la cabeza y el cuello más o menos erguidos, una suerte de columna vertebral externa. Lo habían bañado y vestido con sus mejores galas, tenía la cara y el pelo recién pintados con cal, y ramilletes de hojas de *riria*, una planta prohibida a los hombres en vida, atados a sus collares. A su lado estaba sentada su viuda, Emele, que no lloraba ni sollozaba con las demás mujeres. Muy serena, muy digna.

Mientras las mujeres se mecían y lloraban, Njiru destruía de forma sistemática las posesiones del fallecido, con la excepción del hacha, que había dejado aparte. Fue destrozando un brazalete tras otro. Rivers se agachó al lado de Njiru y le preguntó, en voz muy baja para no molestar a las dolientes, por qué había que destruirlos.

—Tú servir él nada él ir Sonto. Todos igual Ngea él peste, él podrido, *bymby* él ir Sonto.

Los llantos se prolongaron durante todo el día, con gente que llegaba desde el otro lado de la isla para despedirse de Ngea. Hacia la tarde —claro, pensó Rivers, no podían tardar mucho más en deshacerse del cadáver—, Njiru colgó de las vigas junto al espantafantasmas un ramillete de nueces de areca, cogió un racimo y lo expuso ante todos los allí reunidos. Aguardó a

que se acallase el último llanto y a que todas las miradas estuvieran puestas en él para iniciar la oración.

—Tomo la porción de los jefes muertos. —Hizo una reverencia al cadáver, que le devolvió una mirada de ojos vidriosos—. No dirijas tu ira contra nosotros, no nos guardes rencor, no nos castigues. Déjales beber y comer, romper cocos, abrir el horno. Deja a los niños comer, deja a las mujeres comer, deja a los hombres comer, y no dirijas tu ira contra nosotros, oh, jefe muerto, oh, oh, oh.

Aquel extraño sonido, mitad aullido, mitad ladrido, que ponía fin a las oraciones en Eddystone. Njiru se metió una nuez en la boca y se la comió. La gente no dejaba de lanzar miradas nerviosas a Ngea, pero Njiru recorrió el círculo ofreciendo el racimo de nueces a cada una de las personas, una a una. Todos los hombres, las mujeres y los niños cogieron una y se la comieron. Incluso un niño pequeño, a quien le introdujeron a la fuerza en la boca un fragmento diminuto y machacado.

A Ngea, sin más ceremonias, lo colgaron de un poste y se lo llevaron «al bosque», dijeron, aunque en realidad lo transportaron hasta la playa, donde lo colocaron dentro de un recinto de piedra, una *era*, con su hacha y su escudo a los pies. Seguía apoyado en posición sentada, con la cabeza erguida por el palo, y miraba por encima del bajo muro de piedra, hacia el oeste, hacia la puesta de sol. Le dejaron comida, para él y para su madre y su padre, los «viejos fantasmas». En otra época, les contó Njiru, con una inconfundible amargura en la voz, en este momento se habría matado a un esclavo y habrían colocado su cabeza entre los pies de Ngea. Njiru miró a Rivers con furia, como si lo considerara a él personalmente responsable de la abolición de aquella costumbre.

—Ahora no todos igual.

Al día siguiente, Rivers fue a la cabaña de Ngea a dar el pésame a Emele y se topó con un espectáculo extraordinario. Habían construido un recinto de madera dentro del porche de la cabaña, similar en tamaño y en forma a la *era* de piedra en la que habían colocado el cadáver de Ngea pero con muros más altos. Dentro del recinto, con las rodillas dobladas hasta la barbilla y las manos apoyadas sobre los pies, exactamente en la misma posición que el cuerpo de su marido, estaba sentada Emele. Parecía llevar allí toda la noche y, por la expresión de agonía de su rostro, era obvio que los calambres habían

empezado. Un grupo de viudas estaba sentado en cuclillas alrededor del recinto y, con sus taparrabos de corteza marrón, parecían tocones de madera. Muchas de ellas eran sus informantes habituales sobre temas como las relaciones sexuales, el parentesco o los preparativos del matrimonio. Rivers imitó la postura encogida de Emele y pidió la palabra. *Tongo polo*, le contestaron de mala gana, mirándose unas a otras. *Tongo polo*, repitió él, asegurándose de que había empleado la inflexión correcta. Pero sus esfuerzos por hablar su lengua no fueron recibidos con la consabida calidez maternal. Pensó que estaban nerviosas.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó él, agachándose de nuevo.

Pero no le contestaron, y al volver la vista reparó en que Njiru había entrado y estaba de pie nada más cruzar la puerta.

Antes de la muerte de Ngea, Njiru había accedido a llevar a Rivers y Hocart a ver la cueva de Pa Na Keru. Estaba situada cerca de la cima de la montaña más alta de la isla y distaba una mañana de camino, las primeras etapas a través de un denso bosque. Rivers se inclinaba a pensar que la muerte de Ngea daría lugar al aplazamiento de la excursión, pero a la mañana siguiente, al salir de la tienda, encontró a Njiru rodeado de un séquito mucho más numeroso que de costumbre, esperándolo.

Les repartió hojas para que se las pusieran, los protegerían de los espíritus de las montañas, y el grupo al completo emprendió la marcha de muy buen humor, riendo y charlando, aunque hacia el final de la mañana se tornó silencioso, a medida que el terreno se empinaba abruptamente y los músculos de los muslos y la espalda comenzaban a resentirse. El sendero que ascendía por la montaña, como todos los senderos de la isla, era tan estrecho que tenían que avanzar en fila india.

Un halo de solemnidad se había posado sobre el grupo. Rivers observó el movimiento de los músculos en la espalda que tenía delante mientras avanzaban con dificultad y sudando cuesta arriba. Se alzaba ante ellos una gigantesca pared de piedra con una cueva excavada en ella, como una boca oscura. Ascendieron resbalando y patinando hacia ella, enviando tras de sí un aluvión de guijarros que salpicaban tras ellos. La cuesta final estaba coronada de grandes rocas y peñascos y otras piedras más planas, algunas afiladas. Era casi mediodía, y sus sombras habían menguado hasta convertirse en figuras

negras irregulares que revoloteaban en torno a sus pies en movimiento. Uno de los hombres cogió una piedra y la lanzó a la entrada de la cueva para ahuyentar a los fantasmas. Rivers y Hocart eran los únicos que nunca habían visitado la cueva, y no se les permitió acercarse hasta que Njiru no acabó de rezar para protegerlos del mal. Durante la oración, vieron cómo los demás se sumergían y desaparecían bajo la pared suspendida de roca.

La cueva era baja pero sorprendentemente profunda, lo bastante para que el extremo más alejado quedase oculto por las sombras. Cerca de la entrada, una piedra plana recibía el nombre de «asiento fantasma». Era el lugar donde se sentaba el nuevo fantasma y de vez en cuando, para matar el tiempo, dibujaba en las paredes. Más adentro, en la oscuridad más absoluta, había otro bloque de piedra donde se sentaban los viejos fantasmas.

—Todos viejos *tomate* venir y mirar nuevo *tomate* —les explicaron.

Rivers se volvió hacia Njiru y señaló el asiento de los viejos fantasmas.

—Hombre él peste, él podrido, *bymby* él ir Sonto. ¿Por qué él no ir Sonto? —preguntó.

Njiru extendió las manos.

En la pared había diversas manchas que interpretaron como dibujos de los nuevos fantasmas. Hocart comenzó a hacer un bosquejo de las manchas y a anotar las descripciones que le proporcionaban. Un hombre, un espíritu, cerdos, una canoa de guerra.

Njiru quería proseguir con el asunto de los viejos fantasmas. Él personalmente no creía, dijo, que hubiese fantasmas en la cueva. Era un, un... Se le agotó la paciencia con el pidgin. Un *varavara*, dijo por fin. Por lo poco que Rivers pudo entender, se trataba de una metáfora, de una figura retórica. Ahora, cada vez más, cuando estaban a solas intentaban comprender conceptos directamente en la lengua del otro, para huir así de la confusa comunicación mediante el pidgin. La barrera lingüística era aún más imponente de lo que Rivers había presupuesto en un primer momento, ya que, además del dialecto estándar, estaba el «habla elevada» del ritual, el mito y la oración. También existía, aunque no le habían permitido oírla, el habla *blong tomate*: la lengua de los fantasmas.

Mientras conversaban, sin darse cuenta se habían adentrado aún más en la cueva. En ese momento Rivers tocó a Njiru en el brazo y señaló una estrecha grieta en la pared posterior. Tuvieron que trepar por encima de rocas

desprendidas para llegar hasta ella y, cuando lo lograron, les pareció demasiado pequeña para permitir siquiera la entrada de un hombre muy delgado. En otra época, explicó Njiru, la cueva había sido «buena compañera» para llegar hasta el mismo centro de la montaña, pero luego un terremoto desplazó parte del techo. Rivers se arrodilló y se asomó a la oscuridad. Estaba seguro de que podía entrar gateando. Y había traído consigo una linterna, al no saber si la cueva sería oscura o no. Se tumbó bocarriba y se las ingenió para colarse arrastrándose, pero se enganchó el brazo, y notó una humedad que pensó que podría ser sangre. Al llegar al otro lado, con cautela se puso de pie, y luego estiró los brazos muy por encima de la cabeza. Tenía la sensación de encontrarse en medio de un espacio inmenso. La cueva era grande. Mientras se sacaba la linterna del bolsillo trasero se dio cuenta de que Njiru lo estaba siguiendo. Metió la mano en el agujero, tratando de proteger la espalda deformada del otro hombre del filo dentado de la roca.

Se quedaron de pie juntos, respirando. Rivers iluminó el suelo con la linterna y con precaución se adentraron aún más en la cueva. Tendió una mano y tocó algo que se escabulló de sus dedos, luego giró la linterna; un débil aro de luz amarilla y enfermiza reveló algo que durante un segundo le hizo dudar de su cordura: las paredes estaban vivas, cubiertas de un pelaje negro que palpitaba.

Murciélagos, claro. Pasado el primer sobresalto de miedo, era obvio. Dirigió la linterna hacia el techo, de donde colgaban más murciélagos, miles de ellos, tal vez cientos de miles, pequeñas estalactitas negras como el carbón. Cuando la linterna las barría con su luz, levantaban las cabezas, los pequeños rostros enloquecidos, las encías rosas y húmedas, los colmillos blancos, todos chillando de miedo.

Moviéndose muy despacio y sin hacer ruido, sin querer molestarlos más, volvió a alumbrar el suelo con la linterna, creando un charco de luz en el que flotaban inconexos sus pies y sus piernas. No debería haberse asustado por los murciélagos, pues sabía —Njiru lo había mencionado— que antiguamente una de las excursiones habituales de los hombres de Narovo era ir a cazar murciélagos en la cueva de Pa Na Keru. Hasta que un día, o eso contaba la leyenda, un hombre se desvió por el camino equivocado y, mientras sus compañeros dieron vueltas hasta encontrar la salida de la

montaña, cada paso que él dio lo condujo aún más hacia su interior. Finalmente se topó con otra salida, y recorrió el camino de vuelta a la aldea, pero, pese a que sólo había estado perdido menos de una semana, a su regreso era ya un anciano. Pasó tres días con su madre, pero entonces su rostro se volvió negro y se desmoronó en un montón de polvo.

Nadie los había seguido hasta la parte más recóndita de la cueva. Hocart estaba ocupado en sus dibujos y los isleños probablemente tenían miedo de la leyenda. ¿Njiru también tenía miedo? De tenerlo, no lo demostraba. Oían la conversación y las risas a tan sólo unos metros de distancia, en la parte menos interna de la cueva, pero su aislamiento en esa oscuridad calurosa y forrada de pelo era total.

Era la primera vez que se quedaba a solas con Njiru desde la muerte de Ngea, y Rivers quería hablar sobre Emele: en parte porque cualquier ceremonia relacionada con la muerte de un jefe era importante, pero en parte también porque aquella mujer le preocupaba.

—*Tongo polo* —dijo.

Notó que Njiru se retiraba.

—¿Cuánto tiempo? —insistió—. ¿Cuántos días?

Njiru negó con la cabeza.

—Hombre antes él entender *tongo polo*, ahora no todos igual.

Las últimas palabras vinieron acompañadas de un gesto de desdén con la mano, como si troceara algo; era un movimiento que no tenía la intención de entrar en contacto con nada, pero sus dedos golpearon el extremo de la linterna y la enviaron con gran estrépito al suelo, desde donde continuó despidiendo luz, como un único ojo amarillo que los alumbraba en la oscuridad. Luego las paredes alzaron el vuelo y fueron hacia ellos. Rivers apenas tuvo tiempo de ver cómo el haz de luz se convertía en un túnel lleno de figuras que forcejeaban antes de descubrirse rodeado por una oscuridad aleteante que chillaba y gritaba, y ciego, con la piel rehuendo un contacto que nunca llegó a producirse.

Se quedó de pie con los ojos cerrados, los dientes apretados, los sentidos tan colapsados que prácticamente cesaron de existir y la mente reducida a un único punto de luz. Quédate quieto, se dijo a sí mismo, no te van a tocar. Y acto seguido dejó la mente en blanco y se limitó a resistir, cual columna de carne que las plantas de sus pies conectaban con la tierra, con los huesos del

cráneo vibrando al son del chillido agudísimo e invariable de los murciélagos.

La boca de la cueva escupía seres humanos que huían; tras ellos, los murciélagos salían a raudales en una nube oscura que se enrollaba sobre sí misma al elevarse, como la sangre que emana desde una herida bajo el agua. Por último, enmudecidos por la impresión, todos se dieron la vuelta para mirarlos, y los contemplaron durante todo un minuto, antes de que la corriente empezara a disminuir hasta convertirse en un fino reguero.

En el interior de la cueva, Rivers y Njiru abrieron los ojos. Rivers no era consciente de haberse movido durante el éxodo, sin duda habría jurado que no lo había hecho, pero se descubrió agarrando la mano de Njiru. Se sintió... no aturdido, aturdido no era la palabra. Lo contrario de aturdido. Casi como si le hubiesen arrancado la corteza, desnudo, sin caparazón, tendido en contacto con la tierra. Meditabundos, sumidos en el sepulcral silencio, recorrieron con la mirada las paredes de granito gris, de donde, en la inmensidad, colgaba cabeza abajo alguna que otra superficie negra de crías de murciélagos que aguardaban el regreso de sus madres.

Un rayo de luz alcanzó sus ojos.

—Perdón —dijo la señorita Irving, y volvió a correr un poco la cortina—. ¿Qué tal ha ido la noche?

—Más o menos.

Tenía la impresión de haber pasado toda la noche entre paredes calientes y forradas de pelo, y el pelo se le había metido entre los dientes.

—Aquí tiene su té —dijo ella, poniéndole la bandeja sobre las rodillas.

Se lo bebió agradecido, enviando mensajes a distintas partes de su cuerpo para comprobar cuál era la situación. Espantosa, parecía ser la respuesta generalizada.

—¿No cree que debería verlo un doctor? —Le sonrió—. Doctor.

—No. Lo único que haría es decirme que guarde cama y beba mucho líquido. Eso me lo puedo decir yo mismo.

—De acuerdo. Toque la campanilla si necesita cualquier cosa.

—¿Le importaría echar las cortinas?

La oscuridad le recordó a la cueva. Había pasado toda la noche en

compañía de murciélagos que se aferraban a las paredes internas de su cráneo. Pero ahora al menos corría una brisa, las cortinas respiraban con delicadeza. Aunque aún tenía demasiado calor. Se destapó de una patada, se desabotonó la chaqueta y agitó las solapas, se pasó la lengua por los labios agrietados. Calor.

El sol caía a plomo en el momento en que salieron de la cueva. Ya había pasado el mediodía, pero las duras rocas blancas y brillantes reflejaban el calor en sus rostros. Recorrieron el camino de vuelta a paso más lento que la ida, Rivers sumamente pendiente de Njiru, que caminaba justo delante de él, aunque no hablaban. Cerca de la aldea comenzaron, de común acuerdo, a rezagarse respecto del resto. Hocart se dio la vuelta para esperarlos, pero Rivers le hizo una señal para que continuara.

Se sentaron sobre el tronco cubierto de musgo de un árbol caído. El sol los machacaba, les golpeaba la parte superior de la cabeza, como alguien que clavara piquetas en el suelo. Y aun así, a pesar de la ropa sudada y de la espesa costra de excrementos de murciélago sobre los hombros de la camisa, Rivers experimentó la misma sensación de ser nuevo, de haberse deshecho de una cáscara.

Se sentaron tranquilamente, uno al lado del otro, sin ninguna prisa por iniciar la dificultosa tarea de la comunicación. Una leve brisa les refrescó la piel.

—*Tongo polo* —dijo al fin Rivers, ya que era en ese punto donde lo habían dejado. ¿Cuánto tiempo?, preguntó de nuevo. ¿Cuántos días?

Una mirada de Njiru, alegre, divertida, inconfundiblemente afectuosa. No había una duración fija, dijo, aunque lo más común eran dieciocho días. Su abuela había guardado *tongo polo* durante más de doscientos días, pero aquello era una excepción, porque Homu, su abuelo, había sido un gran jefe. Los hombres de Roviana hicieron sonar la caracola por ella.

¿Sonar la caracola?, preguntó Rivers. ¿Qué significaba aquello?

Un silencio breve, que, sin embargo, pensó Rivers, no indicaba ninguna reticencia a seguir hablando. En aquel momento Njiru le habría contado cualquier cosa. Tal vez fuese éste el resultado de aquel instante dentro de la cueva en el que ambos habían tendido las manos para estrechar las del otro. No, pensó. No. En la cueva había habido dos experiencias, y estaba bastante

seguro de que Njiru había participado en ambas. Una eran las manos tendidas para aferrarse a las del otro. Pero la segunda era un encogimiento, no, no, un encogimiento no, una compresión de la identidad en un único punto duro e inexpugnable: el punto en el que no hay ninguna otra solución posible, en el que no queda nada más que la pura y dura autoafirmación. El derecho a ser y a ser como uno es.

El abuelo de Njiru, Homu, era famoso por haber cazado noventa y tres cabezas en una sola tarde. Por el lado de su abuela, estaba emparentado con Inkava, quien, hasta que los británicos destruyeron su bastión, había sido el más feroz de los grandes jefes cazadores de cabezas de Roviana. Éste era su legado. Rivers lo miró de reojo, lo bastante cerca para ver cómo la cal blanca se le escamaba sobre la piel tirante de las mejillas. Njiru estaba hablando, pero no lo hacía por amistad —pese a sentir aquella amistad—, sino por ese núcleo duro de identidad, sin preocuparse ya por eludir preguntas o disimular su orgullo por la cultura de su pueblo.

El sonido de la caracola, dijo, señala el punto final de un ataque victorioso. Se dio la vuelta y miró a Rivers a los ojos. La viuda de un jefe sólo puede ser liberada tras la captura de una cabeza.

11

Lunes, 16 de septiembre de 1918

Vivimos en *tamboos*, una especie de cruce entre un establo y un excusado al aire libre. Paredes y techo de chapa de zinc; ruidosos de cojones cuando llueve, y ahora está lloviendo; enmoquetado con paja que cruje, huele y brilla a la luz de las velas. Los campos de alrededor, unos campos de lo más decentes cuando llegamos. Ahora, tras las intensas lluvias de anoche y el chapoteo constante de botas y ruedas, hay una capa de barro de casi medio metro de profundidad. Ah, y se mete en todas partes. El interior de mi saco de dormir no es lo que se dice apetecible, anoche me sentí tentado de dormir fuera de él. Pero. No debo quejarme. (¿Por qué no? Si el ejército entero sobrevive a base de refunfuñar.) De hecho, el barro y las pasarelas de tablones son casi las únicas cosas familiares que quedan.

Tengo una constante sensación en la nuca de que algo va mal. De estar expuesto, supongo que ésa es la palabra, y por una vez el absurdo corte de pelo militar no tiene la culpa. Pasamos todo el tiempo fuera, a la intemperie, y yo estoy acostumbrado a una guerra en la que uno va correteando de un lado a otro bajo tierra, como un topo o una rata. (Las ratas engordaban gracias a nosotros, literalmente. Y nosotros debimos de aniquilar a los topos.) Anoche se me ocurrió que la idea de Rivers de usarme a mí mismo como un caso que siente precedente —la pelota de fútbol que me ordenó llevar regateando hasta el otro lado— tiene un defecto fundamental. El chiflado es el mismo, pero la guerra es distinta. Hasta donde yo logro entender, la teoría de Rivers es que el factor crucial que explica el enorme número de crisis nerviosas ocasionadas por esta guerra no es el horror —la guerra siempre lo ha sembrado por doquier—, sino el hecho de que la presión debe soportarse

en condiciones de inmovilidad, pasividad e impotencia. Apretujados dentro de agujeros en la tierra esperando a que el siguiente obús extraviado te aplaste como una colilla. Si ése es el factor crucial, entonces el experimento no es válido, porque todas las maniobras que practicamos ahora están destinadas a prepararnos para una guerra móvil y en campo abierto. Y eso es lo que está sucediendo: todo es distinto.

Una vez le conté a Rivers que la sensación de salir de la trinchera a cuerpo descubierto era erótica. Me parece que no me creyó, pero en realidad sí que tenían cosas en común: el corazón acelerado, el riesgo, la exposición física, una suerte de terrible osadía. (Obviamente no me refiero al sexo en la cama.) Pero ahora no siento nada de eso. Hay, en mi caso, una aprensión constante y acuciante por estar a la intemperie y saber que no debería estarlo. Un nuevo tipo de guerra. El problema es que mis nervios son los mismos de siempre. Sería mucho más feliz con un par de toneladas de Francia encima de la cabeza.

Hemos pasado el día de zafarrancho de limpieza. Para recompensar a los hombres, los obligaron a practicar deporte. Yo me quedé obedientemente en la línea de banda, chillando y agitando las manos. Un día frío y gris. La pelota parecía atravesar volando el cielo plomizo como un pájaro empapado, pesado y desganado. Los hombres estaban cubiertos de fango, de sus bocas ascendían columnas de vapor. Todos tremendamente competitivos, por supuesto, los C contra los D, algo de ver para creer. Fútbol callejero jugado con la actitud del rugby de colegio privado. Observé a mis compatriotas con la cara y las rodillas rojas atacar y defender en una tierra de nadie de clases sociales. Aunque al menos los oficiales y los soldados juegan juntos, es el único contacto informal que existe fuera de la línea de combate.

En el medio tiempo algunos se quitaron las camisetas y el vapor se elevó desde sus cuerpos, rojos y blancos, con las manos y los rostros agrietados, casi sin resuello. Jenkins saludó a alguien fuera del campo y por un instante volvió la cara hacia mí, ojos verdosos, pelirrojo, piel de un blanco lechoso salpicado de pecas; tuve que hacer un esfuerzo por apartar la mirada. No puedo ganarme la fama de «tener debilidad por los pelusos». Es malo para la disciplina. Aunque no sé qué otra puñetera cosa se puede mirar.

Ése es el otro cambio: las expresiones de los hombres. Ese gesto en la cara de Jenkins al darse la vuelta para saludar. Antes, había básicamente dos

expresiones. Una la vimos en Étapes, la cara de conejo encerrado con un armiño. Esa expresión sólo la había visto antes en otro lugar, y fue en la casa de los Royce. Una familia con cuatro niños que vivía en la calle al lado de la nuestra. Su padre los obligaba a ponerse en fila todas las noches, después de unas cuantas pintas, y a levantarse los faldones de la camisa. Luego les azotaba los culos desnudos con una regla. Todas las noches sin falta. Una vez uno de ellos preguntó: «¿Por qué lo haces, papá?». Y él respondió: «Por cualquier cosa que hayáis hecho y por la que creáis que os vais a quedar sin castigo». Pero anda que no sabían pelear. Uno de ellos fue mi cruz durante mis años de colegio.

La otra expresión era la expresión de trinchera. Puede resultar bastante sobrecogedora si no sabes lo que es. Cualquiera de los hombres de mi sección podría haber posado para un cartel propagandístico del «Boche cruel», pero no era crueldad ni nada por el estilo. Era una especie de asco huraño y era el resultado de vivir dentro de trincheras que contenían pedazos de huesos humanos que sobresalían de las paredes, con cadáveres a temperaturas bajo cero apoyados sobre el escalón de tiro, letrinas inundadas.

Nos pase lo que nos pase, no puede ser peor que esto.

Miércoles, 18 de septiembre de 2018

Hoy fuimos a los baños de la división, que están en un enorme granero de techos bajos. Por una vez hacía sol y no llovía, y el camino, aunque largo, no resultó demasiado fatigoso. Aún no estaban listos para nosotros y los hombres se sentaron a esperar en la hierba que había fuera, apoyados en las rodillas de otros o tendidos sobre el pasto con los brazos detrás de la cabeza. Luego les llegó su turno.

Las típicas filas de toneles de lluvia, barriles de vino, un par de bañeras viejas (bañeras de verdad). El agua a cualquier temperatura desde hirviendo hasta templada, dependiendo de tu lugar en la cola. Se quitan la ropa, la amontonan en pilas, se ponen en fila desnudos, jugueteando, dando empujones, un chiste detrás de otro, unas cuantas canciones, todos están contentos porque no es la deprimente rutina de instrucción y adiestramiento. Dentro del granero, cientos de hilos diminutos de sol se cuelan por las rendijas de las paredes y el tejado, de forma que la luz titila como seda

tornasolada, y estos destellos danzan por encima de todo, de las caras y los cuellos morenos, de los cuerpos blancos, de la línea divisoria en torno a la garganta, afilada como una guillotina.

Uno de mis problemas con los baños es que siempre estoy vestido. Los oficiales se bañan aparte. Y... Bueno, es extraño. Una de las cosas que me excitan sexualmente, una de las cosas con las que fantaseo, es simplemente con estar vestido de pies a cabeza junto a un amante desnudo, sujetándolo a él o a ella por detrás. Y lo que siento (además de lo evidente) es una gran ternura, la clase de ternura que radica en ser más poderoso y que en realidad, supongo, no es más que la faceta aceptable del sadismo.

Esto no importa con un amante, cuando es tan sólo un juego, pero aquí la desproporción de poder es real y la desnudez involuntaria. No se puede hacer nada al respecto. Quiero decir, ni mucho menos puedo ir por ahí mirando al suelo, como una solterona en una muestra de puerros. Pero me siento incómodo, y sospecho que la mayoría de los demás oficiales no.

Dentro del granero, o fuera al aire libre, se visten con ropa limpia, un surtido de calzones y camisetas de tirantes, casi todo demasiado grande. El Ejército encarga estas cosas a medida de los Hijos del Imperio, pero a algunos de los Hijos del Imperio no les dieron mucho de comer de niños. A uno de los hombres de mi sección, de apenas la altura reglamentaria, le entregaron un par de calzones que le llegaban a la barbilla. Se puso a desfilar de acá para allá, riéndose de sí mismo, sin importarle lo más mínimo que todos los demás también riesen.

Al observarlo, de repente se me ocurrió que la desnudez de los soldados tiene un matiz de patetismo, no sólo porque el cuerpo sea tan obviamente vulnerable, sino porque al ponerse la ropa también se visten de humillación y anonimato, cuando para la mayoría de las personas, civiles, casi siempre se cumple lo contrario.

Regresamos marchando muy alegres, todos cantando, las liendres reventando en las costuras de la ropa limpia en cuanto los cuerpos les transmiten su calor. Pero ya estamos acostumbrados a eso. Y me puse a pensar —hay mucho tiempo para pensar durante las marchas— en la iglesia del padre Mackenzie: el enorme crucifijo sombrío de la mampara del trascoro que lo domina todo, un manojo de malvas reales tiradas en el presbiterio a la espera de que alguien las arregle, sus largos tallos garabateando mojados por

el suelo. Y detrás de todos los altares, sangre, tortura, muerte. La cabeza de san Juan en una bandeja, Salomé ofreciéndosela a Herodes, los brazos blancos de las mujeres como una suerte de jaula que encierra la cabeza cortada de ojos vidriosos. Cristo en la plataforma de los azotes, con una expresión claramente familiar. San Sebastián sobreactuando y mi viejo amigo san Lorenzo en su parrilla. La voz del padre Mackenzie retumbando desde la sacristía. Me quería, el pobre diablo, estoy convencido de que sí.

Y pensé en las hileras de cuerpos desnudos dispuestos en fila para los baños, y pensé en que no soy sólo yo. Todo el puñetero frente occidental es el paraíso de un pajillero. Para esto es para lo que han estado rezando, esto es lo que llevan años deseando. Rivers diría algo juicioso, cómico y sensato en este momento, pero para mí está muy claro y, de todas formas, Rivers no está aquí. Cada vez que un hombre con un culo follable aparece en nuestro campo de visión, puedes estar bastante seguro de que algo absolutamente espantoso va a ocurrir.

Aunque claro, es que algo absolutamente espantoso va a ocurrir. Así que qué más da.

Domingo, 22 de septiembre

Por la mañana, lo más cerca que estamos de poder dormir hasta tarde (esta semana llevo todos los días poniéndome en marcha antes de las 5:30). Wyatt se está afeitando y un servicio voluntario está empezando justo ahí afuera. El olor a panceta friéndose, el sonido de ollas y sartenes chocando unas con otras y el silbido de Longstaffe mientras me limpia las botas. Hallet está al otro lado de la mesa escribiéndole a su prometida, algo en lo que siempre tarda horas y horas. Y la lluvia ha parado, hay un rayo de luz en el suelo y la paja parece oro. La navaja de afeitar produce un sonido agradable al golpetear el lado del barreño. El fantasma del domingo por la mañana en casa: ternera asada en su jugo, las ventanas empañadas de vapor, el susurro de las páginas del *News of the World* cuando a papá se le caen la mitad, el Ejército de Salvación afinando en la calle.

*Adelante, soldados cristianos,
marchemos como a la guerra,*

*con la cruz de Cristo
siempre por delante.*

Veinte —tal vez alguna más— voces masculinas al unísono. Longstaffe canta ahora la versión alternativa:

*Adelante, ejército de Fulano
marchemos sin miedo
con nuestro valiente comandante
a salvo en la retaguardia.*

*Presume y fanfarronea
de la aurora al ocaso
y se cree muy valiente,
pero los hombres que de verdad lucharon
están ya muertos y enterrados.*

La canta muy alegre y de muy buen humor. Estamos deseando que llegue la cena del domingo: ternera y patatas asadas. Estoy muerto de hambre. Y esta vez no va a haber ningún simulacro de gas durante la comida. Lo sé.

Martes, 24 de septiembre

Nos han adelantado en autobuses. Los hombres han cantado durante todo el camino, muy animados, sobre todo, creo, por no tener que marchar.

Jueves, 26 de septiembre

El pueblo más cercano está en ruinas. Muros destruidos de extraordinarias formas irregulares a la luz de la luna, abismos y montañas plateadas, y de vez en cuando los fosos negros de los cráteres atestados de malas hierbas.

Algunos de los demás pueblos ni siquiera son ruinas. Se supone que no debes mencionar los efectos del fuego enemigo, pero gran parte de esto es el efecto del fuego británico, así que supongo que puedo mencionarlo. No queda

nada. Hemos atravesado un pueblo en el que no quedaba ni un solo muro por encima de la rodilla. Trincheras viejas por todos lados, marañas de alambre de púas oxidado, costillares de caballos que se pudrieron donde cayeron. Y cada vez peor.

Los hombres, salvo uno o dos que recuerdo del año pasado, siguen mostrándose reservados. A veces, cuando se quedan solos por la noche, se oyen risas. No a menudo. Protegen con celo la poca privacidad que tienen. Casi toda la «dedicación» de la que habla la gente es de los oficiales —de algunos de los oficiales— a los hombres. Yo la verdad es que no veo demasiadas señales de que sea recíproco. Si confían en alguien, es en los suboficiales, que son mayores, en su mayoría, y comparten con ellos sus orígenes. Pero bueno, yo tampoco he venido al mundo para caer en el engaño de sentirme responsable de ellos.

De lo que sí soy responsable es del GAS. O el suboficial no bromeaba o si lo hacía es una broma recurrente. Mi antiguo apodo, el canario, ha vuelto a surgir. A Owen por alguna razón lo llaman el fantasma. Es evidente que cuando desapareció y lo ingresaron en Craiglockhart —y sospecho que no le escribió a nadie porque le daba vergüenza (yo tampoco lo hice)—, llegaron a la conclusión de que estaba muerto.

Los simulacros de gas se repiten varias veces al día. Los sermones rutinarios no molestan demasiado (excepto a mí, que tengo que darlos), pero todo el mundo odia los simulacros aleatorios. Estás preparándote para acostarte o a punto de marcar un gol o llevándote a la boca el primer bocado de comida caliente y ¡pam! Las carracas giran, se colocan las máscaras, brazos y puños en el aire, y entonces el grito amortiguado y apagado: ¡GAS! ¡GAS! ¡GAS! Unas criaturas de ojos enormes como insectos revolotean entre los árboles. Lo que más odian —lo que yo más odio— son los simulacros de gas que empiezan cuando estás marchando o haciendo gimnasia o prácticas con la bayoneta, porque lo que ocurre es que tienes que seguir haciéndolo, moviéndote sin ningún control bajo la luz verde, con el sonido de tu respiración —inspira, espira, inspira, espira— ahogando todos los demás sonidos. Y cada movimiento te va chupando un poco más de energía.

A nadie le gusta la máscara. Pero mi trabajo consiste en vigilar, por si algún hombre no puede soportarlo y entra en pánico en cuanto se la coloca en la cabeza. Y por desgracia creo que he encontrado uno, aunque está en mi

compañía, así que al menos puedo estar pendiente de él.

Ya no se ve el gas de la misma forma. Se usa más y se le teme menos. Algunos de los hombres están claramente encantados con el gas. A ver, piensan, si con una o dos inhalaciones te devuelven a la base y no te mueres, ¿por qué no? Se ha convertido en el equivalente al disparo en el pie y es mucho más difícil de detectar.

Durante la cena le conté a Hallet y a Potts que hace cuatro años nos ordenaban protegernos del gas meándonos en los calcetines. Doblabas uno como una almohadilla y usabas el otro para atártelo sobre la boca y la nariz. Me miraron boquiabiertos, sin saber si iba en serio o no. «¿Funcionaba?», preguntó Hallet. «No», dije yo. «Pero te distraía una barbaridad». Y ambos se echaron a reír, bastante aliviados, supongo, al saber que simplemente les estaba tomando el pelo.

Con aquello te solían salir granos alrededor de la boca. Aunque tampoco es que eso fuese nuestra principal preocupación en aquel momento.

Y hoy era día de pago. Después de pasar toda la tarde arrastrándose corriendo cayéndose arrastrándose de nuevo por los campos mojados, los hombres estaban tan cubiertos de barro seco que casi parecía el material del que estaban hechos. Cansados, pero el día de pago siempre es algo positivo, aunque no tengas nada en qué gastártelo, y todos cacareaban, se empujaban y reían mientras esperaban en la cola. Entonces comenzó el zumbido de las carracas. Se oyó un gemido (cuando el gas es de verdad no da tiempo a gemir, así que hay que practicar más) y luego la rutina habitual: puños apretados, brazos arriba, ¡GAS! ¡GAS! ¡GAS!

Siguieron en la cola. Hombres de color marrón fango plantados en el fango, los rayos oblicuos del sol dorando los dorsos de sus manos, la única piel ahora visible. Yo estaba sentado al lado de Hardwick, tachando nombres de la lista. Un hombre, que esperaba su turno justo detrás del hombre que recibía su paga en ese momento, volvió un poco la cara hacia un lado y en aquellos ojos enormes de insecto vi, no uno, sino dos soles poniéndose.

Viernes, 28 de septiembre

Desde ayer por la tarde el bombardeo es continuo. Todas las carreteras para avanzar están congestionadas, los conductores atrapados en el fango,

insultándose unos a otros, una luz amarilla verdosa titila en el cielo y de vez en cuando se oye el silbido y el ruido sordo de un obús. Un zumbido constante de aviones en lo alto, todos en la misma dirección.

Esta noche avanzamos.

12

Rivers recorrió el sendero entre la tienda de campaña y la aldea Narovo con la luna llena proyectando su sombra delante de él. Lo envolvían por todos lados las escaramuzas y los chillidos del bosque, el grito de algún pájaro que se convertía en risa, luego por un instante el silencio, más escaramuzas, más chillidos, el frenesí nocturno de matar y alimentarse.

Una vez en la aldea se fue directo a la entrada de la cabaña de Ngea, se agachó y entró. El espantafantasmas se estremeció conforme se acercaba.

Las mujeres estaban dormidas, las viudas que atendían a Emele. Pasó de puntillas junto a ellas, se arrodilló y la llamó.

—¡Emele! ¡Emele! —Un susurro apremiante que hizo que una de las viudas se moviera y refunfuñara en sueños. Esperó a que se calmara para llamar de nuevo a Emele. Al ver que no había respuesta, abrió la puerta y allí, acurrucada en la posición prescrita, con la espalda doblada y las manos apoyadas sobre los pies, estaba Kath.

—Kath, Kath —la llamó—. ¿Se puede saber qué diantres haces aquí? — Y el movimiento de sus propios labios lo despertó.

Se sentó en el filo de la cama, con la vista clavada en su reloj. Las cuatro en punto nunca era buena hora para despertarse. Tenía la garganta muy inflamada. Tragó saliva varias veces y decidió que lo que necesitaba era aquel antiguo sustituto medicinal, un vaso de agua.

En el cuarto de baño, parpadeó bajo la luz blanca, se entrevió a sí mismo en el espejo y pensó: Dios mío, ¿de verdad has quedado reducido a esto? Se tomó un instante para contemplar las bolsas de los ojos y el cabello ralo, pero no estaba tan sumido en la neurosis o el narcisismo como para creer que una luz desde lo alto a las cuatro de la mañana pudiese mostrar el alma al

desnudo. Se bebió un vaso de agua y se volvió a acostar.

Pese a la hora, las cortinas dejaban entrar un poco de luz, de las estrellas, supuso, esta noche no había luna. Curiosamente le recordaba a la luz de la tienda de Eddystone. Ahuecó las almohadas para darles una forma más cómoda e intentó volver a conciliar el sueño.

—Deja abierta la portezuela —dijo Rivers.

El día había sido un auténtico horno, más caluroso que de costumbre; las personas y los árboles habían titilado como los reflejos en el agua. La tierra fuera de la tienda estaba dura y cocida por el sol. Observó una fila de hormigas rojas que cruzaban penosamente la inmensidad, el grupo a la zaga acarreaba un escarabajo muerto de un tamaño varias veces superior al suyo.

Hocart salió de la tienda.

—Creo que no soy capaz de dormir ahí dentro esta noche.

—Podemos dormir aquí fuera si prefieres. Basta que tengas cuidado con la mosquitera.

Los restos de la cena estaban sobre la mesa. Ninguno de los dos había tenido mucho apetito.

—¿Qué hacemos? —dijo Hocart, sentándose en el suelo con las piernas cruzadas al lado de Rivers—. ¿Qué hacemos si regresan con una cabeza? O varias, que Dios nos asista.

—Por lógica, no intervenir —respondió Rivers lentamente.

—Por lógica, date por muerto. Incluso si decidimos no denunciarlo a las autoridades, ¿cómo saben ellos que no lo haremos? Desde su punto de vista, lo único que pueden hacer para estar seguros es...

—Obedecer la ley.

—Deshacerse de nosotros.

—No creo que lo hagan.

—¿Podrían?

—Bueno, sí, es probable. La cuestión es que no va a pasar, no va a haber ninguna cabeza.

—Pero y si...

—Si la hay, ya veremos qué hacer.

Un largo silencio, tenaz y escéptico, de Hocart.

—Mira, ya sabes cuáles son las penas. Si se lanzan al ataque, no hay forma de que el Comisionado Británico no se entere. Y luego tienes el buque cañonero frente a la costa, las aldeas incendiadas, la tala de árboles, la destrucción de cultivos, la matanza de cerdos. Mujeres y niños chillando llevados hasta el bosque. Ya sabes lo que ocurre.

—Hace que uno se sienta orgulloso de ser británico, ¿eh?

—¿Insinúas que habría que permitir la caza de cabezas?

—No. —Labios apretados.

—Me alegro. Cuando esta gente capturaba cabezas, acabaron prácticamente despoblando Ysabel. Había que pararlo.

—¿Y entonces cómo van a sacar a Emele de ahí?

Rivers vaciló.

—No lo sé. No puede quedarse ahí dentro para siempre.

Lo que en el fondo pensaba, pero por superstición temía decir, era que aquella situación acabaría con el suicidio de Emele. Era incapaz de ver otra salida.

A la mañana siguiente fue a visitar a Namboko Taru, que le había cogido mucho cariño (y él a ella) desde aquella vez que su mímica de estreñimiento y diarrea alternos la había entretenido mientras Njiru le extraía el *nggasin* del vientre.

Ella y su amiga Namboko Nali habían estado bañándose en el mar y el pelo les olía a agua salada. Taru estaba sentada con sus escuálidos brazos marrones doblados sobre los pechos y la espalda apoyada en la pared de su cabaña, secándose tranquilamente al sol mientras las gallinas se paseaban con delicadeza a su alrededor picoteando la tierra. Él se sentó a su lado a admirar el brillo del apagado verde esmeralda en las plumas del cuello del gallito mientras la aldea resucitaba poco a poco.

Tras unos minutos de comadreo, él comenzó a preguntarle por los hechizos de amor, el tema del que habían hablado en su último encuentro. Otras tres mujeres salieron a escuchar. Él sacó su cuaderno y anotó las palabras del hechizo que Taru pronunció, percatándose de que la cantidad de cuchicheos y risitas era mucho mayor que de costumbre. Taru le ofreció betel para que lo mascara y él, después de pensar: ¿Qué diablos, dientes para qué os quiero?, lo aceptó. Las mujeres soltaron risitas de nuevo. Poco después, Taru le ofreció cal y, por seguirle la corriente, él se dejó dibujar unas rayas

blancas en los pómulos. Las risitas eran ya casi descontroladas, pero él insistió en llegar hasta el final del hechizo, y en ese momento le revelaron que las palabras sólo surten efecto si el hombre acepta betel y cal de la cesta de la mujer.

Él se echó a reír con ellas y, cuando acabaron, era tal la confianza entre ellos que sintió que podía preguntarles cualquier cosa. Incluso por Emele y *tongo polo*. Taru negó con vehemencia la posibilidad del suicidio. El suicidio, *ungi*, era algo totalmente distinto. Taru y Nali habían ayudado a Kera, la viuda del jefe anterior, a suicidarse. Había intentado envenenarse con tabaco y no había funcionado. Y luego había tratado de ahorcarse, pero la rama se había roto. Así que ellas le habían sujetado un poste, muy por encima de sus cabezas, ella se había enroscado una tira de calicó alrededor del cuello y luego se había ahorcado del poste. O más bien se había dado garrote, pensó Rivers. No podía haber sido una muerte rápida ni fácil. ¿Cómo se decidía si a la viuda le correspondía *ungi* o *tongo polo*?, preguntó él. Era ella quien elegía, respondieron ellas.

Al regresar a su tienda, se encontró a Hocart tendido fuera, después de haber pasado la primera parte de la mañana lavando ropa. Estaba dormido, o descansando, con los brazos apoyados en la cara para protegerse los ojos del sol. Rivers le puso el pie en el pecho y presionó ligeramente.

Hocart levantó la vista con concentración, asimilando las rayas blancas de su cara.

—Dios mío.

—Creo que me acabo de prometer.

Un burbujeo de risas sacudió las costillas de Hocart.

—Las hay con suerte.

Era difícil dormir, por el calor, incluso sacando las camas de la tienda. A veces se daban por vencidos e iban a tumbarse al bajío, donde las olas pequeñas, que brillaban con luz fosforescente, rompían sobre ellos.

Rivers se había obsesionado con Emele. Fuera donde fuese, hiciera lo que hiciese, la idea de aquella mujer encogida dentro de aquel recinto, dentro de la cabaña, lo perseguía hasta llegar a ver eclipsados por su reclusión todos los demás aspectos de la vida en la isla.

Por las mañanas bajaba a bañarse y ver las canoas partir, con la espuma

emitiendo destellos desde los remos, una canción sin palabras flotando a la deriva sobre el agua: «Aie, aie, aie». Parecían ser sólo sonidos vocálicos, sin ninguna consonante. Y luego el chasquido del agua al entrar en contacto con los manotazos para atraer a los bonitos hacia las redes.

Seguía siendo idílico. Su propia felicidad no disminuía, pero ahora, en todo momento, aparecían aquellos dos puntos de oscuridad: Emele encogida dentro de su recinto de confinamiento y Ngea pudriéndose en su *era*. Una vez llegó a ascender por el sendero que había al otro lado de la playa, incapaz de explicar su deseo por ver a Ngea, puesto que las cuestiones relativas a la descomposición física ni lo fascinaban ni lo asustaban. Un cadáver era algo que se enterraba o se diseccionaba. Nada más. Y, sin embargo, necesitaba ver a Ngea.

El olor llegó hasta él cuando sólo llevaba recorrida la mitad del sendero. Se tapó la nariz, respiró con la boca abierta, pero incluso así unos metros más adelante tuvo que desistir. Una nube negra de moscas, tan densa que parecía sólida, se elevó conforme se acercaba, el calor se hizo audible. Dio marcha atrás, entre otras cosas porque le recordaron a los murciélagos de la cueva, y aquella experiencia, la sensación de haber perdido la cáscara, de estar de algún modo pelado, que en su momento le pareció tan positiva, ahora lo asustaba. Estaba abierto a cualquier cosa que pudiera suceder en este lugar, abierto del mismo modo en que lo está un niño, ya que ninguna experiencia previa tenía nada que ver con aquello.

El calor no cesaba. A media tarde apareció en el cielo una luz de un extraño bronce, que se fue volviendo parduzca conforme avanzaban las horas, como si hasta el aire estuviese chamuscado. Algún que otro soplo de viento coqueteó con las ramas más exteriores de los árboles, pero no interrumpió la intensa quietud perturbadora.

Rivers durmió inquieto, hasta despertarse finalmente a la hora del ave-cantar-fuerte, consciente de haber oído un sonido nuevo y diferente. Se quedó tumbado escuchando, y a punto estaba de darse la vuelta para intentar echar otra cabezadita cuando lo oyó de nuevo: el resonar metálico de una caracola.

En cuestión de minutos ya estaba levantado y fuera de la tienda. El bosque distorsionaba los sonidos, hacía rebotar los ecos, pero entonces reparó en el estrépito de unas pisadas apresuradas a través de la maleza: había gente corriendo hacia la playa. Despertó a Hocart zarandeándolo y siguió a la

multitud, quedándose un poco rezagado, sin saber cómo de secreto era aquello o hasta qué punto podría importar que él fuese testigo.

Vio a Njiru en el borde del agua, envuelto en una tela blanca, con un bastón en la mano, contemplando la bahía.

Una canoa avanzaba hacia la orilla, a toda velocidad, con Lembu a los remos y, en la popa, una especie de bulto. Estaba demasiado lejos para distinguir lo que era, pero de entre la multitud se elevó un «ah» y de repente las mujeres y las niñas echaron a correr hacia el mar, brincando como yeguas hasta una profundidad en la que por fin pudieron lanzarse a nadar. Aferrándose a los lados de la canoa, la acompañaron hasta aguas poco profundas y Lembu descendió, todo él reluciente, los dientes, el pelo, los ojos, la piel, y acarrearon la embarcación hasta la playa. Él regresó hasta la popa, desenvolvió el fardo, sacó el contenido y lo depositó sobre la arena. Un niño de unos cuatro años.

Rivers caminó hasta la canoa, dado que a nadie parecía importarle que él viera o no viera aquello. El rostro del niño estaba cubierto de lágrimas, manchado de tierra y mocos. En realidad ya no lloraba, aunque algún que otro hipo sacudía su pecho delgado. Cuando la gente empezó a adelantarse hacia él para mirarlo, él se aproximó a su captor y apoyó una mano mugrienta sobre el muslo desnudo de Lembu.

Rivers se acercó a Njiru.

—¿Es ésa tu cabeza? —preguntó, sin darse cuenta de que lo había dicho en inglés, no en pidgin.

—Sí —respondió Njiru con seguridad.

Le quitó el niño a Lembu y, rodeado de gente emocionada y sonriente, lo llevó en brazos hasta la aldea por el sendero de la playa. Rivers los siguió, pero permaneció muy atrás cuando la multitud se reunió en el exterior del porche de Ngea. Lembu hizo sonar la caracola cuando entraron en la aldea, y una vez más dentro del porche. Al cabo de un rato apareció renqueando Emele, con los brazos apoyados en los hombros de Taru y Nali. Lembu y Njiru la siguieron hasta fuera, y el júbilo fue unánime, salvo por el niño pequeño, que se quedó de pie y solo en el centro de la muchedumbre, con los ojos como pompas negras a punto de explotar de un momento a otro.

13

4 de octubre de 1918

¿Qué decir? Y aun así tengo que escribir algo porque por muy poco que recuerde ahora, menos recordaré en los años venideros. Y no es verdad eso de que uno no recuerda nada. Sabes que muchas de esas cosas no las olvidarás jamás y que algunas de ellas rezarás por olvidarlas y no podrás. Pero las conexiones desaparecen. Las burbujas se rompen en la superficie de la misma forma que lo hacen en los cráteres inundados de por aquí, los que ya llevan aquí años y debajo esconden Dios sabe qué.

La noche creo que del 1 (las fechas también desaparecen), la pasamos tendidos en una trinchera de unos treinta centímetros de profundidad: la recompensa del éxito, ya que era una trinchera alemana. Otra recompensa del éxito fue quedarnos sin tropas británicas a nuestra izquierda, las habíamos adelantado todas. Creo que no me equivoco si digo que somos las únicas unidades que hemos atravesado la línea Hindenburg y hemos mantenido la posición. Atardecía y estaba oscuro, negro como el carbón, y suponíamos que habría un contraataque al amanecer. Hasta entonces no había nada que hacer salvo esperar, encogidos y expuestos, doblemente insoportable, desplegando el fuego de las ametralladoras por tres flancos. Encogidos tampoco es una forma de hablar. La trinchera era poco más que un rasguño en la tierra. Cualquier movimiento imprudente y eras hombre muerto. Llevábamos puestas las máscaras gran parte del tiempo, ya que todavía persistía una intensa descarga de gas efectuada por nuestro bando. Toda la zona olía a intento de suicidio frustrado, y yo no dejaba de oír la voz de Sarah hablando de Johnny: «Fue por nuestro propio gas, nuestro propio gas, coño». A pesar de todos los simulacros, algunos hombres tardaban mucho en ponerse las

máscaras, uno o dos experimentaron una reacción adversa y encima a Oakshott va y le da un ataque de pánico. Me arrastré hasta su lado, no pasando entre los demás, sino por encima de ellos, como una anguila retorciéndose sobre las demás en un acuario, y traté de tranquilizarlo. Recuerdo que en un momento dado me empecé a reír a carcajadas, no recuerdo por qué, pero me sentó bien. Hay una especie de risa rabiosa que te vuelve a centrar. Compartí una tableta de chocolate con Longstaffe, nos acurrucamos juntos bajo mi sobretodo e intentamos entrar en calor. Y entonces sobrevino el contraataque.

Dos burbujas explotan en este momento. Longstaffe desplomándose hacia atrás en la trinchera, con un agujero rojo en la frente y una expresión de leve sorpresa en la cara. Y la acción de la bayoneta. Que no recordaré. Rivers diría: recuérdalo ahora, cualquier recuerdo eliminado será una fuente de problemas en el futuro. Bueno, pues mala suerte. Negarme a pensar es el único modo en el que puedo sobrevivir, y además, ¿qué futuro?

Todo el asunto es terreno abonado para sufrir una crisis nerviosa, tal y como lo define Rivers. El confinamiento, la inmovilidad, la impotencia, la pasividad, el peligro constante frente al que no puedes hacer nada por evitarlo. Pero parece que mis nervios están bien. O al menos no están peor que los de los demás. Nuestras mentes han alzado el vuelo, cada hombre intenta reconciliarse consigo mismo y con lo que ha visto. Lo que ha hecho. Pero en la superficie es todo jovialidad. Estamos volviendo sobre nuestros pasos, a través de la misma desolación, pero hacia un lugar seguro. Otro batallón nos ha saltado hacia la primera línea. Y cada vez que mi pie derecho toca el suelo me repito: se acaba, se acaba, se acaba. Porque la guerra está terminando, y todos lo sabemos, y está terminando en parte por lo que nosotros hicimos. Nosotros atravesamos la línea. Nosotros mantuvimos la posición.

5 de octubre

Creo que el peor momento vino después del contraataque, cuando pasamos el día entero tendidos en la trinchera y rodeados por los muertos. Aún tenía a Longstaffe a mi lado, aunque su expresión cambió después de morir. La cara de sorpresa se desvaneció. Y escuchamos los lamentos de los

heridos fuera. Dos camilleros se ofrecieron voluntariamente para salir y los disparos los alcanzaron en cuanto se pusieron de pie. Otro lo intentó más tarde. Después de eso dije: Ya no más, todo el mundo cuerpo a tierra. Antes de que anocheciese la mayoría de los lamentos habían cesado. Algunos de los heridos menos graves regresaron arrastrándose al abrigo de la oscuridad y los curamos lo mejor que pudimos. Pero había un hombre que seguía gimiendo sin parar, no sonaba como un ser humano, ni siquiera como un animal, era una especie de gorgoteo gutural, como de desagüe atascado.

Decidí que debía intentarlo yo mismo, y me llevé a Lucas conmigo. No fue como antes, cuando asomabas la cabeza y trepabas para salir de la puñetera trinchera. Nos limitamos a escurrirnos rápidamente a través del alambre, con las púas enganchándose en las mangas, directos al barro. Noté el frío en las mejillas, y el inmenso espacio sobre mí, esa sensación que siempre tienes, cuando te tumbas en el suelo al aire libre, de que la tierra es una bola que gira en el espacio. Hubo tiempo para sentir esto, a pesar de las balas, que en cualquier caso me asustaban menos que la idea de tener que ver lo que producía aquel sonido.

El gorgoteo nos condujo hasta él. Estaba tendido sobre el lateral de un cráter inundado y el olor a gas allí era más fuerte, como siempre ocurre cerca del agua. Cuando empezamos a descender, unas balas salpicaron en la superficie, *plop, plop, plop*, un sonido inocente, como cuando haces la rana con una piedra sobre un río, y otras balas dieron en el borde en el que habíamos estado un segundo antes y enviaron una lluvia de tierra suelta que cayó sobre nosotros. El gorgoteo cambió a medida que nos acercamos, por lo que él sabía que algo distinto estaba pasando. No creo que pudiese darse cuenta de nada más. Llegué hasta la altura de sus pies y empecé a examinar sus piernas en busca de heridas, nada, pero luego no lo vi venir. Ese sonido sólo proviene de una herida en la cabeza. Lo que empeoró un poco las cosas fue que el lado de su cabeza que me quedaba más cerca estaba intacto. Le temblaba todo el cuerpo, su piel era azul a la luz de las estrellas, como la nuestra, pero la suya era del azul intenso de la conmoción. Dije su nombre, «Hallet», y por un instante el gorgoteo paró. Le hice un gesto a Lucas y me ayudó a girarlo más para ponerlo bocarriba, y entonces vimos la herida. El cerebro al aire, un montón de sangre, un montón de una sustancia que no era sangre y que le corría por un lado del cuello. Le faltaba un ojo. Tenía un

agujero —iba a decir en la mejilla izquierda— donde antes estaba la mejilla izquierda. Había algo ardiendo que proyectaba una luz naranja hacia el cielo y se reflejaba sobre nosotros. La granja que había sido uno de nuestros puntos de referencia. La parte baja de las nubes estaba manchada de naranja por las llamas.

Le pasamos una cuerda por debajo y empezamos a acarrearlo por el cráter hasta subirlo por el lado opuesto, hacia nuestra trinchera, sin parar de pensar en ningún momento: ¿Para qué? Si va a morir de todas formas. Creo que se me pasó por la cabeza rematarlo. En un momento dado gritó y vi los empastes de sus muelas posteriores y su boca llena de sangre. Después se quedó callado y fue más fácil, pero entonces un destello se alzó en el aire y todo palideció bajo la luz trémula. Qué hijos de puta, qué hijos de puta, qué hijos de puta, pensé. Oí un movimiento y allí, en el borde del cráter, había una cara blanca mirando hacia abajo. Era Carter, que, como más tarde descubrí, había salido de la trinchera por total iniciativa propia. Era perfecto. Más de tres y nos habríamos tropezado unos con otros. Logramos arrastrarlo en medio de un fuego que era, en todo caso, más ligero que antes, aunque no de forma intencionada, supongo. Era muy poca la clemencia que aquel día habían mostrado ambos bandos como para que gestos de ese tipo fueran posibles.

Caímos dentro de la trinchera, con Hallet encima de nosotros. Me resbaló por la cara algo húmedo que no era barro, y al quitármelo con la mano descubrí entre las yemas de los dedos un pegote del cerebro de Hallet. Dado que se había quedado callado durante el último tramo, esperaba encontrármelo inconsciente o muerto, pero no estaba ni una cosa ni la otra. Le di agua para que bebiera. Tuve que apretarle la cara con la mano para lograr que tragara, porque si no se derramaba por el agujero. Y mientras lo hacía no paraba de pensar: Muérete, ¿no? Por el amor de Dios, hombre, muérete y ya está. Pero no lo hacía.

Cuando por fin nos ordenaron retirarnos, recuerdo que levanté la vista al cielo y contemplé las escasas estrellas pálidas a través de una gasa de luz verdosa, y en ese momento pensé: Gracias a Dios que está anocheciendo, porque los obuses continuaban llegando y algunos de ellos caían directamente sobre el camino. Al menos marcharíamos hacia la relativa seguridad de la noche.

El Sol pendía en el filo del horizonte, llenando el cielo. No sé si era por la perspectiva o por el humo que flotaba y medio lo oscurecía, pero era gigantesco. Toda la escena tenía la apariencia de algo que no podía estar sucediendo en la Tierra, en parte por el Sol, y en parte por la absoluta quietud de la superficie que nos rodeaba, picada, cicatrizada, marcada de cráteres hediondos y garabatos de alambre de púas. Ni siquiera pájaros, ni siquiera carroñeros. Hasta los cuervos se habían rendido. Y avancé a trompicones a la cabeza de la compañía, esperando a que el sol bajara. Pero el muy puñetero no lo hizo. SUBIÓ. Y no me pasó sólo a mí. Eché un vistazo a los hombres que tenía cerca y vi la misma estupefacción en todas las caras. Llevábamos cuatro días sin dormir. Un cansancio así no es de este mundo, igual que el ruido, el ruido de un bombardeo, no se parece a ningún otro ruido. Ves que la gente lo soporta a duras penas, lo acepta. Creo sinceramente que, si la guerra durase cien años, se desarrollaría una nueva lengua, una que fuese capaz de describir el sonido de un bombardeo o el zumbido de las moscas un abrasador día de agosto en el Somme. No hay palabras. No hay palabras que describan lo que yo sentí cuando vi cómo salía el sol que se ponía.

6 de octubre

Ya estamos lo bastante rezagados para que los oficiales de las distintas compañías hagan rancho juntos de nuevo. Estoy sentado en una mesita desvencijada censurando cartas, porque ha llegado el correo; entre ellas hay una de Sarah en la que me anuncia que no está embarazada. No sé cómo tomármelo exactamente. Debería estar encantado, y por supuesto lo estoy, pero no fue ésa la primera reacción. Durante una milésima de segundo sentí otra cosa, antes de que aflorase el alivio.

Llegan cartas para los muertos. Cotejo los nombres con la lista y escribo «Fallecido» con trazo grueso y firme en la esquina superior izquierda del sobre. Las bajas han sido numerosas, no tanto en el ataque inicial como en los contraataques.

Gregg murió por las heridas. Lo recuerdo enseñándome una carta de su familia con «besos» en lápiz rojo de su hija pequeña.

Del grupo que hace tan sólo un mes compartíamos casa en Amiens, Potts está herido, aunque es probable que viva. Jones (el asistente de Owen),

herido, probable que sobreviva. Las heridas de Hallet son tan graves que no creo que tenga posibilidades. A veces lo veo tendido en el estanque de lirios del jardín con los peces de colores pululando a su alrededor y las líneas plateadas de burbujas sobre sus muslos. Más como un dibujo que como una imagen, sin ninguna profundidad ni perspectiva, pero intensamente nítido. Y Longstaffe está muerto.

«El barón de Faif tenía una esposa: ¿dónde está ahora ella?»

Miro a Owen, que está al otro lado redactando informes de bajas con un Woodbine —por suerte vuelve a haber de sobra— pegado al labio inferior, y el pelo, bastante lacio ahora mismo, azotándole la frente. Después de la batalla se pasó varios días deambulando de acá para allá con la guerrera acartonada por la sangre, aunque bueno, yo mismo llevaba encima sangre y sesos. Seguramente apestábamos como las alcantarillas de un matadero, pero ya hace mucho que dejamos de olerlos. Parece uno de esos muchachos que se ven por las esquinas del East End londinense. Abierto a ofertas. Reconozco que no me importaría. Levanta la cabeza al sentirse objeto de mi mirada, sonrío y empuja los cigarrillos hacia mí. Durante el ataque lo vi, cubierto y enmascarado de sangre, agarrar una ametralladora y apuntar a sus anteriores propietarios antes de disparar a quemarropa. Como matar peces en un cubo. Y me pregunto si él todavía ve esas caras, caras grises y con la boca abierta, y la vida escapándose de ellas antes de que las balas den en el blanco, igual que yo veo las caras de los hombres que maté en el contraataque. No le preguntaré. No me contestaría si lo hiciera. No me atrevería a preguntar. Por primera vez se me pasa por la cabeza que para el trabajo de Rivers también hace falta valor.

Ni siquiera mencionamos nuestros propios muertos. Los días pasan llenos de incidentes irrelevantes y olvidar resulta más fácil. Con la base del pulgar recorro los dedos índice y corazón de mi mano derecha, donde hubo un pegote de sesos de Hallet, y no siento gran cosa.

Somos ejemplos del éxito de Craiglockhart. Mírennos. No recordamos, no sentimos, no pensamos, o al menos no más allá de los límites necesarios para llevar a cabo nuestro trabajo. Según cualquier parámetro civilizado que se precie (aunque a estas alturas ¿qué significa eso?), somos objetos del horror. Pero nuestros nervios están completamente serenos. Y todavía estamos vivos.

TERCERA PARTE

14

PURA LUCHA AMBOS BANDOS LO PAGAN CARO LOS BOCHES ESPERAN LA BAYONETA

Prior debía de estar metido en aquello, pensó Rivers. Cogió el periódico de su bandeja del desayuno e hizo un verdadero esfuerzo por concentrarse. Era obvio, se deducía incluso de este artículo jingoísta, que las bajas habían sido numerosas. Aún no tenía sentido consultar las listas: los nombres tardaban al menos una semana en llegar. Pero lo que sí podía esperar probablemente era una tarjeta postal de campaña en los próximos días, si Prior estaba bien. En la última carta se le notaba bien, pero de eso hacía ya diez días.

Al leerla, Rivers había sentido la punzada de envidia que siempre experimentaba al recibir correspondencia de hombres que estaban sirviendo en Francia. Dado que la condenada guerra era inevitable, habría preferido pasarla con Marshall el de las diez heridas antes que con Telford el del pene en conserva. Intentó concentrarse en los pormenores del combate, pero la letra impresa se le volvió borrosa ante los ojos. Y el huevo cocido —aunque sabe Dios lo que le había costado a la señora Irving comprarlo— le bajaba por la garganta como el plomo. Estaba convencido de que vomitaría si se obligaba a tragar un bocado más. Se quitó las gafas, las puso en la mesita de noche y apartó la bandeja. Sólo tenía la intención de descansar un rato antes de empezar de nuevo, pero los dedos se le aflojaron y se le contrajeron sobre la colcha y, en cuestión de minutos, el periódico con sus titulares chillones sobre batallas lejanas resbaló en un susurro hasta el suelo.

El cráneo de Ngea, encajado en la uve de un palo rajado, se desteñía al sol. Una moscarda solitaria entraba y salía zumbando por las cuencas de los ojos y, al no encontrar allí nada de su interés, se alejó volando rumbo al cielo azul.

Mientras bajaba a la playa para bañarse, Rivers se detuvo a echar un vistazo al cráneo. Hacía tan sólo un mes había hablado con aquel hombre, incluso le había estrechado la mano brevemente al despedirse. No era de extrañar que los isleños llevaran collares de hojas de *pepeu* para protegerse de *tomate gani yambo*: el espíritu comecadáveres.

Ese mismo día, más tarde, vio al niño que Lembu se había traído de Ysabel agachado lánguidamente delante de la cabaña de Njiru, removiendo la tierra con un palito. No lloraba, pero parecía aturdido. En teoría lo habían comprado, pero Rivers no estaba dispuesto a creérselo. En estas islas —todavía, pese a la abolición de las comunidades guerreras cazadoras de cabezas— ni siquiera las familias más pobres se separarían de un hijo por voluntad propia. La hipótesis del rapto era más probable. Se quedó unos minutos observando al niño, queriendo acercarse, y a sabiendas al mismo tiempo de que la aparición de un hombre blanco desconocido sólo lograría aterrorizarlo aún más.

—¿Van a matarlo? —preguntó Hocart aquella noche, tumbado en la cama sin poder dormir.

—No, no lo harán... Tendrían que matarnos también a nosotros.

—Tal vez eso no les preocupe.

—Pero la reacción del comisionado, sí.

No obstante, cuando Hocart logró dormirse, moviéndose inquieto y farfullando, Rivers se quedó despierto, pensando que si los isleños querían deshacerse de ellos, no les resultaría demasiado difícil. Los hombres blancos morían sin parar de fiebre de las aguas negras, y seguro que existían venenos que imitaban los síntomas. Bastaba con mirar la calavera de Ngea para saber que, antes de que el siguiente vapor hiciera escala, no quedaría lo bastante de ellos como para que fuese posible llevar a cabo ninguna investigación. Además, el próximo vapor sería el de Brennan, ya que era el comerciante local, y ante el menor indicio de problemas, no haría más que poner pies en polvorosa a toda velocidad. No, tendrían simplemente que esperar a ver qué

pasaba, y ser prudentes.

A la mañana siguiente, cuando llegó a la aldea, el niño había desaparecido.

Los invitaron a presenciar la colocación del cráneo de Ngea en la casa de las calaveras. Njiru iba a officiar la ceremonia.

Al amanecer los despertaron los gritos de los cerdos que estaban sacrificando, y durante toda la mañana se alzaron columnas de humo desde las hogueras en las que cocinaban. La ceremonia comenzó pasado el mediodía, con el sol cayendo a plomo sobre los hombros y las cabezas y el calor intensificado por dos fuegos: el fuego propiciatorio en la chimenea delante de la casa de las calaveras y el fuego común, frente al que Rivers y Hocart se sentaron junto a los habitantes de la aldea y los poblados colindantes. Rivers buscó con la mirada al pequeño niño cautivo, pero no lo vio. A su lado, Lembu trenzaba una enredadera que utilizó para atar la mandíbula de Ngea a su calavera antes de colocarle una diadema de conchas alrededor y otras conchas dentro de las cuencas oculares.

Al otro lado del fuego, las figuras en movimiento titilaban por el calor. Una mujer con una niña en brazos, Nanja, cuyo propio hijo había muerto en la casa de confinamiento, amamantaba a Kwini, el bebé escuálido que Rivers había visto primero con Njiru. La niña jugueteaba con el pezón, chupando y resoplando, y sus muslos consumidos ya habían empezado a llenarse. Sobreviviría, pensó, y la idea lo animó, pues a ojos de un occidental, las calaveras apiladas eran una compañía perturbadora.

Njiru alzó la calavera coronada de Ngea por encima de su cabeza y se hizo el silencio, roto sólo por los gritos despreocupados de los niños, aunque estaban a cierta distancia. Rivers era capaz de seguir casi toda la plegaria de Njiru sin necesidad de un intérprete.

—Ofrecemos pastel, ofrecemos cerdo, a vosotros los fantasmas. Sed propicios en la guerra, sed propicios en la lucha en el mar, sed propicios en el fuerte, sed propicios en la quema de la paja. Recibid al jefe muerto... —En este momento Njiru colocó la calavera de Ngea en el interior de la casa—. Y sed propicios y atormentad a nuestros enemigos, oh, oh, oh.

Era una oración por el éxito en la gran cacería de cabezas que debía haber puesto punto final al luto por el jefe muerto. El *vavolo*, o fiesta de la noche,

en el que todas las mujeres se ofrecían de forma gratuita a todos los guerreros que retornaban. Pero el ataque no tendría lugar. La oración no obtendría respuesta. Njiru puso un pastel de cerdo y ñame en el fuego propiciatorio, cuyas llamas ardieron sin brillo bajo la luz del sol. Luego cogió los restos del pastel y fue caminando alrededor de las piedras que rodeaban el claro, dejando un bocado de alimento sobre cada una. Las piedras recibían el nombre de *tomate patu*, fantasmas de piedra, y se erigían en homenaje a los hombres que morían y cuyos cuerpos no se podían traer a casa. Rivers lo observó ir de piedra en piedra.

La cacería de cabezas tuvo que prohibirse, y aun así los efectos de la prohibición estaban presentes en todas partes, en la apatía y el letargo de la vida de la gente. La cacería de cabezas había sido la razón de su existencia. Aunque dicho así pudiera sonar cruel o frívolo, la cacería de cabezas había sido la mayor de sus diversiones y sin ella casi habían perdido las ganas de vivir.

Eran un pueblo que se consumía por la ausencia de guerras. Así lo demostraban las genealogías, el descenso en la tasa de natalidad de una generación a la siguiente —la población de la isla se había reducido a menos de la mitad de lo que había sido en los años mozos de Rinambesi—, y gran parte de ese descenso era intencionado.

Ante semejante situación de desesperanza, ¿no podría resultar irresistible la tentación de capturar una pequeña cabeza en honor al jefe muerto? Ataques no, eso no podían hacerlo, el castigo era demasiado duro. ¿Pero quién iba a echar en falta a un niño pequeño?

Rivers se comió el cerdo y el ñame asado que le ofrecieron, pero se quedó pensativo. En una ocasión levantó la vista para mirar a Njiru al otro lado del fuego, una figura alta, enjuta y retorcida que temblaba en la columna de calor, y sorprendió en el rostro del otro hombre una expresión de... ¿resentimiento? No, algo aún más fuerte. Odio, quizá.

Kundaite sabía interpretar la *blong tomate*: la lengua de los fantasmas. A veces, decía, celebraban un encuentro la noche en que los viejos fantasmas llegaban para llevarse con ellos hasta Sonto al nuevo fantasma; él le hacía preguntas a los fantasmas y la gente los oía hablar. ¿Lo harían con Ngea?, preguntó Rivers. Kundaite no lo sabía, no estaba seguro, no lo creía. ¿Lo

harían si te diésemos diez palos de tabaco? Kundaite asintió. Le dieron cinco y le prometieron los otros cinco a la mañana siguiente. ¿Oirían hablar a Ngea?, preguntó Hocart. La respuesta fue *no*.

—Ngea él no hablar aún. Él todos igual pequeño compañero *piccanini*. — Kundaite, aferrándose a sus palos de tabaco, parecía preocupado—. No contar Njiru —dijo por último.

Todos se reunieron al caer la tarde en lo que había sido el porche de Ngea y se sentaron con las piernas cruzadas alrededor del fuego. Lo habían encendido con ramas verdes y humeaba mal. Tosieron, les lloraron los ojos, esperaron, no ocurrió nada. En el exterior la oscuridad era total, porque la luna aún no había salido. Nanja llevó leña seca y fue alimentando el fuego con destreza, rama a rama, hasta que las llamas crepitaron y chisporrotearon. Kwini lloró y Nanja la zangoloteó y la calmó. Los niños más mayores se sentaron con los ojos muy abiertos a la luz de la hoguera, y Rivers notó cómo sus propios párpados se volvían pesados, ya que llevaba despierto desde el amanecer y había caminado kilómetros y kilómetros bajo el calor del sol. Parpadeó con fuerza, obligándose a recorrer el círculo con la mirada. Emele —Namboko Emele, como ahora había que llamarla— estaba allí, vestida con tela de corteza marrón, sin cal ni collares. Pero no Njiru, una ausencia sin duda sorprendente, ya que había sido él quien había colocado el cráneo de Ngea en la casa de las calaveras.

Kundaite entró y se sentó junto a la puerta del lateral de la cabaña. Con una palabra suya las antorchas se apagaron, aunque Rivers seguía distinguiendo claramente los rostros de los allí reunidos, saltando y brillando a la luz de la hoguera. Se hizo el silencio, cada vez más y más profundo. Kundaite cerró los ojos y empezó a gemir musitando. Rivers lo observó escéptico, preguntándose si aquel intento por inducir un estado de trance era genuino o meramente histriónico. De golpe, Kundaite pareció volver en sí. Puso tres palos de tabaco en el fuego como ofrenda propiciatoria y dijo sin darle importancia que los fantasmas iban de camino a Sonto. Un silencio prolongado. No ocurría nada. Alguien sugirió que los fantasmas tenían miedo de un perro que estaba tumbado junto al fuego. El animal levantó la cola al oír su nombre, decidió que no había nada de lo que preocuparse y se volvió a arrellanar dando un suspiro. Otros apuntaron que los fantasmas tenían miedo de los hombres blancos.

A Rivers le dolían la espalda y los muslos de estar agachado. De repente Kundaite dijo:

—Escuchad, las canoas.

Era evidente, al mirar en torno al círculo, que estaban oyendo el susurro de los remos. La alegría y la pena se mezclaron en todos los rostros. Emele inició el llanto musical característico de las mujeres, pero se detuvo cuando Kundaite levantó la mano.

Un silencio tenso. Entonces alguien silbó. El sonido era extrañamente difícil de localizar. Rivers repasó las caras, pero no supo distinguir quién emitía el sonido. La gente empezó a decir nombres en voz alta, nombres que reconocía por las genealogías, cada persona pronunciaba el nombre de un pariente que había muerto hacía poco. Algunos hacía no tan poco. Namboko Taru llamó a su abuela. Luego pronunciaron el nombre Onda y alguien silbó de nuevo. Rivers veía que Hocart también miraba de un lado a otro intentando localizar a quien silbaba.

A continuación se inició una discusión sobre los hombres blancos, y Kundaite tradujo los silbidos del fantasma. ¿Quiénes eran los hombres blancos? ¿Por qué estaban aquí? ¿Por qué querían oír la lengua de los fantasmas? ¿Les molestaba a los fantasmas la presencia de los hombres blancos?, preguntó Kundaite.

—¿Qué hacemos si responden que sí? —preguntó Hocart sin mover los labios—. Nos largamos corriendo.

Pero los fantasmas no pusieron objeciones. Onda, silbando, dijo que nunca había visto hombres blancos. Kundaite señaló a Rivers y Hocart. Onda, supuestamente satisfecho, se quedó en silencio. El padre de Kundaite, que también se llamaba Kundaite, fue el siguiente y pidió tabaco. El Kundaite vivo puso sus dos últimos palos en el fuego diciendo:

—Aquí tienes tabaco, Kunda. Fuma y márchate.

Namboko Rupe, la madre de Ngea, fue la siguiente en hablar, y dijo que había venido a llevarse a Ngea hasta Sonto. La siguieron otros parientes de Ngea. Por último, Kundaite anunció que el propio Ngea estaba allí.

Se hizo un silencio más profundo. Rivers notó cómo se le ponía la piel de gallina. Namboko Emele comenzó a llorar por su marido. Kundaite dijo:

—No llores. Irá a Sonto.

—Debe irse ahora —dijo la madre de Ngea—. Debe hacer sonar la

concha y venir a Sonto.

A estas alturas el espacio estaba lleno de silbidos, que se deslizaban por el suelo y subían y bajaban por las paredes. Por momentos, los sonidos parecían casi ser una onda que recorría la piel. Namboko Emele comenzó a llorar de nuevo, y las demás mujeres hicieron lo propio.

—No lloréis —dijo de nuevo la madre de Ngea a través de los labios de Kundaite—. He venido para conducirlo hasta Sonto.

En ese momento, dijo Kundaite, Ngea hizo sonar la concha. Todos los allí presentes, salvo Rivers y Hocart, lo oyeron, y entonces los silbidos se fueron apagando y se hizo el silencio, interrumpido sólo por los sollozos y los lamentos musicales de las mujeres.

Diez años más tarde, mientras se deshacía de las sábanas calientes, Rivers reflexionó sobre el hecho de que todas las preguntas de los fantasmas eran preguntas para las que los vivos buscaban respuestas. ¿Qué hacían los hombres blancos en la isla? ¿Eran tan inofensivos como aparentaban? ¿Por qué querían oír la lengua de los fantasmas? ¿Era posible que los espíritus pudieran ofenderse por su presencia?

En Craiglockhart, Sassoon, tratando de decidir si debía abandonar su protesta y volver a Francia, un día, al despertarse se había encontrado al fantasma de un compañero muerto de pie junto a su cama. Y a partir de entonces, en más de una ocasión se habían congregado unas figuras misteriosas que aparecían de la nada y le preguntaban por qué no estaba en el frente, por qué había abandonado a sus hombres.

Los fantasmas no eran un intento de evasión, pensó Rivers, ni de Siegfried ni de los habitantes de la isla. Lo que sucedía más bien era que las preguntas se tornaban más insistentes, más potentes, al ser proyectadas en las bocas de los muertos.

Por el camino de vuelta a la tienda, con el círculo creado por la luz de la linterna oscilando en torno a sus pies y sus hombros chocando mientras intentaban mantenerse uno al lado del otro por el angosto sendero, Rivers y Hocart charlaron sobre la sesión de espiritismo. Un término estúpido que no parecía apropiado para la ocasión, pero a Rivers no se le ocurrió ninguno mejor.

—¿Quién era el que silbaba? —preguntó Hocart.

—No lo sé.

El episodio lo había conmovido de una forma que jamás habría imaginado cuando se sentaron junto a aquel fuego. Hablaron de aquello durante un rato, dejando bien clara en sus mentes la secuencia de los hechos, pues no habían podido tomar notas. Luego Rivers dijo:

—No estaba Njiru.

—No, ya me di cuenta.

Al llegar a la tienda, Hocart dijo:

—¿Enciende el quinqué?

—No, no te molestes. Vamos, por mí no. No veo la hora de meterme en la cama.

Se estaba desabrochando el cinturón mientras hablaba, frotándose la piel que había debajo, donde el sudor atrapado le producía picor. Lanzó los pantalones a un lado de una patada, se tumbó en la cama y de inmediato soltó un grito, en el instante en que su cabeza entró en violento contacto con algo duro y frío. Hocart entró con la linterna y la cara blanca detrás del haz de luz. Sobre la almohada, dejando su marca como lo habría hecho la cabeza de Rivers, había un hacha. Rivers la cogió y la acercó a la luz. El grabado del mango era bastante delicado para lo que se acostumbraba en la isla, y tenía un nudo, un defecto en la madera, cerca de la hoja.

—Alguien debió de dejársela —dijo Hocart con aire inseguro.

—Bueno, sí, es obvio.

—No, quiero decir por accidente. Quienquiera que haya sido, volverá a por ella por la mañana.

—Espero que no —dijo Rivers con sequedad— Es de Ngea.

—¿Estás seguro?

Rivers señaló el nudo de la madera.

—Sí, me acuerdo de esto, me fijé cuando la colocaron en la *era* al lado de él. —Acarició la hoja—. No, me temo que hemos estado haciendo demasiadas preguntas incómodas. Nos están avisando.

15

10 de octubre de 1918

Hemos vuelto a los cuchitriles de chapa, que son secos aunque en otros aspectos menos cómodos que los refugios subterráneos. No sé cómo, pero Owen se las ha ingeniado para pegar un retrato de Siegfried Sassoon en la pared del suyo. Sassoon con una clara pose byroniana, diría yo, no el Sassoon que yo recuerdo, el que pasaba zumbando con sus palos de golf al hombro por el pasillo central de Craiglockhart, empeñado en largarse de allí cuanto antes. Me quedé delante mirándolo, embobado. Y de repente me vi de nuevo en la habitación de Rivers, observando en sus gafas los destellos del sol del final de la tarde durante uno de sus interminables silencios. Los silencios de Rivers no son manipuladores. (Los míos sí, siempre.) Con ellos no intenta hacerte decir más de lo que quieres, lo que intenta es crear un espacio seguro en torno a lo que ya has dicho, para que puedas reflexionar sin cagarte encima. Los visillos blancos entran flotando empujados por la brisa. *Poc-poc, poc-poc*, desde las canchas de tenis, hasta que alguien falla y el ritmo se pierde.

Owen dijo, tímidamente, algo que no acabé de entender. Algo en la línea de que nosotros, los que hemos pasado por Craiglockhart, debemos mantenernos unidos. En otra época aquello me habría hecho vomitar. Siempre tuve la impresión, cuando observaba a Owen en Craiglockhart, de que había algún tipo de fantasía en juego, de que él estaba recibiendo la educación de colegio privado que nunca había tenido. Siempre quise decirle: Esto un loquero, Owen. ¿A quién te crees que estás engañando? Ahora no siento eso, tal vez porque Craiglockhart fue una experiencia común de fracaso, y las últimas semanas la han suprimido para ambos. La han borrado

con sangre, podría decirse si nos pusiéramos melodramáticos, y yo lo estoy. Pero no con nuestra propia sangre.

¿Sería merecedor ese comentario de uno de los silencios de Rivers? No lo sé. A veces pensaba que estaba otra vez con sus puñeteros cazadores de cabezas —los quiere de verdad, se le ilumina la cara al hablar de ellos— y eso le confiere una perspectiva un poco rara ante el «conflicto actual», tal y como lo llaman.

Me han recomendado para la Cruz Militar por salir para traer a Hallet. Hace tres años me habría sentido como un niño con zapatos nuevos. Sea como sea, Hallet aún sigue vivo. Más que una medalla, desearía que alguien simplemente me dijera que hice lo correcto.

11 de octubre

Hoy todos tuvimos que mantener el tipo delante de los hombres y dictar una nueva orden. «Cualquier tipo de conversación sobre la paz debe cesar de forma inmediata en el Cuarto Ejército».

Los mandamases con galones pueden estar tranquilos. Había algunos hombres sentados en balas de paja limpiando el equipamiento mientras uno leía un periódico en voz alta: el Imperio Austrohúngaro se hunde, la paz es inminente, etcétera. Jenkins, una rata arrugada de hombre (tiene que ser más viejo de la cuenta, seguro), reunió en la boca la flema acumulada durante cuatro largos años y la escupió sobre su fusil. Luego siguió sacándole brillo. No se me ocurre ningún comentario mejor.

Y sin embargo. Y sin embargo. De alguna forma todos creemos que tal vez lo hayamos logrado, que tal vez salgamos vivos de ésta. De un momento a otro los cañones podrían parar. Por extraño que parezca, no sirve de nada.

Pasamos el tiempo igual que siempre tras el «descansen». Baños, cambio de ropa, limpieza general, maniobras, deporte obligatorio, desfiles religiosos. Ah, y por supuesto, simulacros de gas. Muchos de los hombres no paran de toser, gargajear y resollar porque tardaron mucho en ponerse la máscara. Y en muchos casos tal vez adrede; quizá hubo quien pensó que los mandarían de vuelta a casa. Si ése era el caso, se han llevado un gran chasco, y la prueba es la interminable tos, tos, tos, tos que acompaña al resto de actividades. Owen me irritó profundamente al decir que era culpa de ellos. Va y suelta que él se

puso la máscara cuando tocaba y que él está bien. Me temo que eché sapos y culebras por la boca. La única persona de por aquí que tiene derecho a ponerse chulo por sobrevivir a un ataque con gas soy yo. YO.

Al llegar aquí descubrimos que había llegado un nuevo destacamento de Scarborough. Ahora mismo andan sentados por ahí, esperando que alguien les dé la bienvenida, aunque por el momento siguen esperando. Es difícil decir por qué los demás hombres los evitan, pero es lo que hacen. Tienen la cabeza demasiado llena de batallas para ser capaces de enfrentarse a todas esas caras limpias, inocentes y sonrosadas. A un par de ellos los recuerdo. Un muchacho más inútil de la cuenta, era la cruz de Owen en el hotel Clarence Gardens, hasta que derramó sopa caliente en el regazo del oficial al mando, tras lo cual a todo el mundo, incluido a Owen, le resultó mucho más tolerable. Camareros, muchachos tamborileros. Cuando no los mandan corriendo de acá para allá, se quedan por ahí sin hacer nada, la mayoría con la moral por los suelos, deprimidos. Asustados. Unos cuantos van por ahí pavoneándose, tipos duros, auténticos matones, y lo único que consiguen es parecer todavía más críos que el resto.

12 de octubre

Los paquetes llegaron hoy. Repartí los cigarrillos de los envíos destinados a los muertos y los heridos. Los ánimos se levantaron de inmediato. Un montón de engorrosas tareas administrativas para incluir en las compañías a los hombres del nuevo destacamento. Mientras relleno los formularios me asaltan imágenes de la batalla. El hombre al que le clavé la bayoneta. Lo que me preocupa es que era de mediana edad. Y es raro, la verdad, se supone que es por la juventud dorada por la que se llora. Pero saltaba a la vista que era alguien que debería haber estado en casa viendo crecer a sus hijos, planteándose si peinarse el pelo sobre la calva haría que se le notase más o menos, quejándose por el precio de la cerveza. Y sí, todo eso se le veía en la cara, a algunas personas se les ve. Algunas personas parecen exactamente lo que son. Joder.

Entretanto más maniobras. Marchas de entrenamiento. Nos atiborramos de cantidades suficientes pero racionadas de comida asquerosa. El pan ahora lleva patatas. (Lo que crea una combinación interesante con las virutas de

madera.)

15 de octubre

Anoche disfrutamos de la actuación de The Peddlers, el batallón al completo y algunos oficiales invitados de nuestros vecinos de la izquierda. Entre ellos estaba Marshall de las diez heridas, ahora en el papel de teniente coronel, que aplaudió después de cada canción con jolgorio infantil. Justo lo que uno no se habría esperado de él. Al final de la velada, cuando se permite que las cosas se pongan un poco sensibleras, alguien cantó *Rosas de Picardía*:

*Las rosas florecen en Picardía
pero jamás habrá una rosa como tú.*

No tenía mala voz —se elevó sobre los excusados y las tiendas de campaña, las columnas de humo de las hogueras— y eché un vistazo a la fila de hombres y ahí estaba Marshall, con unos enormes lagrimones resbalándole por las mejillas. Sentí envidia de él.

16 de octubre

Bainbrigge está muerto. Lo recuerdo en la osterería de Scarborough un par de noches antes de marcharnos. Estábamos todos borrachos, pero él iba lo bastante cocido como para recitar sus propios poemas (y más borracho que eso, imposible). Hablaba con Owen, decía que los verdaderos poemas antibelicistas deberían celebrar lo que la guerra les roba a los hombres —agárrense—, «Beethoven, Botticelli, la cerveza y los muchachos». Owen le dio una patada bajo la mesa, y lo hizo por mí, creo. Una patada desperdiciada.

Nuevos recién llegados ayer desde Inglaterra. Y me han transferido a una tienda, justo cuando el tiempo empieza a dejarnos el primer auténtico anticipo del invierno. El suplicio del aguanieve bajo la lona. Aunque tampoco pasamos mucho tiempo allí dentro. Nos tiramos todo el día a la intemperie haciendo marchas de entrenamiento, columnas en fila, consolidaciones,

etcétera, etcétera. Y simulacros de gas.

Pero ahora ya es casi de noche. Los hombres están apoyados sobre sus mochilas o en las rodillas de otros, las piernas doloridas por fin pueden despatarrarse mientras escriben a sus mujeres, sus madres, sus novias. Uno o dos puede que incluso a Beethoven y compañía. Yo dije que no había venido al mundo para caer en el engaño de sentirme responsable de ellos. Cierto. (Cierto que no había venido al mundo para aquello, cierto que es un engaño.) Pero no me gustaría que pensaran que me daba igual. Así que me di una vuelta por el grupo que tenía más cerca. Wilson tiene un clavo como un demonio de grande que le sobresale a través del tacón de la bota izquierda. Lo hemos intentado todos: con martillos, alicates, piquetas de las tiendas y sabe Dios qué más. Pero sigue sobresaliendo, y al clavarse en la piel es muy probable que se le infecte la herida, a menos que le encuentre otro par de botas. Lo que debería ser fácil, pero no lo es. Por desgracia la llaga infectada no bastará para que lo releven de la primera línea si nos toca volver. Simplemente lo agotará, y hará que cada paso sea un sufrimiento mayor que el necesario.

Oakshott, que está algo así como al margen del grupo —le ha dado por no hablar con nadie—, está a punto de que le dé un patatús. (Y yo de eso entiendo.) La cuestión es que no es un miedica, es un perfecto buen soldado, y sólo muestra un temor más que razonable a las balas de los fusiles y las ametralladoras, a los obuses y las granadas. (Mejor no preguntarnos a nosotros mismos qué es un temor razonable.) Ni siquiera le da canguelo el gas, aunque es inevitable que sea eso lo que parece. Lo que lo aterroriza es la máscara. No sé qué hacer con él. Últimamente lo he visto una o dos veces quedándose rezagado en los simulacros de gas, y me he visto a mí mismo dejarlo que se salga con la suya. Algo que no debo permitir. Si lo hace él, los demás empezarán a hacer lo mismo.

A su lado, o más bien delante de él, está Moore. La mujer de Moore se pasó la noche del viernes de hace dos semanas en el reservado del Rose and Crown (yo lo conozco bien) en compañía de un tal Jack Puddephat, que tiene un buen puesto en la fábrica de municiones (en la misma donde trabaja papá) y lleva a casa cinco libras a la semana. La cuñada de Moore, un alma solidaria, tuvo la amabilidad de escribirle para contárselo.

El niño de Heywood tiene amigdalitis y el médico está totalmente a favor

de quitárselas cuanto antes. Heywood está totalmente a favor de no meterse en camisas de once varas, pero la carta que está escribiendo ahora mismo no llegará a tiempo.

La parienta de Buxton espera su primer hijo. A ella no parece preocuparle el parto, pero a él lo aterroriza. Su propia madre murió durante el parto y él se ha convencido de que a ella le va a suceder lo mismo.

Jenkins le escribe a su mujer las más apasionadas e increíbles cartas de amor. Llevan casados desde antes del diluvio, pero es obvio que la llama sigue viva. Tengo erecciones leyéndolas. No hay nada que yo haya hecho, sexualmente hablando, que me haya dado tanta vergüenza. De hecho, es lo único que me ha dado vergüenza en toda mi vida. Seguro que él sabe que los censuramos, pero aun así sigue escribiendo, página tras página. ¿Tal vez necesite tanto decirlo que de algún modo consigue olvidarse de que yo las leo antes? Es el equivalente mental de los baños. Aquí estoy yo, totalmente vestido, por así decirlo, sabiendo que mis cartas para Sarah no serán censuradas. Supongo que harán controles aleatorios entre la correspondencia de los oficiales, pero al menos lo hacen en otra parte y no son personas que tienes que ver todos los días.

Las conversaciones sobre la paz continúan independientemente de que se dicten o no órdenes que las prohíben. La noche que nos enteramos de que los alemanes habían accedido a mantener conversaciones para firmar la paz, se montó una gran fiesta improvisada, oficiales y hombres juntos. Todo el mundo cantó. Y luego al día siguiente en el *John Bull* va Bottomley y dice: «No, no, no y otra vez no. Debemos luchar hasta el amargo final». (¿El final de quién?) «No quiero volver a oír hablar de no aspirar a destruir la nación alemana; eso es justo a lo que yo aspiro...».

Pero los hombres no se lo tragan. Esta vez no. De hecho, a algunos les ha dado por llevarse copias de *John Bull* a las letrinas.

Aquí ya nadie le ve ningún sentido a seguir adelante.

18 de octubre

Pero otros sí. Hoy nos marchamos de aquí, regresamos al frente.

16

La lluvia de octubre salpicaba en el cristal. Fuera, en Vincent Square, las hojas doradas se hundían pisoteadas en el barro. Rivers paró de toser, se guardó el pañuelo y se disculpó.

—No se preocupe —dijo Wansbeck—. Soy yo quien debería pedirle disculpas. Yo se lo pegué.

—Al menos no puedo devolvérselo —dijo Rivers, secándose los ojos—. De hecho usted y yo somos prácticamente las dos únicas personas de por aquí que no debemos pillarlo.

—Las cosas se están poniendo bastante feas, ¿verdad? Me refiero a las salas del hospital. Supongo que no, pero ¿podría ayudar en algo?

Rivers puso cara de póquer.

—A levantar pacientes, no sé. Es sólo que me parece ridículo que un tipo grande como yo ande por ahí sin mover un dedo mientras alguna pobre enfermera diminuta se las ve y se las desea para levantar a un hombre de ochenta kilos ella sola, puñetas.

—Es muy amable por su parte —dijo Rivers con delicadeza—. Pero no creo que las autoridades lo permitan. Y en cualquier caso, usted sí que mueve los dedos.

Silencio. No captó la broma. Rivers se obligó a relajar los hombros, pues se daba cuenta de que le estaba transmitiendo su tensión a Wansbeck, aunque era sólo la tensión de arrastrarse de un lado a otro durante un día demasiado largo cuando aún distaba tanto de estar bien.

—¿Cómo sigue? —preguntó Rivers.

—El olor ha desaparecido. —Una chispa de diversión—. Sé que no existía, pero de todas formas me alegro de haberme librado de él.

—Hmm, bien. —Lo que le gustaba a Rivers aún más que la desaparición del olor era el guiño de autoburla. La única expresión que jamás ves en el rostro de un enfermo mental—. ¿Cuándo ha ocurrido?

—Simplemente se fue disipando poco a poco. Supongo que sobre mediados de la semana pasada de repente me di cuenta de que eso ya no me preocupaba.

—¿Y el sueño?

—No es un sueño.

—Bueno, la aparición.

—Ah, seguimos viéndonos con bastante frecuencia.

—¿Hay alguna noche que no lo vea?

Una leve sonrisa.

—Querrá decir que si hay alguna noche que él no venga a verme —lo corrigió Wansbeck—. No.

Un largo silencio.

—Es difícil, ¿verdad?, hablar sobre... ¿creencias?

—¿Ah, sí?

—Eso me parece.

Wansbeck sonrió y dijo:

—Qué hombre tan honesto es usted.

—Quería preguntarle si usted cree en la vida después de la muerte.

Un gemido, seguido de un silencio.

Sí que es difícil, pensó Rivers. Podía hacer una lista de todos los temas tabú de Eddystone, pero le daba la impresión de que en su propia sociedad los tabúes habían cambiado de forma bastante considerable en los últimos años. Ahora era casi más fácil preguntarle a un hombre por su vida privada que preguntarle por las creencias que regían su vida. Antes de la guerra... aunque hay que tener cuidado con echarle la culpa de todo a la guerra. La transformación había comenzado años antes de la guerra.

—No —respondió Wansbeck finalmente.

—Ha tenido que pensárselo.

—Sí, bueno, antes sí creía. Me educaron para creer. Supongo que a uno no le gusta reconocer que la ha perdido. La fe.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión?

Wansbeck enarcó las cejas. Rivers aguardó.

—Los cadáveres. Sobre todo cuando hacía frío y no podían enterrarse. Y en verano, en tierra de nadie. El zumbido de las moscas.

Se alzaron en una nube negra desde el cuerpo de Ngea.

—Aunque no debían tener necesariamente ese efecto, ¿no cree? ¿Qué me dice de los sacerdotes que colocan una reproducción de un cráneo en su escritorio, porque les recuerda su fe?

O Njiru. Hombre él peste, él podrido, bymby él ir Sonto. Una afirmación de los hechos sencilla y espontánea.

—Bueno, ése es el efecto que me causó a mí. Quiero creer. Me gustaría creer en la posibilidad de... Tiene razón, es vergonzoso... De redención.

Silencio.

—De todas formas —dijo Rivers, cuando se hizo evidente que no añadiría nada más—, usted no cree que la aparición sea el hombre al que mató, ¿verdad? ¿No cree que sea su fantasma?

—No, aunque dudo que lo creyera incluso si todavía fuera cristiano.

—¿Entonces qué es?

—Una proyección de mi propia mente.

—¿De su culpa?

—No. Culpa es lo que siento aquí sentado, no me hace falta una aparición. No, es... —Un suspiro profundo—. La culpa como hecho objetivo... no la culpa como sentimiento. No es... bueno, iba a decir que no es subjetivo, pero claro que tiene que serlo, ¿no?

—¿Es la representación para usted mismo de los principios externos que usted considera válidos?

—Sí.

—¿En qué lengua habla?

Un rostro inexpresivo.

—No. No habla.

—¿En qué lengua hablaría si lo hiciera? Sí, sé que es una pregunta irracional, pero bueno, la aparición tampoco es racional. ¿En qué lengua...?

—En inglés. Seguro.

—Entonces, ¿por qué no le habla?

—Sólo aparece durante un segundo.

—No es así como lo describió. Dijo que era interminable.

—De acuerdo, es un segundo interminable.

—Entonces le daría tiempo a decir muchas cosas.

—¿A contarle la historia de mi vida?

—Él ya conoce la historia de su vida —dijo Rivers con tacto.

Wansbeck estaba pensando muy concentrado.

—De acuerdo. Es una locura, pero lo intentaré.

—¿Qué le dirá?

—No tengo ni la más remota idea.

Después de que Wansbeck se marchara, Rivers se quedó sentado en silencio unos minutos antes de añadir una nota al expediente. Había tenido muy presente a Sassoon mientras hablaba con Wansbeck, a Sassoon y a las apariciones que se reunían en torno a su cama y exigían saber por qué no estaba en Francia. También a otro de sus pacientes de Craiglockhart, Harrington, que había tenido unas pesadillas espantosas incluso para los estándares de Craiglockhart, y las pesadillas continuaban en estado de semivigilia, de forma que adquirirían la naturaleza de alucinaciones hipnagógicas. Veía la cabeza cortada, el torso y las extremidades de un cuerpo desmembrado que se precipitaban hacia él desde la oscuridad. Una variante de aquello era una cara que se cernía sobre él, con los labios, la nariz y los párpados carcomidos como por la lepra. El rostro, en la medida en que podía ser identificable, era el de un amigo íntimo que Harrington había visto volar en pedazos. De estos sueños se despertaba vomitando o con la cama mojada, o las dos cosas.

En la época en que presencié la muerte de su amigo, Harrington ya llevaba un tiempo sufriendo de migrañas, visión doble, náuseas, vómitos, trastornos de la micción, periodos de desmemoria y un persistente e intenso temblor en las manos que databan de una explosión dos meses antes en la que había quedado sepultado vivo. A pesar de estos síntomas, había seguido de servicio (que le peguen un tiro al oficial médico, pensó Rivers) hasta que la muerte de su amigo precipitó el colapso total.

Lo que era interesante sobre Harrington era que en vez de que el tratamiento diera lugar a una explicación más detallada de las pesadillas, para que los horrores comenzasen a adquirir una forma más simbólica y menos directamente figurativa —el recorrido normal hasta la recuperación—, lo que

había ocurrido era algo bastante más extraordinario. El cuerpo de su amigo había comenzado a reensamblarse. Noche tras noche, los rasgos carcomidos se habían ido redefiniendo. Y Harrington hablaba con él. Largas conversaciones, supuestamente, o eso creía él al despertarse, en las que le hablaba a su amigo sobre Rivers, sobre la vida en Craiglockhart, sobre el tratamiento que estaba recibiendo...

Al cabo de varias semanas así, un día se despertó y se dio cuenta de que había recobrado la memoria de la primera hora posterior a la explosión. A pesar del estado traumatizado en que se encontraba y del fuego intenso, se había arrastrado entre los pedazos del cuerpo de su amigo para recoger algunos de sus efectos personales —el cinturón, el revólver, la gorra y las insignias de la solapa— y enviárselos a su madre. El saber que, lejos de haber huido de la escena, se había comportado con un valor y una lealtad ejemplares, hizo mucho por que Harrington recuperase la autoestima, ya que, como a casi todos los pacientes de Craiglockhart, lo ahogaba un hondo sentimiento de culpa y de fracaso. A partir de entonces, la mejoría fue espectacular, pese a que las conversaciones con su amigo muerto continuaron, hasta que una mañana se despertó llorando y reparó en que no sólo lloraba por su propia pérdida, sino también por la de su amigo, por los años no vividos.

El atolladero en que se encontraba Wansbeck era peor que cualquiera de estos dos casos. Las apariciones de Siegfried se acabaron en cuanto accedió a abandonar su protesta y regresar a Francia. Había cumplido con las exigencias externas que las visitas nocturnas representaban y que el propio Siegfried daba por válidas. A Harrington le había ayudado enormemente descubrir que se había comportado mejor de lo que pensaba. A partir de ese momento, su recuperación había sido una de las más impresionantes que Rivers recordaba. Ninguno de estos resultados estaba al alcance de Wansbeck, que había luchado una guerra sumamente honorable hasta que un solo acto lo había convertido a sus ojos —y a los ojos de la ley— en un criminal. Casi todo lo que uno podía decirle para consolarlo o bien encubría de forma obscena el crimen o bien resultaba insultante de algún otro modo, algo en lo que Wansbeck habría reparado al instante. Un hombre de menor valía lo habría sobrellevado mejor.

Rivers se preguntaba si, mientras escuchaba a Wansbeck, había tenido

demasiado presentes en sus pensamientos a Sassoon y a Harrington. En el mejor de los casos, en tales ocasiones, uno se convertía en un conducto por el que la experiencia sanadora ganada con esfuerzo por un hombre se ponía a disposición de otro. En el peor de los casos, uno ya no escuchaba con la suficiente atención a la voz individual. Existía un peligro real, pensó, de que en última instancia las historias se convirtieran en una sola historia, de que las voces se fundieran en un único grito de dolor.

Y estaba cansado. Debido a la epidemia de gripe llevaba de guardia treinta de las últimas cuarenta y ocho horas, y esta noche volvía a estar de guardia. Suspiró y cogió un sobre, extrajo una radiografía y la sujetó a la pantalla. Un cráneo lo miraba fijamente. Dio un paso atrás y la observó un instante, con una de las lentes de sus gafas iluminada por la pantalla encendida y la otra reflejando la luz lluviosa de una tarde de noviembre. Luego echó mano de las notas.

Subteniente Matthew Hallet, veinte años de edad, ingresado el 18 de octubre con heridas de bala en cabeza y mandíbula inferior. Al llegar fue incapaz de dar cuenta de sus lesiones y la única información que traía consigo era una pequeña tarjeta notificando que había resultado herido el 30 de septiembre.

Por lo que la lesión databa de hacía veinte días.

Una bala de fusil había penetrado justo a la izquierda de la comisura interna del ojo derecho y había efectuado su salida justo por encima de la inserción de la oreja izquierda. La herida de entrada estaba marcada por una pequeña cicatriz perfectamente curada. La herida de salida consistía en un gran orificio irregular en el hueso y los tejidos del cuero cabelludo, del que sobresalía una hernia cerebral que palpitaba.

Dios mío.

Hasta el momento no había dicho nada de forma espontánea. Cuando se le hablaba directamente, respondía, pero con frases incomprensibles. La herida de la mandíbula inferior dificultaba

deducir si esto suponía un déficit en la capacidad de uso de la lengua o si la imposibilidad de comunicación era completa o fundamentalmente mecánica. No obstante, mostraba cierta comprensión lingüística ya que, cuando se le había instado a hacerlo, había respondido a preguntas sencillas mediante movimientos de la mano no paralizada.

En algún lugar a los márgenes de la percepción de Rivers se situaba el suave sonido de la lluvia cayendo sin parar, que parecía aislar el hospital de la tarde cada vez más oscura. Llevaba lloviendo sin cesar desde muy temprano y la oscuridad del día de algún modo hacía aún más difícil mantenerse despierto. Se quitó las gafas, se frotó los ojos y se volvió hacia la ventana, donde cada gota de lluvia capturaba y sostenía una luna creciente de luz plateada.

—¿Crees que parará algún día? —dijo Hocart dándose la vuelta, inquieto, en la penumbra de la tienda.

Llevaba sin dejar de llover desde que encontraron el hacha de Ngea, no una lluvia moderada como la inglesa, sino un chaparrón, un repiqueteo borboteante que inundaba la tienda por mucho que se esforzaran en evitar que entrara. Seguramente fuese estúpido quedarse dentro sin más, aunque era difícil no hacerlo cuando una escapadita de cinco metros para mear entre los árboles significaba regresar con el pelo aplastado contra el cráneo y una camisa transparente adherida al pecho.

Tumbados, observaban la lluvia a través de la portezuela abierta, una sólida cortina de agua a través de la que sólo podían atisbarse vagamente los árboles no demasiado lejanos, una temblorosa masa azul vapuleada de un lado a otro por un viento que soplabla en perversos vendavales repentinos. Hocart, frustrado, se había dedicado a dar patadas al techo de la tienda, en la zona en que descendía en fuerte pendiente sobre su cama, y sus huellas de barro se sumaban ahora a la miseria y el olor imperantes. Cuerpos húmedos y calientes, cabellos lavados a diario pero sólo con agua de mar, la sal secándose hasta convertirse en una caspa blanca sobre la superficie de la piel. La única evasión posible estaba dentro del mar, donde la inmersión total los libraba de la tortura de la humedad.

El cuarto día la lluvia amainó ligeramente. Rivers salió hasta el claro y vio a Njiru caminando hacia él por el sendero, por una vez sin su séquito.

Rivers se había estado planteando si debía mencionar el hacha, y había decidido no hacerlo, pero en cuanto miró a Njiru supo que era imprescindible sacarlo a la luz.

—¿*Blong* tú? —dijo Rivers, tendiéndosela.

—*Blong* Ngea —dijo Njiru, y sonrió.

Pero la cogió y la introdujo en la cesta de cuerda que llevaba colgada al hombro. Rivers oyó el tintineo de la hoja al chocar con la de Njiru. Era importante mostrarse firme en este momento, pensó Rivers. Probablemente Hocart y él eran los únicos hombres blancos desarmados del archipiélago, salvo los misioneros, o al menos algunos de ellos. No llevaban ni siquiera cuchillos, pese a que en una isla cubierta de densa vegetación un machete les habría resultado útil. Nada que pudiera confundirse con un arma. Y caminaban descalzos, igual que los nativos. Ser inofensivos era su forma de defensa, cuyo éxito no estaba ni mucho menos garantizado, pero las armas de fuego habrían hecho imposible su trabajo.

Njiru había venido, dijo, porque estaban reconstruyendo una de las casas de calaveras más antiguas de la isla y él tenía que ir a bendecir al sacerdote con la oración de purificación. ¿Querría Rivers acompañarlo? Por supuesto, sin dudarlo.

Se pusieron en marcha, y en un momento dado Njiru comentó que siempre llovía durante la reforma de las casas de calaveras porque a «*tomate* él gustar bañar todo tiempo con agua dulce». El sendero estrecho y el calor húmedo no tardaron en imposibilitar la conversación. Rivers observó el movimiento de los músculos bajo la piel untada de aceite, preguntándose, no por primera vez, cuánto dolor soportaba Njiru. Era un misterio en muchos aspectos y probablemente seguiría siéndolo. No estaba casado, por ejemplo, pese a pertenecer a un pueblo al que el concepto de celibato le resultaba totalmente ajeno. ¿Se debía esto a que su deformidad hacía que las muchachas o sus padres lo consideraran un mal partido? Aunque a la vez, según los parámetros de la isla, era un hombre rico y poderoso. ¿Era él mismo quien mostraba poca predisposición al matrimonio? ¿Y qué impacto había causado en un niño pequeño y lisiado el saberse nieto de Homu, el más grande de los jefes cazadores de cabezas? Era peor, pensó Rivers sonriendo

para sus adentros, que ser el bisnieto del hombre que disparó al hombre que a su vez disparó a Lord Nelson.

No podían discutir ninguna de estas cuestiones. Y no sólo por la falta de palabras, sino por la falta de conceptos comunes. Los isleños apenas parecían haber descubierto la idea de personalidad, en el sentido occidental, y mucho menos haber adquirido la costumbre de la introspección. Njiru era uno de los hombres más poderosos de la isla, tal vez el más poderoso. Para Rivers y Hocart era más que evidente que debía su posición social a una inteligencia, una energía y una determinación absolutamente excepcionales, pero los isleños jamás aludían a dichas cualidades cuando intentaban explicar su prestigio. Todo su poder se atribuía a la cantidad de espíritus que controlaba. «Conocía» a Mateana. Y sobre todo, «conocía» a Ave. *Njiru conoce a Ave*. Era una de las primeras cosas que le habían contado, aunque en su momento no comprendiese la importancia de aquella afirmación, y quizá ni siquiera ahora llegase a comprenderla del todo.

En vista de aquel tintineo entre las hojas de las hachas, ¿cómo explicar este repentino cambio de actitud? Estaba casi seguro de que había sido Njiru quien había puesto el hacha de Ngea en la tienda. Y aun así, aquí estaba, mostrándose abiertamente servicial y dispuesto a cooperar, invitándolo de hecho a presenciar un importante acontecimiento ritual. Aunque bueno, él era así, un momento no decía ni esta boca es mía, e incluso ordenaba a otras personas que ocultaran cierta información, y al siguiente, sin embargo, era con diferencia el mejor informante de la isla, a veces muy pendiente de ellos para asegurarse de que comprendían a la perfección todos los detalles de un ritual, todas las palabras de una oración.

La incongruencia probablemente fuese el reflejo de las dudas de Njiru respecto a la existencia de su propio poder. Otros estaban convencidos, pero él era capaz de tomar distancia y plantearse a sí mismo las preguntas difíciles. ¿Por qué, si controlaba a los espíritus, por qué, si los rituales hacían todo lo que él les exigía, los hombres blancos seguían allí? No Rivers y Hocart, a quienes apreciaba y respetaba, sino los demás: el gobierno que prohibía la captura de cabezas sin importarle que la gente viviera para eso, los comerciantes que les engañaban, los patronos de las plantaciones que los explotaban y, sobre todo, los misioneros que destruían su fe. Si no puedes evitar que sucedan esas cosas, ¿cuál es el valor real de tu conocimiento?

Y por tanto se comportaba como una veleta: a veces protegiendo con celo su conocimiento, otras veces compartiéndolo sin cortapisas, a veces escupiéndolo con un orgullo amargo y resentido, otras veces casi con gratitud hacia Rivers, cuyo evidente interés en lo que se le contaba parecía confirmar su valor. Y luego se apartaba de nuevo, avergonzado por el mero hecho de necesitar esa confirmación.

Así que aunque la relación fuese tormentosa por parte de Njiru, el respeto mutuo era profundo. No me mataría, pensaba Rivers. Y luego reflexionaba: En realidad, en determinadas circunstancias, eso es justo lo que haría.

Cuando alcanzaron el desvío de la senda litoral, el sol estaba ya en su punto álgido. El sudor le goteaba a Rivers de la punta de la nariz, causándole un constante arrebató de irritación. Su entropierna estaba anegada. Al principio agradecieron la oscuridad bajo los árboles, después de la espantosa luz blanca cegadora, pero entonces una nube de insectos hirientes se les pegó al sudor.

De golpe, salieron a un claro, con afiladas cuchillas de luz colándose de soslayo entre los árboles, y ante ellos aparecieron, alzándose de forma pronunciada en lo alto de la pendiente, seis o siete casas de calaveras con rejas decoradas con sartas de conchas colgantes. La sensación de sentirte observado que siempre producían las calaveras. Deslumbrado por la repentina luz, siguió a Njiru cuesta arriba, hacia un grupo de sombras, y entonces una de las sombras se movió para descomponerse en la figura de Nareti, el sacerdote mortuorio ciego que estaba allí agachado, todo rodillas y codos puntiagudos, con regueros de pus que fluían desde las comisuras de sus ojos.

Estaban reparando la casa de calaveras más alejada, así que habían sacado a sus ocupantes y los habían distribuido por el suelo, de forma que, a primera vista, el claro parecía estar adoquinado con calaveras. Se quedó rezagado, sin saber a qué distancia se le permitía aproximarse, y en ese momento una súbita ráfaga de viento fortísimo azotó los árboles y todas las sartas de conchas devotas vibraron y chocaron entre sí.

Njiru le hizo un gesto a Rivers para que fuera hasta él y, sin más preámbulos, inició la oración de purificación, restregando con hojas las piernas de Nareti, desde las nalgas hasta los tobillos.

—Yo purifico en la gran corriente de Mondo. Fluye hacia abajo, fluye

hacia arriba, arrastra las aguas venenosas de los jefes muertos. La paja es venenosa, las vigas son venenosas, las enredaderas son venenosas, el suelo es venenoso...

Entre las calaveras dispuestas sobre el suelo había varias que habían pertenecido a niños. ¿Niños queridos y por los que se había llorado? ¿O niños traídos desde Ysabel o Choiseul y después sacrificados?

—Purifico a este sacerdote. Que baje y pase por debajo. Que baje y pase por encima. Que no se consuma, que no se precipite, que no le venga el ansia. Que sea el bonito en el mar, la marsopa en el mar, la anguila en el agua dulce, el cangrejo en el agua dulce, el *vape* en el agua dulce. Purifico, purifico, purifico con todos los jefes.

La voz de Njiru, que había subido de tono, bajó durante las palabras finales.

Como siempre en Melanesia, la brusca transición de lo ritual a lo cotidiano. Njiru no tardó en ponerse a charlar y reír con Nareti, y luego llamó a Rivers para que lo siguiera. Un sendero corto conducía hasta la cabaña de Nareti y allí, agachado en la tierra, con un perro lamiéndole los restos del almuerzo de la cara, estaba el niño que Lembu había traído de Ysabel. Sano, bien alimentado. Sin una magulladura, comprobó Rivers al mirarlo más de cerca, poco contento, aunque claro, difícilmente podía esperarse otra cosa. Lo observó durante unos minutos. Al menos el perro era su amigo.

Su deber era atender a Nareti, dijo Njiru. Cuando fuese mayor, le tocaría a él ser el sacerdote mortuorio. Un extraño destino, pasarse la vida cuidando de las calaveras de un pueblo extranjero, aunque al menos tendría una vida, y quizá tampoco estaría tan mal, ya que los sacerdotes mortuorios se hacían ricos y disfrutaban de un respeto considerable. La costumbre de tomar prisioneros se remontaba incluso a los días de las cacerías de cabezas, explicó Njiru. Estaba en una de sus fases comunicativas. Algunas de las «cabezas» capturadas durante un ataque siempre se traían con vida, y se guardaban para futuras ocasiones en las que pudieran necesitarse con urgencia. Una suerte de despensa viviente de cabezas. Jamás maltrataban a esos prisioneros —el concepto de crueldad intencionada era ajeno al pueblo— y, en efecto, solían alcanzar puestos de riqueza y honor, aunque siempre a sabiendas de que, en cualquier momento, sus cabezas podían ser reclamadas.

Cuando regresaban a través del claro, Njiru se detuvo, escogió la calavera

central de la fila de en medio y se la tendió a Rivers.

—Homu.

Rivers cogió el cráneo, consciente del inmenso honor que le estaban haciendo, a la vez que buscaba algo que decir y las palabras para expresarlo. Pasó los dedos por el occipucio y recorrió las suturas craneales. Recordó aquel momento en Bart's en que sostuvo por primera vez en sus manos un cerebro humano, asombrado por su peso. Esta cáscara de huevo rota había contenido el único producto de las fuerzas de la evolución capaz de comprender sus propios orígenes. Aunque bueno, para Njiru la calavera también era sagrada, no en sí misma o por sí misma, sino porque había contenido el espíritu, el *tomate*.

Rivers lo miró y se dio cuenta de que no hacía falta decir nada. Le devolvió la calavera, con una ligera inclinación de la cabeza, y por un instante sus manos unidas la agarraron, ambas sosteniendo el objeto más valioso del mundo.

La bala causó un daño gravísimo al ojo izquierdo al entrar en dirección al lóbulo temporal. Pupila izquierda fija, cornea insensible, párpado caído, ningún movimiento del globo salvo hacia abajo. Ojo ciego debido a la rotura de la coroides y la atrofia del nervio óptico. Sí. Propensión al clonus en la articulación del tobillo derecho... De acuerdo.

Al apagar la pantalla iluminada y volver a meter las notas en el historial, Rivers le echó un vistazo a la portada y se fijó en que Hallet pertenecía al segundo batallón de los Manchester. Se preguntó si conocería a Billy Prior y si, en ese caso, lo recordaría.

17

19 de octubre de 1918

Hemos marchado todo el día a través de una devastación total. Caballos muertos, hombres sin enterrar, tufo a descomposición. A veces miras todo esto, cráteres, barro fétido, agua estancada, árboles como gigantescas cerillas quemadas, y piensas que es imposible que la tierra se recupere. Está envenenada. El veneno ha ido calando desde los hombres putrefactos, los caballos muertos, el gas. Se recuperará, por supuesto. Dentro de cincuenta años, un campesino se topará con cráneos mientras ara estos campos.

Un cuervo enorme voló sobre nosotros, aleteando y graznando con voz fúnebre. Uno, por la pena, como dice la canción. Los hombres no se quedaron tranquilos hasta que lograron avistar otro.

Ahora la dicha nos aguarda, según la superstición.

Los muertos sin sepultar, pese a no ser los compañeros más alegres para una marcha, trajeron algo bueno. Una bota para Wilson. Conseguirla no fue un plato de gusto, pero una vez limpiados a conciencia los restos dejados por el anterior dueño (en realidad, del anterior dueño), cumplió bastante bien con su cometido. Wilson parece más contento.

Ambiente en general muy animado, una larga columna cantarina de hombres serpentea infatigable (¡aunque aún tenemos un largo camino por delante!). Me descubrí pensando en Longstaffe. No lleva muerto ni tres semanas y aun así rara vez se me viene a la mente. En Tite Street, tres casas más allá de la tienda de Beattie, vivía una pareja de ancianos que llevaba casada más de cincuenta años y todo el mundo pensaba que cuando uno de ellos se fuera el otro se quedaría destrozado. Pero cuando el marido murió, la

anciana no pareció disgustarse en absoluto, y rara vez volvió a hablar de él en cuanto acabó el funeral. A pesar de todo el lozano vigor masculino que hay por aquí —y Dios mío, por momentos es abrumador, joder—, todos estamos en la misma situación que esa anciana. Nosotros mismos estamos demasiado cerca de la muerte como para andarnos con aspavientos. Escatimamos la pena.

Más tarde

Los hombres vivaquean a la intemperie, pero los oficiales están en refugios subterráneos, los restos de un elaborado sistema alemán. Los refugios están tapiados, pero detrás de los tablones hay túneles que se adentran hasta grandes profundidades. Si acercas el ojo a uno de los huecos entre los listones y te asomas a la oscuridad, al cabo de un rato el globo ocular te empieza a doler por el aire frío. Lo extraordinario es que a todos les ponen un poco nerviosos estos túneles, mucho más que los cañones que retumban, titilan e iluminan el cielo mientras escribo. Y no es un miedo racional. Tiene que ver con los niños a los que el flautista de Hamelín atrajo hasta dentro de una montaña y jamás regresaron, o con Rip van Winkle, que al despertar descubrió que habían pasado muchísimos años y ya nadie lo conocía. Es interesante, bueno, al menos para mí lo es, que sigamos teniendo estos miedos irracionales a la vez que vivimos rodeados de lo peor que el siglo xx ha traído: obuses, pistolas, fusiles, cañones, gas. Creo que es porque toca una fibra particularmente sensible. Es cierto que los niños entran en la montaña para nunca volver. Todos hemos regresado de permiso a casa y la hemos encontrado tan extraña que ya no encajábamos. ¿Y qué pasará después de la guerra? Aunque quizá sea mejor no pensar en eso. Tentar a la suerte. En fin, aquí viene la cena. Tengo hambre.

20 de octubre

Otra marcha colosal. Y también una tarea penosa, de mierda, una putada: juntar a los rezagados. A la porra el liderazgo. Es aquí donde acaba el liderazgo y empieza el acoso. Me he visto a mí mismo metiendo bulla y prisa como uno de aquellos puñeteros instructores de Étaples. Con la diferencia de

que al menos yo predico con el ejemplo al tiempo que amenazo.

Me abalancé sobre un hombre, con la boca abierta para darle un buen sopapo, y entonces le vi la cara. Era asmático. Esa expresión de preocupación tensa, pálida y demacrada. Si tú mismo sufres de asma, no la pasas por alto. Es como si lo llevase escrito en la cara. Me coloqué a su lado e intenté hablar con él, pero él no podía hablar y marchar al mismo tiempo, o arrastrarse más bien, estaba claro que aquello no era marchar. Eso es lo que pasa con el asma: crea en el acto un vínculo fraternal que la humanidad por sistema es incapaz de crear. Lo metí en la carreta ambulancia, lo dejé bien apoyado, le agarré la muñeca y me despedí. Dudo que me viera alejarme. Cuando te encuentras en semejante estado, lo único que importa es la siguiente bocanada de aire.

Lo curioso es que en cuanto le vi la cara, mi propio pecho se encogió, tan sólo por recordar la posibilidad, supongo. Por el momento, toco madera, no he tenido ningún problema. Pero esta noche me suena un poco el pecho al respirar.

Las canciones decayeron a primera hora de la tarde, muchos de los hombres marchaban en silencio, aquello se había convertido en una prueba de resistencia. Pero entonces, de repente, o ésa fue mi impresión, puesto que avanzábamos medio dormidos, nos encontramos con campos verdes a ambos lados, granjas con los tejados en su sitio, árboles con ramas, y civiles. Habíamos atravesado los campos de batalla hasta llegar a lo que había sido territorio controlado por los alemanes. Mujeres. Niños. Perros. Gatos. Creo que todos estábamos maravillados de que el mundo albergara semejantes criaturas. Se oyeron numerosos silbidos de admiración a las muchachas y a nadie le dio por ponerse quisquilloso. El concepto de muchacha pronto abarcó desde los catorce hasta los cincuenta.

Escribo estas letras en la mesa de la cocina de una casita. Fuera hay un corral con los ruidos normales de un corral. Los graznidos de los gansos son un milagro. Aunque en breve nos volveremos a poner en marcha. Están interrogando a civiles en la habitación de al lado, el francés de Owen está resultando la mar de útil. Y en esta misma mesa, hasta hace pocas semanas, era un oficial alemán el que se sentaba a escribir cartas a casa.

22 de octubre

Seguimos aquí, aunque no por mucho más tiempo. Hoy mismo, dentro de un rato, nos pondremos de nuevo en camino. Ni siquiera la lluvia torrencial que arruga la superficie del estanque —con sus patos oficiales y sus gallinetas no oficiales— puede borrar la sensación de serenidad que tengo. El pecho mucho más despejado, a pesar de la humedad.

24 de octubre

Seguimos en marcha. A este paso nos puedo imaginar tomando Berlín. Anoche bombardearon el pueblo que tenemos más cerca. Murieron cinco civiles. ¿En qué momento dejamos de pensar en los civiles como humanos? Diría que hace muchísimo tiempo. En cualquier caso, nadie está destrozado por la noticia. Y pese a todo, la gente de por aquí es amable, nos llevamos bien con ellos. Lo único es que se nota un ligero recelo, supongo. Maldijeron la invasión, nadie lo duda, pero ha sido mucho el tiempo que los alemanes han estado aquí. Seguramente llegaron a algún tipo de acuerdo. Y además, las tropas alemanas en esta zona parecen haberse comportado de forma muy disciplinada. Nada de atrocidades. Las jóvenes y respetables damas del pueblo son en efecto muy respetables, pese a haber pasado cuatro años en las garras de los crueles y lascivos boches. Y de los agujeros causados por los obuses en los huertos, los campos y las carreteras de por aquí —enormes heridas abiertas— son responsables nuestros cañones. El bombardeo fue muy intenso por momentos. Algunos niños huyen corriendo de nosotros. Y aun así en todas partes nos reciben con los brazos abiertos.

Sigo sin acostumbrarme a los ruidos normales y corrientes, sobre todo a las voces de las mujeres y los niños. Uno debe de sentir algo parecido al salir de la cárcel.

25 de octubre

A Owen le van a acabar formando un consejo de guerra. Más que nada porque habla francés mejor que nadie y todas las muchachas de la zona se van derechitas a por él, y no sólo le dan las gracias, sino que incluso le estampan besos. Me fijé en él mientras ocurría todo esto, y creí detectar una cierta chispa en respuesta. De ironía o de lo que sea. La cuestión es que los

Grandes No Besados están más que hartos de él y han convocado un consejo de guerra de los subalternos. No me extrañaría que acabase fusilado al alba.

Wyatt, mientras tanto, está visitando una granja a las afueras del pueblo en la que residen una viuda complaciente y sus hijas, igual de complacientes pero bastante más núbiles. En este preciso instante, es probable que esté mojando donde muchos otros alemanes han mojado antes que él. (Un estremecimiento malgastado en Wyatt, doy fe.)

Aunque esta mañana vi a una mujer con el cabello brillando al sol y una de esas largas barras de pan en los brazos y hubo más sensualidad en ese momento que en todo el dale que te pego de Wyatt. Terreno vedado, por supuesto. Ama de casa totalmente respetable haciendo los recados.

26 de octubre

Esta mañana fui a una de las granjas de la zona para solucionar un problema con el alojamiento de las tropas. La mujer que regenta la granja había acusado de robar huevos a algunos de los hombres de la compañía C. Ellos lo negaron a voces, pero estoy seguro de que ella tiene razón. Después de calmarla y pagarle por los huevos más de lo que valían, noté que un muchacho pelirrojo me miraba fijamente. No del todo fijamente, pero sus ojos me sostuvieron la mirada más tiempo del estrictamente necesario. Tendría unos dieciséis años, supongo. Tal vez alguno más. Cruzaba el corral zarandeando un cubo de restos de comida para los cerdos, y tras despedirme de Madame (imagino que es su madre), lo seguí hacia la fétida oscuridad, donde entre gruñidos y mordiscos ruidosos los cochinos hozaban con sus hocicos trémulos y húmedos y trotaban hacia él con sus delicadas pezuñas rosadas. Cuando el muchacho vertió la bazofia, chillaron y engulleron durante unos instantes y luego levantaron las cabezas para observarnos con calma desde debajo de sus largas y finas pestañas blancas al tiempo que mascaban. Les rasqué el lomo e intenté hablar con él. Se colaban destellos de luz a través de las rendijas entre las tejas, y una humedad verdosa y hedionda bajo los pies. Él habló deprisa y entendí muy poco de lo que dijo: mi francés del colegio no sirve para nada. Seguí rasca que te rasca para alargar el momento todo lo que pude, luego me marché, preguntándome hasta qué punto aquella mirada inicial había sido producto de mi imaginación.

Nada en él era especialmente atractivo —piel blanca mortecina, pecas que eran manchas, unos curiosos ojos planos color castaño dorado— aunque me importaba bien poco. Después de dos meses sin sexo, me habría conformado con los cerdos.

Volví a encontrarme con él más tarde, cerca de la iglesia. Hay una vereda que pasa junto al cementerio, con un muro bajo de piedra a un lado y un canal al otro, uno de los muchos canales que discurren por esta región. Un lúgubre tramo de agua bastante frío y húmedo, que refleja lánguidamente un denso cielo blanco, bordeado de sauces de hojas lacias amarillas. Estaba sentado con sus grandes manos rojas, de nudillos en carne viva, apretujadas entre las rodillas. El pelo rojo resplandecía bajo la luz grisácea, no era un rojo vivo, tampoco caoba, sino un color oscuro, mate y de aspecto quemado.

Saltaba a la vista que estaba entreteniéndose adrede. Me saludó con una sonrisa y se llevó la mano a la boca, imitando el gesto de fumar un cigarrillo. Le ofrecí un Woodbine y me quedé de pie junto al canal, a pocos metros de distancia, mirando de un lado para otro para asegurarme de que no nos observaban. Repitió el gesto y señaló el paquete. Al ver que yo no respondía de inmediato, lo señaló de nuevo y dijo algo en alemán. Yo pensé: Dios mío, ¿de verdad tienes la cabeza tan metida en el balde de los gorrinos que no sabes qué ejército tienes enfrente, coño? Supongo que me debería haber dado asco, pero no fue así. De hecho, el efecto fue el contrario, le habría dado todos los paquetes que tenía. Le entregué los cigarrillos y él se puso de pie y me llevó entre los árboles. Tardamos un rato en encontrar un lugar lo bastante oculto. Le mostré lo que quería. Él se inclinó sobre el tronco del árbol, sujetándose con las manos. Le bajé los pantalones y los calzones y empecé a pasarle la nariz y la lengua por el culo, preocupado por poder entrar en la raja, ya que la postura tensaba los músculos. Un olor a crisantemos olvidados demasiado tiempo en agua, luego otro olor más profundo y amable, un agujero mojigato y fruncido que refulgía con la saliva y, al otro lado de aquel esfínter francés contraído, la lefa alemana. No en sentido literal —se habían marchado hacía ya demasiado tiempo como para eso—, pero en cualquier caso allí estaban, las figuras imprecisas que uno solía vislumbrar a través del periscopio en las trincheras, y mi lengua estirándose en su búsqueda. Pensé:

Abrazaos millones de hermanos,

que este beso envuelva el mundo entero...

De repente aquello me pareció gracioso, y al respirar hice una pedorreta entre sus nalgas; él intentó apartarse, pero yo me resistí y lo follé, luego le di la vuelta y le hice una mamada a aquella polla regordeta, tirando a pequeña y muy morada.

Luego nos separamos. Y desde entonces no dejó de pasarme compulsivamente la lengua por los labios en busca de llagas.

27 de octubre

Estas marchas son extenuantes para todos. Me paso gran parte del tiempo haciendo inspecciones de pies. Algunos de los hombres tienen ampollas del tamaño de un huevo. Y mis propios pies, que esta mañana ya no estaban en su mejor momento, ahora ya no hay por dónde cogerlos.

Por lo menos esta noche dormiremos en un acantonamiento decente. De hecho, me ha tocado una cama en una habitación con las paredes empapeladas de rosas, y también quedan algunas en el jardín. Salí a coger unas cuantas y las puse en un cuenco sobre la mesa de la cocina, en recuerdo de Amiens. Unas rosas grandes y desaliñadas que ya no estaban en su apogeo, aunque hoy avanzamos de nuevo, así que no estaré aquí para ver cómo se les caen los pétalos.

29 de octubre

Llegamos hasta aquí al abrigo de la oscuridad. Un pueblo en la miseria, de gente arisca, de aspecto aturdido, lo que no sorprende si te paras a pensar que hace nada les estábamos dando por culo a fuerza de bombas.

Corre el rumor de que los austriacos han firmado un tratado de paz. Los hombres se animaron al oírlo, y falta que les hace, basta con mirarles los pies. Aquí nadie comprende por qué razón sigue esto adelante.

Anoche, tumbado en la cama, los escuché cantar en el granero. Ojalá no tuviera la corazonada de que los están sacrificando por las cláusulas secundarias y la letra pequeña. Pero creo que es lo que está pasando.

Jueves, 31 de octubre

Y aquí nos quedaremos una temporadita. Los alemanes están atrincherados al otro lado del canal del Sambre y el Oise y parecen estar preparándose para oponer resistencia.

El pueblo aún está ocupado, pero las casas en la zona delantera han sido evacuadas y nosotros estamos apiñados en la bodega de una de ellas. De vez en cuando nos aventuramos a subir a las habitaciones amuebladas, sintiéndonos como ratas o como ratones, para luego regresar correteando a nuestro agujero. Pero no hace frío y parece seguro, aunque la casa entera se tambalea por el impacto de los obuses cuando estallan, y mejor no pensar en lo que haría un blanco directo. En la superficie, los alemanes han talado todos los árboles, pero hay una enorme maraña de maleza, zarzas que se enganchan a las piernas al pasar, helechos muertos exactamente del mismo tono, o uno de los tonos, que el pelo de Sarah. No hay posibilidad de ejercicios ni maniobras ni nada. Tratamos de pasar inadvertidos de día y patrullamos de noche, ya que obviamente han dejado puestos de alarma a este lado del canal, una especie de cable trampa humano para avisar de un ataque inminente. Limpiarlos de arriba abajo es una tarea repugnante ya que debe llevarse a cabo en silencio. Dicho de otro modo, con cuchillos y bastones *knobkerries*.

1 de noviembre

Anoche me tocó a mí salir. Un puesto de alarma «exterminado». Espero que sea el último. Nos arrastramos casi hasta el borde del canal y nos quedamos tumbados vigilando. Las estrellas iluminaban justo lo necesario para medio ver. Era intensa la sensación de que los alemanes estaban al otro lado, entreviendo en la oscuridad igual que nosotros, en silencio, atentos. Me dio la impresión de que en algún lugar allí afuera un par de ojos miraban directamente a los míos.

El caudal del canal ha subido más de un metro por encima de los campos colindantes, con acequias de desagüe a ambos lados (los alemanes, muy sensatos, las han inundado). Tiene unos doce metros de ancho. Demasiado ancho para salvarlo con facilidad, demasiado estrecho desde el punto de vista de un bombardeo eficaz. No hay margen de seguridad para contar con la

posibilidad de que los obuses se queden cortos, por lo que habrá que mantener alejados a bastante distancia a los hombres y el material. Lo que significa que cuando se alce la cortina de fuego de artillería, como se supone que ocurrirá, y barra los trescientos metros que tiene delante, tendremos unos cinco minutos para atravesar los campos encenagados y las acequias de desagüe y llegar al menos a nuestro lado del canal. Tiempo de sobra para que ellos tomen aliento y carguen los cañones... aunque oficialmente, claro está, para entonces todos habrán sido aniquilados.

El campo de enfrente ya está parcialmente inundado, y sigue lloviendo. No sólo por la lluvia, también han anegado las acequias de desagüe de su lado. Desde el canal, el terreno se eleva abruptamente hasta la granja La Motte, que es nuestro objetivo en el ataque. Todo el camino es cuesta arriba. Sin un centímetro donde ponerse a cubierto. Y hay artilleros detrás de cada matojo.

Al mirar el terreno, pese a estar en penumbra, el problema se hizo espantosamente patente. Mucho más claro de lo que se ve en cualquier mapa, aunque todos los días pasemos horas y horas concentrados encima de ellos. Caben dos posibilidades. O bien se bombardea la orilla opuesta con tanta intensidad que ninguno de los artilleros tenga manera de sobrevivir, en cuyo caso las acequias, y con bastante probabilidad incluso la orilla del canal, reventarán y el campo al otro lado se convertirá en un revoltijo pesadillesco de fango de tres metros de profundidad, tan horroroso como en Passchendaele. O bien se mantiene un bombardeo ligero, se avanza con rapidez y se espera a que la infantería nos alcance. En este caso se corre el riesgo de que sus artilleros ilesos salgan como setas por todas partes y se concentren en pasar un buen rato de prácticas intensivas de tiro.

Hay que elegir entre Passchendaele y el Somme. Es sólo una versión en miniatura de cada una, aunque eso tampoco sirve de mucho consuelo. Basta con una bala por hombre.

Se han decantado por el Somme. Por la tarde hemos recibido instrucciones en una sesión conjunta con los fusileros de Lancashire apostados a nuestra izquierda. Entre ellos estaba Marshall de las diez heridas, que, en mi opinión, habló sin pelos en la lengua, aunque eso sea algo que sólo te puedes permitir cuando vas tan cubierto de medallas y condecoraciones por heridas de guerra que todo eso empieza a parecer una extravagante forma de

camuflaje. Dijo que sus hombres no tienen ninguna posibilidad de remontar la pendiente con las ametralladoras todavía intactas por encima de ellos y ningún lugar donde ponerse a cubierto. Es imposible construir un puente a cielo abierto bajo el tipo de fuego con el que probablemente nos toparemos. Toda la operación es una locura. Las posibilidades de éxito son iguales a cero.

Nadie discutió con él, me refiero a que ni siquiera nadie debatió la cuestión. Tan sólo nos indicaron lisa y llanamente, con una afirmación simple y sin base alguna, que el peso de la artillería reduciría a toda la resistencia. Creo que esas palabras provocaron un escalofrío que recorrió la espalda de todos los allí presentes que recordaban el Somme. Marshal soltó el lápiz de malas maneras y se quedó sentado con los brazos cruzados, en silencio, durante el resto de la sesión informativa.

Así que aquí estamos, escribiendo cartas. Las provisiones tardan mucho en llegar porque los alemanes han bloqueado las carreteras y han volado los puentes al retirarse. Nadie ha podido comprar en una tienda de verdad en las últimas seis semanas, así que no dejo de arrancar páginas del final de este cuaderno para repartirlas entre los demás.

Ya no quedan muchas. Pero bastarán.

2 de noviembre de 1918

2º Regimiento Manchester, Francia

Querido Rivers:

Como sabrá por mi última carta, sigo ileso. En caso de que este feliz estado de las cosas no se prolongue, le agradecería que intentara ver a mi madre. Se quedó bastante prendada de usted cuando se conocieron el año pasado en Craiglockhart, y usted, más que la mayoría de las personas, sabría qué decir. O tendría el tacto de no decir nada, lo que siempre fue bastante su fuerte, ¿verdad?

Mis nervios funcionan a la perfección. Con esto me refiero a que, dada mi situación actual, la única cosa sensata sería salir corriendo, y no lo haré. ¿Paso la prueba?

*Siempre suyo,
Billy Prior*

Unas palabras frías para enviárselas a alguien que ha hecho tanto por mí.
Un tono totalmente equivocado, pero no hay tiempo para arreglarlo.
No me atrevo a pensar en Sarah.

3 de noviembre

Estamos tan apretados en este sótano que no paro de recibir golpecitos en el codo a un lado y al otro. El humo del tabaco me escuece en los ojos, creo sinceramente que si a uno se le acabaran los cigarrillos, sólo tendría que respirar hondo. Pero a mí me quedan suficientes para que me duren, incluso después de mi arrebatado de generosidad en la orilla del canal. Que esta mañana releí, rompí en pedazos y quemé. Me espera otro encuentro a orillas del canal, pero esta vez del tipo que la gente ve con buenos ojos.

Día extraño, parece que lleve durando una eternidad. Nos reunieron de nuevo para recibir instrucciones en una casa de labranza que encontramos más adelante por el camino. Nos dieron la bienvenida los ladridos de un pequeño terrier, todavía un cachorro, blanco y negro y muy engreído, que recogía una de las patas al correr, por lo que al principio pensé que estaba tullido, pero los niños de la casa dijeron que no, que siempre corre así. El animal se calló un rato, pero luego se puso nervioso y empezó a ladrar de nuevo. Winterton me hizo un gesto con la cabeza y dijo: «Esto no puede ser».

Le disparé yo mismo. Me siento orgulloso de haberlo hecho. En las trincheras, a veces, al mirar por el periscopio veías moverse de acá para allá a un soldado alemán —por lo general bastante en la retaguardia— que, creyéndose a salvo, se bajaba los pantalones del uniforme y se agachaba para soltar satisfecho un mojón. No quieres dispararle por algún motivo relacionado con la vulnerabilidad de ese culo al aire: sientes la corriente entrando por tu propia raja, un instante de la más básica empatía humana. Así que se lo señalas al centinela y le ordenas a él que dispare. Y todos contentos: tú no le has disparado, sino el centinela, pero sólo porque obedecía tus órdenes.

Pero al perro le disparé yo. Agarrándolo por el collar me lo llevé hasta el

granero. Él sabía que algo malo iba a ocurrir, y rodó para ponerse panza arriba, me enseñó su barriguita rosada de cachorro y orinó un poco, bastante seguro de que estas estratagemas para desviar la agresión funcionarían. Le hice cosquillas detrás de la oreja y le dije: «Lo siento, hijo mío. Soy humano... Nosotros no somos así».

Y agradezco el aire cargado de calor humano que hay aquí dentro, no sólo porque aísla del viento y la lluvia. A los que se han agenciado asientos junto al fuego les sube el vapor de las botas y las polainas. Los demás simplemente meneamos los dedos de los pies y nos las apañamos como podemos.

Después de decir que no me atrevo a pensar en Sarah, pienso en ella todo el tiempo. Recuerdo el día en que nos conocimos: aquel ridículo combate de lucha sobre una lápida que, en retrospectiva, parece un comienzo bastante apropiado para una relación tan acotada por la muerte. Y antes de aquello en el pub, atiborrándola de oporto para quitarle las bragas; ella quería hablar de la muerte de Johnny y yo no quería escuchar. Loos, dijo ella. Recuerdo estar de pie junto a la barra y pensar que las palabras ya no significaban nada: patriotismo honor valor mierda mierda mierda. Tan sólo los nombres de lugares tenían algún significado. Mons, Loos, el Somme, Arrás, Verdún, Ypres.

Aunque al echar ahora un vistazo por este sótano, con las velas ardiendo sobre las mesas y nuestras sombras entrelazadas saltando sobre las paredes, me doy cuenta de que hay otro grupo de palabras que todavía significan algo. Pequeñas palabras que danzan inadvertidas por las frases: nosotros, ellos, aquí, allí. Éstas son las palabras del poder, y mucho tiempo después de que ya no estemos, ellas se quedarán por ahí dispersas en la lengua, como las granadas sin detonar en estos campos, y cualquiera de ellas te dejará sin mano.

Wyatt duerme como un bebé, salvo que ningún bebe ha roncado nunca así. Hoggart está pelando patatas. Hay por ahí tazas de té con sabor a cloro. Y alguien cortando leña y echándola al fuego, aunque está tan mojada que cada madero nuevo genera oscuridad, chisporrotea, los rostros y los ojos se ensombrecen por un instante y luego las llamas lamen el aire a su alrededor y el fuego prende de nuevo. Nos hace falta un fuego en condiciones. Todo el mundo tose y estornuda, corre un frío desagradable. Empiezo a notar un cosquilleo en la garganta, con calor y escalofríos a la vez. Pienso en las ratas

a orillas del canal, con sus largas colas desnudas, y la perspectiva de esa agua fría es sin duda de lo menos halagüeña. Sin embargo, cantamos, contamos chistes, y todos los chistes que se cuentan aquí son graciosos. Todo el mundo está tan animado que parece mentira. La palabra que estoy evitando usar es fantasioso. Tiene algo de eso. Todos sabemos cuáles son nuestras posibilidades.

Y en breve voy a sacar a Wyatt de esa litera para intentar echar yo una cabezadita.

Hace cinco meses Charles Manning me ofreció un trabajo en el Ministerio de Municionamiento y lo rechacé, y dije que si me volvían a mandar a Francia... «Si, si, si, si... estaré en un refugio subterráneo y recordaré esta tarde y pensaré: “Pedazo de imbécil”».

Me viene a la memoria estar sentado sobre el brocado rígido del sofá de su salón en el momento en que lo dije.

Bueno, pues aquí estoy ahora, en algo que podría pasar por un refugio subterráneo. Y miro a mi alrededor todas estas caras y lo único que pienso es: Qué pedazo de imbécil habría sido, de no haber vuelto, coño.

18

Una niebla marrón envolvía el hospital. Volutas de vapor sulfuroso flotaban en el vestíbulo de la entrada, estáticas, arremolinadas en distintos patrones cada vez que alguien entraba o salía del edificio. Él mismo había salido un rato antes esa tarde a comprar un periódico en el puesto que había en el exterior de la estación Victoria, un paseo de diez minutos a buen ritmo, ida y vuelta, una oportunidad de tomar una bocanada de aire para sus pulmones, aunque últimamente el aire quemaba la garganta. Las noticias eran buenas. De un momento a otro, se notaba, el fuego cesaría y todos serían puestos en libertad para regresar a sus vidas privadas. Todos lo notaban y, sin embargo, casi parecía no importar. El final que todo el mundo había anhelado se veía eclipsado por la epidemia de gripe española que asolaba el hospital. Si alguien hubiese salido ahora mismo corriendo por el pasillo abriendo puertas y gritando «¡Se acabó la guerra!», él habría respondido «Ah, ¿sí?» y habría seguido redactando sus notas como si nada.

Le echó un vistazo al reloj y se puso de pie. Hora de subir a la sala de pacientes.

Marsden trataba de llamar su atención. Por la mañana a Rivers le había dado la impresión, durante su ronda por la sala, de que quería preguntarle algo, pero la formalidad de la ocasión lo había disuadido. Rivers intercambió dos palabras con la hermana Roberts —la situación del personal para este turno era especialmente crítica— y luego fue a sentarse junto a la cama de Marsden, que pegó la hebra sobre esto y lo otro mientras reunía el valor necesario para decir lo que fuera que quisiera decir. Era bastante sencillo. Por casualidad había oído a un médico en prácticas hablando con un colega a los pies de su cama y se había quedado con la frase «provocó el reflejo coital». ¿Significaba aquello, quería saber Marsden, que con el tiempo, enfatizó para

ir sobre seguro, obviamente no ahora, con el tiempo, podría mantener relaciones sexuales de nuevo? Enunció el sintagma «mantener relaciones sexuales» con tono monocorde, sensato, de hombre a hombre. Quería decir «hacer el amor». Quería decir «tener hijos». La fotografía de su esposa estaba sobre su taquilla. Los músculos del cuello de Rivers se tensaron por el esfuerzo de evitar mirarla. No, dijo lentamente, no significaba eso. Le explicó lo que significaba. Marsden no estaba escuchando, pero necesitaba una cortina de humo de palabras tras la que preparar su reacción. Plisaba el dobladillo de la sábana entre las yemas de los dedos.

—Bueno —dijo como si nada cuando Rivers terminó—. Yo ya me imaginaba que no significaba eso. Es sólo que se me ocurrió preguntar.

Un incidente; un día.

Con las caras ensombrecidas por los cascos de acero, les hubiese costado reconocerse unos a otros incluso si la tenue luz de las estrellas les hubiese permitido ver con claridad. Prior, agazapado en una zanja junto a la encrucijada, no dejaba de mirar el interior de su muñeca izquierda, donde normalmente habría estado su reloj. Se lo habían llevado hacía veinte minutos para sincronizarlo. Los síntomas habituales: boca seca, palmas sudorosas, corazón palpitante, vejiga irritable, sangre helada. Qué expresión tan crudamente precisa era aquel «sangre helada». Aunque esta vez «cagarse de miedo», la otra expresión crudamente precisa, no era pertinente. Llevaba todo el día tragando tintura de opio, al igual que varios veteranos más. Cuando esto acabara se pasaría una quincena cagando ladrillos, pero al menos no se cagaría encima esta noche.

Miró de nuevo su muñeca, pilló a Owen haciendo lo propio, sonrió con una irritación compartida, pero no dijo nada. Se quedó mirando las estrellas, intentando localizar el Carro, pero no logró concentrarse. Se estaban acumulando nubes de lluvia. Lo que faltaba. Al cabo de unos minutos un mensajero regresó con su reloj y, con una tremenda sensación —ilusoria, por supuesto— de volver a tenerlo todo bajo control, se lo abrochó.

Acto seguido estaban avanzando, cientos de hombres en medio de un silencio sobrecogedor, las sombras proyectadas por la luz de las estrellas apenas ensombrecían la hierba. Y ningún perro ladró.

El reloj al fondo de la sala se volvió borroso, después lo enfocó de nuevo. Le estaba costando mantenerse despierto ahora que había terminado las rondas y redactado los informes y su tarea no era más que quedarse allí, listo para cualquier emergencia que la noche pudiera interponer en su camino. La hermana Roberts le puso por delante una taza grande de té color naranja, espesado con azúcar, y le dio un trago. Se sentaron juntos tras el mostrador de las enfermeras del turno de noche —no había ninguna, estaban todas de baja por la gripe— y tomaron aquel té demasiado fuerte y demasiado dulce, mirando al otro extremo de la sala, donde habían colocado los biombos verdes alrededor de la cama de Hallet. Una única lámpara brillaba encima de su cama de forma que las cortinas verdes relucían en contraste con la oscuridad del resto de la sala. A través de una rendija entre los biombos, Rivers veía a uno de los familiares, un chico de unos catorce años, tal vez quince, el hermano pequeño de Hallet, que se movía inquieto en su silla, aburrido por las interminables horas de espera y consciente de que aburrirse era algo imperdonable.

—Ojalá la madre se fuera a casa a acostarse —dijo la hermana Roberts—. Ya no aguanta más, le va a dar algo. —Un resoplido—. Y esa chica me parece la típica histérica.

Nunca le gustaban las chicas.

—¿Es su hermana?

—Su prometida.

Se oyó refunfuñar detrás del biombo, pero ninguna palabra reconocible. Rivers se puso de pie.

—Será mejor que eche un vistazo.

—¿Quiere que salgan los familiares?

—Por favor. Será sólo un minuto.

La familia levantó la vista mientras él apartaba los biombos. Llevaban casi treinta y seis horas sentados en torno a esta cama, prácticamente sin interrupción, desde el momento en que el estado de salud de Hallet empezó a deteriorarse. La señora Hallet, la madre, estaba a la derecha del herido, sospechaba que porque la familia había decidido que en la medida de lo posible debían ahorrarle tener que ver el lado izquierdo del rostro de su hijo. Lo peor estaba tapado por la venda sobre el ojo, pero aun así se veía bastante. El padre estaba sentado en el lado malo, un hombre de mediana edad, muy

erguido, militar de carrera jubilado, vestido de uniforme durante toda la guerra. Tenía una forma de ponerse derecho, como preparándose para algo, que hacía pensar más en un dolor crónico de espalda que en una reacción a la situación actual. Y luego la muchacha, que se llamaba... Susan, ¿verdad? Estaba sentada retorciendo un pañuelo entre los dedos, a menudo con una sonrisa cortés y sin sentido en el rostro, en medio de la familia de la que había planeado formar parte, pese a que ahora seguramente se daba cuenta de que aquello no sucedería. Y el chico, que era casi el más conmovido de todos, torpe, desgarbado, enfadado con el mundo, soltaba de vez en cuando algún gallo humillante que le hacía sonrojarse, y otras veces rebuznaba por la sala, difícil, rebelde, llamando la atención, porque temía que si dejaba de comportarse así rompería a llorar.

Se pusieron de pie cuando entró, y lo miraron de un modo que le recordó a sus primeros tiempos como médico de hospital. Esperaban que él hiciera algo. Pese a que les habían dicho que la situación de Hallet era muy grave, todavía guardaban la esperanza de que él «lo mejorase».

La hermana Roberts les pidió que esperasen fuera y se retiraron a la sala de espera que había al final del pasillo principal.

Miró a Hallet. Tenía todo el lado izquierdo de la cara mustio. El ojo a la vista estaba bien hundido en el cráneo, abierto, aunque no parecía del todo consciente. Le habían rapado la cabeza, como preparativo para la operación que le había dejado aquella cicatriz con forma de herradura que ahora se cerraba paradójicamente bien, por encima de la herida supurante provocada por la bala de fusil. La hernia cerebral palpitaba, tenía el aspecto de alguna extraña forma de vida subacuática, tal vez la boca de una anémona marina. Todo el lado izquierdo de su cuerpo no servía para nada. Incluso cuando estaba lo bastante consciente para hablar, la boca caída y los daños en la mandíbula inferior hacían imposible seguir lo que decía. Era esto, más que ninguna otra cosa, lo que horrorizaba a su familia. Se les veía esforzándose por comprender, pero incapaces de descifrar ni una sola palabra. La voz les llegaba en un susurro porque le faltaban las fuerzas para proyectarla. Daba la impresión de que ahora susurraba. Rivers se inclinó sobre él, aguzó el oído y luego se puso derecho, llegando a la conclusión de que debía de habérselo imaginado. Hallet no se había movido, excepto por el habitual tic nervioso bajo la colcha, el constante clonus al que se veía sometida la articulación de

su tobillo derecho.

¿Por qué sigues vivo?, pensó Rivers, con la vista fija en aquel rostro de gárgola.

Mate, ésa habría sido la palabra de Njiru para esto: el estado en que la muerte es el resultado apropiado y por tanto deseable. Él habría considerado que Hallet ya estaba muerto, desde cualquier punto de vista lógico, y su único propósito habría sido precipitar el momento de su muerte real: *mate ndapu*, morir final. Rivers se palpó la insignia de la solapa, sus nervios en plenas facultades transmitían la forma del caduceo a su cerebro indemne, su lealtad a un conjunto distinto de creencias se confirmaba sin que el conflicto llegara a aflorar a la superficie de la consciencia.

Le tomó el pulso a Hallet.

—Está bien —le dijo a la hermana Roberts—. Déjeles que entren de nuevo.

La vio alejarse, y entonces pensó que era cobarde no enfrentarse a ellos, así que la siguió por el pasillo, dejando a un lado a la señora Hallet por el camino. Ella vaciló al verlo, pero el impulso por volver junto a su hijo era demasiado fuerte. Susan y el hermano menor caminaban a la zaga. Encontró al comandante Hallet postergando el momento junto a una ventana abierta, fumaba furioso. Un soplo de aire bochornoso, húmedo y nebuloso entró en la sala, para recordarles que había un mundo más allá de aquellas paredes.

—Penoso, ¿verdad? —dijo el comandante Hallet, levantando el cigarrillo—. ¿Y bien?

Rivers titubeó.

—No le queda mucho, ¿eh?

—No, no mucho.

A pesar de su laconismo, las lágrimas brotaron de los ojos del comandante Hallet enseguida. Desvió la mirada, la voz le temblaba.

—Ha sido tan valiente. Ha sido tan valiente, coño. —Durante un instante luchó por controlarse—. ¿Cuánto tiempo exactamente cree usted?

—No lo sé. Horas.

—Dios mío.

—Sigán hablándole. Sin duda reconoce sus voces y entiende.

—Pero nosotros no lo entendemos a él. Es horrible, es obvio que espera

una respuesta y nosotros no podemos decirle nada.

Regresaron juntos a la sala de pacientes y el comandante Hallet se detuvo fuera del biombo un segundo, irguió la espalda. Un murmullo desde la cama.

—¿Lo ve? —dijo el comandante Hallet con un gesto de impotencia.

Rivers lo siguió a través de la apertura entre los biombos y se inclinó para escuchar a Hallet. Su voz era un susurro arrastrado.

—*Sobrezaena*.

Al principio Rivers sólo estaba seguro de la consonante inicial y pensó que quizá intentase decir Susan, pero la frase era más larga. Se enderezó y negó con la cabeza.

—Continúe hablándole, señora Hallet. Reconoce su voz.

Ella se inclinó hacia delante y tímidamente, abrumada por el pudor social que surge de forma tan exasperante en estas ocasiones, intentó hablarle, le contó noticias de la familia, la tía Ethel le mandaba un abrazo, Madeleine se iba a casar en abril...

Susan tenía de nuevo aquella sonrisa en los labios, fija, sin sentido, un rictus de babuino de puro terror. Y el rostro del chico era una máscara de miedo e ira, porque sabía que de un momento a otro aparecerían las lágrimas y un despiadado tribunal dentro de su propia cabeza lo humillaría.

Rivers los dejó a lo suyo. La hermana Roberts y el único camillero que quedaba estaban ocupados con Adams, a quien había que dar la vuelta cada hora. Se sentó dentro del círculo de luz del mostrador del turno de noche y recorrió la sala con la mirada, obligándose a mencionar y recordar los detalles de todos los pacientes mientras su mente exhausta aguardaba la siguiente sacudida del reloj.

El resplandor de los biombos verdes alrededor de la cama de Hallet le recordó a la tienda de Eddystone, a las noches en que los insectos les hostigaban sin cesar y tenían que meter la lámpara dentro. Salías al bosque y al regresar encontrabas aquella gran luz resplandeciente y la sombra de Hocart, enorme sobre la lona. A salvo, o todo lo a salvo que se podía estar al borde de la oscuridad.

La última tarde que pasaron allí, se sentó fuera de la tienda a hacer las maletas, atestadas de ropa y del material ordenado a su alrededor, a pasar a máquina sus últimos apuntes. Hocart se había marchado a la otra punta de la

isla y aún tardaría horas en volver. Se le cansó la vista de trabajar tan cerca de la luz, así que se recostó, frotándose las comisuras internas de los ojos; cuando los abrió de nuevo descubrió a Njiru observándolo a pocos metros de distancia, se había acercado descalzo, sin hacer ruido.

Rivers quitó la lámpara de la mesa, la puso en el suelo y se agachó a su lado, porque sabía que Njiru se sentía más cómodo en el suelo. El bosque emanaba neblina. Las grandes mariposas nocturnas, a las que les encantaba un particular arbusto en flor que crecía por todas partes en los alrededores de la tienda, se chocaban peludas contra el cristal, por lo que Njiru y él acabaron sentados en medio de una nube de alas pálidas.

Charlaron durante un rato sobre algunos de los más de cuatrocientos conocidos que ahora tenían en común, y luego se hizo un silencio prolongado y cómodo.

—Kundaite dice que conoces a Ave —dijo Rivers en voz muy baja, casi como si el propio bosque hubiese hablado y a Njiru no se le estuviera pidiendo más que pensar en voz alta.

A lo que Njiru respondió, casi de idéntica forma a como lo había hecho al principio:

—Kundaite él no hablar verdad, él comprender *gammon* con *nanasa* —pero ahora dialogaba con una leve risa reverberante en la voz, y añadió en inglés—: Es un mentiroso.

—Sí que lo es, pero creo que tú sí que conoces a Ave.

Se le vino de repente a la memoria un incidente en el estrecho de Torres, cuando Haddon había intentado conseguir calaveras para medirlas. Con una dignidad enorme, un hombre le había dicho: «Tengan paciencia. Tendrán todas nuestras calaveras a su debido tiempo». No era un recuerdo cómodo. Rivers no estaba pidiendo las calaveras, pero sí estaba pidiendo algo igual de sagrado. Se inclinó hacia delante y sus sombras saltaron y forcejearon sobre el fondo del bosque.

—Háblame de Ave.

Ave vive en Ysabel. Es a la vez uno y muchos espíritus. Su boca es larga y está llena de la sangre de los hombres que devora. Kita y Mateana no son nada a su lado, porque ellos destruyen sólo al individuo, pero Ave mata «todas las personas con la casa». El arcoíris roto le pertenece y presagia tanto las epidemias como la guerra. Ave es el destructor de los pueblos.

¿Y las palabras del exorcismo? Le contó incluso aquello, las últimas burbujas saliendo de la boca de un hombre que se ahogaba. No sólo se lo contó, sino que, con aquella mezcla de exactitud académica e impaciencia intelectual que lo hacía extraordinario, insistió en que Rivers aprendiera las palabras en melanesio, en el «habla elevada», hasta que logró perfeccionar la inflexión de cada sílaba. Allí residía, pensó Rivers mientras se esforzaba y se atrancaba con las palabras, el poder de Njiru, la razón por la que hasta los jefes más importantes se apartaban de su camino al cruzarse con él.

—Y ahora —dijo Njiru, alzando la cabeza con una mezcla de orgullo y desprecio—, ahora lo pondrás en tu libro.

Jamás lo hice, pensó Rivers. El libro que planeaba escribir con Hocart sobre Eddystone había sido una de las víctimas de la guerra —echó un vistazo de un lado a otro de la sala, con sus hileras de hombres jóvenes parálíticos y con lesiones cerebrales—, aunque no precisamente la más importante.

Había pronunciado aquellas palabras, eso sí, durante el transcurso de una conferencia en la Royal Society, y se había alegrado muchísimo al comprobar que no necesitaba consultar sus apuntes mientras hablaba. Aún se las sabía al dedillo.

Un alboroto detrás de los biombos. Hallet había empezado a gritar y su familia trataba de calmarlo. Un murmullo por toda la sala, los demás pacientes se movían y refunfuñaban en sueños, reacios a regresar por fuerza a la consciencia. Pero las quejas cesaron al percatarse de dónde provenían los gritos. Se hizo el silencio. Los rostros se volvieron hacia los biombos como si la batalla que se libraba tras ellos fuese la batalla de todos los hombres.

Rivers cruzó la sala discretamente. La familia se levantó de nuevo al verlo entrar.

—No, por favor —dijo—. No se molesten.

Le tomó el pulso a Hallet. Sintió la mirada de sus padres sobre él, los ojos llenos de venas rojas del padre, sin parpadear, y el rostro pálido y furibundo de la madre, con la boca en movimiento.

—Se acabó, ¿verdad? —dijo el comandante Hallet en un susurro.

Rivers bajó la mirada a Hallet, que ahora mismo estaba plenamente consciente.

Por Dios, pensó, va a ser uno de éstos. Negó con la cabeza.
—No queda mucho.

El inicio del fuego de cortina estaba programado para dentro de quince minutos. Sentados juntos y encorvados frente a la neblina fría y húmeda, Prior compartió una tableta de chocolate con Robson. Luego empezaron a avanzar arrastrándose. Los zapadores, que cargaban con los materiales para la construcción del pontón, ocupaban la vereda, por lo que los Manchester tenían que adelantar posiciones sobre campos anegados. Había escampado, pero el terreno ya de por sí pantanoso se había inundado en algunos puntos, y sobre cada tramo de agua se cernía una espesa manta de neblina. Concéntrate sólo en el momento, se dijo Prior a sí mismo, avanzando sobre las rodillas y los codos como una rana o un lagarto o algo parecido, parecido a cualquier cosa excepto a un hombre. Primero la rodilla derecha, luego la izquierda, luego la derecha, luego la izquierda otra vez, y otra vez, y otra vez, deslizándose a través de la hierba verde y carnosa que desprendía un olor increíblemente penetrante cuando las botas la cortaban al escarbar en ella. Pese a toda esta neblina, ahora se percibía una mayor claridad, un brillo desde el canal por el que corría entre espigados árboles muertos.

Las tropas no se replegarán bajo ninguna circunstancia. Ésa era la orden. Nos han amarrado a la estaca, no podemos volar, sino que, como osos, debemos luchar contra la corriente. Los hombres estaban en silencio, con la vista puesta en la neblina que había ante ellos. Hablar, incluso en susurros, estaba prohibido. Prior miró su reloj, se lamió los labios secos, observó la manecilla de los segundos girar lentamente hacia las menos cuarto. Lo envolvía la tensión de la respiración contenida. 5:43. Dos minutos más. Se agazapó aún más, con el silbato apretado entre los dientes.

Puntual como siempre, estalló el infierno. Los obuses gimieron en lo alto, destellos de luz, columnas de agua de las acequias de desagüe, toneladas de fango y tierra lanzadas al aire. Un obús se quedó a mitad de camino. El suelo tembló bajo sus pies y una lluvia de guijarros y terrones salpicó sus cascos de acero. Cinco minutos así, cinco minutos con el aire arremetiendo en olas contra la cara, hombres de rostro aturdido protegiéndose de él a la vez que recogían los puentes ligeros destinados a vadear las acequias de desagüe inundadas y los transportaban hasta la primera línea. Luego, de repente, el

silencio. Un jadeo para respirar, luego ruido de nuevo, pero más atrás, a medida que la cortina de fuego se alzaba y repiqueteaba al caer sobre los campos vacíos.

Prior tocó el silbato, aunque él no lo oía, se puso de pie y echó a correr de todas formas, instando a los hombres, con sus gritos mudos, a continuar. Salieron disparados, dirigiéndose hacia la hilera de árboles. Prior seguía gritando: «¡Cuidado, cuidado! ¡No tan rápido por la izquierda!». Era importante que no se produjera un apelotonamiento al llegar a los puentes. «¡Seguid recto!». Pero los hombres se atrancaban en los lodazales y se tropezaban con los matojos. Un obús que llegó zumbando desde el lado alemán explotó en una lluvia de barro y agua. Y otro más. Vio a varias figuras venirse abajo, por alguna razón no parecía grave, no parecían seres que pudieran resultar heridos.

Se tendieron los puentes, con rapidez, con eficiencia, sin apelotonamientos en los cruces, tan sólo las pisadas fuertes de las botas sobre la madera, y luego salieron de debajo del refugio de los árboles hacia la aterradora intemperie de la orilla. Tan descubiertos como un ojo abierto, sin ningún tipo de cobertura, y los artilleros al otro lado estaban vivitos y coleando. Se tiraron al suelo, disparando para cubrir a los zapadores que luchaban por ensamblar el puente, pero nada los cubría a ellos. Las balas caían como la lluvia, arrugando la superficie del canal, y los hombres empezaron a caer también. Prior vio al hombre que había a su lado, un rostro mudo y sorprendido, retorcerse y derrumbarse sin sonido alguno, con una cuchillada de escarlata como una flor enorme abriéndose de golpe sobre su pecho. Avanzando a rastras, disparó a la orilla opuesta pese a apenas distinguirla debido a las nubes de humo que cruzaban flotando. Los zapadores seguían teniendo problemas con el puente, unían secciones del pontón con alambre que despedía chispas en sus manos al entrar en contacto con las balas. E inexorable, la terrible lluvia seguía cayendo. Sólo quedaban dos zapadores, y en ese momento los Manchester los relevaron en la construcción del puente. Kirk salió remando en un cajón para proporcionar fuego de cobertura y una bala lo alcanzó, y otra más, esta vez en la cara, y siguió disparando directamente a los artilleros que defendían los agujeros en los que estaban agachados a pocos metros de distancia. Prior estaba a punto de empezar a cruzar el agua cargado de municiones cuando él también recibió

un disparo, aunque no lo notó como una bala, sino más bien como un golpe propinado con algo grande y duro, una cachiporra o un bate de cricket, que lo levantó del suelo para luego dejarlo caer, con un brazo colgando por el borde del canal.

Intentó darse la vuelta para regresar arrastrándose al otro lado de las acequias de desagüe, a sabiendas de que era una mera cuestión de tiempo que le disparasen de nuevo, pero el gas en esta zona era denso y no lograba hacerse con la máscara. Pensamientos banales, simples y repetitivos se arremolinaban en su mente una y otra vez. *Qué cagada. De locos, coño. Ay, Dios mío.* No sentía dolor alguno, era más bien un entumecimiento que se extendía y le despejaba la mente. Vio morir a Kirk. Vio morir a Owen, su cuerpo levantado del suelo por las balas, describiendo un lento arco en el aire al desplomarse. Daba la impresión de que tardaba una eternidad en caer, y la consciencia de Prior cayó meciéndose con él. Observó su reflejo en el agua, que se rompió, se recompuso y se rompió de nuevo cuando las balas alcanzaron la superficie y luego, poco a poco, conforme el entumecimiento se extendía, dejó de verlo.

*

La luz aumentaba ahora, la apagada luz parduzca de un amanecer de noviembre. En el extremo más alejado de la sala, Simpson, también él demasiado ido para comprender nada de lo que sucedía, balbuceaba sin sentido y glugluteaba, pero todos los demás rostros estaban vueltos hacia los biombos, cada hombre enviaba las pocas fuerzas que le quedaban para apoyar a Hallet en su lucha.

Hasta el momento, salvo por el murmullo repetido dos veces y los gritos inarticulados, Hallet había estado en silencio, pero ahora el murmullo comenzó de nuevo, sólo que más fuerte. «*Sobrezaena. Sobrezaena*». Una y otra vez, cada vez con más volumen a medida que concentraba todas sus fuerzas en el grito. Su madre intentó tranquilizarlo, pero él no la oía. «*Sobrezaena. Sobrezaena*». Una y otra vez, cada vez más fuerte, resonando por toda la sala. Abrió su único ojo y clavó la mirada directamente en Rivers, que había llegado desde el otro lado de los biombos y estaba a los pies de su cama.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó el comandante Hallet.

Rivers abrió la boca para decir que no lo sabía y entonces se dio cuenta de que sí.

—Dice: «No merece la pena».

—Ay, sí que la merece, claro que sí —dijo el comandante Hallet, agarrando la mano de su hijo. Estaba desesperado. Apenas sabía lo que decía.

—*Sobrezaena.*

El grito se alzó de nuevo como si no hubiese hablado e hizo que creciese la inquietud entre el resto de los pacientes. Un murmullo de protesta, no en contra del grito, sino de apoyo, un rumor sin palabras desde cerebros lisiados y bocas mustias.

—*Sobrezaena. Sobrezaena.*

—No puedo aguantar esto mucho más —dijo el comandante Hallet.

Los ojos de la madre no se despegaban ni un momento del rostro de su hijo. Sus labios se movían, aunque sin emitir sonido alguno. Rivers notaba una presión en aumento en su propia garganta mientras aquel grito al unísono de los pacientes seguía y seguía. Más tarde fue incapaz de afirmar con seguridad si había logrado quedarse callado o si también él se había sumado. Lo único que recordó a posteriori fue haberse aferrado a la barandilla de metal a los pies de la cama hasta que le dolieron las manos.

Y luego, de repente, todo acabó. Las palabras masculladas se fundieron con el silencio, y un instante o dos más tarde, con un extraño movimiento de los músculos del pecho y el estómago, como el de alguien quitándose un jersey demasiado estrecho, Hallet murió.

Rivers llegó al lateral de la cama antes de que la familia se diera cuenta de que ya no estaba, le cerró el único ojo y por la mera fuerza de la costumbre miró su reloj.

—6:25 —dijo, dirigiéndose a la hermana Roberts.

Le subió la sábana hasta la barbilla, le colocó los brazos a los lados y se retiró en silencio para dejar a la familia a solas con su pena, deseando, mientras cerraba los biombos todo lo que podía, no haber visto a la muchacha apartarse para ocultar su expresión de alivio.

Los Manchester yacen al borde del canal, con los ojos todavía abiertos,

las extremidades aún por colocar decentemente, pues los camilleros se han marchado con los últimos heridos y los muertos se han quedado solos. La batalla se ha retirado de ellos; el puente que lograron construir lo destruyó un solo obús. Siguiendo corriente abajo por el canal, se está intentando armar con más éxito otro puente, pero los gritos y las voces apenas llegan hasta aquí.

El sol ha salido. El primer haz entra en contacto con el agua y se acerca sigilosamente a ellos por la orilla, descubriendo el dorso de una mano por aquí, un pedazo de cuello por allá, confiriéndole un brillo rosado a la piel que ha dejado escapar la sangre, y entonces, al no encontrar aquí nada que pueda darle respuesta, el haz de luz pasa por encima de ellos y comienza a sondear los lejanos campos.

Una luz gris con un matiz rosado se filtra a través de los ventanales. Rivers, desplomado tras el mostrador de las enfermeras del turno de noche, lucha por seguir despierto. Al borde del sueño oye la voz de Njiru, que repite las palabras del exorcismo de Ave.

*Oh Sumbi! Oh Gesese! Oh Palapoko! Oh Gorepoko! Oh tú
Ngengere en la raíz del cielo. Bajad, marchaos.*

Y allí, de repente, no como si estuviese en otro lugar, en absoluto de forma fantasmal, no en modo *blong tomate*, sino como alguien de carne y hueso, avanzando por la sala de pacientes del Empire Hospital, asistido por su misterioso séquito, como tantas veces lo había visto Rivers en el sendero litoral de Eddystone, apareció Njiru.

*Existe un final para los hombres, un final para los jefes, un final
para las mujeres de los jefes, un final para los hijos de los jefes...
bajad y marchaos. No nos añoréis a nosotros, los mutilados, los
lisiados, los destrozados. Bajad y marchaos, oh, oh, oh.*

Se inclinó sobre Rivers y lo miró fijamente, con aquellos penetrantes ojos de párpados caídos. Un largo instante, y luego el rostro moreno, con sus rayas de cal, se fundió con la luz de la sala de día.

NOTA DE LA AUTORA

Tal vez el lector desee saber más sobre algunos de los personajes históricos que aparecen en esta novela.

El coronel Marshall de las diez heridas cayó en combate intentando cruzar el canal del Sambre y el Oise, después de dirigir a sus hombres «sin importarle poner en riesgo su propia integridad». Fue condecorado de forma póstuma con la Cruz Victoria británica.

James Kirk, que se adentró a remo por el canal para proporcionar fuego de cobertura, también recibió una Cruz Victoria póstuma.

La Cruz Militar de Wilfred Owen, por su gallardía al arrebatar una ametralladora enemiga y ocasionar «considerables pérdidas» al enemigo durante la batalla de Joncourt, le fue concedida tras su muerte.

Rivers hizo uso en varios artículos de la información recopilada en Eddystone, pero el gran trabajo conjunto que Hocart y él planearon jamás fue escrito. Sus cuadernos de notas se encuentran en el Departamento de Manuscritos Singulares de la Biblioteca de la Universidad de Cambridge.

Njiru, Kundaite, Namboko Taru, Namboko Emele, Nareti, Lembu y el niño cautivo también son personajes históricos, pero nada más se sabe de ellos.

Pueden recomendarse sin reservas las siguientes obras (en inglés):

W. H. R. Rivers, de Richard Slobodin (Columbia University Press, 1978).

Memories of Lewis Carroll, de Katharine Rivers, con prólogo de Richard Slobodin (Library Research News, McMaster University, 1976).

Collected Letters, la correspondencia reunida de Wilfred Owen (Oxford University Press, 1967)

Wilfred Owen, de Jon Stallworthy (Oxford University Press, 1974).

Owen the Poet, de Dominic Hibberd (Macmillan, 1986)

Wilfred Owen, The Last Year, de Dominic Hibberd (Constable, 1992).

Wilfred Owen's Voices: Language and Community, de Douglas Kerr (Clarendon Press, 1993).

Wilfred Owen, Poet and Soldier, de Helen McPhail (Gliddon Books junto con la Wilfred Owen Association, 1993)

LISTA DE PERSONAJES

PERSONAJES PRINCIPALES

Doctor William H. Rivers: psiquiatra en el Hospital de Guerra Craiglockhart.

Billy Prior: teniente aquejado de neurosis de guerra y paciente de Rivers.

Sarah Lumb: personaje de la subtrama romántica de Billy que trabaja en una fábrica de municiones escocesa.

Ada Lumb: madre viuda de Sarah.

Siegfried Sassoon: soldado, poeta y paciente de Rivers.

Doctor Henry Head: psiquiatra y antiguo colega investigador de Rivers en Cambridge.

Charles Manning: oficial contratado en el Ministerio de Municionamiento, una de las parejas sexuales de Prior.

REGENERACIÓN

Capitán Robert Graves: amigo de Sassoon, soldado y poeta.

Wilfred Owen: paciente de Rivers, amigo de Sassoon y colega poeta.

Ralph Anderson: médico militar con fobia a la sangre, paciente de Rivers.

David Burns: paciente de Rivers en Craiglockhart, incapaz de comer desde que salió despedido sobre los intestinos de un soldado muerto.

Doctor Lewis Yealland: médico en el Hospital Nacional, emplea la terapia electroconvulsiva para el tratamiento de sus pacientes.

Callan: soldado que padece mutismo, uno de los pacientes de Yealland.

EL OJO EN LA PUERTA

Beattie Roper: sufragista encarcelada que ayudó a educar a Billy
Winnie y Hettie Roper: hijas de Beattie.

Patrick MacDowell (Mac): novio de Hettie, pacifista prófugo que organizó huelgas en las fábricas de municiones.

Lionel Spragge: trabaja para el Ministerio de Municionamiento, testigo en el caso de Beattie Roper.

Comandante Lode: jefe de Prior en el Ministerio de Municionamiento.

Sra. Thorpe y Sra. Riley: antiguas vecinas de Prior, ambas ayudaron a criarlo.

EL CAMINO FANTASMA

Katharine y Ethel Rivers: hermanas del doctor Rivers.

Reverendo Charles Dodgson / Lewis Carroll: amigo cercano de la familia Rivers.

Geoffrey Wansbeck: paciente de Rivers en el Empire Hospital que sufre de alucinaciones.

Ian Moffet: soldado paralítico, paciente de Rivers en el Empire Hospital.

Wyatt y Hallet: soldados en el frente junto a Prior en Francia.

Hocart: antropólogo que acompaña a Rivers durante su expedición en la isla Eddystone.

Ngea: uno de los jefes de la aldea de Narovo, en la isla Eddystone.

Emele: viuda del jefe Ngea.

Njiru: curandero, hijo del jefe Rembo, que entabla amistad con Rivers.

NOTAS

¹ Traducción de Ben Clark recogida en *Poesía Completa* de Edward Thomas, Ediciones Linteo, Ourense, 2012.

² Ésta y otras citas de *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll que aparecen en la obra han sido extraídas de la traducción de Gabriel López Guix, ¡Hjckrrh!, Barcelona, 2015.

³ Ésta y otras citas de *Enrique V* de William Shakespeare que aparecen en la obra han sido extraídas de la traducción de José María Valverde, Editorial Planeta, Barcelona, 1988.

⁴ Ésta y otras citas de *Macbeth* de William Shakespeare que aparecen en la obra han sido extraídas de la traducción de Agustín García Calvo, Penguin Clásicos, Barcelona, 2015.